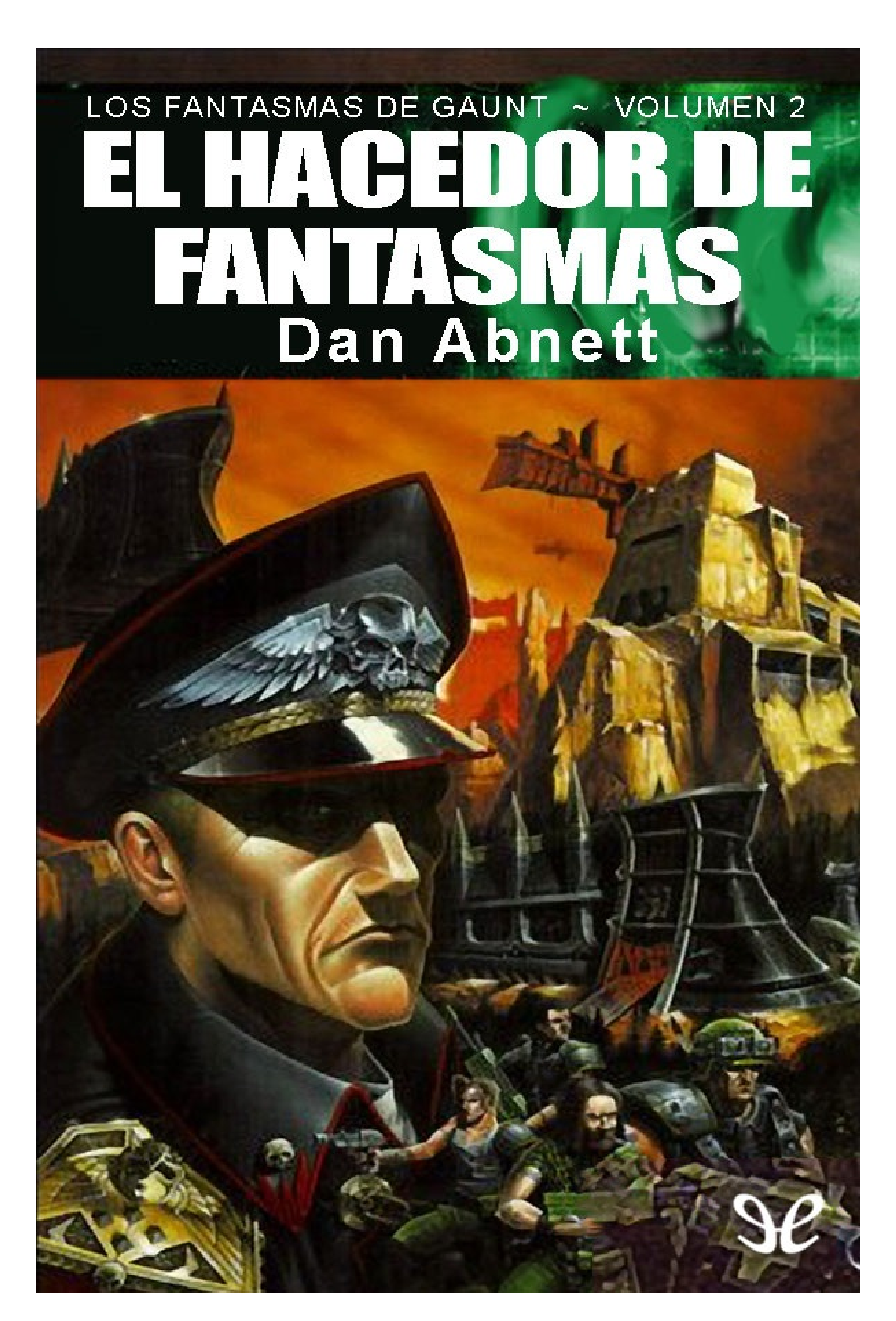

LOS FANTASMAS DE GAUNT ~ VOLUMEN 2
EL HACEDOR DE FANTASMAS
Dan Abnett

Hacía más de dos horas que se habían internado en los bosques sombríos de las ciénagas de Voltemand. Los camiones rezumaban fango maloliente y el rugido de los motores resonaba en las malsanas frondas que los cubrían. Fue entonces que el coronel Ortiz vio a la muerte. Iba vestida de rojo y estaba entre los árboles, a la derecha de la pista, inmóvil y al descubierto, observando a la columna de Basilisk. La ausencia total de movimiento fue lo que dejó helado a Ortiz. Doblaba casi en estatura a un hombre y resultaba aterradora con su armadura rojo sangre oxidada rematada por una curva cornamenta de bronce. La cara era la belleza esculpida de la muerte. Demonio. Guerrero del caos. Devorador de mundos.

En el futuro de pesadilla de Warhammer 40000, la humanidad se encuentra al borde de la extinción. La Guardia Imperial es la primera línea de defensa de la humanidad frente a los asaltos de un enemigo implacable. Para los Primeros de Tanith y su intrépido comandante, el comisario Ibram Gaunt, se trata de una guerra en la que deben estar dispuestos a dar no sólo sus vidas, sino también sus almas.



Dan Abnett

El hacedor de fantasmas

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt.
La Fundación 2

ePub r1.0
epublector 12.08.13


FOR TANITH - FOR THE EMPER

Título original: *Ghostmarker*
Dan Abnett, 2000
Traducción: Emma Fondevila, 2001

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Para Craig, que estuvo allí con Nova,
hace mucho tiempo.

Habiendo heredado el mando de las fuerzas de la Cruzada de los Mundos de Sabbat del extinto y nunca bien ponderado Señor de la Guerra Slaydo, el Señor de la Guerra Macaroth renovó la ofensiva imperial para liberar a los Mundos de Sabbat, una galaxia de casi cien sistemas habitados, situados a lo largo del borde del Segmentum Padficus.

«Aquella campaña de veinte años se había distinguido por muchas acciones legendarias que dieron origen a multitud de leyendas: la resistencia de los Perros Armados de Lakkarii en Lamida, las victorias de las serpientes de hierro en Presarius, Ambold Once y Fornax Aleph, y la tenaz persecución del enemigo emprendida por los llamados Fantasmas de Tanith en Canemara, Spurtis Elipse, Epsilon Menazoide y Monthax. Entre todas ellas, tal vez Monthax sea la cuestión más misteriosa a la que se enfrentan los historiadores imperiales. Esta acción que, a todas luces, fue un enfrentamiento directo con las fuerzas del Caos, está envuelta en un misterio cuyos detalles todavía están bloqueados en los archivos del Alto Mando Imperial. Sólo queda especular sobre lo que realmente ocurrió en las confusas orillas de ese espantoso campo de batalla».

De *Una historia de las últimas cruzadas Imperiales*.



UNO

Al parecer, era verano.

Una lluvia intermitente pero pesada desdibujaba las líneas del Imperio desde un cielo surcado por una gris masa de nubes. Unos espinos de raíces retorcidas, con hojas carnosas y pesadas, surgían trabajosamente de cada centímetro del terreno cenagoso y hasta asomaban tímidamente de los colchones de agua. Por lo que respecta a la tierra, la mayor parte había desaparecido. Entre los montes de maleza, se infiltraban lagunas y charcas donde pululaban las moscas microscópicas y unos invisibles insectos cantarines.

En el aire, había un olor como de sudor rancio, que no sorprendió en absoluto al coronel-comisario Ibram Gaunt. Lo que sí lo sorprendió fue que no lo exhalasen sus hombres, sino que viniera del agua, de las plantas y el barro. Monthax hedía a podredumbre y corrupción.

En Monthax, no se excavaba. Las trincheras eran contrafuertes elevados de tableros antiaéreos traídos de fuera y madera del lugar. Los Fantasmas habían amontonado el barro para formar muros de retención protegidos con sacos de arena. Durante tres días, después de que los dejaran las naves de desembarco, no se oyó más ruido que el chapoteo de las herramientas de atrincheramiento movidas por los grupos de trabajo que llenaban los sacos de plástico. Esto, y el chirrido de mil millones de insectos.

Manchando con su sudor la túnica que acababa de ponerse, Gaunt salió del cobertizo que le servía de puesto de mando, una construcción modular, de tres cámaras, apoyada sobre postes y vigas por encima del agua cenagosa. Se puso su gorra de comisario sin pensarlo, a sabiendas de que el sudor empezaría a taparle los ojos. Llevaba botas altas, pantalones de montar y una camisa a modo de túnica, y se cubría los hombros con un impermeable. Hacía demasiado calor para esa prenda, pero había tanta humedad que no se podía prescindir de ella.

Ibram Gaunt bajó los escalones del cobertizo y los pies se le hundieron veinte centímetros por debajo de la superficie satinada del agua. Hizo una pausa. Las ondas aceitosas se aquietaron y pudo observar su imagen reflejada horizontalmente en el agua fétida que tenía a sus pies. Se vio allí, alto y delgado, con su rostro de facciones marcadas y pómulos altos que le daban un aspecto demacrado.

Apartó la vista y miró hacia arriba a través de las hojas carnosas de los árboles y de la enmarañada vegetación baja. Desde el horizonte, oculto en parte por una neblina rezumante, se oía ora más cercano, ora más lejano, el resonar de las armas del ejército imperial, enfrentado con la pesada artillería del Caos.

Avanzó unos pasos por el agua cenagosa, hasta alcanzar la tierra seca de una isleta, en la que los zarcillos y las flores aéreas formaban una espesa capa, y siguió un pasillo hecho con enrejado de madera que seguía hacia las líneas.

Detrás de una larga empalizada de tierra, que formaba una ese de tres kilómetros de largo, los Primeros de Tanith esperaban su turno para entrar en batalla. Ellos mismos habían construido el parapeto y lo habían reforzado con tableros antiaéreos, que se iban pudriendo rápidamente. Detrás de la defensa, se habían excavado terraplenes artificiales para mantener las cajas de munición fuera del agua. Su ejército de mil quinientos hombres estaba dispuesto en grupos de disparo. Todos vestían las capas negras y las oscuras armaduras corporales de reglamento que eran su distintivo. Algunos montaban guardia ante los agujeros excavados en el parapeto, con las armas preparadas. Otros tripulaban pesados nidos de armamento. Los había que fumaban y charlaban en grupos, especulando. Todos tenían los pies hundidos en no menos de quince centímetros de fango.

Los vivaques, plantados también sobre pilotes de madera por encima de la ciénaga, estaban unos treinta metros por detrás de la línea del parapeto, como pequeños santuarios de sequedad a salvo del barro. Gaunt siguió la línea del terraplén hasta el primer grupo de hombres que estaban levantando un escalón, junto al parapeto, con barro que sacaban del agua a paladas.

Unos pájaros graznaban por encima de sus cabezas. Tenían las alas grandes y totalmente blancas, y unas patas larguiruchas de color rosado. Los insectos no dejaban de entonar su canto.

Todavía no había dado una docena de pasos y el sudor ya había dibujado unas medias lunas en su túnica, bajo los brazos. Las moscas no dejaban de importunarlo. Cualquier idea de gloria inminente, cualquier pensamiento sobre la encarnizada lucha que iban a emprender, abandonaron la mente de Gaunt. En lugar de eso, le llegaron ecos, recuerdos…

Maldijo para sus adentros; se enjugó la frente. En momentos como ese, en las interminables y densas horas que precedían a un combate, era cuando los recuerdos lo asaltaban con más intensidad; recuerdos del pasado, de camaradas desaparecidos y

amigos añorados, de glorias y derrotas de tiempo atrás, de fines.

Y de comienzos…

EL HACEDOR DE FANTASMAS

El fuego era como una flor. «Un fuego que crecía, un fuego pálido, verdoso, que lo tragaba todo, como si estuviera vivo. Un fuego que se comía el mundo, el mundo entero…».

Al abrir los ojos, Ibram Gaunt, comisario imperial, tropezó con su propio rostro pálido y delgado. Los árboles, de un verde tan intenso como el de un océano por la noche, pasaban corriendo ante sus ojos.

—Ahora estamos haciendo la aproximación final, señor.

Gaunt se dio la vuelta, apartándose de su rostro reflejado en la pequeña y gruesa escotilla del transbordador orbital, y vio a Sym, su ayudante. Era un hombre eficiente, de mediana edad, cuya carne un poco macilenta presentaba una antigua quemadura que le afectaba la garganta y una mejilla.

—Digo que estamos haciendo la aproximación final —repitió.

—Ya lo he oído —respondió Gaunt, asintiendo en voz baja—. Recuérdeme otra vez el plan.

Sym se reclinó en su mullida butaca de cuero en forma de G y echó una ojeada a su placa de datos.

—Ceremonia oficial de recepción. Presentaciones formales al Elector de Tanith y a la Asamblea de gobierno. Revista a los regimientos Fundadores, y esta noche una cena formal.

La mirada de Gaunt volvió a fijarse en los extensos bosques que iban quedando atrás al otro lado de la ventanilla. Odiaba la pompa y el protocolo, y Sym lo sabía.

—Mañana empiezan los turnos de traslado. Tendremos a todos los regimientos a bordo y listos para embarcar antes del fin de semana —dijo el hombre, tratando de dar un vuelco positivo a las cosas.

—Vea si puede hacer que los traslados empiecen inmediatamente después de la revista —dijo sin volverse siquiera—. ¿Por qué desperdiciar el resto del día y de la noche?

—Tal vez sea posible —asintió Sym con gesto pensativo.

Una campanilla indicó el inminente aterrizaje, y ambos sintieron el súbito tirón de las fuerzas g de desaceleración. Los demás pasajeros de la larga cabina de la nave, un astrópata, silencioso en sus vestiduras, y oficiales del Adeptus Ministorum y del Departamento Munitorium empezaron a atarse los cinturones y prepararse para el aterrizaje.

—Dicen que Tanith es un lugar extraño —señaló Sym mirando por la escotilla, observando los interminables bosques que tanto interesaban a Gaunt—. Dicen que los bosques se mueven, que cambian. Los árboles aparentemente…, ¡hummm!…, se desplazan. Según el piloto, es posible perderse en los bosques en cuestión de minutos —su voz se transformó en un susurro—. ¡Dicen que es un toque del Caos! ¿Puede creerlo? Dicen que Tanith tiene algo del Caos. Ya sabe, como está tan cerca de la frontera.

Gaunt no respondió.

Las agujas y las torres de Tanith Magna se elevaban saliendo al encuentro de la pequeña forma afilada del Transbordador. La ciudad, emplazada allí entre los interminables océanos de árboles de hoja perenne parecía desde el aire un círculo complejo de piedras verticales, de bloques de color gris oscuro plantados en un claro desafiando al bosque circundante. Los estandartes y el humo de los braseros ondeaban en los muros más altos de la fortaleza, y fuera del perímetro de la ciudad, Gaunt pudo ver una vasta planicie robada al bosque. Allí se elevaban filas y filas de tiendas, cada una con su fogón encendido. Eran los Campos Fundadores.

Más allá de la ciudad-campamento, se veían las enormes sombras oscuras de las naves de transporte en forma de ballenas con la boca abierta y de cuyos vientres descendían las rampas de acceso, agazapadas en los cráteres de tierra ennegrecidos por el fuego y listos para engullir a los hombres y las máquinas de los nuevos regimientos de Tanith. «Mis regimientos —recordó—, los primeros regimientos de la Guardia Imperial que han de asentarse en este mundo fronterizo, enigmático y poco poblado».

Durante ocho años, Gaunt había actuado como oficial político con el VIII de Hyrkan, un regimiento con el que había estado desde su fundación en las ventosas colinas de Hyrkan hasta la feroz victoria de Balhaut. Pero habían caído muchos, y otra fundación llenaría los uniformes familiares con caras desconocidas. Había llegado la hora de trasladarse, y Gaunt había agradecido que lo reasignaran. Su antigüedad, su experiencia…, su notoriedad, hacían de él la elección ideal para fustigar a las unidades vírgenes de Tanith hasta darles forma. Una parte de él, joven, ansiosa aunque reducida, en lo más hondo de su ser, se deleitaba con la posibilidad de incorporar un nuevo nombre al cuadro de honor de la Guardia; pero el resto de él estaba hastiado, rígido, vacío. Simplemente, sentía que hacía las cosas como era debido.

Se había sentido así desde la muerte de Slaydo. El viejo comandante lo hubiera querido allí, habría querido que llegara a la gloria…; después de todo, ¿no era por eso por lo que le había hecho su legado? Lo había promovido a ese puesto en los campos de batalla de Balhaut; lo había nombrado coronel-comisario…, transformándolo en

uno de los pocos oficiales políticos de la Guardia capaz de mandar un regimiento. Esa confianza, esa fe; pero Gaunt estaba tan cansado que entonces a duras penas le parecía una recompensa.

El Transbordador descendió. Unas grandes compuertas de metal se abrieron en lo alto de una de las mayores torres de la ciudad, como los pétalos de una orquídea, para recibirlo.

En los Campos Fundadores, los hombres miraron al cielo mientras el Transbordador ronroneaba por encima de sus cabezas, describía una curva hacia la lenta nube y sobrevolaba, como un escarabajo, la muralla de la ciudad hacia la torre de aterrizaje.

—Alguien importante —observó Larkin mirando al cielo con los ojos entrecerrados. A continuación, escupió sobre la tela metálica que tenía en la mano y siguió puliendo las hebillas de sus correajes.

—No hacen más que aumentar el tráfico. Más engreídos llegados del mundo exterior. —Rawne se inclinó hacia atrás y volvió la cara hacia el sol.

Corbec, de pie junto a su tienda, se protegió los ojos del resplandor del sol y asintió.

—Creo que Larkin tiene razón. Alguna personalidad. Había un gran penacho de la Guardia en un lateral de la nave. Alguien que llega para la Revista de Fundación. Tal vez sea el propio coronel-comisario.

Después, bajó la vista y paseó la mirada por las filas de tiendas con capacidad para tres hombres cada una, que se extendían hasta donde abarcaba la vista en líneas ordenadas. Los guardias de uniformes de nuevo cuño sentados en torno a ellas limpiaban su equipo, comían, jugaban a los dados, fumaban, dormían. Seis mil hombres en total, de infantería la mayor parte de ellos, pero algunos de las fuerzas de artillería así como de las divisiones acorazadas. Había tres regimientos completos, y todos eran hombres de Tanith.

Corbec se sentó junto a su propio fogón y se frotó las manos. Las costuras de su nuevo uniforme negro le tiraban tratando de ajustarse a su gran osamenta. Iba a ser endiabladamente incómodo llevarlo. Miró a sus compañeros de tienda, Larkin y Rawne. Larkin era un tipo delgado, tenso como una cuerda de violín y de rostro afilado. Como todos los de Tanith, tenía la piel pálida y el pelo negro. La mirada de Larkin era peligrosa, como un fuego azul, y llevaba tres pendientes de plata en la oreja izquierda y un tatuaje en forma de serpiente enroscada en la mejilla derecha. Corbec lo conocía desde hacía tiempo: habían servido juntos en el mismo regimiento de la milicia de Tanith Magna antes de la Fundación. Conocía las virtudes de Larkin, la mirada certera del tirador y un corazón valiente, y también sus debilidades, un carácter inestable, fácilmente irritable.

A Rawne no lo conocía tan bien. Era terriblemente guapo. Tenía unas facciones

netas, impecables, y llevaba tatuada una ráfaga estelar encima de un ojo. Había sido suboficial en la milicia de Tanith Attica, o alguna de las otras ciudades del sur, pero no hablaba mucho de ello. Corbec tenía el presentimiento funesto de que había un ramalazo asesino, cruel, bajo su apacible encanto.

Bragg —el enorme, macizo y genial Bragg— se acercó con su pesado andar desde su tienda, con una frasca de sacra caliente en la mano.

—¿Necesitáis calentaros? —preguntó, y Corbec asintió sonriente al gigantesco camarada.

Bragg sirvió cuatro tazas y le pasó una a Larkin, que apenas levantó la vista y musitó un gracias, y otra a Rawne, que no dijo nada, pero se la bebió de un trago.

—¿Así que piensas que era nuestro comisario? —dijo Bragg por fin, formulando la pregunta que Corbec sabía que se moría por hacer desde que había cazado al vuelo su comentario.

—¿Gaunt? Sí; es lo más probable —dijo Corbec tomando un sorbo y asintiendo con la cabeza.

—He oído a los tipos del transporte. Dicen que es duro como el acero. Además tiene medallas. Un auténtico exterminador, según dicen.

—Me gustaría saber por qué no nos dejamos llevar por nuestra propia impresión —intervino Rawne, aspirando hondo—. Un buen comandante de milicia; eso es todo lo que necesitamos.

—Apostaría a que sí —bromeó Corbec en voz baja.

—¡Eso sí que estuvo bueno, tío! —soltó Larkin, y siguió puliendo obsesivamente.

Corbec le hizo un guiño a Bragg, y tomaron unos sorbos más.

—Tiene gracia esto de marcharse, ¿no te parece? —dijo Bragg después de un momento—. Quiero decir, para siempre. Tal vez no volvamos nunca.

—Es lo más probable —repuso Corbec—. Ese es nuestro trabajo, servir al Emperador en sus guerras, en galaxias distantes. Es mejor hacerse a la idea.

—¡Vista al frente! —gritó Forgal desde una tienda cercana—. ¡Aquí viene el gran Garth! ¡Y vaya cara que trae!

Se volvieron para mirar. El mayor Garth, comandante de su unidad, avanzaba entre las filas de tiendas dando órdenes a diestra y siniestra. Garth tenía un pecho que parecía un tonel, era una montaña de hombre, y su corpulencia y sus facciones fuertes y geométricas parecían indicar que la adustez era más propia de él que de la mayoría.

—A recoger los bártulos, chicos. Es hora de embarcar —dijo.

—Creía que embarcábamos mañana —empezó a decir Corbec enarcando una ceja.

—Eso mismo creía yo, y también el coronel Torth, y el Departamento Munitorium, pero parece que nuestro nuevo coronel-comisario es un hombre impaciente, de modo que quiere que empecemos a embarcar inmediatamente después

de la revista.

Garth siguió su camino gritando más órdenes.

—Bueno —dijo Colm Corbec sin dirigirse a nadie en particular—, supongo que aquí es donde empieza todo.

A Gaunt le dolía la cabeza. No estaba seguro de si era por las interminables presentaciones de los dignatarios y políticos de Tanith, por la inacabable e intrascendente conversación, por la revista insoportablemente lenta de las tropas allí en el patio de armas frente a la Asamblea de Tanith, o simplemente por la maldita música de las gaitas que parecía sonar en todas las cámaras, calles y plazas de la ciudad por las que pasaba.

Y las tropas tampoco habían sido tan impresionantes. Pálidos, de pelo oscuro, de aspecto un poco desnutrido, todos ellos con una capa de camuflaje moteada colgada del hombro opuesto a aquel en el que llevaban el rifle láser. Y eso por no mencionar los malditos pendientes y aros, los tatuajes faciales, el pelo descuidado, el deje y la cadencia de los acentos. Los «gloriosos I, II y III de Tanith», los nuevos regimientos, estaban formados por una multitud flacucha y desaliñada de leñadores de voz suave y sin nada que escribir a casa.

El Elector de Tanith, el señor planetario local, que también lucía en la mejilla una serpiente tatuada, había tranquilizado a Gaunt sobre el valor en combate de la milicia de Tanith.

—Son decididos y astutos —había dicho el Elector mientras miraban desde la terraza a las apretadas filas—. Tanith produce hombres infatigables, y nuestras principales virtudes son la exploración y el sigilo. Como podría esperarse de un mundo cuyos bosques móviles desdibujan la topografía con velocidad apabullante, los habitantes de Tanith tienen un sentido infalible del lugar y de la orientación. Jamás se pierden y perciben lo que les pasa por alto a los demás.

—En realidad, son combatientes y no guías lo que necesito —había dicho Gaunt tratando de no sonar demasiado sarcástico.

—¡Oh!, nosotros también combatimos —respondió el Elector mientras sonreía—. Y ahora, por primera vez se nos honra sumando nuestro espíritu combativo al del Imperio. Los regimientos de Tanith le servirán bien, coronel-comisario.

Gaunt había respondido con una cortés inclinación de cabeza.

Entonces, estaba sentado en privado en una antecámara de la Asamblea. Había dejado el capote y la gorra sobre un cofre de madera que había por allí, y Sym le había dispuesto la chaqueta de gala para la cena que comenzaría media hora más tarde. Deseaba, por lo menos, librarse del terrible dolor de cabeza y del mal sabor de boca que le había dejado el aspecto endeble de su ejército.

¡Y la música! ¡La maldita música de las gaitas que invadía su cabeza incluso allí,

en sus habitaciones privadas!

Se puso de pie y avanzó hacia las ventanas inclinadas. Afuera, más allá del paisaje urbano y de los Campos Fundadores, el fuego anaranjado resonaba sordamente en el crepúsculo mientras los pesados transportes partían y regresaban, llevando a los regimientos hasta las enormes naves de transporte de tropas situadas en órbita allá en lo alto.

¡Y esa música no paraba!

Gaunt se dirigió hacia unos oscuros cortinajes verdes y los descorrió. La música paró de repente. El chico de la gaita se quedó mirando, atónito, su expresión furiosa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gaunt con un tono que resultó tan amenazador como si estuviera blandiendo un afilado cuchillo.

—Tocando, señor —dijo el chico.

Tendría unos diecisiete años y, aunque todavía no era un hombre, era alto y de complexión fuerte. Tenía un rostro fuerte y agraciado, y llevaba tatuado sobre el ojo izquierdo un pez azul. Los dedos cargados de anillos sostenían una gaita de Tanith, un conjunto de tubos adosados a un pequeño fuelle que se oprimía rítmicamente bajo el brazo.

—¿Fue idea tuya? —preguntó Gaunt.

—Es una tradición —respondió el chico sacudiendo la cabeza—. Las gaitas de Tanith suenan para todos los visitantes, vayan donde vayan, para conducirlos de vuelta a través de los bosques sin peligro.

—¡Yo no estoy en el bosque, de modo que para ya! —Gaunt hizo una pausa y volvió hasta donde estaba el chico—. Respeto las tradiciones y las costumbres de Tanith, pero… me duele la cabeza.

—Entonces, lo dejaré —dijo el chico—. Yo…, bueno…, esperaré fuera. El Elector me dijo que lo esperase y lo acompañase con mi gaita mientras estuviera aquí. Estaré fuera si me necesita.

Gaunt asintió. Al ir hacia la puerta, el chico tropezó con Sym, que entraba en ese momento.

—Ya sé, ya sé… —empezó Gaunt—. Si no me doy prisa, llegaré tarde a la cena y… ¿Qué pasa Sym? ¿De qué se trata?

La expresión de Sym le reveló inmediatamente que algo iba mal, muy mal.

Gaunt reunió a su Estado Mayor en una pequeña sala recubierta de madera del salón de banquetes. La mayoría de ellos llevaban su uniforme de gala, envarados dentro de sus cuellos y puños dorados. Miembros del Munitorium Subalterno vigilaban las puertas e impedían con amabilidad la entrada a los dignatarios de Tanith.

—¡No lo entiendo! —dijo un oficial de alto rango del Departamento Munitorium —. Se supone que el borde más próximo de la zona de guerra está a ochenta días de

aquí. ¿Cómo es posible?

Gaunt se paseaba por la estancia estudiando con fiera intensidad la placa de datos.

—Los vencimos en Balhaut, pero se fragmentaron. El Servicio de Inteligencia y los escuadrones de exploradores dieron a entender que huían aterrorizados, pero siempre existía la posibilidad de que algunos de sus componentes más importantes se hubieran diseminado hacia adentro y contraatacaran en lugar de retroceder hasta los confines de los Mundos de Sabbat, o incluso más allá. —Gaunt se volvió hacia ellos y maldijo en voz alta—. ¡En nombre de Solan! ¡En su maldito lecho de muerte, Slaydo fue muy preciso al respecto! ¡Se suponía que las flotas de Picket debían guardar todas las puertas de disformidad hacia territorios como Tanith, especialmente mientras estamos en fase de fundación y somos tan vulnerables como ahora! ¿A qué está jugando Macaroth?

Sym levantó la vista de un mapa que había desplegado sobre una mesa. El alto comandante militar había desplegado la mayor parte de las fuerzas de la Cruzada en el ataque de liberación. Era evidente que estaba decidido a aprovechar al máximo la ventaja ganada por su antecesor.

—Balhaut fue un triunfo significativo… —empezó a decir un miembro de la Eclesiarquía.

—Sólo seguirá siendo una victoria si controlamos los territorios ganados correctamente. Macaroth ha roto el nuevo frente al lanzarse en persecución del enemigo, y eso ha permitido la entrada de éste por detrás de nuestro ejército principal. ¡Es una tontería de libro de texto! ¡Hasta es posible que el enemigo nos haya engañado para que lo siguiéramos!

—Eso nos deja al descubierto —añadió rotundamente otro eclesiarca.

Gaunt asintió.

—Hace una hora, nuestras naves en órbita detectaron un enorme ejército enemigo penetrando en el sistema. No exagero si digo que a Tanith apenas le quedan unas horas de vida.

—¡Podríamos hacerles frente! —dijo alguien con valentía.

—Tenemos apenas tres regimientos que aún no se han puesto a prueba. No tenemos una posición defensiva ni emplazamientos dispuestos. La mitad de nuestras fuerzas ya están acomodadas en los transportes de tropas en órbita, y la otra mitad está en tránsito. No podríamos hacerlos volver y conseguir que desembarcaran y estuvieran dispuestos para atacar en menos de dos días. Sea como sea, son carne de cañón.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sym.

Algunos asintieron como apoyando la pregunta.

—Nuestros astrópatas deben comunicarse inmediatamente con el mando central de la Cruzada, con Macaroth, para hablarle de la insurrección. Aunque no puedan

hacer otra cosa, por lo menos tienen que proteger su flanco y la retaguardia. En cuanto al resto de ustedes: las naves de transporte abandonarán la órbita en una hora, o ante la inminencia del ataque si éste llega antes. Hagan que la mayor parte de los hombres y el equipo que quedan por embarcar estén a bordo antes de entonces. Todo lo que quede estará perdido.

—¿Abandonamos Tanith? —dijo un asistente del Munitorium reflejando incredulidad en su voz.

—Tanith ya está muerto. Podemos morir con él o salvar a todos los hombres que podamos para volver a desplegarlos en otra parte donde realmente sean útiles. En nombre del Emperador.

Todos lo miraron, incrédulos, tratando de asimilar la enormidad de su decisión.

—¡Es una orden! —vociferó.

El cielo nocturno de Tanith Magna se incendió y el fuego cayó sobre el mundo. El bombardeo orbital excavaba pozos de un blanco candente en los antiguos bosques, derretía los altos muros, hacía añicos las torres y reducía a polvo el pavimento de los patios.

Sombras oscuras recorrían los pasillos de la Asamblea, que estaban llenos de humo; eran sombras oscuras farfulladoras y sibilantes, que llevaban quejumbrosos instrumentos de muerte en sus hediondas zarpas.

Con un grito brutal, Gaunt se abrió camino a patadas a través de una serie de puertas ardientes y disparó su pistola bolter. Ofrecía un aspecto imponente en medio del humeante torbellino: una figura alta que avanzaba a grandes zancadas mientras el largo capote le caía desde los anchos hombros. En su rostro delgado, fiero, sus ojos refulgían en tanto avanzaba y volvía a disparar en la penumbra. En las humeantes sombras circundantes, unas formas de ojos rojos se encogían y estallaban, salpicando la piedra de los muros.

El fuego láser cortó el aire cerca de él. Se volvió, disparó y se lanzó escaleras arriba, sorteando los cuerpos de los caídos. En el primer rellano, un grupo forcejeaba. Dos hombres de la milicia de Tanith, cubiertos de sangre, se encaraban con Sym a las puertas de los silos de lanzamiento.

—¡Déjanos pasar, bastardo! —oyó Gaunt que gritaba uno de ellos—. ¡Nos dejaríais morir aquí! ¡Déjanos pasar!

Gaunt vio la pistola automática en la mano del otro cuando ya era demasiado tarde. La disparó justo antes de que se lanzara contra ellos.

Furioso, le rompió la mandíbula a uno con la culata de su bolter, lo que lo hizo retroceder hacia la cima de la escalera. Levantó al otro y lo tiró por encima de la barandilla, de manera que se precipitó hacia la humareda que había debajo.

Sym yacía en medio de un charco de sangre.

—He…, he dado instrucciones a la flota de transporte, como usted ordenó… para la retirada final… Déjeme y suba a bordo del Transbordador o… —empezó a decir.

—¡Calle! —le ordenó Gaunt sintiendo las manos pegajosas por la sangre al tratar de levantarlo—. ¡Nos iremos los dos!

—No…, no hay tiempo, no para mí… sólo para usted. ¡Váyase, señor! —dijo Sym con voz ahogada por el dolor.

Desde el embarcadero le llegó a Gaunt el ruido de los impulsores del Transbordador que se aprontaban para el despegue.

—¡Maldita sea, Sym! —dijo Gaunt.

Su ayudante estiró la mano hacia él, aferrándose a su túnica. Por un instante, Gaunt pensó que trataba de incorporarse para que pudiera llevárselo.

Luego, el torso de Sym estalló en medio de una bruma rojiza, y Gaunt, despedido hacia atrás, perdió pie.

En lo alto de la escalera, surgieron las grotescas tropas de choque del Caos y empezaron a avanzar. Sym las había visto por encima del hombro de Gaunt y se había incorporado para proteger con su cuerpo a su superior.

Gaunt se puso de pie. Su primer disparo destrozó la astada cabeza de la bestia más próxima. El segundo y el tercero abrieron en canal el cuerpo de otra. El cuarto, el quinto y el sexto destriparon a otros dos y los mandaron en tromba contra los camaradas que los seguían por la escalera.

El séptimo de sus disparos dio sobre metal.

Arrojando a un lado el bolter agotado, Gaunt empezó a retroceder hacia las puertas del silo de embarque. Por encima del humo, le llegaban el olor rancio del Caos y el zumbido de los gusanos voladores. No tardarían nada en echarse sobre él.

El cañón automático disparado hacia aquellos seres salvajes de pesadilla sostenía un intenso fuego desde un ángulo cercano. Gaunt se volvió y vio al chico, el gaitero del tatuaje en forma de pez. Mantenía un arco de fuego para cubrirlo desde el pórtico de la entrada del silo con un cañón automático del centinela que había encontrado apoyado contra la pared de piedra.

—¡Entre! —gritó el chico—. ¡El último Transbordador lo está esperando!

Gaunt atravesó las puertas del silo y se adentró en el fiero remolino de la contracorriente del motor del Transbordador. Logró introducirse apenas por la escotilla lateral, que, al cerrarse, le rebanó las colas de la chaqueta.

El fuego de las armas enemigas resonaba al otro lado del casco.

Gaunt estaba boca abajo sobre el suelo de la cabina, cubierto de sangre y mirando las caras aterrorizadas de los oficiales del Munitorium, que realizaban el último vuelo de evacuación hacia la flota.

—¡Abran la puerta otra vez! —gritó Gaunt—. ¡Vuelvan a abrirla!

Nadie hizo ademán de abrirla. Gaunt se incorporó y tiró de la palanca del pestillo.

La puerta se abrió de golpe, y el chico saltó al interior.

De un tirón, Gaunt lo apartó de la escotilla y la cerró.

—¡Ahora! —vociferó volviéndose hacia la cabina del piloto—. ¡Ahora o nunca!

El Transbordador se elevó raudo desde la rada de la torre, y los cohetes de despegue rugieron al ser forzado al máximo el multiplicador de velocidad. El fuego de los láseres aéreos hizo estallar las compuertas en forma de orquídea que los rodeaban y golpeó sobre una rampa de aterrizaje. Suspendido en el aire, el Transbordador se sacudió. Allá abajo, Tanith era un infierno en llamas.

Olvidando las tolerancias de combustible, la disciplina de vuelo y hasta el nombre de su propia madre, el piloto puso los impulsores al máximo, y el Transbordador salió disparado entre la negra humareda como si fuera una bala.

Librados a su suerte, los bosques ardían.

Gaunt golpeó contra un mamparo y, gateando, se acercó a una escotilla. Había sido exactamente como en sus sueños: el fuego como una flor. «Un fuego que crecía, un fuego pálido, verdoso, que lo tragaba todo, como si estuviera vivo. Un fuego que se comía el mundo, el mundo entero».

Ibram Gaunt vio reflejado su rostro pálido, delgado y ensangrentado. Los árboles, resplandecientes como el corazón de una estrella, pasaban corriendo ante sus ojos.

Suspendidas sobre el mundo frío, de color malva marmolado, de Nameth, las naves de Gaunt parecían criaturas de los fondos marinos. Tres grandes transportes de tropas, con sus almenados cascos color ceniza, se elevaban como catedrales monstruosas, y la larga y musculosa fragata de escolta *Navarre*, esgrimía sus aguzadas armas y torretas, como una enorme avispa de dos kilómetros de largo.

En la sala de mandos de la *Navarre*, Gaunt revisaba los últimos informes enviados por el Servicio de Inteligencia. Tanith estaba perdido, formaba parte de una cuña de seis sistemas planetarios conquistados por la armada del Caos en una operación pinza, que Macaroth había dejado infiltrarse por exceso de celo tras su frente de guerra. En ese momento, las fuerzas de la Cruzada se estaban replegando para contraatacar al sorpresivo enemigo. Habían ido llegando partes esporádicos de una sucesión de naves colocadas a intervalos de treinta y seis horas en el espacio profundo, cerca del Circudus. Los cruzados imperiales libraban entonces una guerra en dos frentes.

La retirada sin resistencia de Gaunt había salvado a tres mil quinientos combatientes, algo más de la mitad de los regimientos de Tanith, y la mayor parte de su equipamiento. Desde una perspectiva totalmente cruel y cínica, se podría haber considerado una especie de victoria.

Gaunt extrajo una placa de datos de debajo de una pila de otros documentos que había sobre su escritorio y le echó un vistazo. Era la transcripción del comunicado de

Macaroth, en el que aplaudía el instinto de supervivencia de Gaunt y su gran hazaña al haber salvado para la Cruzada un ejército considerable. Macaroth no había considerado oportuno mencionar la pérdida de un planeta y de su población. Hablaba de «la elección acertada y de la franca evaluación de una situación imposible que había hecho el coronel-comisario Gaunt» y le ordenaba mantener una posición en Nameth a la espera de destino.

A Gaunt le repugnaba. Dejó a un lado la placa.

Las puertas se abrieron y entró Kreff, segundo comandante de la fragata, un hombre de facciones duras y cabeza rapada, vestido con el elegante uniforme esmeralda de la Flota del Segmentum Pacificus. Saludó, lo que suponía una formalidad excesiva y sin sentido teniendo en cuenta que momentáneamente había reemplazado a Sym como asistente de Gaunt y había entrado y salido de aquella estancia diez veces por hora desde que el coronel-comisario había llegado a bordo.

—¿Alguna novedad? —preguntó Gaunt.

—Los astrópatas nos anuncian que puede llegar muy pronto; tal vez, se trate de nuestras órdenes. Hay una corriente, una sensación. Y también, ¡hummm!…

Era evidente que Kreff se encontraba incómodo. No conocía a Gaunt ni Gaunt lo conocía a él. Sym había tardado cuatro años en acostumbrarse al comisario.

«Sym…».

—¿De qué se trata? —volvió a preguntar Gaunt.

—Me preguntaba si querría hablar sobre nuestra preocupación más inmediata: la moral de los hombres.

—De acuerdo, Kreff —respondió Gaunt poniéndose de pie—. Diga lo que piensa.

—No me refería a hablarlo conmigo —vaciló Kreff—. Hay una delegación de las naves militares…

—¿Una qué? —dijo Gaunt mirándolo con dureza.

—Una delegación de Tanith. Quieren hablar con usted. Llegaron hace unos treinta minutos.

Gaunt cogió su pistola bolter de la cartuchera que había dejado colgada en el respaldo de una silla y comprobó el cargador.

—¿Es ésta su idea de anunciar discretamente un motín, Kreff?

Kreff sacudió la cabeza y rio sin ganas. Pareció aliviado cuando Gaunt devolvió la pistola a la cartuchera.

—¿Cuántos son?

—Quince. La mayor parte son hombres que se alistaron. Fueron pocos los oficiales que sobrevivieron.

—Haga entrar a tres; sólo tres. Pueden elegirlos.

Gaunt volvió a sentarse ante su escritorio. Pensó en ponerse la gorra y la chaqueta. Dirigió la vista hacia el otro extremo de la estancia y se vio reflejado en el

cristal de la compuerta. Dos metros veinte de sólida osamenta y nervio, rostro alargado, peligroso, de facciones aguzadas, pelo rubio muy corto. Llevaba los pantalones de montar de cintura alta con tirantes de cuero, una camiseta sin mangas y botas altas. La chaqueta y la gorra le daban autoridad y capacidad de mando, pero los brazos desnudos le conferían poder físico.

La compuerta se abrió de golpe y entraron tres hombres. Gaunt los miró sin decir nada. Uno era alto, más alto y mayor que Gaunt y de constitución fuerte, aunque un poco barrigón. Tenía los brazos como jamones y estaban adornados por espirales azules. Llevaba la barba enmarañada y era posible que en otro tiempo su mirada hubiera sido brillante. El segundo era delgado y moreno, bien parecido y con un aspecto siniestro, casi como el de un reptil. Llevaba una estrella azul tatuada sobre el ojo derecho. El tercero era el chico, el gaitero.

—Díganme sus nombres —dijo Gaunt sin más.

—Yo soy Corbec —dijo el hombre corpulento—. Este es Rawne.

La serpiente inclinó la cabeza.

—Y ya conoce al chico —dijo Corbec.

—Pero no su nombre.

—Milo —dijo el chico con claridad—. Brin Milo.

—Supongo que están aquí para decirme que los hombres de Tanith quieren verme muerto —dijo Gaunt con sencillez.

—Totalmente cierto —confirmó Rawne.

Gaunt se quedó impresionado. Ninguno de ellos se molestó siquiera en reconocer su rango ni su jerarquía. Ni un «señor», ni un «comisario».

—¿Saben ustedes por qué hice lo que hice? —preguntó Gaunt—. ¿Saben por qué ordené que los regimientos abandonaran Tanith dejándolo librado a su suerte? ¿Saben por qué desoí sus ruegos de que les permitiera volver y combatir?

—Teníamos derecho a… —empezó Rawne.

—Nuestro mundo ha muerto, coronel-comisario Gaunt —dijo Corbec. El título hizo que Gaunt irguiera la cabeza—. Lo vimos en llamas por las ventanillas de nuestros transportes. Debería habernos permitido que permaneciéramos allí y lucháramos. Estábamos dispuestos a morir por Tanith.

—Todavía pueden hacerlo, pero en otro lugar. —Gaunt se puso de pie—. Ahora ya no son hombres de Tanith. Ya no lo eran cuando estaban acampados en los Campos Fundadores. Son la Guardia Imperial, servidores del Emperador. Eso es lo primero y lo único.

Les volvió la espalda y se colocó de frente a la compuerta.

—Me duele la pérdida de cualquier mundo, de cualquier vida. No quería ver la muerte de Tanith, no quería abandonarlo. Pero yo estoy obligado al Emperador, y la Cruzada de los Mundos de Sabbat debe ir adelante y debe ganarse por el bien de todo

el Imperio. Sólo habrían conseguido morir allí si los hubiera dejado en Tanith. Si eso es lo que quieren, puedo ofrecerles muchas oportunidades. Lo que necesito son soldados, no cadáveres. —Gaunt miró al espacio exterior—. Instrumentalicen su pérdida; no se dejen anular por ella. Incorporen el dolor a su espíritu combativo. ¡Piensen! La mayoría de los hombres que entran en la Guardia no vuelven nunca a su casa. ¡Ustedes no son diferentes!

—¡Pero la mayoría tiene un hogar al que volver! —increpó Corbec.

—La mayoría puede aspirar a sobrevivir a una campaña y alistarse para colonizar algún mundo que su jefe haya conquistado y ganado. Slaydo me hizo un legado después de Balhaut. Me concedió el rango militar de coronel y me otorgó los derechos de colonizar el primer planeta que conquistara. Ayúdenme haciendo su trabajo, y yo los ayudaré compartiendo eso con ustedes.

—¿Es un soborno? —preguntó Rawne.

—Tan sólo una promesa —dijo Gaunt negando con la cabeza—. Nos necesitamos mutuamente. Yo necesito un ejército capaz, motivado; ustedes necesitan algo que les cure el dolor, algo por lo que luchar, algo a lo que aspirar.

Gaunt vio un reflejo en el cristal que le llamó la atención.

—¿Es eso una pistola láser, Rawne? —preguntó sin volverse—. ¿Vino aquí a asesinarme?

—¿Qué le hace usar el pasado, comisario? —preguntó a su vez Rawne con sonrisa sarcástica.

Gaunt se dio la vuelta.

—¿Qué es lo que tengo ante mí, entonces? ¿Un regimiento o un motín?

Corbec sostuvo su mirada.

—Los hombres necesitarán que los convenzan. Usted los ha transformado en Fantasmas, en ecos huecos. Comunicaremos a la tropa sus razones para hacer lo que hizo y les diremos cuál es el futuro al que pueden aspirar. A ellos les toca decidir.

—Necesitan reagruparse en torno a sus oficiales.

Rawne se rio estentóreamente.

—¡Pero si no los hay! Nuestros mandos estaban en los Campos Fundadores tratando de embarcar a los hombres cuando comenzó el bombardeo. Ninguno de ellos consiguió salir vivo de Tanith.

—Pero los hombres los eligieron a ustedes para representarlos. Ustedes son sus líderes —dijo Gaunt asintiendo con gesto reflexivo.

—O simplemente somos lo bastante atrevidos y tontos como para presentarnos ante usted —dijo Corbec.

—Es lo mismo —replicó Gaunt—. Coronel Corbec. Mayor Rawne. Pueden nombrar a sus suboficiales y jefes de unidad, y preséntenme un informe dentro de seis horas evaluando la moral de los hombres. Para entonces, ya sabré cuál es nuestro

destino.

Se miraron los unos a los otros, sorprendidos.

—Eso es todo —señaló Gaunt.

El trío se dispuso a retirarse, confundido.

—¿Milo? Espera, por favor —añadió Gaunt.

El chico se detuvo ante la compuerta, que se cerró tras los otros dos.

—Tengo una deuda contigo —le dijo Gaunt con decisión.

—La tenía y ya la pagó. Yo no pertenezco a la milicia ni a la Guardia. Sólo salí vivo de Tanith porque usted me trajo.

—Por el servicio que me habías prestado.

Milo tardó un momento en responder.

—El propio Elector me ordenó que permaneciese a su lado para atender a sus necesidades. Yo no hice más que cumplir con mi deber.

—Esos dos te trajeron con ellos porque pensaron que al verte me ablandaría, ¿no es cierto?

—No son tontos —señaló Milo.

Gaunt volvió a sentarse ante su escritorio.

—Tampoco tú lo eres. Necesito un asistente, un ayudante personal. Tendrá que hacer de burro de carga, aprender de la forma más ruda. Me serviría de mucho tener a alguien de Tanith en ese puesto para que mi relación de trabajo prosperase.

Antes de que Milo pudiera dar una respuesta, la compuerta volvió a abrirse de golpe y entró Kreff con una placa en la mano. Volvió a saludar.

—Hemos recibido las órdenes, señor —dijo.

El retumbar de explosiones distantes parecía ser una característica permanente de la zona muerta de Blackshard. El persistente traqueteo del armamento pesado resonaba en el cielo bajo, plomizo, que se cernía sobre las montañas. Se había construido un terraplén siguiendo la cumbre y, bajo casamatas endurecidas, un destacamento de la Guardia Imperial —seis unidades del 10.º Real de Sloka— se disponían para movilizarse.

El coronel Thoren recorría la línea. Parecía que los hombres se iban a comer el mundo a juzgar por su ornamentado uniforme de combate: cascos con penacho y trajes de color escarlata y plata, esmaltados, construidos por los artesanos de Sloka para inspirar terror al enemigo.

Aunque tal vez no a ese enemigo. Las órdenes del general Hadrak habían sido precisas, pero el corazón de Thoren estaba triste. No tenía confianza en el inminente asalto. Sabía a ciencia cierta que pagaría por él un alto precio. Cargar a ciegas, sin apoyo, sobre un territorio traicionero y desconocido con la esperanza de encontrar una brecha en las posiciones de un enemigo que tal vez ni siquiera estuviera allí era

una perspectiva que lo ponía enfermo.

Su subalterno lo llamó repentinamente para que prestara atención a la doble fila de sesenta hombres que avanzaba por la trinchera cubierta de camino hacia ellos. Eran unos rufianes escuálidos, vestidos de negro y envueltos en unos capotes de camuflaje que se les pegaban al cuerpo por la lluvia.

—En nombre de la sangre de Balor, ¿quiénes…? —empezó a decir Thoren.

Mandando parar a la columna, el jefe, un enorme guardia moreno con una barba enmarañada y un tatuaje…, ¡un tatuaje!…, se acercó a Thoren y lo saludó.

—Coronel Corbec, I de Tanith. Primero y único. El general Hadrak nos ha enviado para ayudarle.

—¿Tanith? ¿Dónde diablos está eso? —preguntó Thoren.

—No está —respondió el hombre corpulento cordialmente—. El general dijo que usted se proponía avanzar sobre las posiciones enemigas de la zona muerta. Sugirió que tal vez necesitase una fuerza de exploradores furtivos que vigilasen mientras sus muchachos de armadura escarlata se pavonean como el trasero de un babuino.

Thoren sintió que su cara enrojecía de ira.

—Escuche, pedazo de…

Una sombra se interpuso entre ellos.

—El coronel Thoren, supongo.

Gaunt se dejó caer en el foso desde el entarimado de la trinchera.

—Mi regimiento llegó a Blackshard anoche con órdenes de reforzar los esfuerzos del general Hadrak para apoderarse de la plaza fuerte del Caos. Esto presupone un esfuerzo de cooperación entre nuestras unidades.

Thoren asintió con un gesto de cabeza. Ese era Gaunt, el arribista coronel-comisario. Tenía que ser él. Ya le habían llegado rumores.

—Póngame al corriente, por favor —pidió Gaunt.

Thoren hizo una señal a un ayudante, y éste encendió un mapa-proyector y desplegó una imagen borrosa de la zona muerta.

—El enemigo se ha hecho fuerte en las ruinas de la antigua ciudadela. La ciudadela tenía una considerable fuerza defensiva estable, de modo que están bien equipados. Seguidores del Culto al Caos en su mayoría, son unos diecisiete mil hombres capacitados para la lucha. Nosotros también… —hizo una pausa.

Gaunt enarcó una ceja en actitud interrogante.

—Creemos que puede haber otras abominaciones allí. Productos del Caos. —La respiración de Thoren se hizo jadeante—. El frente de combate principal está en esta zona, donde los duelos de la artillería superan a los de los demás frentes.

Thoren volvió a señalar el mapa.

—El enemigo pretende algo más que mantenernos alejados. Sabe que tarde o temprano abriremos una brecha, de modo que está tramando algo…, tal vez tratando

de concretar algo. Las tropas de reconocimiento indicaron que este flanco de la ciudad podría ser vulnerable para una fuerza más reducida. Se trata de canales y conductos que atraviesan las antiguas murallas; un auténtico laberinto para ratas.

—Mis chicos están especializados en laberintos para ratas —dijo Gaunt.

—¿Quiere ir el primero? —preguntó Thoren.

—Es terreno cenagoso y hay túneles. Los de Tanith son infantería ligera; ustedes, en cambio, llevan armadura y son pesados. Dejen que abramos camino y después sígannos para brindarnos cobertura cuando hayamos asegurado una cabeza de playa. Lleven armas de apoyo.

—De acuerdo, coronel-comisario —asintió Thoren.

Gaunt y Corbec se retiraron y fueron a reunirse con sus hombres.

—Este será el bautismo de sangre de este regimiento, de los Primeros de Tanith —empezó a decir Gaunt.

—De los Fantasmas de Gaunt —murmuró alguien.

Corbec estaba seguro de que había sido el loco de Larkin.

Gaunt sonrió.

—Los Fantasmas de Gaunt. No me disgusta.

No necesitaban ninguna otra indicación. A un gesto de Corbec, avanzaron rápidamente en parejas, envolviendo sus capotes de camuflaje a modo de mortajas en torno al cuerpo y manteniendo sus rifles láser preparados. La apretada trama de capotes con capucha se desdibujó confundiéndose con el barro gris de las montañas, y los hombres se pararon para mancharse las mejillas y la frente con el cieno húmedo antes de deslizarse por encima del terraplén.

Thoren vio desaparecer al último, y luego desplegó el macroperiscopio de la trinchera y lo hizo girar en redondo. Miró, pero de los más de sesenta hombres que acababan de pasar por su posición no había ni rastro.

—¿Adónde habrán ido, en nombre de Solan? —murmuró para sí.

Gaunt estaba atónito. Los había visto practicar y entrenar en las bodegas de la gran nave de transporte, pero allí, en la naturaleza inhóspita de una auténtica zona muerta, sus habilidades lo sorprendieron. Eran absolutamente invisibles en el lodo nauseabundo, apenas unas diminutas manchas móviles que se deslizaban entre pilas de desechos y sorteaban montículos de escombros hacia esa cortina semiderruida pero imponente que eran las murallas de la ciudadela.

Él mismo se envolvió en su capote de camuflaje. Había formado parte de su trato con Corbec: él había insistido en comandarlos para asegurarse su lealtad; ellos habían insistido en que no delatase su posición.

El microtransmisor que llevaba en el oído emitió un zumbido. Era Corbec.

—Las primeras unidades ya están en el túnel. Avancen pegados y en parejas.

Gaunt dio un toquecito a su pequeño microtransmisor.

—¿Tropas hostiles? —preguntó.

—Bastaron algunas cuchilladas —fue la sucinta respuesta.

Poco después, se introducía en la boca húmeda y oscura del túnel lleno de cascotes. Allí yacían tendidos cinco guerreros del Caos con los uniformes color naranja de su culto. Ante él se encontraban formados los de Tanith. Corbec estaba limpiando la sangre de la hoja de su cuchillo.

—Adelante —dijo Gaunt.

«El Elector de Tanith, que descanse en paz, no exageró un ápice», pensó Gaunt. Los Fantasmas habían demostrado su astucia y su valor atravesando el tramo abierto de la zona muerta, y no tenía la menor idea de cómo habían encontrado el camino a través de aquel endiablado laberinto de túneles con tanta seguridad.

—Jamás se pierden —había dicho con orgullo el Elector.

Y era cierto. Gaunt sospechaba que el enemigo había supuesto que nada más grande que una cucaracha sería capaz de abrirse camino por la trampa mortal de aquellos túneles semiderruidos.

Pero los hombres de Corbec lo habían conseguido, sin esfuerzo y en cuestión de minutos. Habían surgido de las bocas de los túneles al otro lado de la muralla, y cortando con sus largos cuchillos Tanith de plata las pálidas y macilentas gargantas enemigas, se habían abierto camino a través de la retaguardia del Caos. En ese momento, los Primeros de Tanith estaban confirmando lo que había dicho el Elector: que también sabían luchar.

Desde la protección de una columna partida, Gaunt disparó con su bolter; derribó a dos adeptos y destruyó una puerta. A su alrededor, los de Tanith atravesaban el aire con los disparos precisos de sesenta rifles láser mientras seguían avanzando.

Cerca del comisario, un guerrero Tanith de cara alargada y algo mayor, al que había oído llamar Larkin, se dedicaba a derribar adeptos de las balconadas superiores. Tenía un ojo increíble. Un poco más allá, un amable gigantón, al que llamaban Bragg, llevaba a hombros el pesado bolter y derribaba muros y columnas. La gran arma había estado montada originalmente en un armón sobre rastras, pero Bragg la había arrancado de su montura y la llevaba como si fuera un rifle. Gaunt jamás había visto antes a un hombre sin armadura llevar a cuestas semejante arma. Los de Tanith lo llamaban Bragg el *Prueba Otra Vez*. Era un mal tirador, en efecto, pero con un arma como aquélla podía darse el lujo de ser un chapucero.

Justo delante de él, un grupo de avanzada formado por seis hombres encabezado por Corbec consiguió llegar a la entrada de un complejo de edificios de culto, derribó la puerta con una granada y entró con sus rifles láser para desplegarse luego por parejas y dar cobertura.

—¡Fuego a discreción en mi sección! —comunicó Corbec a Gaunt por radio—. Parece ser una especie de iglesia o templo. Podría ser un objetivo importante.

Gaunt coincidió con él y decidió enviar refuerzos.

Arrastrándose por la nave del enorme templo, Corbec se abría camino entre los escombros y el fuego cruzado. Hizo una señal a una pareja que estaba algo más adelantada —Rawne y Suth—, y luego a la siguiente. Su propio compañero, Forgal, se acercó reptando sobre la mica del suelo y preparó su rifle láser.

—Por allí —bisbiseó, y su mirada resultó tan aguda como siempre—. Hay una cripta detrás del altar. Han concentrado sus fuerzas defensivas en torno a esa puerta, el enorme arco debajo del vitral.

Era cierto.

—¿Es que lo hueles? —preguntó Rawne por radio.

Y así era. Podredumbre, sudor rancio, sangre seca; de la cripta salía un olor a tropa y a violencia.

Forgal empezó a arrastrarse en esa dirección, pero un tiro afortunado le voló la cabeza.

—¡Por el amor de Feth! —Gritó Corbec, y, furioso, abrió fuego echando abajo el vitral completo, que cayó sobre el altar.

Rawne y Suth aprovecharon la confusión reinante para avanzar algunos metros más. Rawne desplegó un lanzagranadas y avanzó con él apoyado en el antebrazo hacia la arcada.

El estruendo fue ensordecedor.

Gaunt oyó la llamada de Corbec en el auricular.

—¡Adentro! —gritó, lanzándose hacia el interior del templo lleno de humo—. ¡Larkin, Bragg, Orcha, Varl! ¡Conmigo! —Hizo un alto en la entrada—. ¡Vosotros tres, cubrid la puerta! ¡Cluggan, avanza con dos parejas por el flanco del edificio y explorad!

Gaunt entró en la capilla pisando cristales rotos. Hasta él llegó el hedor.

Corbec y Rawne lo estaban esperando; el resto de los hombres los rodeaban, vigilantes, con sus rifles láser preparados.

—¡Ahí abajo hay algo! —dijo Rawne mientras bajaba con Gaunt los escalones sembrados de escombros.

Gaunt renovó la carga del bolter, luego se lo colgó al hombro y recogió el rifle láser caído de Forgal.

Debajo de la capilla, había una cripta. Se veían adeptos muertos, destripados como muñecos de trapo, por todo el suelo, transformado ya en una brasa. En el centro

de la cámara, había una caja metálica, oxidada, de dos metros de lado, cuya tapa tenía grabados los enrevesados sigilos del Caos.

Gaunt estiró la mano y notó que el metal estaba caliente y palpitaba. Instintivamente, la retiró.

—¿Qué es? —preguntó Corbec.

—No creo que a ninguno de nosotros nos interese saberlo —respondió Gaunt—. Alguna reliquia del enemigo, algún objeto pagano, un icono… Sea lo que sea, es algo valioso para estos monstruos, algo que están dispuestos a defender hasta el final.

—Ese coronel de los de Sloka estaba seguro de que había alguna razón por la que resistían —observó Corbec—. Tal vez esperan que lleguen refuerzos a tiempo para salvar esto.

—Desbaratemos sus planes. Quiero una retirada sistemática desde este punto; retrocedan hasta colocarse tras el muro. Todos los hombres deben dejar aquí sus explosivos. Rawne, reúnalos y móntelos, usted parece un experto.

En cuestión de minutos, los Fantasmas se habían retirado. Rawne se agachó y conectó los disparadores de las pequeñas pero potentes cargas antipersona. Gaunt lo observaba y, al mismo tiempo, vigilaba la puerta.

—Dese prisa, Rawne. No tenemos mucho rato. El enemigo no va a dejar expuesta esta zona mucho tiempo.

—Ya casi está —respondió Rawne—. Vuelva a comprobar la puerta, señor; me pareció oír algo.

El «señor» debería haberlo puesto en guardia. Tan pronto como Gaunt se volvió, Rawne se puso de pie y le descargó un puñetazo en la nuca. Gaunt cayó, atontado, y Rawne lo arrastró hasta las cargas.

—¡Un lugar muy apropiado para la muerte de escoria como usted! —murmuró—. Aquí abajo, entre los gusanos y la mugre. Es tan trágico que el valiente comisario no haya conseguido salir, pero los adeptos nos rodearon.

Rawne sacó la pistola láser y apuntó con ella a la cabeza de Gaunt.

Gaunt descargó un puntapié y derribó a Rawne. Rodó por el suelo y se lanzó contra él golpeándolo una y otra vez. De la boca de Rawne salió un hilillo de sangre. Trató de devolverle el golpe, pero Gaunt era mucho más corpulento que él y le descargó tal puñetazo que temió que le hubiera roto el cuello. El de Tanith quedó sumido en las tinieblas.

Gaunt se puso de pie y echó una mirada al temporizador. Ya quedaban menos de dos minutos. Era hora de marcharse. Giró en redondo, pero al llegar a la puerta vio cómo los guerreros del Caos avanzaban hacia él.

La explosión lanzó al aire una columna de basura y fuego que se vio claramente desde las trincheras de la Guardia, al otro lado de la zona muerta. Seis minutos

después enmudecieron los grandes cañones de los defensores. A continuación, cesó el fuego, y el silencio reinó en las líneas enemigas.

Las unidades de la Guardia avanzaron, cautelosamente al principio. Encontraron a los adeptos muertos en sus puestos. Todos ellos, al unísono, se habían quitado la vida como respondiendo a una gran pérdida. En la conclusión de su informe sobre la victoria de Blackshard, el general Hadrak decía que la destrucción de la reliquia que había dado sentido a la defensa de los seguidores del Culto al Caos, los había despojado de la voluntad o de la necesidad de seguir luchando. Hadrak señalaba también el importante papel que habían desempeñado en la victoria los Primeros de Tanith, que habían acudido en apoyo de sus propias fuerzas. Aunque en realidad se atribuía todo el mérito de la victoria de Blackshard, reconocía magnánimamente la labor de los Fantasmas de Gaunt, y alababa su valor y su habilidad para la exploración.

El coronel-comisario Gaunt, herido en el estómago y en un hombro, salió con vida de la zona muerta veinte minutos después de la última andanada y fue tratado por los equipos médicos antes de volver a la fragata. Podría haber atravesado más rápidamente las líneas enemigas de no haber cargado con el cuerpo inconsciente de uno de sus oficiales, un tal mayor Rawne, al que le salvó la vida.

Rígido a causa del dolor amortiguado por los medicamentos, Gaunt recorrió la rampa de bajada del transporte de tropas y entró en la bodega. Allí había reunidos unos novecientos hombres de Tanith. Levantaron la vista que tenían fija en sus armas, y Gaunt percibió el silencio que los atenazaba.

—Este ha sido su bautismo de sangre —les dijo—, y también el bautismo de sangre de Tanith. La primera herida de la venganza. Saboréenla.

A su lado, Corbec inició un aplauso. Uno tras otro, los hombres siguieron su ejemplo, hasta que la bodega retumbó con el aplauso unánime.

Gaunt echó una mirada a la multitud. Podía ser que, después de todo, eso tuviera futuro: un regimiento que valía la pena mandar, un premio que hacía que valiera la pena recorrer el camino hacia la gloria.

Su mirada tropezó con el mayor Rawne en medio de la multitud. Se quedaron mirándose el uno al otro. Gaunt rompió a reír al observar que Rawne no aplaudía. Se volvió hacia Milo y señaló la gaita de Tanith que su ayudante tenía entre las manos.

—Ahora puedes tocar algo —le dijo.



DOS

Era por la mañana temprano, y Gaunt recorría las filas. El olor infesto de la hierba de la jungla de Monthax llenaba y embotaba sus sentidos. Los de Tanith, que desnudos de cintura para arriba cavaban en el cieno maloliente llenando los sacos terreros con sus palas, hacían una pausa para responder a su saludo, cambiar con él unas palabras o hacer preguntas prudentes sobre la inminente batalla.

Gaunt les respondía en la medida de sus posibilidades. Como comisario, un oficial político, encargado de mantener la moral y de la propaganda, podría haberse limitado a una frase pomposa y oportuna, pero como coronel sentía la obligación de responder a sus hombres con la verdad. Y la verdad era que no sabía muy bien qué esperar. Sabía que sería duro, eso sí lo sabía; aunque su cargo de comisario hizo que les ahorrara ese dato a los hombres. En general, Gaunt hablaba de valentía y de gloria, utilizaba términos para levantar la moral y se expresaba en tono cordial pero firme, tal como su mentor, el general-comisario Oktar, le había enseñado durante todos aquellos años en que él todavía era un cadete sin experiencia con los de Hyrkan.

—Reserva los gritos y las voces para la batalla, Ibram. Hasta ese momento, levántales la moral con suaves palabras de aliento. Haz como si no hubiera en el mundo nada que te preocupara.

Gaunt se preciaba de conocer no sólo el nombre de todos sus hombres, sino también un poco acerca de todos ellos. Una broma privada ahí, un interés común allá. Era el sistema de Oktar, probado y comprobado. Que el Emperador lo tuviera en su gloria. Gaunt trataba de memorizar todas las caras sonrientes, manchadas de barro, al pasar. Sabía que estaría perdido el día en que le dijeran que el soldado tal o cual había caído en combate y no fuera capaz de recordar su cara.

—Los muertos te perseguirán siempre —le había dicho Oktar—; lo que tienes que hacer es asegurarte de que sean Fantasmas amistosos.

Si Oktar hubiera sabido que aquello era literalmente cierto.

Gaunt se detuvo junto a un canal de dispersión y el recuerdo hizo que aflorara una sonrisa a sus labios. Un poco más allá, unos soldados daban patadas a un saco de barro en un juego improvisado. El extraño balón llegó a donde él estaba y lo paró con la punta de la bota; después lo devolvió al grupo. Valía más que se divirtieran un poco mientras pudieran. ¿Cuántos de ellos estarían vivos al día siguiente para seguir jugando?

¿Cuántos, realmente? Siempre había bajas y más bajas. Unas merecían la pena, otras eran terribles, y algunas absolutamente innecesarias. Con todo, los recuerdos lo perseguían en esas horas de espera interminable. Placiera al Emperador que las bajas entre los valientes soldados rasos de Gaunt no fueran nunca tan grandes, tan indiscriminadas, ni tan sin sentido como aquel día en Voltemand, hacía ya un año…

UN BAÑO DE SANGRE

Ya hacía dos buenas horas que se habían internado en los bosques sombríos de troncos oscuros de las ciénagas de Voltemand. Los camiones rezumaban fango apestoso y el rugido de los motores resonaba desde las malsanas frondas que los cubrían. Entonces el coronel Ortiz vio a la muerte.

Llevaba una túnica roja y estaba entre los árboles, a la derecha de la pista, totalmente al descubierto, inmóvil, observando a la columna de Basilisk mientras pasaban por la pista. Fue la ausencia de movimiento lo que dejó helado a Ortiz. Volvió a mirar una segunda vez, después de haber visto la figura al pasar sin darse cuenta de lo que era realmente.

Tenía casi el doble de la talla de un hombre y resultaba aterradora con su armadura color sangre oxidada rematada por una curva cornamenta de bronce. La cara era la cabeza esculpida de la muerte. Demonio. Guerrero del Caos. Devorador de mundos.

Ortiz volvió instantáneamente la cabeza y sintió que la sangre abandonaba su cuerpo. Buscó al tacto su enlace de radio.

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Emboscada a la derecha! —gritó por el micrófono.

Los engranajes chirriaron y cientos de toneladas de acero en movimiento se estremecieron, se hundieron y se atascaron en la cenagosa pista, quedando allí atrapados, imposibilitados, a causa de su peso, de reaccionar rápidamente.

Para entonces, el marine espacial del Caos ya había empezado a moverse, lo mismo que otros seis camaradas que surgieron de los bosques circundantes.

El pánico se apoderó del sector del convoy que comandaba Ortiz: los diez vehículos que iban a la cabeza de una pesada columna de ochenta tanques Basilisk pintados con las llamas y plumas de los serpientes, el XVII Regimiento Blindado de Ketzok, enviados como apoyo para el ataque frontal del 50.º Real de Volpone, los llamados sangreazul. Los de Ketzok tenían fuerza de ataque suficiente como para borrar del mapa una ciudad, pero atrapados en una pista estrecha, en medio de un espeso bosque, sin posibilidad de volver atrás o de desviarse, y con monstruosos enemigos acechando a una distancia demasiado corta como para que pudieran usar las armas principales, estaban totalmente indefensos. Los gritos de pánico fueron recorriendo la columna hacia atrás, de una a otra parte del convoy. Ortiz oyó el ruido de los troncos derribados al tratar algunos comandantes de sacar sus máquinas de la pista.

Los devoradores de mundos empezaron a aullar mientras avanzaban, arrancando de sus gargantas amplificadas profundos gritos inhumanos que retumbaban sobre la

pista y hacían temblar el metal del blindaje de los tanques. Vociferaban el nombre de la maldita abominación a la que rendían culto.

—¡Armas cortas! —ordenó Ortiz—. ¡Utilicen los soportes de pasador!

Mientras hablaba, giró el cañón automático montado en la parte trasera de su carro y lo apuntó contra el monstruo más cercano.

La matanza empezó. El zumbido de los lanzallamas llegó a oídos de Ortiz mezclado con los gritos de los hombres que se achicharraban dentro de los tanques recalentados. El marine del Caos, el que había visto en primer lugar, llegó al Basilisk que estaba delante del suyo y empezó a destrozar su blindaje como si fuera leña con su hacha sierra. Del metal cortado, saltaban chispas. Chispas, llamas, esquirlas de metal, carne.

Con un grito, Ortiz apuntó su arma contra el devorador de mundos y disparó. El primer disparo pasó de largo, pero corrigió el arma antes de que el monstruo pudiera volverse. Daba la impresión de que la criatura no sentía los disparos. Ortiz mantuvo pulsado el disparador y lanzó una andanada de metralla sobre el espectro rojo. Por fin, la figura se estremeció, se convulsionó y estalló.

Ortiz lanzó una maldición. Al parecer, los devoradores de mundos eran capaces de absorber una cantidad de munición capaz de matar a un *Leman Russ*. Se dio cuenta de que el cargador de su arma se encontraba casi vacío. Estaba sacándolo mientras gritaba a su artificiero que le diera uno nuevo cuando una sombra cayó sobre él.

Ortiz se volvió.

Otro marine del Caos estaba de pie sobre la parte trasera del Basilisk, un gigante que le tapaba la luz del sol. El demonio se inclinó y le lanzó en pleno rostro un grito de victoria, sofocándolo con la fuerza del contundente sonido y su hedor abominable. Ortiz se echó hacia atrás como repelido por la onda expansiva de una explosión. No podía moverse. El devorador de mundos emitió desde el otro lado de su catalejo un gruñido macabro, profundo, que pareció una sacudida sísmica. La espada sierra que llevaba en la mano zumbó y se cernió amenazadora…

El golpe no llegó a descargarse. El monstruo se balanceó dos o tres veces, vaciló un momento y explotó.

Salpicado de grasa y de un fluido purulento, Ortiz se encaramó con dificultad desde su portilla y súbitamente tomó conciencia de que un nuevo nivel de fuego de artillería se superponía al ya existente: ráfagas sostenidas de fusiles láser, el traqueteo de armas de apoyo, el estallido de las granadas. Otra fuerza salía de los bosques aplastando a los marines del Caos emboscados contra los flancos de acero de sus máquinas de artillería.

Bajo la mirada de Ortiz fueron cayendo, uno tras otro, los devoradores de mundos que quedaban. Uno de ellos fue atravesado docenas de veces por el fuego de su rifle láser antes de caer boca abajo en el cieno. Otro recibió varias descargas de

lanzallamas mientras rompía con sus manos de acero el blindaje de un Basilisk. Las llamas desprendieron la torreta del tanque, y el marine se incendió junto con sus víctimas. Su espantoso rugido siguió resonando mucho tiempo después de que las llamas los hubieron consumido.

Los salvadores de la columna surgieron del bosque que los rodeaba.

Eran guardias imperiales: hombres altos, de pelo oscuro y piel pálida, vestidos con trajes de faena negros, una ralea desaliñada, de pelo revuelto, casi invisible bajo los capotes de camuflaje. A los oídos de Ortiz llegó la música extraña, inquietante, de una gaita que entonaba una especie de quejido fúnebre en el bosque cercano. Fue respondida por los vivas y los hurras de los hombres a los que acompañaba.

Ortiz saltó al barro y, atravesando la humareda, se acercó a los guardias imperiales.

—Soy el coronel Ortiz. Mi agradecimiento más sincero —dijo. Y preguntó—: ¿Quiénes son ustedes?

El hombre más próximo, un gigante con el pelo lacio y una barba negra y enmarañada, que llevaba descubiertos los brazos en los que lucía un tatuaje en forma de espiral, sonrió cordialmente y saludó levantando su rifle láser.

—Coronel Corbec, de los Primeros de Tanith. Es un placer, sin duda.

Ortiz le respondió con una inclinación de cabeza. Se dio cuenta de que todavía temblaba. Casi no se atrevía a mirar al marine del Caos que yacía muerto en el lodazal.

—Se requiere disciplina para sorprender a una emboscada. No se puede negar que sus hombres tienen valor. ¿Por qué…?

No pudo continuar. El gigante de la barba, Corbec, se quedó inmóvil, con una expresión sombría en el rostro. A continuación, dio un salto hacia adelante y, con un grito, derribó a Ortiz, que cayó en el lodo de color negro azulado.

El devorador de mundos supuestamente muerto alzó la cabeza astada y levantó a medias el bolter; pero no pudo hacer nada más porque fue inmediatamente decapitado por una espada sierra.

Sus restos volvieron a caer en el barro, y la cabeza salió rodando. Ibram Gaunt apareció empuñando la espada sierra como un duelista antes de desactivarla. Se volvió hacia Corbec y Ortiz que se estaban levantando, cubiertos de barro de pies a cabeza. Ortiz miró la figura alta, imponente, con su larga chaqueta oscura y su gorra de comisario imperial. Tenía la cara huesuda y los ojos oscuros como el espacio, y parecía capaz de despedazar un mundo con las manos.

—Le presento al jefe —farfulló Corbec al lado de Ortiz—. El coronel-comisario Gaunt.

Ortiz lo saludó con una inclinación de cabeza mientras se limpiaba la cara.

—O sea que ustedes son los Fantasmas de Gaunt.

El mayor Gilbear se sirvió brandy de una jarra que había sobre un mueble de madera de teca.

—Pero ¿quién demonios son estos espantosos bárbaros? —preguntó bebiendo un sorbo de la enorme copa de cristal.

En su escritorio, el general Noches Sturm dejó su pluma y se recostó en la butaca.

—¡Oh!, por favor, sírvase mi brandy como si fuera suyo, Gilbear —dijo en tono calmado, aunque el sarcasmo le pasó desapercibido a su corpulento ayudante.

Gilbear se estiró en una silla que había junto a las pantallas parpadeantes de color ámbar del transmisor de mensajes y miró a su comandante.

—¿Fantasmas? Así es como los llaman, ¿verdad?

Sturm asintió observando a su ayudante principal. Gilbear —Gizhaum Danver De Banzi Haight Gilbear, para llamarlo por su nombre completo— era el segundo hijo de los Haight Gilbear de Solenhofen, la casa real de Volpone. Medía casi dos metros y medio, y hacía gala de una fuerza arrogante. Tenía las facciones anchas, romas y blandas, y la mirada lánguida y hundida de la aristocracia. Vestía el uniforme gris y oro del 50.º Real de Volpone, los llamados «sangreazul», que se creían el regimiento más noble de la Guardia Real.

Sturm le respondió desde su asiento.

—Así es, los llaman Fantasmas, los Fantasmas de Gaunt, y están aquí porque yo así lo solicité.

Gilbear enarcó una ceja en actitud desdeñosa.

—¿Usted pidió que vinieran?

—Llevábamos casi seis semanas y no podíamos expulsar al enemigo de la ciudad de Voltis. Dominan todo el territorio al oeste del valle de Bokore. El Señor de la Guerra Macaroth no está satisfecho. Mientras tengan Voltemand en su poder disponen de un acceso al corazón de los Mundos de Sabbat. Como ve, necesito una palanca. Necesito introducir un nuevo elemento para salir de este callejón sin salida.

—¿Esa plebe? —dijo Gilbear con desprecio—. Los observé mientras se reunían tras desembarcar. Van desaliñados y son unos primitivos analfabetos; llevan tatuajes y anillos en la nariz.

Sturm levantó una placa de datos de su mesa y la agitó ante la vista de Gilbear.

—¿Ha leído usted los informes que presentó el general Hadrak después de que los de Sloka se apoderaron de Blackshard? Atribuye a esa plebe de Gaunt la incursión decisiva. Al parecer, son insuperables en operaciones encubiertas.

Sturm se puso de pie y se ajustó el cuello de su rutilante uniforme del Estado Mayor de los sangreazul. La amarillenta luz del sol bañaba el estudio y llegaba hasta las puertas del invernadero, en el fondo, suavizada por los pulcros cortinajes. Apoyó la mano en el antiguo globo de Voltemand, colocado sobre un pie de caoba junto al

escritorio, y lo hizo girar al desgaire mientras su mirada se perdía en los jardines de la mansión Vortimor. Ese lugar había sido la residencia de campo de una de las más antiguas familias de la nobleza de Voltemand, una mansión vasta, gris, orlada de plantas trepadoras de color malva y situada en una zona de parque treinta kilómetros al sur de la ciudad de Voltis. Había sido el lugar ideal para establecer el cuartel general supremo.

Afuera, en las praderas, un escuadrón de élite de los sangreazul, con uniforme de combate, realizaba ejercicios de precisión con espadas sierra. El metal centelleaba al trazar círculos perfectos y elegantes. Más allá, un jardín de espalderas y cenadores bajaba hasta un embarcadero en el lago, calmo y brumoso, bajo la luz vespertina. Las luces de navegación arrancaban destellos a las púas de los mástiles de comunicaciones del herbario. En algún lugar de los establos, los gallos ornamentales emitían su llamada chillona.

«Nada hace pensar que haya guerra», dijo Sturm para sus adentros. Se preguntó dónde estarían entonces los antiguos propietarios de la mansión. ¿Habrían huido a otro mundo antes del primer asalto? ¿O acaso estarían aterrados y muertos de hambre en la bodega de una nave de refugiados, reducidos de la noche a la mañana al mismo nivel de sus antiguos vasallos? Pero ¿también era posible que hubieran quedado reducidos a cenizas entre las ruinas de Kosdorf o sobre la candente carretera de Metis? ¿Acaso habrían muerto gritando y derritiéndose en el puerto orbital cuando las legiones del Caos cayeron por primera vez sobre su mundo, evaporados junto a las propias naves en las que pretendían escapar?

«¿Y qué importa eso?», pensó Sturm. Lo único que importaba era la guerra. La gloria, la Cruzada, el Emperador. Sólo se preocuparía por los caídos cuando la cabeza ensangrentada de Chanthar, el demagogo del ejército del Caos que tenía la ciudadela de Voltis, le fuese traída sobre una bandeja. Y ni siquiera entonces le importaría demasiado.

Gilbear estaba de pie, volviendo a llenar su copa.

—Ese Gaunt es todo un personaje, ¿no es cierto? ¿No estaba con el VIII de Hyrkan?

—Los llevó a la victoria en Balhaut —dijo Sturm tras aclararse la garganta—. Uno de los grandes favoritos del viejo Slaydo. Lo ascendió a coronel-comisario, nada menos. Se decidió que tenía el prestigio necesario para poner en marcha uno o dos nuevos regimientos, de modo que lo mandaron al planeta Tanith para supervisar allí la Fundación. Una flota espacial del Caos atacó ese mundo aquella misma noche, y él consiguió huir con algunos miles de hombres.

Gilbear asintió.

—Eso tenía entendido. Se salvó por los pelos. Pero lo que se desmorona es su carrera, con el lastre de una calaña como esa. Macaroth no parece dispuesto a

trasladarlo, ¿verdad?

—Nuestro amado y todopoderoso señor no mira con buenos ojos a los favoritos de sus predecesores —respondió Sturm, esbozando una leve sonrisa—. Especialmente porque Slaydo concedió a Gaunt y a algunos otros los derechos de colonización del primer mundo que conquistasen. Él y su ralea de Tanith son un engorro para el nuevo régimen. Pero eso nos viene bien. Lucharán duro porque lo tienen todo por probar y por ganar.

—Y digo yo —dijo Gilbear, de repente, y dejó su copa—: ¿qué pasa si ganan? Quiero decir, ¿qué pasa si son tan útiles como usted dice?

—Facilitarán nuestra victoria —respondió Sturm, sirviéndose una copa—. Ellos no conseguirán nada más. Serviremos doblemente al Señor de la Guerra Macaroth, tomando este mundo para él y liberándolo de Gaunt y sus malditos Fantasmas.

—¿Nos esperaban? —preguntó Gaunt mientras se montaba en el Basilisk de Ortiz cuando el convoy empezó a moverse.

El coronel Ortiz asintió, recostándose contra la tapa elevada de la torreta.

—Se nos ordenó incorporarnos a la formación la noche pasada para adentrarnos en el extremo septentrional del valle de Bokore y aplastar las fortificaciones enemigas del lado occidental. Supongo que lo que se pretendía era debilitarlos. Ya en camino, recibí órdenes codificadas donde se me ordenaba reunirme con su regimiento en la encrucijada de Pavis y transportarlo mientras avanzábamos.

Gaunt se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo corto y rubio.

—A nosotros nos ordenaron avanzar a campo traviesa hacia la encrucijada, es cierto —respondió—. Se nos dijo que allí encontraríamos transporte para hacer la última parte del camino, pero mis exploradores detectaron el hedor de los devoradores de mundos, de modo que retrocedimos y los encontramos a ustedes aquí.

—Fue una verdadera suerte. —Ortiz se estremeció al decirlo.

Gaunt echó una mirada a la línea del convoy mientras avanzaban, haciéndose cargo del gran volumen de los Basilisk que se abrían camino por la sinuosa y cenagosa pista a través del bosque oscuro y nauseabundo. Sus hombres habían trepado a los flancos de las enormes máquinas de guerra, una docena o más por vehículo, y bromeaban con las tripulaciones de los serpientes, con quienes intercambiaron bebidas y cigarros. Algunos aprovechaban para limpiar las armas, y otros, incluso, echaban un sueñecito en la medida en que lo permitían las sacudidas de las bestias de acero.

—¿De modo que Sturm los manda hacia el interior? —preguntó Ortiz.

—Siguiendo el curso del río hasta las puertas de Voltis. Piensa que podemos tomar la ciudad en la que han fracasado cincuenta mil de los sangreazul.

—¿Y pueden?

—Ya se verá —dijo Gaunt sin un atisbo de sonrisa—. Los Fantasmas son nuevos. Sólo se han probado en una escaramuza en Blackshard, pero tienen ciertas… cosas a su favor.

Tras guardar silencio, pareció quedarse admirando las líneas oro y turquesa del diseño de serpiente emplumada pintado sobre el tambor del arma principal del Basilisk. Sus fauces abiertas coincidían con la boca del cañón. Todas las máquinas Ketzok estaban abundantemente decoradas de forma similar.

Ortiz soltó un silbido como para sus adentros.

—Por el valle de Bokore hasta la boca del infierno. No les envidio la papeleta.

Entonces Gaunt sí sonrió.

—Ustedes limítense a machacar las colinas occidentales y a mantenerlos ocupados. O sea, bárranlos del mapa hasta el Día del Juicio Final antes de que lleguemos allí.

—Trato hecho —dijo Ortiz riendo.

—¡Ah! Y afinen la puntería —añadió Gaunt con una risita retadora—. ¡Recuerden que tienen amigos en el valle!

Dos vehículos más atrás, Corbec agradeció con una inclinación de cabeza el oscuro y fino cigarro que le ofreció el comandante del Basilisk.

—Doranz —dijo el serpiente, presentándose.

—Encantado —respondió Corbec. El cigarro sabía a regaliz, pero de todos modos se lo fumó.

Un poco más abajo, en el casco del tanque, sentado junto a los pies de Corbec, el joven Milo estaba limpiando los tubos de la gaita de Tanith. El instrumento silbaba y chirriaba torpemente. Doranz palideció.

—Le diré una cosa: cuando oí la música de ese chico, aquella nota fúnebre, casi me asusté más que con los malditos gritos del enemigo.

—La gaita cumple su función. Nos orienta y asusta al enemigo. Allá, en nuestra patria, los bosques se movían y cambiaban. Las gaitas indicaban el camino, para no perderse.

—¿Dónde está su patria? —preguntó Doranz.

—Ahora, en ninguna parte —dijo Corbec, y se dedicó a fumar.

Sobre el lomo blindado de otro Basilisk, el gigantón Bragg, el más grande de todos los Fantasmas, y el pequeño y enjuto Larkin jugaban a los dados con dos miembros de la tripulación del tanque. Larkin ya había ganado un anillo de sello de oro con una turquesa en forma de calavera. Bragg había perdido todos sus cigarros y dos botellas de sacra. Cada cierto tiempo, una sacudida del tanque en el que iban hacía que el

dado cambiara de posición o se metiera en algún hueco poco accesible, lo que daba lugar a gruñidos y acusaciones de engaño y trampas.

En la torreta del tanque, con el comandante del vehículo, el mayor Rawne observaba el juego que no lo divertía en absoluto. El comandante del Basilisk se sentía incómodo con su pasajero. Rawne era esbelto, moreno y tenía un aire peligroso. Llevaba una estrella tatuada encima del ojo. No era agradable ni abierto como parecían los otros Fantasmas.

—Entonces, mayor…, ¿qué tal es su comisario? —empezó a decir el comandante como para romper un silencio incómodo.

—¿Gaunt? —preguntó Rawne, volviéndose lentamente para mirar al serpiente—. Es un maldito bastardo que dejó que mi mundo muriera, y algún día lo mataré con mis propias manos.

—¡Oh! —se limitó a responder el comandante antes de encontrar algo más importante que hacía necesaria su presencia en el habitáculo.

Ortiz le pasó a Gaunt su petaca. La tarde tocaba a su fin y se estaban quedando sin luz. Ortiz consultó un mapa en una placa y la inclinó para que Gaunt pudiera verla.

—Según el Servicio de Navegación estamos a unos dos kilómetros de la encrucijada de Pavis. Hemos hecho un buen promedio. Llegaremos antes de que anochezca. Me alegro, no quisiera verme obligado a encender las luces y los focos para seguir adelante.

—¿Qué sabemos de Pavis? —preguntó Gaunt.

—Según los últimos informes, estaba en manos de un batallón de los sangreazul. Eso fue a las cero-quinientas de esta mañana.

—No estaría de más comprobarlo —musitó Gaunt—. Hay cosas peores que caer en una emboscada al atardecer, pero no muchas. ¡Cluggan!

Llamó a un Fantasma corpulento, de pelo gris, que jugaba a las cartas con otros en la parte inferior del casco.

—¡Señor! —respondió Cluggan trepando por el bamboleante Basilisk.

—Sargento, elija seis hombres, salten del carro y adelántense a la columna para explorar. Estamos a menos de dos kilómetros de la encrucijada —le dijo mostrándole el mapa—. Debería estar despejada, pero después de nuestro encuentro con los devoradores de mundos, es mejor que nos aseguremos.

Cluggan saludó y, deslizándose, llegó hasta donde estaban sus hombres. Momentos después habían reunido su equipo y sus armas y se descolgaban de la falda del carro blindado a la pista. Un poco más tarde se habían desvanecido como el humo entre el bosque.

—Es impresionante —dijo Ortiz.

En la encrucijada de Pavis, los serpientes hicieron oír su voz. Abriendo sus grandes fauces pintadas hacia el cielo nocturno, empezaron su andanada.

Brin Milo, refugiado en la sombra de un *Chimera* médico, se tapaba los oídos con las manos. Había visto dos batallas de cerca: la caída de Tanith Magna y el ataque a la ciudadela de Blackshard, pero ésa era la primera vez que se enfrentaba, con toda su crudeza, al ensordecedor estruendo de la artillería blindada.

Los Basilisk de Ketzok se habían parapetado a lo largo de una loma y formaban una línea dispersa de aproximadamente una milla de largo. Estaban hundidos hasta el casco en la tierra gris, con las armas principales apuntando hacia arriba; sembraban la muerte en las colinas occidentales del otro lado del valle, a nueve kilómetros de distancia. Disparaban a discreción; según había asegurado Corbec, la andanada podría durar toda la noche. Al menos una vez por segundo sonaba un cañón, iluminaba la oscuridad con el destello de su feroz boca y hacía retemblar la tierra a causa del disparo y el retroceso.

La encrucijada de Pavis era un obelisco de piedra que marcaba el cruce de la carretera de Metis, que recorría el valle desde la ciudad de Voltis, y la pista de Mirewood, que iba en dirección al este. La columna blindada de los serpientes había llegado al anochecer, había desplazado a los sangreazul allí acampados y se había desplegado a lo largo de una elevación del terreno mirando hacia occidente. Cuando se vieron en el cielo las primeras estrellas, los hombres de Ortiz empezaron el ataque.

Milo buscaba con la mirada al comisario, y cuando vio a Gaunt dirigiéndose con sus oficiales superiores a una zanja del terreno junto al puesto de comunicación orbital donde se había instalado un entoldado, fue corriendo a reunirse con ellos.

—¡Mi catalejo! —pidió Gaunt, que elevó su voz sobre el fragor de las armas.

Milo sacó de su mochila el catalejo nocturno con remate de bronce del comisario, y Gaunt se encaramó sobre el parapeto para observar.

Corbec se asomó a su lado. De su barba, sobresalía un delgado cilindro negro.

—¿Qué es eso? —preguntó Gaunt, volviéndose para mirarlo.

Corbec lo sacó y lo mostró con orgullo.

—Un cigarro. Nada menos que regaliz. Le gané una caja al artillero de mi carro blindado y creo que me estoy aficionando a ellos.

—¿Ve algo? —añadió.

—Sólo puedo ver las luces de Voltis; sobre todo, las hogueras de los vigías y las luces de los altares. Nada que sea demasiado alentador.

Gaunt cerró de un golpe su catalejo, bajó del parapeto y le devolvió el artilugio a Milo. El chico ya había desplegado el mapa de campo, una placa de cristal enmarcada en metal y montada como un caballete sobre un trípode de bronce. Gaunt accionó la palanca burilada que tenía a un lado, y el cristal se iluminó lentamente con una luz azulada. Introdujo una transparencia de cerámica que tenía grabada la geografía del

lugar e inclinó la pantalla hacia un lado para que pudieran verla los hombres allí reunidos: Corbec, Rawne, Cluggan, Orcha y los demás oficiales.

—El valle de Bokore —señaló Gaunt, apoyando sobre el cristal la punta de su largo cuchillo de plata Tanith.

Como para subrayar sus palabras, el Basilisk más próximo disparó, lo que hizo que retumbara la zanja. El mapa de campo parpadeó y del techo se desprendieron trozos de tierra.

—Cuatro kilómetros de ancho, doce de largo, franqueada al oeste por unas abruptas colinas, donde el enemigo está bien parapetado. En el extremo más lejano, la ciudad de Voltis, antigua capital de Voltemand. Tiene murallas de basalto de treinta metros. Fue construida como fortaleza hace trescientos años, cuando conocían ese arte. Las fuerzas invasoras del Caos venidas de fuera del planeta hicieron de ella su plaza fuerte desde el primer día. El 50.º de Volpone lleva seis semanas tratando de atravesar las defensas, pero los bastardos con que tropezamos hoy dan una idea de la fuerza a la que se han estado enfrentando. Esta noche haremos una incursión.

Alzó la vista, sin prestar atención al atronador ruido circundante.

—¿Mayor Rawne?

Rawne se adelantó, aunque parecía reacio a situarse en un lugar próximo a Gaunt. Nadie sabía lo que había sucedido entre ellos cuando habían estado juntos y a solas en Blackshard, pero todos habían visto cómo Gaunt había puesto a salvo a Rawne llevándolo sobre sus hombros a pesar de sus propias heridas. ¿Acaso no era ése el tipo de cosas que fortalecían los vínculos entre los hombres en vez de aumentar su enemistad?

Rawne ajustó un mando que había en el borde del mapa, de modo que la placa desplegó una sección diferente de la transparencia.

—El acceso es directo. El río Bokore atraviesa el ancho valle. Es ancho y poco torrentoso, especialmente en esta época del año. La mayor parte del cauce está estrangulado por las espadañas y los juncos. Podemos avanzar por el canal del río y pasar desapercibidos.

—¿Lo han explorado? —preguntó Gaunt.

—Mi escuadrón volvió hace apenas media hora —dijo Rawne en voz baja—. Los sangreazul lo han intentado varias veces, pero iban semiblindados y el barro no les permitía avanzar. Nosotros llevamos menos peso… y somos buenos.

—¿Corbec? —llamó Gaunt tras aceptar con una inclinación de cabeza la observación de Rawne.

El hombrón dio una chupada a su cigarro. Guiñó un ojo e hizo sonreír a Milo.

—Por supuesto, nos moveremos en la oscuridad en la próxima media hora. Escuadrones escalonados de treinta hombres para esparcir nuestras huellas —volvió a cambiar de sector el mapa—. El principal punto de acceso es la antigua compuerta de

la ciudad. Es evidente que está férreamente defendida. Grupos secundarios bajo el mando del sargento Cluggan tratarán de tomar por asalto la muralla desde la salida de los desagües de la ciudad. No les prometo que esto vaya a ser una merienda campestre.

—El objetivo —dijo Gaunt—: entrar y tomar la ciudad. Nos moveremos por brigadas. Un hombre de cada diez llevará todo el explosivo que sea capaz de cargar. Los jefes de brigada deben seleccionar a un hombre con experiencia en demoliciones. Proporcionaremos cobertura a estos especialistas a fin de darles ocasión de colocar cargas para arrancar lienzos de muralla o puertas. Cualquier cosa que abra un acceso a la ciudad.

»He hablado con el coronel de los sangreazul. Tiene siete mil hombres en unidades motorizadas listas para avanzar y aprovechar cualquier brecha que podamos abrir. La señal será «Tormenta».

Se produjo un silencio sólo roto por el martilleo inclemente de los cañones de los Basilisk.

—A alinearse y en marcha —dijo Gaunt.

Afuera estaba Ortiz hablando con varios de sus oficiales de mayor rango; uno de ellos era Doranz. Vieron a los oficiales de los Fantasmas salir de la zanja y dar órdenes.

Desde el otro lado del emplazamiento, la mirada de Ortiz y la de Gaunt se cruzaron. Había demasiado ruido para hablar, de modo que el primero cerró el puño y se golpeó dos veces a la altura del corazón, un antiguo gesto para desear suerte.

Gaunt respondió con una inclinación de cabeza.

—Hombres aterradores —dijo Doranz—. Casi siento lástima por el enemigo. Era una broma, por supuesto —añadió Doranz; pero Ortiz no estaba muy seguro de que lo fuera.

La medianoche los sorprendió sumergidos hasta la cintura en las nauseabundas y negras aguas de los juncales del río Bokore, atormentados por nubes de moscas picadoras. Habían sido tres horas de dura marcha atravesando las aguas someras y aceitosas del viejo río, y entonces se erguían ante ellos las imponentes murallas de Voltis, iluminadas por hogueras y antorchas en lo alto. Detrás de ellos, como una distante contienda, los Basilisk escupían muerte hacia los cielos; el rugido distante avanzaba y una serie de destellos color naranja destacaban en la línea del horizonte.

Gaunt ajustó su catalejo nocturno y estudió el panorama; lo veía todo en la oscuridad como un negativo verde. La compuerta estaba a unos treinta metros y tendría cuarenta de alto. De ella salía una gran rampa que descargaba al río el agua que antes había impulsado los molinos de la ciudad. Gaunt se dio cuenta de que en algún punto se había bajado una esclusa que había restañado el flujo cerrando el

funcionamiento de la rampa. Era posible distinguir algunos espacios protegidos con sacos terreros en las sombras, más allá del parapeto de la compuerta.

Ajustó su microtransmisor.

—¿Corbec?

Colm Corbec oyó a su comandante en la oscuridad y respondió. Avanzó un poco entre los juncos hasta donde estaba Bragg en cuclillas, detrás de un embarcadero medio podrido.

—Cuando estés preparado… —lo invitó Corbec.

Bragg sonrió, y sus dientes brillaron a la luz de las estrellas. Retiró la lona que cubría una de las dos enormes armas que había traído sobre los hombros desde la encrucijada de Pavis. El metal pulido del lanzamisiles había sido disimulado con manchas de barro de los pantanos.

Bragg el *Prueba Otra Vez* era un pésimo tirador, pero la compuerta resultaba un blanco generoso, y el portamisiles llevaba cuatro misiles de fusión.

La noche estalló. Tres misiles salieron rectos de la garganta del lanzamisiles. La fuerza de la ráfaga de calor esparció piedras, esquirlas de metal, vapor de agua y cuerpos desmembrados en un radio de cincuenta metros. El cuarto hizo desaparecer un lienzo de muralla y provocó un pequeño alud de piedras basálticas. Durante un momento, el calor fue tan intenso que el catalejo nocturno de Gaunt sólo captó un resplandor color esmeralda. Luego pudo ver que la boca cincelada de la compuerta se había convertido en una herida borboteante, ardiente, en la enorme muralla; una incisión desigual, vertical en el basalto. Le llegaron gritos agonizantes desde el otro lado de la rampa. Detrás de la muralla, las llamadas de alarma de campanas y sirenas producían una confusión absoluta.

Los Fantasmas cargaron contra la compuerta. Orcha encabezó el primer grupo, que subió por la empinada rampa y pasó por debajo del arco fundido y de la piedra perforada. Él y tres de sus hombres descargaron sus lanzallamas dibujando amplios arcos; mientras lo abrasaban y calcinaban todo, la oscura rampa les devolvía el eco. Detrás de ellos, llegó Corbec con cinco grupos equipados con rifles láser. Se introdujeron en los pasajes y las cisternas laterales de la compuerta, y aniquilaron a los seguidores del Culto al Caos que habían conseguido refugiarse allí después del primer ataque.

La tercera fuerza de asalto, bajo el mando del mayor Rawne, llegó a continuación. En primera línea iba Bragg, que había abandonado su lanzamisiles vacío y llevaba entonces un pesado bolter. Lo había arrancado de la montura en Brackshard y lo transportaba a hombros al igual que si un hombre de menor talla hubiese levantado un pesado rifle.

Gaunt también avanzó, con la pistola bolter en una mano y la espada sierra en la otra. Bramó igual que sus hombres, cuyas siluetas eran proyectadas por el fuego

sobre el fondo del agua reluciente. Milo dio un salto, jugueteando con los tubos de su gaita de Tanith que llevaba bajo el brazo.

—Este es un buen momento, Brin —dijo Gaunt.

Milo se introdujo la boquilla en la boca, infló el fuelle y empezó a entonar un antiguo lamento de batalla de Tanith: *El oscuro sendero del bosque*.

En lo alto de la rampa, Orcha y su grupo oyeron el agudo lamento de los tubos que llegaba de fuera. Ante ellos se cernía una húmeda oscuridad.

—Cerrad filas —ordenó, lacónico, Orcha por su microtransmisor.

—De acuerdo.

—A vuestra izquierda —gritó Brith, de repente.

Un cañón de asalto rugió desde la oscuridad de una rampa lateral. Brith, Orcha y otros dos se desintegraron para convertirse instantáneamente en roja niebla y sanguinolenta pulpa.

Los soldados Gades y Caffran se parapetaron tras el contrafuerte de la enorme muralla.

—¡Fuego enemigo! —gritó Caffran por su microtransmisor—. Tienen la rampa cubierta por un arco mortal.

Corbec lanzó una maldición. Debería haberlo esperado.

—¡Agáchate! —ordenó al joven Fantasma por el micrófono mientras hacía señales a sus dos primeras escuadras que estaban en la cima de la rampa más baja, con el agua arremolinándose en torno a sus rodillas.

—Mal sitio para abrir fuego —dijo el loco Larkin con tono fúnebre mientras describía un arco con su rifle láser.

—¡Cierra el pico, Larks! —gruñó Corbec.

Al frente se oía la voz de pesadilla del cañón y el ritmo añadido de tambores y cánticos guturales. Corbec sabía que Larkin tenía razón. Un túnel de piedra estrecho, cerrado, no era el lugar idóneo para un fuego cruzado. Produciría una masacre en ambos bandos.

—Sólo están tratando de ahuyentarnos —les dijo a sus Fantasmas en voz baja mientras avanzaban por los laterales.

—Y que lo digas. ¡Lo están consiguiendo! —dijo Varl.

Los tambores y los cánticos subieron de tono, pero de repente el cañón se calló.

—Ha cesado —informó Caffran por el enlace.

Corbec se volvió para enfrentarse a la mirada enloquecida de Larkin.

—¿Qué te parece? ¿Una treta para hacernos salir?

Larkin olfateó el aire espeso.

—¿Puedes olerlo? Ceramita candente. Apostaría a que se les ha quemado la mermelada.

Corbec no respondió. Caló la bayoneta en su rifle láser y cargó rampa arriba, gritando en un tono más alto y más agudo que la gaita de Milo. Vociferando, las escuadras de Fantasmas lo siguieron.

Caffran y Gades se incorporaron a la carga. Bramando y manteniendo bajas sus armas, saltaron desde detrás del contrafuerte hacia la bóveda principal.

Corbec saltó limpiamente una línea de sacos terreros, sorteó una hondonada y destripó a los dos seguidores del Culto al Caos que estaban tratando de desatascar el cañón de asalto.

Larkin hundió una rodilla en el agua salobre y desprendió la tapa del catalejo nocturno de su rifle láser. Eligiendo cuidadosamente sus blancos, barrió a cuatro seguidores del Caos que estaban rampa abajo.

Fuego de láser y bolter respondió al ataque de los Fantasmas, y derribó a varios de ellos. La carga de los hombres de la Guardia se encontró con la fuerza del Culto sobre una rampa secundaria, alta y estrecha, en la que no cabían más de dos hombres al mismo tiempo. Los cuerpos caían despedazados por los disparos a bocajarro. Las bayonetas y las espadas se clavaban y repartían tajos. Corbec estaba en lo más espeso del enfrentamiento. Una espada sierra ya lo había herido en la mano y le había costado un dedo, y la sangre le manaba a causa de una cuchillada que había recibido en el hombro. Atravesó a un hombre, pero perdió su rifle cuando el peso del cuerpo sobre la bayoneta se lo arrebató de las manos. Logró sacar sus armas de reserva, una pistola láser y su cuchillo Tanith de plata pura. En torno a él, todo era un frenesí. Los hombres mataban o morían en un pasadizo cerrado que estaba tan repleto como una carretera en hora punta. La cantidad de cuerpos y miembros desprendidos llenaban el canal y hacían subir el nivel del agua.

Corbec disparó en la cabeza a un seguidor del Caos que cargaba contra él, y luego lanzó una cuchillada de lado con su hoja de plata que abrió una garganta.

—¡Por Tanith! ¡Los primeros, los últimos y los únicos! —gritó.

Avanzando por el túnel cincuenta pasos más atrás, Gaunt pudo oír el auténtico tumulto de la espantosa lucha cuerpo a cuerpo en la rampa. Miró hacia abajo y vio que la escasa agua del río Bokore que mojaba sus botas estaba espesa y roja.

Diez pasos más allá, encontró al soldado Gades, parte de la escuadra original de Orcha. Una espada sierra le había cercenado las piernas y el agua había arrastrado su forma contrahecha corriente abajo por el canal.

—¡Un médico! ¡Dorden! ¡A mí! —gritó Gaunt, acogiendo a Gades que tosía y se ahogaba en sus brazos.

Gades levantó la vista hacia su comisario.

—Una lucha realmente encarnizada —dijo con notable claridad—; apretados como sardinas en lata. Los Fantasmas serán auténticos Fantasmas esta noche.

Luego, volvió a toser y de su boca manó sangre. Había muerto.

Gaunt se puso de pie.

Milo desfallecía a la vista de la muerte miserable de Gades.

—¡Toca más alto! —le ordenó Gaunt, y se volvió para gritar rampa abajo al grueso de los Fantasmas que esperaba entre los juncos—. ¡Adelante! ¡Estrechad filas! ¡Por el Emperador y por la gloria de Tanith!

Con un alarido ensordecedor, los Fantasmas de Gaunt cargaron en masa e irrumpieron en filas de tres en la asfixiante entrada del infierno.

Más adelante, en la zona oscura, estrecha y enrarecida por el humo donde se producía la matanza, Rawne se recostó, jadeando, en el contrafuerte, cubierto de sangre coagulada. A su lado, Larkin disparaba una y otra vez hacia la oscuridad.

De repente, Corbec salió de la humareda. Fue una aparición terrible, chorreaba sangre.

—¡Atrás! —dijo con voz entrecortada—. ¡Rampa abajo! ¡Tocad retirada!

—¿Qué pasa? —preguntó Rawne.

—¿Qué es ese ruido sordo? —preguntó Larkin, distraído, apoyando el oído sobre la pared de piedra—. ¡Todo el túnel está vibrando!

—Agua —respondió Corbec con tono sombrío—. Han abierto las esclusas. ¡Van a barrernos a todos!

Los adeptos estaban por todas partes.

La fuerza secundaria de exploración del sargento Cluggan se desplegó por las fétidas criptas de los desagües del alcantarillado occidental, e inmediatamente el enemigo le salió al encuentro, rodeándola. Fue un combate cuerpo a cuerpo, en el que cada palmo del camino se ganaba por la pura fuerza y a golpe de cuchillo. La estrechez y las tinieblas de los túneles de drenaje sólo se iluminaban por los destellos de las armas láser, y los disparos rebotaban en el techo y en las paredes.

—¿Qué demonios es ese olor? —se quejó Forbin, barriendo con una ráfaga de su rifle láser una cavidad en la que no circulaba el aire.

—¿Tú qué crees? Es la alcantarilla principal —le soltó Brodd, un hombre de unos cincuenta años al que le faltaba un ojo—. Te habrás dado cuenta de que los demás van por el desagüe del agua limpia.

—¡No os separéis! —gruñó Cluggan, que describiendo un amplio arco con sus disparos derribó a un trío de adeptos que los atacaba—. Olvidaos del olor. Este ha sido siempre un trabajo sucio.

Bajo una nueva y feroz andanada, Forbin perdió el brazo izquierdo y luego un lado de la cabeza.

Cluggan, Brodd y los otros respondieron abriendo fuego en el estrecho canal. Cluggan echó una mirada a los soldados adeptos a los que habían segado la vida: cadáveres abotargados, retorcidos, vestidos con túnicas de seda que habían sido

blancas antes de quedar tintas en sangre. Eran seres de otro mundo, que formaban parte de la muchedumbre de adeptos que habían desembarcado como langostas sobre Voltemand y habían diezmado a la población. Llevaban grabados los sigilos y las runas de la blasfemia Khorne en la piel de la frente y de las mejillas. Iban bien equipados, con bolters y rifles láser, y llevaban escudo. Cluggan rogó a los amables dioses muertos de Tanith que a su comisario le cupiera mejor suerte.

Los Fantasmas retrocedieron a tumbos por la torrentosa rampa, atravesaron los lechos de juncos y trataron de llegar al refugio casi seguro de la orilla del río. El fuego que el enemigo descargó desde la parte alta de las murallas mató a docenas de ellos, cuyos cuerpos fueron a unirse a los cientos arrastrados por las arremolinadas aguas y quedaron flotando en el torrente de agua pardusca que vomitaba la compuerta.

Por los microtransmisores se intercambiaban frenéticos mensajes y llamadas confusas y desesperadas. A pesar de la disciplina, la loca huida para escapar del agua había desbaratado al grueso de la fuerza de Gaunt y la había transformado en un grupo de desarrapados que luchaban por su vida.

Empapado y furioso, Gaunt encontró refugio entre unos sauces, en una espumosa revuelta del río, a unos ochenta metros de la compuerta. Con él estaban Caffran, Varl, un cabo llamado Meryn y otros dos hombres.

Gaunt lanzó un juramento. Podía luchar contra los adeptos…, contra los devoradores de mundos, contra los demonios…, contra cualquier cosa. Se había enfrentado a todas las bestias que poblaban el cosmos. Pero setenta millones de litros de agua arrojados a presión por un conducto de piedra…

—Podemos haber perdido hasta cuarenta hombres en la inundación —dijo Varl.

Había arrastrado a Caffran fuera del agua cogiéndolo por la túnica, y el joven no hacía más que toser y tener arcadas.

—¡Obtenga una cifra confirmada de los jefes de escuadra! ¡No quiero rumores! —gruñó Gaunt antes de activar su propio enlace de radio y hablar por el microtransmisor—. ¡Jefes de escuadra! Organicen el tráfico por radio. ¡Quiero que se reagrupen! ¡Corbec! ¡Rawne!

Los canales crepitaron y empezó a fluir una letanía más ordenada de unidades y bajas.

—¿Corbec? —preguntó Gaunt.

—Estoy al oeste de usted, señor; en la orilla. Tengo unos noventa hombres conmigo —respondió al otro lado la voz sibilante de Corbec.

—¿Situación?

—¿Táctica? Puede olvidarse de la compuerta, señor. Cuando se dieron cuenta de que no podían contenernos con un enfrentamiento directo volaron las esclusas. El torrente de agua podría durar horas. Para entonces tendrán selladas las rampas de

salida de la ciudad y habrán colocado cañones en batería, tal vez incluso minas.

Gaunt lanzó otra maldición. Se pasó la mano húmeda por la cara. Tan cerca como habían estado y entonces todo estaba perdido. Voltis no sería suya.

—¿Señor? —Meryn llamó su atención. El cabo estaba escuchando otras frecuencias a través del microtransmisor—. Canal ochenta. Se acaba de pronunciar la palabra.

Gaunt se llegó hasta él mientras ajustaba su receptor.

—¿Qué?

—La palabra. «Tormenta» —dijo Meryn, confundido.

—¡Busque la fuente de la señal! —ordenó Gaunt—. Si alguien está de broma yo mismo…

No siguió adelante.

La explosión fue tan tremenda que superó a todos los sonidos conocidos. La onda expansiva llegó hasta ellos y removió el agua como una ola gigante. A un kilómetro de distancia, un lienzo de cien metros de la muralla salió volando y una gran brecha quedó abierta en el flanco de la ciudad; era una herida ardiente, abierta, sangrante.

Los canales se volvieron locos ante el frenético intercambio de llamadas y de expresiones de asombro.

Gaunt no daba crédito a sus ojos. La voz de Corbec llegó a través del enlace interpersonal.

—¡Es Cluggan, señor! Ese bastardo ha logrado meter a sus muchachos en los conductos del alcantarillado y han conseguido inundar con la mierda del enemigo una cisterna de tratamiento que hay debajo de las murallas. Volaron toda la porquería de los adeptos.

—Ya lo he visto, coronel —respondió Gaunt, secamente.

—Quiero decir literalmente, señor —continuó Corbec, impertérrito—. Fue Cluggan el que envió la señal. ¡Puede ser que no hayamos conseguido tomar la compuerta, pero Cluggan ha ganado la batalla!

Gaunt se dejó caer contra el tronco de un árbol, metido hasta la cintura en el agua maloliente. A su alrededor, todo eran risas y gritos de alegría.

El agotamiento se apoderó de él, y a continuación también rompió a reír.

El general Sturm tomaba el desayuno a las nueve. Los camareros le servían pan negro tostado, salchichas y café. Mientras comía, leía una pila de placas de datos, y el transmisor de mensajes situado en un mueble que había detrás de él no dejaba de vomitar una sucesión de actualizaciones de despliegue orbital.

—¡Buenas noticias! —dijo Gilbear, que entró con un café y una placa de mensaje en la mano—. A decir verdad, las mejores. Parece ser que su jugada dio resultado. Esos Fantasmas han tomado Voltis. La abrieron, y nuestras unidades de ataque los

siguieron en masa. El coronel Maglin dice que la ciudad estará despejada al anochecer.

Sturm se limpió la boca con una servilleta.

—Envíe un mensaje de felicitación y de ánimo a Maglin y a los hombres de Gaunt. ¿Dónde están ahora?

Gilbear echó una mirada a su placa y se sirvió una salchicha de la fuente.

—Parece ser que se han retirado y han vuelto a la encrucijada de Pavis por el extremo oriental del valle de Bokore.

Sturm dejó sus cubiertos de plata y empezó a escribir algo en el teclado de su placa de memoria.

—La mayor parte de nuestro trabajo aquí ha sido cumplida gracias a Gaunt —dijo al asombrado Gilbear—. Es hora de darle las gracias. Envíe estas órdenes en código secreto al coronel Ortiz de los Basilisk de Ketzok, en Pavis. Sin demora, Gilbear.

Gilbear tomó la placa.

—Digo yo… —empezó.

Sturm lo atravesó con la mirada.

—Hay peligrosas unidades de adeptos en el extremo oriental del valle, ¿no es cierto, Gilbear? ¿O no acaba usted de leerme los informes de Inteligencia que así lo confirman?

—Así es, señor —respondió Gilbear con una taimada sonrisa en los labios.

El coronel Ortiz arrancó la radio a su oficial de comunicaciones y gritó.

—¡Ortiz al habla! ¡Sí! Lo sé, pero expresamente pongo en duda las últimas órdenes que he recibido. Me doy cuenta, pero ¡no me importa! No, yo… ¡Escuche! ¡Oh, general! Sí, ya; ya veo. Ya veo, señor. No, señor. Ni por un momento. Por supuesto, por la gloria del Emperador. Señor. Corto.

Se dejó caer contra el flanco metálico del Basilisk.

—Preparen las armas —ordenó a sus oficiales—. En nombre del Emperador, ¡preparen las armas!

Los cañones habían guardado silencio las diez últimas horas. Ortiz deseaba no volver a oírlos jamás. El amanecer congelaba el horizonte con su luz. En la parte baja del valle y en los asentamientos de los sangreazul, la celebración de la victoria se desarrollaba normalmente.

Dorentz se acercó a Ortiz y lo sacudió.

—¡Mire, señor! —balbució—. ¡Mire!

Por la carretera de Metis, subían hacia ellos unos hombres provenientes del valle. Eran hombres cansados, agotados, sucios, que avanzaban lentamente transportando a sus muertos y a sus heridos. Era una columna maltrecha, que volvió a desaparecer en la bruma matutina.

—Por lo más sagrado… —tartamudeó Ortiz.

A su alrededor, las tripulaciones de los Basilisk, impresionadas, silenciosas, saltaban de sus carros y salían al encuentro de los maltrechos hombres, sosteniéndolos, ayudándolos o simplemente mirándolos con expresión atónita.

Ortiz se acercó a recibirlos. Vio la figura alta de chaqueta larga convertida en harapos saliendo de la bruma con andar cansino. Ibram Gaunt llevaba casi a cuestas a un joven Fantasma cuya cabeza era un revoltijo de vendajes ensangrentados.

Se detuvo frente a Ortiz y dejó que el personal médico se hiciera cargo del herido.

—Permítame… —empezó a decir Ortiz.

Un puñetazo de Gaunt le impidió seguir.

—Está aquí —dijo Gilbear con sonrisa despreocupada y forzada.

Sturm se puso de pie y se estiró la chaqueta.

—Hágalo entrar —respondió.

El coronel-comisario Ibram Gaunt entró en el estudio. Allí de pie, lanzó una mirada furiosa a Sturm y a su ayudante.

—¡Gaunt! —dijo Sturm—. Usted abrió el camino al Real de Volpone. ¡Buena demostración! Tengo entendido que el general Chanthar se disparó un rifle de fusión. —Hizo una pausa y con aire ausente tamborileó sobre una placa de datos que había sobre su mesa—. Pero después, esta cuestión con… ¿Cómo se llama…?

—Ortega, señor —le apuntó Gilbear.

—Ortiz —corrigió Gaunt.

—Ese tipo de Ketzok. Atacar a un oficial aliado es un delito de consejo de guerra; usted lo sabe, Gaunt. No voy a permitirlo; no, en el ejército. No, señor.

Gaunt respiró hondo.

—A pesar de conocer nuestra posición en línea de retirada, la unidad de artillería disparó contra los flancos orientales del valle de Bokore durante seis horas. Llaman a este fenómeno «fuego amigo», pero puedo asegurarle que encontrarse en una zona que está siendo atacada, sin refugio posible, no tiene nada de amistoso. Perdí casi trescientos hombres y otros doscientos están heridos. Entre los muertos se cuenta el sargento Cluggan, que dirigió la segunda avanzadilla y cuya actuación nos hizo ganar finalmente la ciudad.

—Terrible espectáculo, sin duda —admitió Sturm—, pero usted debe aprender a aceptar este tipo de pérdidas, Gaunt. Esto es la guerra —hizo a un lado la placa—. Y ahora este feo asunto. La cadena de mando y todo eso. Tengo las manos atadas. Va a haber un consejo de guerra.

Gaunt estaba sereno y no pestañeaba.

—Si van a fusilarme por esto, adelante. Golpeé a Ortiz en el calor del momento. Bien mirado me doy cuenta de que tal vez él siguiera órdenes, alguna maldita y

descabellada orden del cuartel general.

—Mire, usted saltó… —empezó a decir Gilbear dando un paso adelante.

—¿Quiere que le demuestre lo que le hice a Ortiz? —amenazó Gaunt, mirando con mordacidad a aquel hombre más alto que él.

—¡Silencio, los dos! —ordenó Sturm—. Comisario Gaunt… coronel-comisario… Me tomo en serio mis obligaciones, y la principal es imponer la disciplina y el reglamento del Señor de la Guerra Macaroth, y a través de él, del propio Emperador, de manera estricta y absoluta. La Guardia Imperial se asienta en los supremos principios del respeto, la autoridad, la lealtad inquebrantable y la obediencia total. Cualquier aberración, aunque provenga de un oficial de su categoría, debe ser… ¡¿Qué diablos es todo ese ruido?!

Se acercó a la ventana y lo que vio lo dejó sin habla. El tanque Basilisk avanzaba, de manera atronadora por el camino principal; derribó parte de la verja y dispersó indiscriminadamente a su paso a los gallos ornamentales y a los regimientos de sangreazul que hacían la instrucción. Se detuvo en el jardín delantero, después de destruir una fuente y desparramar agua y piedra por todas partes.

Un hombre poderoso, que llevaba el uniforme de un coronel de los serpientes, se apeó del carro y avanzó hacia la entrada principal de la casa. Tenía una expresión resuelta y furiosa, y el lado izquierdo de la cara, hinchado y amoratado. Se oyeron golpes en una puerta.

Hubo algunos gritos y ruido de pasos apresurados. Se escuchó otro portazo.

Un momento después, una ayudante entró en el estudio y le entregó a Sturm una placa de datos.

—El coronel Ortiz acaba de presentar el parte de un incidente. Insistió en que lo viera usted inmediatamente, señor.

Gilbear le arrebató la placa y la leyó presuroso.

—Parece ser que el coronel Ortiz desea aclarar que fue herido por el retroceso de su propia arma durante el reciente bombardeo. —Gilbear miró a Sturm con una risa nerviosa—. Eso significa…

—¡Ya sé lo que significa! —respondió Sturm, secamente.

El general miró con furia a Gaunt, que le devolvió una mirada igualmente furiosa sin pestañear.

—Creo que debería saber —dijo Gaunt en voz baja y amenazadora— que al parecer pueden cometerse crímenes horrendos en los campos de batalla y pueden quedar impunes por la confusión de la guerra. Debe tenerlo presente, general, señor.

Sturm se quedó mudo un momento, y cuando quiso despedir a Gaunt, el comisario ya se había marchado.

—¡Por el amor de Feth, toca algo más alegre! —dijo Corbec desde su litera, en la

nave de transporte.

Flexionó la mano vendada. Lo perseguía el Fantasma del dedo que había perdido. «Muy apropiado», pensó.

En la litera de abajo, Milo accionaba los fuelles de su gaita y les arrancaba un triste y lento lamento. El eco lo repetía en toda la bodega de la enorme y antigua nave espacial donde viajaban mil Fantasmas de Tanith en sus literas. El ritmo monótono de los motores de disformidad parecía seguir el ritmo de los dolientes fuelles.

—¿Qué tal la *Marcha de Euan Fairlow*? —preguntó Milo.

Encima de él, Corbec sonrió, recordando la antigua melodía y las noches en que la había oído tocar en las tabernas de Tanith Magna.

—Eso estaría bien —admitió.

Pronto se oyó el enérgico ritmo de la giga, que no tardó en difundirse por el entramado de hierro de la bodega, entre los mamparos, en torno a las pilas de equipos de capas de camuflaje, entre los grupos humeantes de hombres que jugaban a las cartas y bebían, por encima de las literas donde otros dormían o contemplaban secretamente los retratos de mujeres e hijos perdidos para siempre, tratando de ocultar sus lágrimas.

Mientras disfrutaba de la melodía, Corbec levantó la vista al oír pasos que se aproximaban por los pasillos y se puso de pie de un salto al ver a Gaunt. El comisario estaba vestido como la primera vez que lo había visto, cincuenta días antes, con sus pantalones de montar de cintura alta, sus tirantes de cuero, una camiseta sin mangas y las botas de caña alta.

—¡Señor! —exclamó Corbec, sorprendido.

La música se interrumpió, pero Gaunt hizo una señal a Milo para que siguiera.

—Sigue tocando, chico. Nos hace bien escuchar tus alegres melodías.

Gaunt se sentó en el borde de la litera de Milo y levantó la vista hacia Corbec.

—Voltemand se considera una victoria de los sangreazul de Volpone —dijo con franqueza a su número dos—, porque fueron ellos los que tomaron la ciudad. Sturm menciona nuestra participación elogiosamente en su informe, pero esto no nos habrá servido para conquistar nuestro mundo.

—¡Que Feth los confunda! —soltó Corbec.

—Habrá otras batallas. Podemos contar con ello.

—Me temo que sí, señor —respondió Corbec, sonriendo.

Gaunt se inclinó y abrió la mochila que llevaba. Sacó media docena de botellas de sacra.

—¡En nombre de lo más sagrado! —exclamó Corbec, y saltó de su litera abajo—. ¿Dónde…?

—Soy un comisario imperial —se jactó Gaunt—. Tengo influencias. ¿Hay vasos por aquí?

Con una risita, Corbec sacó de su equipo una pila de vasos de peltre viejos y abollados.

—Llame a Bragg; sé que le gusta esto —recomendó Gaunt—. Y a Varl y Meryn, al loco de Larkin, a Suth, al joven Caffran… y, por todos los diablos, ¿por qué no al mayor Rawne? Y uno para el chico. Hay bastante para compartir, suficiente para todos.

Hizo una señal de asentimiento hacia el pasillo de acceso por el que se aproximaban dos oficiales navales con un carrito cargado de jarros de madera.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Corbec.

—Por el sargento Cluggan y sus muchachos. Por la victoria y por las victorias que todavía nos esperan.

—Brindemos también por la venganza —dijo Milo con tono tranquilo desde su litera, en la que había dejado la gaita.

—Sí, también por eso —asintió Gaunt con una amarga sonrisa.

—Sabe, tengo lo que hace falta para complementar este brebaje —anunció Corbec, rebuscando en sus bolsillos—. Cigarros, de regaliz…

Se interrumpió. Lo que había sacado de su bolsillo hacía tiempo que ya no eran cigarros. Era una masa informe, aplastada, humedecida.

Corbec se encogió de hombros, hizo una mueca y guiñó los ojos mientras Gaunt y los demás rompían a reír.

—Bueno, de acuerdo —suspiró con aire filosófico—. Algunos ganan…



TRES

Al oeste, atravesando las líneas, se veían unas aves zancudas, pesadas, con pico de espátula, cuya forma blanca se destacaba sobre la oscuridad que se iba adueñando del cielo. Entre los matorrales, los chirriadores insectos diurnos eran reemplazados por los escarabajos y grillos nocturnos, las garrapatas voladoras y los insectos que revoloteaban en enjambres a la luz de las hogueras y llenaban la tórrida oscuridad con su percusión. Otros sonidos poblaban el aire dulzón, los gritos y los gargarismos de trepadores y otros animales invisibles que pastaban en la ciénaga. La distante artillería guardaba silencio.

Gaunt regresó a su puesto de mando justo en el momento en que se encendieron las luces de vigilancia. A través de las rejillas que las protegían, se derramó por el fango un resplandor verdoso, difuminado en todas direcciones. No tenía sentido transformar la base en un claro objetivo a distancia. Unos insectos peludos, del tamaño de unas manos rechonchas, llegaron volando y, estrellándose repetidamente contra las rejillas, producían un persistente toc, toc, toc.

Gaunt echó una última mirada por el emplazamiento de la base, distinguida entonces sólo por los puntos de luz: las hogueras, los fogones, las luces de vigilancia y las antorchas itinerantes. Suspiró y se metió en su módulo.

El centro de mando era largo y bajo, con una cubierta de corrugado galvanizado y paredes de tablero antiaéreo doble. El suelo estaba hecho de tablas de madera autóctona, tratada con una pintura de olor espantoso. Los postigos de las ventanas estaban medio abiertos, y los protectores de malla que tenían por dentro ya se encontraban casi cubiertos de un residuo inestable y tembloroso, un amontonamiento de polillas y bichos nocturnos apretados contra la malla.

El equipo de mando de Gaunt y los petates que contenían sus efectos personales estaban colocados sobre plataformas de madera para aislarlos del suelo. Habían estado apoyados directamente sobre el suelo los dos primeros días, hasta que se

descubrió que donde no penetraba la humedad eran capaces de llegar los gusanos aradores.

Colocó su chaqueta en una percha de alambre y la colgó de un clavo que había en la estructura de madera que soportaba el techo; luego, abrió una silla de campaña y se dejó caer en ella pesadamente. Ante él, montados sobre bloques de madera, había un cogitador, un enlace de voz por vía satélite y un mimeógrafo de pantalla plana. Un tecnosacerdote había pasado más de una hora entonando plegarias de función mientras ponía a punto los aparatos sagrados. Todavía estaban dentro de su embalaje de hierro forjado para protegerlos de la humedad, y de ellos salía una maraña de gruesos cables de alimentación, sujetos con grapas a las tablas y conectados, por una toma protegida, al distante generador. Luces y espectros luminosos parpadeaban sobre placas de cristal empañadas por la condensación. Los botones de programación emitían un zumbido y una luminosidad anaranjada. El enlace de voz hacía un ruido sibilante al subir y bajar de una frecuencia a otra.

Gaunt se inclinó hacia adelante y pasó revista lentamente a las últimas informaciones y a los datos tácticos emitidos por la flota orbital y por otras unidades. Una madeja de runas codificadas parpadeaba sobre el cristal oscuro.

Callado como el anochecer, Milo llegó desde la antecámara y ofreció a su comisario un vaso de peltre. Gaunt lo cogió y se lo agradeció con una inclinación de cabeza, deleitándose con la frescura húmeda del metal.

—Los tecnosacerdotes acaban de volver a poner en funcionamiento las unidades de refrigeración —musitó Milo a modo de explicación—. Hace apenas unos minutos, y es sólo agua, pero está fría.

Gaunt asintió y bebió un sorbo. El agua tenía un sabor metálico y áspero, pero estaba deliciosamente fría.

Se oyó un ruido sordo en los escalones exteriores y alguien llamó a la puerta. Gaunt sonrió. El ruido había sido deliberado, una señal tranquilizadora por parte de un hombre que no producía el menor ruido a menos que quisiera hacerlo.

—Entre, Mkoll —dijo Gaunt.

Mkoll entró. Su cara angulosa tenía una expresión sorprendida, como si le extrañara que lo hubieran reconocido con anticipación.

—Un parte de patrulla, señor —dijo permaneciendo en la puerta con actitud rígida.

Gaunt le indicó que se sentara. El uniforme y la capa de camuflaje de Mkoll se veían llenos de barro húmedo. Todo, incluso su cara, estaba salpicado, todo excepto su rifle láser que se mostraba milagrosamente limpio.

—Veamos.

—Sus posiciones todavía están lejos —empezó Mkoll—, más allá de la línea ofensiva codificada como «alfa rosa». Unas cuantas patrullas de avanzada.

—¿Problemas?

El hombre fuerte y enjuto hizo una mueca reservada.

—Nada que no pudiéramos manejar.

—Siempre he admirado su modestia —dijo Gaunt—, pero necesito saber más.

—Apresamos a seis de ellos en los pantanos occidentales. Ninguna baja en nuestras filas —respondió Mkoll, torciendo la boca y la nariz.

Gaunt hizo un gesto de aprobación. Mkoll le caía bien; era el mejor explorador de Tanith. Incluso en un regimiento de especialistas en sigilo y operaciones encubiertas, Mkoll era excepcional. Había sido leñador en Tanith y tenía habilidades de reconocimiento que había demostrado una y otra vez entre los Fantasmas. Era un Fantasma entre los Fantasmas, y de una modestia ejemplar. Nunca se jactaba de nada, y sin duda tenía más de qué jactarse que la mayoría.

Gaunt le ofreció su vaso.

—Gracias, señor; no. —Mkoll se miró las manos.

—Está fría —le aseguró Gaunt.

—Ya me doy cuenta, pero no. Prefiero prescindir de algo a lo que podría llegar a acostumbrarme.

Gaunt se encogió de hombros y bebió otro sorbo.

—¿De modo que no hay movimiento?

—Todavía no. Avistamos un…, no estoy seguro de lo que era, unas antiguas ruinas. —Mkoll se puso de pie y señaló una posición en el mapa mural—. Creo que era por aquí. Tal vez no sea nada, pero me gustaría investigarlo por la mañana.

—¿Una posición enemiga?

—No, señor. Algo… que ya estaba aquí.

—Tiene razón; vale la pena investigarlo. Por la mañana, entonces —concedió Gaunt.

—Si eso es todo, señor…

—Es todo, Mkoll.

—Nunca llegaré a conocerlo —le comentó Gaunt a Milo cuando Mkoll se hubo marchado—. Es el hombre más silencioso que he conocido.

—Es que ése es su trabajo, ¿no es cierto? —observó Milo.

—¿Cuál?

—El silencio.

Por todos lados se oía una especie de chsss…, como si el mundo entero estuviera empeñado en imponer silencio. Mkoll avanzaba sigiloso por el bosque de helechos, tratando de distinguir algo entre el sonido casi oceánico que producían movidos por el viento. La vegetación de helechos de aquella parte de Ramillies 268-43, que florecía sobre el suelo ceniciento de unas laderas volcánicas enfriadas hacía tiempo, se componía de tallos plumosos y fibrosos, abigarrados y duros como cañas que alcanzaban la altura de un hombre y formaban frondas diversificadas tan blancas como el hielo.

Le recordaban los bosques de nales de su tierra; sobre todo, los bosques de nales en invierno, cuando él solía ir a cortar troncos y a cazar. La escarcha había endurecido las agujas perennes de los árboles susurrantes y tintineaban como campanillas movidas por el viento.

Entonces, en ese lugar, sólo se oía el susurro; sólo se veía el movimiento de los helechos secos y el polvo apelmazado que tapaba todos los poros y se pegaba a la mucosa de la garganta. La luz del sol era brillante y áspera, y caía como un cuchillo desde el cielo traslúcido, atravesando el aire pálido y delgado. Formaba una red estriada con el terreno que asomaba bajo los helechos: salpicaduras de sol y negras sombras dentadas.

Siguió avanzando unos veinte metros, hasta dar con un claro de maleza reseca. Llevaba la parte inferior de las piernas con una doble protección de malla contra las desgarradoras espinas, y el rifle láser, contra el pecho, sujeto con una apretada correa para que el polvo no lo afectara; pero cada diez minutos aproximadamente comprobaba la movilidad de las piezas y lo limpiaba de polvo, de fibras de helecho, de palillos y ramitas que se acumulaban constantemente.

Varios crujidos hicieron que se volviera y se quedara inmóvil. Cogió firmemente el rifle entre sus palmas suaves y secas por si era necesario disparar. Algo se movía entre la vegetación, a su izquierda, y rompió alguna que otra ramita al pisar.

A decir verdad, se movía con un sigilo extremo y aprendido, pero para el agudo oído de Mkoll sonaba como una marcha descuidada.

Mkoll sacó el cuchillo; era un largo cuchillo de plata deliberadamente camuflado con ceniza. Se apoyó en un tronco espinoso y acomodó su cuerpo a la planta. Dos pasos, uno.

Se abalanzó y, a duras penas, retrajo el cuchillo en el último momento.

El soldado Dewr emitió un grito y cayó de espaldas, aplastando los helechos. Mkoll tardó un segundo en echársele encima, sujetarle los brazos y apoyarle la hoja

del cuchillo sobre la garganta.

—¡Feth bendito! ¡Podría haberme matado! —rugió Dewr, agitadamente.

—Sí, podría —dijo Mkoll en un susurro.

Lo soltó, se dejó rodar hacia un lado y permitió que se levantara.

—Y lo mismo podría haber hecho cualquiera que anduviera por aquí con el ruido que estabas haciendo.

—Yo… —de repente Dewr bajó la voz—. ¿Estamos solos?

Mkoll no respondió. Existía la posibilidad de que, si había alguien por allí, hubiera oído la caída de Dewr.

Mkoll examinaba los alrededores con el rifle preparado.

—¿Qué demonios te enseñaron en la instrucción? ¡Se supone que eres un explorador!

Dewr no respondió. Todos los exploradores conocían los niveles de exigencia de Mkoll, y sabían además que ninguno respondía a ellos. Dewr sintió rabia. Durante los cursos de formación, antes del que había tomado en los campos de entrenamiento de Tanith Attica, había pasado por un buen rastreador. Por eso, lo habían seleccionado para la unidad de exploradores cuando se formó el regimiento. ¡Por amor de Feth! ¡Y este viejo bastardo hacía que se sintiera como un tonto y un torpe!

Sin pronunciar palabra, haciendo caso omiso de la mirada de Dewr, que sabía que tenía fija en la nuca, Mkoll indicó que debían avanzar y partió colina abajo hacia el valle sofocado por los helechos.

Los de Tanith habían llegado a Ramillies dos semanas antes, justo a tiempo para perderse la acción principal. El Adeptus Astartes había limpiado y asegurado las cuatro plazas fuertes del enemigo, barriendo al Caos de la faz del mundo. Los Fantasmas se habían reunido en las bajas planicies próximas a una fortaleza en llamas y habían observado cómo los marines espaciales, unas moles amenazadoras en la humeante distancia como unos gigantes mitológicos, apilaban los destrozados cadáveres de los adeptos muertos sobre las piras. El aire se había cargado de un olor nauseabundo.

Parecía que algunos pequeños componentes del enemigo habían escapado a la derrota, abriéndose camino por los bosques de helechos del norte, demasiado pequeños e insignificantes como para que los gloriosos marines espaciales perdiesen tiempo en ellos. Al comisario le dieron una misión de búsqueda y destrucción. Los Fantasmas habían avanzado internándose en las colinas bajas y hacia el interior de densos bosques para reducir a humo lo que quedaba del enemigo.

Tuvieron unos cuantos éxitos iniciales: enclaves de adeptos, algunos bien armados, se hicieron fuertes en sus casamatas y campamentos. Después de una semana, al llegar a las mesetas más frías, más altas, y a la auténtica espesura de la cubierta de helechos, trazaron un plan de trabajo. Mkoll planificaría incursiones

diarias de reconocimiento, desplegando un par de docenas de exploradores en un amplio abanico dentro de la espesura. Dividirían cada área en cuartos y presentaría sus informes, indicando a la base general de los Fantasmas si se había establecido contacto.

A lo mejor se habían vuelto perezosos y complacientes. El mayor Rawne afirmaba que habían silenciado al enemigo que quedaba y entonces estaban perdiendo el tiempo y la paciencia metiéndose cada vez más hacia los solitarios territorios del interior. El propio comisario parecía decidido a rematar el trabajo debidamente, pero incluso él había duplicado el alcance de barrido de los exploradores. «Unos cuantos días más y nos iremos», le había dicho a Mkoll.

Ese día, ese frío y ventoso día, con el omnipresente susurro de los helechos, los exploradores se habían internado más que nunca en las colinas. En las dos últimas incursiones, no habían tomado contacto con nada. Mkoll tenía la sensación de que la rutina había relajado a los soldados menos empeñosos, como Dewr.

Pero él, por su parte, había visto cosas que lo mantenían alerta y decidido a seguir insistiendo. Había cosas que había comunicado a Gaunt para convencerlo de continuar barriendo los bosques un poco más: senderos abiertos en la vegetación, áreas pisoteadas, rastros aparentemente inconexos en el sotobosque. Todavía había algo allí.

Cruzaron el fondo del valle y llegaron a la parte sombreada, donde los helechos se movían inquietos, como abanicos de sombras. Aproximadamente cada doce pasos, pese a que caminaba con delicadeza, los pies de Dewr rompían una espina o una semilla, o arañaban una roca. En cada ocasión, maldecía para sus adentros. Estaba decidido a probar su habilidad a Mkoll, y no podía explicarse cómo el otro podía moverse tan silenciosamente como si flotara.

Los helechos silbaron movidos por el viento.

Mkoll se paró a comprobar su mapa compacto y tomó como puntos de referencia el sol y la brújula. En un cuarto de hora su circuito debería ponerlos en contacto con Rafel y Waed, que describían una trayectoria especular respecto de ellos.

De repente, Mkoll alzó una mano, y Dewr se paró en seco. El sargento explorador describió un doble abanico con el dedo para indicar a Dewr que lo cubriera, y éste obedeció ocultándose tras un grueso tronco de helecho; se arrodilló y levantó su rifle láser. Había polvo en el conmutador y se lo quitó. También tenía polvo ante los ojos, y lo apartó. Se preparó y apuntó, desplazando el arma a izquierda y derecha mientras Mkoll avanzaba.

Mkoll se agachó tras unos cuantos metros y encontró otro rastro de espinas rotas en los helechos. En el espacio que ocuparían tres hombres caminando codo con codo, se veían helechos arrancados y pisoteados. Mkoll, cautelosamente, tocó una astilla de tallo rota y jugosa. Tenía el grosor de su muslo, y la corteza era tan dura como el

hierro. No podría haber sido cortada tan limpiamente ni siquiera con un hacha. Estudió el suelo. Había marcas de pisadas, profundas y anchas, como los pasos de un gigante. La pista serpenteaba hacia adelante y hacia atrás hasta donde abarcaba la vista; era irregular y formaba una trama. Mkoll levantó tres dedos y describió un círculo con ellos; Dewr avanzó hasta reunirse con él.

El joven miró la pista y se agolparon las preguntas en su boca, pero la expresión de los ojos de Mkoll le advirtió que no las formulara, que no dijera nada. No se oía nada más que el murmullo de las frondas. Dewr se arrodilló, y él mismo miró el rastro. Había algo…, alguien… grande, moviéndose a ciegas. Sus dedos tocaron algo enterrado en el suelo de ceniza. Escarbó un poco y sacó un trozo de metal ennegrecido, parte del borde de algo, del tamaño de una mano ahuecada. Se lo dio a Mkoll. El sargento lo cogió con auténtico interés, lo estudio y se lo metió en el bolsillo que tenía a la altura del muslo. Hizo una señal de aprobación a Dewr por su capacidad de observación. Dewr sintió en ese efímero momento más orgullo del que jamás había sentido en su vida… y del que volvería a sentir jamás.

Continuaron avanzando, siguiendo el rastro en medio de las frondas inclinadas que indicaban el sentido del movimiento. Unos sesenta metros más adelante, el rastro subía por la colina. Mkoll se detuvo y volvió a limpiar el arma.

Un grito rasgó el aire, tan brillante y agudo como un cuchillo Tanith. Ambos se sobresaltaron. El grito cesó de repente, pero mientras duró fue inconfundiblemente humano. Un instante después Mkoll estaba en movimiento, dirigiéndose hacia el punto de origen del sonido. Dewr iba tras él, tratando de que sus pasos presurosos no hiciesen ruido. Se apartaron del rastro y se metieron entre la maleza. Un poco más allá, la vegetación cambiaba. Bajo la cresta de la pendiente se veían grupos de cactus espinosos. Eran plantas fibrosas, con aspecto de calabazas, y estaban recubiertas de largas agujas dispuestas a lo largo de cada unión de la bolsa que formaba la planta. Había cientos de ellas; algunas eran altas hasta la rodilla, y otras, más altas y más corpulentas que un hombre. Habían llegado a un bosque de bulbos erizados de agujas.

Se oyó otro grito, esa vez más débil, como el de un hombre que se despierta de una pesadilla y que se va calmando lentamente a medida que se va dando cuenta de que no era más que un sueño. Otro sonido siguió casi inmediatamente al grito; era un ruido hueco, explosivo, como de alguien que tose tratando de expulsar de su garganta las semillas de una fruta.

Encontraron a Rafel encogido entre los cactus bulbosos. Un rastro de sangre y manchas brillantes en el terreno ceniciento mostraba dónde había caído y cómo se había arrastrado. Más de una docena de agujas, algunas de más de un palmo de largo, lo habían empalado. Una le entraba por el ojo y le llegaba al cerebro. Dewr, horrorizado, iba a decir algo, pero Mkoll se volvió y le tapó la boca con la mano mientras señalaba el más próximo de los grandes cactus. Le indicó dónde faltaba una

hilera de espinas; se veía sólo una línea de orificios por los que salía la lechosa savia.

—¡Te lo repito una vez más, soldado Rafel! ¿Cuál es tu posición? —La voz salía del intercomunicador del cadáver.

Mkoll se lanzó contra Dewr y lo derribó hacia un lado, apartándolo de Rafel cuando los tres bulbos más próximos al cadáver se estremecieron y empezaron a escupir espinas. Volvió a oírse una sucesión de pequeñas toses. Las agujas se clavaron en el cadáver de Rafel como flechas y rebotaron en la tierra a su alrededor.

Una se le clavó a Dewr en la corva. Quiso gritar, pero logró contenerse. El dolor, agudo al principio, luego se hizo sordo y la pierna se le quedó fría. Mkoll rodó apartándose de él. Dewr se señaló débilmente la pierna, pero el sargento dio la impresión de no hacer caso. Hizo un rápido ajuste en el intercomunicador que llevaba al cuello y luego se inclinó para desconectar el de Dewr.

Sólo entonces prestó atención a la herida. Sacó su cuchillo y cortó la tela alrededor de la corva de Dewr, desgarrando las tiras que mantenían en su sitio las vendas que sujetaban la protección de malla. La aguja había atravesado la malla, pasando directamente por el espacio que quedaba entre algunos eslabones y seccionado otros. Mkoll le dio la vuelta al cuchillo y metió el mango entre los dientes de Dewr. Instintivamente éste lo mordió, y Mkoll arrancó la aguja.

Salió poca sangre. Mala señal. La sangre se estaba coagulando rápidamente y volviéndose amarilla, y el residuo pegajoso de la espina parecía veneno. Sin embargo, la aguja sólo había pinchado la carne, y eso era bueno, ya que su fuerza podría haber destrozado el hueso.

Dewr mantuvo apretados los dientes sobre el cuchillo un rato más. Al ceder el dolor, relajó la presión, y el cuchillo se deslizó por su mejilla cayendo al suelo. Mkoll se puso de pie, dispuesto a sacar tiras del traje de faena de Rafel, que ya no necesitaría, para vendar la herida. Con el pie, quebró una espina que había en el suelo. Fue un momento de descuido debido a su preocupación por Dewr. El ruido hizo que un cactus se sacudiera y escupiese una aguja que atravesó la culata de su rifle láser, y la punta se detuvo a apenas dos centímetros de su vientre.

Se relajó, respiró y arrancó la espina. Mkoll llegó hasta Rafel y se hizo con el morral que había quedado sujeto a la cintura por otra aguja que había atravesado el correaje. Volvió a donde estaba Dewr y vendó la herida.

A Dewr empezaba a darle vueltas la cabeza. Era una sensación placentera, como si todas sus preocupaciones desaparecieran. Sentía algo que le roía la pierna y la cadera, pero en cierto modo era agradable.

Mkoll advirtió que la mirada de Dewr se volvía inexpresiva. Sin dudarlo, cogió otro trozo de tela y amordazó a Dewr. En pleno delirio, un hombre podía hablar sin darse cuenta.

Estaba a punto de ponerse a Dewr sobre el hombro cuando le llegó otro ruido. Era

un sonido de algo que avanzaba destrozando todo a su paso, distante al principio, acompañado por el incesante escupir de los bulbos incitados por el ruido. Algo se acercaba, algo atraído por el último grito de Rafel. Se trataba de algo gigantesco.

Cuando apareció en el claro, todos los cactus que lo rodeaban lanzaron espontáneamente sus espinas como una lluvia de dardos venenosos que fueron a estrellarse sobre el caparazón metálico, rebotando a continuación. Mkoll se arrojó sobre Dewr, y allí se quedaron, silenciosos y quietos, bajo la tormenta de dardos.

El dreadnought del Caos hizo un alto sobre sus grandes pies hidráulicos, silbando y resoplando. Hasta Mkoll llegaron un calor hediondo y una corriente electromagnética que le erizaron el pelo de la nuca. El monstruo tenía cuatro metros de altura, era más corpulento que tres hombres juntos y estaba tan ennegrecido y chamuscado como si hubiera hecho un viaje de ida y vuelta al infierno. Todo vestigio de pintura o insignia había sido eliminado por el fuego, y el metal quedaba al descubierto en algunos puntos. Todo él exhalaba una presencia maligna, que llenaba la atmósfera. Una máquina de semejante tamaño ya era en sí misma aterradora, pero esa sensación maléfica… Mkoll sintió que se le revolvía el estómago y apretó las mandíbulas. Parecía que Dewr estaba inconsciente. El acorazado dio un paso hacia adelante, vacilando ligeramente; el acero sacudió la tierra al caer y desencadenó otra descarga de espinas. Giró el cuerpo como explorando y dio otro paso. Se produjo otra vez el repiqueteo de las espinas, que rebotaban.

Estaba ciego. Mkoll se dio cuenta enseguida. Profundas y terribles heridas del Adeptus Astartes habían atravesado el visor. Sus unidades ópticas habían desaparecido en algún acto de servicio. Mkoll comprendió que el semicírculo de metal chamuscado que había encontrado Dewr era de la cuenca de uno de sus ojos. Había estado dando tumbos por los bosques de helechos durante días, guiándose sólo por el sonido.

Otro paso, otro resoplido de los pistones y un gruñido del motivador. Otra pisada resonó en el suelo y le respondió una nueva lluvia de dardos. Entonces sólo estaba a tres metros de ellos y seguía girando el cuerpo, escuchando.

Dewr se inquietó y se despertó. Vio al dreadnought, y su mirada perdida, emponzoñada, transformó aquella pesadilla en algo aún más terrible. Se convulsionó y gritó. A pesar de la mordaza, el grito fue terrible y agudo, y sonó estrangulado a través de la tela que le cubría la boca.

Mkoll se dio cuenta de que sólo tenía un instante para reaccionar, incluso mientras Dwer se agitaba, y saltó hacia un lado.

El dreadnought se balanceó y detectó el origen del ruido con la misma rapidez con que lo hicieron los cactus. Las agujas venenosas fueron a clavarse en un cuerpo que, apenas unos microsegundos antes, había sido incinerado por el fuego de un rifle de plasma.

Las agujas volvieron a rebotar después de golpear sobre el acorazado.

Mkoll se desplazó a ras de tierra. Se deslizó en torno a los cactus, tratando de no perder de vista a la máquina de muerte que se mantenía a la escucha. Tenía hojas de helecho enganchadas en el disparador. Pensó en quitarlas inmediatamente, pero se contuvo. Eso implicaría hacer ruido, ¿y qué sentido tenía? ¿Para qué le serviría un rifle láser frente a esos enemigos?

Volvió a moverse y desplazó una piedra con el pie. Otra andanada de espinas, esa vez sin efecto alguno. El acorazado empezó a moverse siguiendo el sonido, y una lluvia de agujas se disparaba a cada pisada.

Mkoll pensó en salir corriendo. El dreadnought estaba ciego; las plantas eran ciegas. Si podía permanecer en silencio —y ésa era su especialidad—, lograría escapar y llevar a Gaunt la información. Pero ¿volverían a encontrarlo? ¿Aquí, en este territorio desconocido? Podría llevar semanas volver a dar con el dreadnought y habría que sacrificar muchas vidas para neutralizarlo. Si tan sólo pudiera…

No. Era una locura, un suicidio.

Entonces, oyó la voz, a lo lejos. Era Waed que llamaba a Rafel. Estaba al otro lado de los cactus, buscando, preguntándose por qué Rafel había dejado de transmitir. Era seguro que no tardaría mucho en provocar una descarga de espinas, o en atraer al dreadnought. La bestia ciega ya había dado la vuelta y había empezado a avanzar entre los cactus, y a su paso los transformaba en una masa informe.

Mkoll sólo tenía unos segundos para pensar. No podía perder a otro hombre de su grupo; no, de esa manera.

Sacó una granada, le quitó el seguro y la arrojó a su izquierda. La explosión lanzó al aire una nube de fuego y fibra desmenuzada, y desencadenó una nueva andanada de espinas. Mkoll se encaminó directamente al lugar de donde había partido la lluvia de agujas. Se deslizó dando la espalda a uno de los bulbos que habían disparado al oír la explosión. Había agotado sus espinas y entonces que estaba desarmado podía usarlo sin peligro como cobertura.

El dreadnought avanzaba a tumbos, atraído por el sonido de la granada. Waed se había callado.

Mkoll ajustó su rifle y lo colocó en el suelo.

—¡Por aquí, bastardo! —dijo en voz alta.

Sonó increíblemente alto. Era una burla final después de la granada. Los bulbos se sacudieron a su alrededor, pero a ninguno le quedaban espinas del lado en el que él estaba.

El dreadnought llegó al claro. Su pie izquierdo golpeó contra algo que había en el polvo y se agachó para recogerlo.

Era el rifle láser de Mkoll.

El dreadnought alzó sus garras biónicas y levantó el rifle hasta la altura de su

armadura frontal, ya debilitada, como si fuera a olerlo o a averiguar a qué sabía.

Mkoll rompió a correr.

Según sus cálculos, tenía cinco segundos antes de que el cargador del rifle de láser se sobrecargara tal como él lo había programado.

Se arrojó cuerpo a tierra cuando se disparó.

Cientos de cactus liberaron sus agujas al producirse el estruendo y, a continuación, reinó el silencio.

Silenciosamente, Waed y Mkoll volvieron al bosquecillo. Encontraron al dreadnought despedazado en el claro ennegrecido. La sobrecarga no lo había matado, pero había abierto su armadura mientras la imponente máquina avanzaba. Los dardos envenenados habían hecho el resto, asaeteando y matando a la parte interior, que antes había sido humana, al quedar al descubierto. Mkoll pudo ver adonde se había dirigido la bestial máquina del Caos dando todavía unos cuantos pasos arrogantes después de la descarga del láser. Luego, se había detenido, y había muerto, envenenada.

Volvieron al camino.

—¡Por Feth que es usted un héroe! —dijo Waed por fin.

—¿Y eso?

—¡Un maldito dreadnought, Mkoll! ¡Ha destruido un dreadnought!

Mkoll se volvió y se quedó mirando a Waed con una expresión que no admitía réplica.

—Volveremos y le diremos al comisario que la zona está despejada. ¿Entendido? Nada de gloria ni tonterías de esa clase, ¿está claro?

Waed asintió y siguió a su sargento.

—Pero lo mató usted… —se atrevió a insistir en voz queda.

—No, no lo hice. Me limité a escuchar, y a esperar, y a guardar silencio… Luego conseguí abrir una brecha. Ramillies hizo el resto.



CUATRO

Colm Corbec estaba sentado a la puerta de su módulo. Como segundo oficial del regimiento se le había asignado un habitáculo como el de Gaunt, pero prefería dormir al aire libre.

Al aproximarse, Gaunt vio que Corbec estaba sacando astillas de un trozo de corteza con su cuchillo Tanith. Gaunt aminoró el paso y observó al corpulento soldado. En caso de que él muriera, se preguntó si Corbec sería capaz de mantenerlos unidos. ¿Podría mandar a los Fantasmas faltando Gaunt?

Gaunt confiaba en la capacidad de su segundo, a pesar de que su elección había sido tan aleatoria como echar una moneda al aire.

—Una noche tranquila —observó Corbec cuando Gaunt se puso en cuclillas junto a él y al fuego.

—Por el momento —respondió Gaunt, y se quedó mirando cómo evolucionaba el cuchillo de Corbec en la pálida madera.

Corbec odiaba la función de mando y hacía todo lo que podía para sustraerse a ella. Gaunt también sabía que a Corbec no le gustaba dar órdenes a sus hombres a sabiendas de que los enviaba a la muerte o a la gloria. Sin embargo, lo hacía bien y asumía el mando cuando era necesario. Y así había sido, y sería, sobre todo, en Calígula…

Se iba a marear, muy pronto y con todas las consecuencias. Si de algo estaba absolutamente seguro Brin Milo era de eso.

El estómago se le convulsionaba mientras la nave se precipitaba desde el cielo, y todos los huesos de su cuerpo se sacudían mientras el descenso, increíblemente brusco, hacía vibrar la nave de sesenta toneladas como si fuera el sonajero de un niño.

»Cuenta…

»Piensa en cosas agradables…

»Distráete…

Así le aconsejaba una parte de su mente con desesperación. No quedaría nada bien que el ayudante del comisario, el gaitero del regimiento, el chico estupendo y todo él suerte y encanto desparramase completamente la ración de comida congelada y reconstituida por el suelo.

»Y hagas lo que hagas, no pienses en el aspecto baboso y pulposo de la comida», le aconsejó vivamente otra parte de su cerebro.

»¿Suelo? ¿Qué suelo? —gimió otra parte—. Échalo ahora y saldrá en caída libre, y….

«¡Silencio!», ordenó Brin Milo a su enfebrecida imaginación.

Por un momento recuperó la calma. Respiró hondo para aflojarse y relajarse, para centrarse, tal como le había enseñado Larkin durante su instrucción como tirador.

Entonces, una vocecita descorazonada surgió de las profundidades de su mente. «No te preocupes por vomitar. En cualquier momento quedarás incinerado en un aterrizaje violento a hipervelocidad».

«Como la pimienta que cae de un molinillo», pensó el oficial ejecutivo Kreff mirando desde la amplia cápsula de observación situada bajo la proa de la fragata de escolta *Navarre*.

Detrás de él, sobre el puente elevado, se oyó el murmullo de los operadores de sistemas y ayudantes que intercambiaban datos en voz baja. Los sistemas de control emitían un zumbido. El aire era fresco. En algún momento, las voces bajas, respetuosas, de los timoneles anunciarían otra orden del capitán de la nave que permanecía a solas, inescrutable, en su Strategium privado, una bóveda acorazada situada en el corazón del puente.

El puente de la fragata era el lugar del universo que más le gustaba a Kreff. Era silencioso como una capilla, y siempre sereno, aun cuando controlaba una nave

estelar capaz de atravesar un parsec en un abrir y cerrar de ojos; una nave estelar con potencia de fuego suficiente como para arrasar ciudades enteras.

Volvió a su estudio de la brillante masa de Calígula, que se veía allá abajo, redondo y rotundo como una naranja moteada con manchas blancas y verdes de moho.

En la negrura del espacio que había entre él y el planeta, permanecían suspendidas numerosas naves imperiales. Algunas eran enormes, grises y abovedadas, como una catedral de veinte kilómetros de largo; otras parecían hinchadas como titanes oceánicos; las había también largas, enjutas y angulosas, como su propia fragata. Flotaban en el mar del espacio, y de ellas salían diminutos puntos negros; miles y miles de puntos que descendían revoloteando hacia el maduro planeta.

Kreff sabía que los puntos eran naves de transporte de tropas: cada mota era una nave de desembarco cargada de tropas listas para entrar en combate; pero, en realidad, parecían pimienta que salía del molinillo. Era como si la flota imperial hubiera acudido para aderezar cortésmente a Calígula.

Kreff se preguntaba en qué grano de pimienta estaría el comisario Gaunt. La cosa se había animado, sin duda, desde la llegada del comisario: Ibram Gaunt, el notable, el condecorado héroe de guerra, y ese regimiento de desarrapados, conocido como los Fantasmas, al que él había salvado de la muerte en el planeta Tanith.

Kreff se alisó el ribete color esmeralda del uniforme de la Flota del Segmentum Pacificus y suspiró. Al enterarse de que la *Navarre* había sido asignada a esa chusma de Gaunt, había caído en el desánimo. Pero el historial de Gaunt demostraba que había elevado el nivel de los Fantasmas y los había hecho participar en muchas actuaciones valientes.

Tenerlo a bordo había sido todo un aprendizaje. Como oficial ejecutivo, representante oficial del capitán en todas las cuestiones organizativas de la nave, había tenido que alternar con los Fantasmas más que ningún otro miembro del personal de la Armada. Había llegado a conocerlos hasta donde alguien puede llegar a conocer a una banda de soldados de pelo oscuro, gritones, tatuados, los últimos supervivientes de un planeta destruido por el Caos. Al principio, casi les había tenido miedo, alarmado por su fiero aspecto físico. Kreff sabía de la guerra que era una disciplina silenciosa, independiente, distante; un juego de ajedrez medido en miles de kilómetros y grados de órbita. Tenía de la guerra una idea borrosa, en la que se mezclaban la sangre, el agotamiento y el frenesí.

Lo habían invitado varias veces a compartir el rancho de la Guardia, y había pasado una noche extraña, de la que tenía recuerdos parciales, en compañía de Corbec, el coronel del regimiento, un gigante hirsuto que, una vez tratado, resultaba un alma noble, o al menos eso le había parecido después de varias botellas y de horas

de conversación sincera y liberal. Habían hablado de tácticas de guerra y habían comparado las escuelas y los métodos de cada uno. Kreff había sido terminante respecto de la ética brutal, primitiva, de Corbec, que se hacía lenguas del elevado arte que era la guerra de la flota de la Armada.

Corbec no se había sentido insultado. Se había limitado a sonreír con amargura y a vaticinar que algún día Kreff tendría que librar una auténtica guerra.

El recuerdo hizo sonreír a Kreff. Sus ojos se fijaron otra vez en los puntos que caían hacia el planeta y su sonrisa se desvaneció.

Entonces dudaba de volver a ver otra vez a Gaunt o a Corbec.

Allá abajo, en la distancia, podía ver los fogonazos de las armas antiorbitales que disparaban contra los granos de pimienta. Era una vida de perro, era como bajar a la misma boca del infierno. Tanto ruido, tanta muerte, tanta mutilación.

Kreff volvió a suspirar y se sintió repentinamente agradecido por la tranquilidad que lo rodeaba en el puente. Decidió que ésa era la única manera de librar una guerra.

Milo abrió los ojos, pero todavía no había pasado. El mundo seguía convulsionado. Miró a su alrededor, recorriendo con la vista toda la bodega de la nave de transporte de tropas, donde otros veinticinco hombres de la Guardia estaban sentados en actitud rígida, sostenidos en su sitio por los correajes amarillos de sujeción mientras los equipos iban de un lado para otro y se amontonaban bajo los asientos. En el aire había un olor dulzón, a incienso, y la nave se sacudía de tal forma que no podía leer las inscripciones inspiradoras que había grabadas sobre las paredes de la cabina. Milo oyó el estremecimiento del casco exterior, incandescente por el precipitado descenso. Lo que no podía oír era el retumbar de las baterías antiaéreas que les daban la bienvenida.

Buscó a su alrededor una cara amiga. Bragg, el gigantón, se aferraba a sus correajes, con los ojos cerrados. El joven soldado Caffran, que sólo tenía tres años más que él, miraba al techo y musitaba un conjuro o una plegaria. Justo frente a él, encontró la mirada dura del mayor Rawne, que le sonrió y le hizo un movimiento alentador con la cabeza.

Milo respiró hondo. Recibir el aliento del mayor Rawne en esas circunstancias era como recibir una palmadita del demonio en el hombro a las puertas del infierno.

Volvió a cerrar los ojos.

En la parte trasera de la estrecha cabina, sujeto a su butaca en forma de G, el comisario Gaunt estiró el cuello para ver, más allá de los pilotos y del astrópata, a través de las estrechas ventanillas frontales. Aunque las pantallas de mapas parpadeaban y la nave se sacudía descontrolada, a través del grueso cristal pudo ver

el objetivo cada vez más cercano: la ciudad colmena llamada Nero, que asomaba a través de un cráter de noventa kilómetros de diámetro, abierto en el suelo color ocre como un trozo de carbón engarzado en un ombligo regordete.

—Sesenta segundos para el aterrizaje —dijo con calma el piloto.

Su voz tenía un timbre electrónico, ya que llegaba a través del intercomunicador.

Gaunt sacó la pistola bolter, la amartilló y empezó la cuenta atrás.

En lo alto de la ciudad hundida de Nero, las naves de transporte de tropas bajaban como balas y salían chamuscadas de los bancos de nubes. Las baterías antiaéreas barrían el cielo.

Entonces, las nubes blancas se volvieron candentes. Las esquinas abombadas se chamuscaron y se marchitaron. Una mancha púrpura se deshizo en el cielo y atravesó las nubes como sangre a través del agua. Los relámpagos destellaban y desaparecían.

Allá arriba, a millas de distancia, Kreff se paró a mirar. Abajo, algo estaba destiñendo la atmósfera.

—¿Qué diablos…? —empezó a decir.

—¡Formación meteorológica! —dijo el copiloto, atragantándose, mientras hacía ajustes frenéticamente—. Vamos a chocar contra una zona de granizo y relámpagos.

Gaunt estuvo a punto de hacer alguna pregunta más, pero las sacudidas eran entonces muy intensas. Se volvió a mirar al astrópata, consciente, de repente, de que el hombre estaba emitiendo un grito bajo y monótono. Lo hizo justo a tiempo para ver cómo le explotaba la cabeza. La sangre y los sesos se desparramaron por toda la cabina y salpicaron al piloto, al copiloto y a Gaunt.

El piloto preguntaba algo a gritos.

Gaunt tenía la espantosa certeza de que era una tormenta psíquica. Allá abajo, muy lejos de ellos, algo de poder demoníaco inimaginable trataba de mantenerlos alejados, de impedir el asalto con una convulsiva tempestad del Caos.

Entonces las sacudidas de la nave eran de tal calibre que Gaunt no podía mantenerse centrado. En la pantalla del control principal, se encendían series completas de runas de advertencia, que luego se desdibujaban en franjas de color escarlata ante sus ojos desorbitados.

Algo explotó en alguna parte.

La vibración y las sacudidas no cesaron, pero se modificaron. Milo supo de repente que no bajaban en picado para atacar, sino que simplemente caían en picado.

Ya no se sentía mareado, pero la voz malévola que le había advertido sobre un

choque al aterrizar a hipervelocidad empezó a chillar: «¡Ya te lo había dicho!».

Hubo un impacto…

… tan enorme que fue como si todas sus articulaciones se hubieran dislocado.

Luego un deslizamiento…

… repentino, estremecedor, aterrador.

Y por último…

… el crepitar del fuego.

Y, como si fuera una ocurrencia tardía…

… una oscuridad total, atroz.

Cientos de naves imperiales de transporte de tropas ya estaban muy por debajo del cúmulo de nubes cuando el tifón psíquico explotó cobrando vida, y por lo tanto se libraron de sus efectos más terribles. Tras conseguir nivelarse, descendieron sobre la enorme ciudad colmena de Nero como una plaga de langostas. El aire estaba lleno de ellas; resonaba con el rugido de los impulsores al tomar tierra y asentarse en los yermos de las afueras de la negra y alta ciudad colmena. Descargas de láser y plasma dividían el cielo en mil trozos, haciendo que pareciera a todas luces algún montaje descabelladamente complejo de daguerrotipos. Algunos daban contra las naves que aterrizaban, que se encendían, estallaban y desaparecían. La artillería antiaérea desplegaba en el cielo negras flores sonoras. El apoyo aéreo de los Marauder se encogía por momentos, adensando unas formaciones bajas y apretadas como meteoritos a la caza de una pandilla, y castigando el suelo con descargas candentes que lo punteaban.

Por encima de todo ello, el cielo color púrpura hervía y se revolvía escupiendo cintas eléctricas.

Ya en el suelo, el coronel Colm Corbec y los Primeros de Tanith descendían por la rampa de la nave de transporte y se internaban en la zona de fuego. A ambos lados podían verse líneas de naves vomitando sus tropas sobre el campo, una marea de más de diez mil hombres.

Llegaron a la primera línea de cobertura —una extensión de tubería acribillada colocada sobre pilotes oxidados— y se echaron cuerpo a tierra.

Corbec miró a uno y otro lado, y conectó el enlace del microtransmisor.

—Corbec a escuadra. Hablad fuerte.

Se oyó a través de la línea una sucesión de voces que le respondían.

Al lado de Corbec, el soldado Larkin sostenía el rifle láser con los brazos y temblaba de miedo mirando hacia el cielo.

—Esto no es nada bueno —murmuró—. La locura de un psíquico; algo muy

malo. Por duro que nos parezca lo que pasamos en la compuerta de Voltis o en la zona muerta de Blackshard, fueron como un paseo por el jardín al lado de esto…

—¡Larks! —le dijo Corbec entre dientes—. ¡Por el amor de Feth, silencio! ¿No has oído hablar nunca de mantener la moral?

Larkin se volvió hacia el rostro huesudo de comadreja de su oficial superior y viejo amigo con genuina sorpresa.

—¡Está bien, coronel! —insistió—. No tenía el microtransmisor conectado. ¡Nadie lo oyó!

—Yo sí lo oí —respondió Corbec con una sonrisa acida—, y estás haciendo que se me hiele la sangre.

Todos se agacharon cuando un cañón automático barrió las líneas. A escasos metros de ellos, alguien empezó a gritar. Podían oír los gritos penetrantes por encima del rugido de la tormenta, del ruido que hacían las naves de transporte al aterrizar y del bombardeo.

—¿Dónde está el comisario? —preguntó Corbec, de repente—. Insistió en que iba a dirigirnos él mismo.

—Si no ha aterrizado ya, no va a venir —dijo Larkin, mirando hacia el cielo—. Nosotros fuimos los últimos en bajar antes de que sucediera eso.

Al lado de Larkin, el soldado Raglon, oficial de comunicaciones de la escuadra, levantó la vista del potente transmisor.

—No hay contacto con la nave de desembarco del comisario, señor. He estado barriendo el tráfico orbital y la nave de la Armada, coronel. Esta maldita tormenta psíquica se llevó a un montón de naves de transporte. Todavía están contando las que se incendiaron. Tuvimos suerte de bajar antes de que empezara realmente.

Corbec se estremeció. No se sentía afortunado.

—Allá arriba, nuestros psíquicos están tratando de desbaratar la tormenta, pero… —agregó Raglon.

—Pero ¿qué?

—Es casi seguro que la nave de transporte del comisario fue una de las que desaparecieron.

Corbec gruñó algo ininteligible. Sintió frío y no le pasó desapercibida la expresión de sus hombres al difundirse el rumor por la línea.

Corbec levantó el rifle láser y conectó el microtransmisor. Tenía que hacer que se recuperaran enseguida; tenía que ponerlos en movimiento.

—¿A qué estáis esperando? —vociferó—. ¡Formación en diamante! ¡Despliegue del grupo de disparo! ¡A paso ligero! ¡Fuego a discreción! ¡Adelante! ¡Por la memoria de Tanith! ¡Adelante!

Brin Milo se despertó.

Estaba colgado cabeza abajo, ciego, dolorosamente suspendido de su correaje de sujeción, con las costillas magulladas y sabor a sangre en la boca. Sin embargo, a menos que alguien le estuviera gastando una broma pesada, estaba vivo.

Podía oír…, aunque muy poco. Escuchó el ruido de gotas de agua que caían; un crujido; alguien que se quejaba quedamente.

Hubo una fuerte explosión y la luz deslumbró su vista habituada a la oscuridad. Olió a termita y se dio cuenta de que alguien había activado los generadores de emergencia usando los bolters explosivos. Una luz diurna, delgada, verde y húmeda se difundió por el ambiente.

La enorme cara de Bragg apareció ante la suya.

—Aguanta, Brinny —dijo Bragg con suavidad—. Enseguida te bajo —y empezó a manipular las anillas y hebillas del correaje hacia adelante y hacia atrás.

De repente, los cierres se abrieron, y Milo emitió un leve grito al caer desde dos metros y medio sobre el techo inclinado de la nave de transporte.

—Lo siento —se disculpó Bragg, que lo ayudó a levantarse—. ¿Te has hecho daño, chico?

Milo negó con la cabeza.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Bragg dudó un instante como si estuviera pensando, y luego respondió con determinación.

—Estamos en lo más profundo de ninguna parte.

La nave de transporte de tropas, reducida entonces a pura chatarra, había caído volcada sobre un ángulo cortado a pico.

Milo trepó hasta el suelo y echó una mirada a los destrozos. Lo que más lo sorprendía, apenas algo menos que el hecho de seguir vivo todavía, era que habían caído en un lugar que tenía todo el aspecto de ser una jungla. Enormes árboles rosáceos que parecían unas raíces vegetales enormes formaban un denso bosque de troncos fláccidos en torno a ellos. Las enormes plantas estaban envueltas por gruesas lianas, trepadoras y zarcillos con florescencias; helechos espinosos y colas de caballo cubrían el suelo húmedo, que despedía vapor. Todo era verde, ya que la luz —excepto un solo rayo claro que se filtraba entre los árboles en el lugar por el que había caído la nave— llegaba tamizada por el denso follaje que tenían encima de sus cabezas. El ambiente era húmedo, y un agua pegajosa, como savia, rezumaba de los árboles. Había un olor dulzón a flores fungosas.

Bragg bajó a gatas desde los restos de la nave y se unió al chico. Otros doce Fantasmas lo habían imitado y estaban sentados o apoyados contra los árboles, esperando a que dejara de darles vueltas la cabeza y cesara el zumbido de los oídos. Todos tenían heridas y arañazos sin importancia, excepto el soldado Obel, herido en

el pecho, al que habían tendido en una improvisada camilla. El cabo Meryn se había encargado. Él y Caffran estaban tratando de abrir las escotillas de emergencia en busca de más supervivientes.

Milo vio que Rawne había sobrevivido. El mayor estaba a un lado con un Fantasma alto y pálido llamado Feygor, que lo servía como su ayudante.

—No sabía que hubiese selvas en este mundo —observó Milo.

—Ni yo —añadió Bragg mientras cogía y apilaba petates de equipamiento que Meryn sacaba de un costado de la nave—. En realidad, ni siquiera sabía cómo se llamaba este mundo.

Milo se encontró a Rawne a su lado.

—Estamos en una depresión de la jungla —dijo Rawne—. La superficie de Calígula es de piedra pómez estéril, pero en muchos sitios está perforada por profundas grietas, en su mayor parte antiguos cráteres o cuencas volcánicas. Las ciudades están construidas en las más grandes, pero otras tienen microclimas con humedad suficiente como para albergar estas selvas. Creo que algunas de ellas incluso estaban cultivadas antes de la llegada del maldito enemigo.

—Entonces…, ¿dónde estamos? —preguntó Feygor.

Rawne se rascó la nuca, pensativo.

—Hemos caído muy apartados de nuestro objetivo. Creo que había algunos cráteres boscosos al norte de Nero, en el lado equivocado de las líneas.

Feygor lanzó un juramento.

—Creo que el mayor tiene razón —dijo una voz.

Gaunt apareció deslizándose desde una ventanilla lateral del destrozado casco. Estaba golpeado y magullado, y la sangre le manchaba el hombro y un lado de la túnica que llevaba bajo la chaqueta. Meryn acudió presuroso a ayudarlo.

—No, a mí no —dijo Gaunt, despidiéndolo—. El copiloto está vivo y necesita que lo liberen.

—Es un milagro que en la cabina delantera haya sobrevivido alguien —observó Meryn con un silbido.

Gaunt se acercó a donde estaban Milo, Rawne y los demás.

—El parte, mayor —dijo.

—A menos que encontremos algún otro sobreviviente ahí dentro, tenemos doce hombres físicamente bien además de usted, el chico Milo y el copiloto. Todos presentan heridas sin importancia, aunque el soldado Grogan tiene un brazo roto. Sin embargo, puede andar. Obel está herido en el pecho; un asunto bastante feo. Brennan está dentro; se encuentra hecho un lío e inmovilizado, pero está vivo. Los demás quedaron hechos migas.

Rawne alzó la mirada hacia la nave.

—Supongo que nos alcanzó un disparo; un misil, tal vez.

—¡Psíquicos! —aclaró Gaunt con voz ronca—. Hicieron una demostración monstruosa de tormenta que provocó que nos estrelláramos.

La imagen los dejó a todos helados. El miedo se apoderó de ellos. Algunos apartaron la vista, desasosegados y nerviosos.

Gaunt se llegó hasta la pila de petates que Bragg y Caffran estaban descargando, y abrió un cofre compacto. De él sacó un topolabio de la cavidad protegida en que venía y lo levantó por el asa grabada. El pequeño aparato de bronce chirrió al expandirse los diales concéntricos e hizo un chasquido cuando las brújulas gravimétricas giraron en la burbuja de cristal del gas inerte.

Después de un momento, la máquina emitió una señal y publicó una lectura sobre una pantalla azul de fondo iluminado.

—Estamos en un cráter jungla denominado K7-75, a unos cuarenta kilómetros norte-nordeste del perímetro de la ciudad de Nero. Su cálculo fue correcto, mayor. Estamos en el lado equivocado de las líneas y en un país endiabladamente inhóspito. En un radio de al menos ocho kilómetros no hay más que densos bosques, y este agujero tiene alrededor de un kilómetro de profundidad.

—Será mejor que nos preparemos para la marcha.

—¿Avanzar? —preguntó Feygor—. Comisario…, podemos reparar y poner en funcionamiento la radiobaliza de socorro.

—No, no podemos —dijo Meryn, mostrando los restos calcinados de la radiobaliza.

—Y aunque pudiéramos, Feygor. —Gaunt sacudió tristemente la cabeza—. A unos cincuenta kilómetros al sur de donde nos encontramos, la Guardia Imperial está realizando un asalto masivo. Miles de hombres mueren. Todas las naves y todos los hombres están dedicados al ataque. No habrá nada disponible para venir a buscar, cruzando las líneas enemigas, a un puñado de almas extraviadas como nosotros. Todos nos habrán dado por desaparecidos. Además, allá arriba, hay una tormenta psíquica, ¿recuerda? Nadie nos encontraría por mucho que se empeñara.

Rawne escupió y lanzó un juramento.

—¿Qué hacemos, entonces?

Gaunt sonrió, pero sin ganas.

—Veamos hasta dónde podemos llegar. Es mejor que quedarse aquí esperando la muerte.

En quince minutos, estaban reunidos los supervivientes y atendidos los heridos. El equipo de salvamento y las armas se distribuyeron entre todos. A Milo y al aturdido copiloto les dieron una pistola láser y unas cuantas células de energía de recambio. Obel y Brennan, ya liberados, yacían inconscientes en sus camillas.

Rawne miró a Gaunt con frialdad y señaló con un gesto a los dos heridos.

—Deberíamos tener… piedad.

—Se vienen con nosotros —respondió Gaunt, frunciendo el ceño.

Rawne sacudió la cabeza.

—Con el debido respeto, lo más probable es que estén muertos antes de una hora. Llevarlos implica dedicar cuatro soldados para transportar las camillas.

—Los llevamos con nosotros —repitió Gaunt.

—Si los atáramos a una estructura —intervino Bragg con aire pensativo—, yo solo podría remolcarlos. Mejor yo que otros cuatro chicos.

Meryn y Feygor pusieron las dos camillas sobre una estructura de madera en forma de A, y Bragg apoyó el peso del extremo en su hombro. Caffran había usado un cuchillo de plata Tanith para cortar tiras de tela encerada y atarlas formando una empuñadura.

—No iré muy rápido, me temo —observó Bragg, pero cuando el grupo empezó a abrir el camino demostró que era capaz de tirar del armazón con bastante eficacia.

El comisario volvió a comprobar el topolabio para buscar información más detallada.

—Interesante —murmuró—. A unos cuatro kilómetros al este hay algún tipo de estructura. Tal vez sea alguna antigua granja, o algo así. Podría ser un buen refugio. Vamos a ver.

Gaunt se había armado con el rifle láser de uno de los muertos y le entregó a Rawne su espada sierra.

—Encabece la marcha, mayor —dijo.

Rawne se puso a la cabeza de la columna y empezó a abrirse camino a través de la densa y húmeda selva.

Los Fantasmas de Tanith avanzaron por los complejos exteriores de la ciudad colmena y fueron a salir a un terraplén y a una destrozada autopista arterial de seis carriles de hormigón armado.

Estaba llena de vehículos convertidos en chatarra y de charcos de aceite encendido, que formaban cortinas de fuego. Corbec apremió a los Fantasmas para que avanzaran bajo los tableros de señales de tráfico que todavía parpadeaban indicando los límites de velocidad y las direcciones obligatorias. Con sus armas escupiendo fuego, emprendieron el asalto de un gran bloque de viviendas de obreros en el extremo más alejado.

Cuando el grupo de asalto se abrió camino por los barracones vacíos y arrasados, donde todavía quedaban carteles exhortando a la gente a responder a los objetivos de producción y a honrar al Emperador en todo momento, el combate se transformó en una lucha cuerpo a cuerpo con las fuerzas enemigas, a las que veían por primera vez cara a cara: seres humanos mutados por el Caos, fieles de cuerpos retorcidos y

deformes. La mayoría llevaba los trajes vulcanizados de la fuerza de trabajo de la colmena, pintarrajeados con dibujos del Caos, y las cabezas estaban protegidas con capuchas grises y visores de protección industriales. También iban bien armados.

El suelo de los corredores y galerías de los barracones estaba cubierto de cadáveres, de cristales rotos y de plástico retorcido. En algunas zonas había fuego, y la ceniza flotante que poblaba el aire parecía nieve incandescente.

Y por todas partes, había unas moscas oscuras y gordas.

Abriéndose camino con el lanzallamas, Corbec disparaba a diestro y siniestro a través de las puertas y de las delgadas paredes de tablero plástico; derribaba o hacía estallar a cuanto enemigo había a su alrededor.

Larkin, Suth, Varl, Mallor, Durcan y Billad, que formaban el grupo de disparo, hacían labores de apoyo inmediato. Larkin, con su proverbial puntería, no erraba un disparo, aunque Corbec sabía que gracias a la tormenta estaba más irascible que nunca. Suth llevaba el arma de fusión de la compañía y les iba abriendo camino.

Fuego de los bolters y disparos láser les salían al encuentro. Billad se sacudió al ser alcanzado repetidamente y fue a dar de espaldas contra una pared, desde donde fue resbalando hasta el suelo.

Corbec lanzó una descarga sostenida en dirección a la humareda.

Las moscas zumbaban.

Los intercambios por radio eran casi tan ensordecedores como los disparos. Las fuerzas de la Guardia habían empezado a rodear la ciudad. Una fuerza combinada del 50.º Real de Volpone y de los XIII y XVI de Raymian había rodeado con puño de acero el corazón de la colmena, donde estaba la fundición de hierro, y se enfrentaba a las principales unidades motorizadas del enemigo en una batalla de carros blindados en los enormes hangares de los muelles y diques secos espaciales. Corrían rumores de que un batallón de Perros Armados de Lakkarii y algunos marines espaciales de la Guardia Implacable habían logrado introducirse en los niveles superiores, en la propia torre del Administratum.

No obstante, una victoria generalizada parecía muy lejana, especialmente teniendo en cuenta la tormenta psíquica que frenaba eficazmente la llegada de refuerzos, o cualquier otra cosa.

—¿Alguna noticia alentadora de la cobertura por aire? —preguntó Corbec, imponiéndose al ruido ensordecedor de las armas láser.

El soldado Raglon respondió por el microtransmisor.

—Los vuelos de los Marauder están todos desactivados, señor. El comandante de la Flota los hizo volver por la tormenta. Los efectos del Caos anulan sus sistemas de vuelo.

Corbec levantó la vista hacia la corrosiva turbulencia púrpura que atravesaba el cielo. Podían olvidarse de los aviones; aquella pesadilla impedía su navegación. Tan

cerca de una manifestación del Caos, sus sentidos se volvían inestables, le fallaba el equilibrio, sentía náuseas y una sensación de presión en las sienes. El terror le ponía los pelos de punta y sentía que un escalofrío le recorría la espalda. No quería ni pensar en lo que los esperaba ahí afuera.

Y sabía que lo mismo les pasaba a sus hombres. Ya se había producido una docena de hemorragias nasales espontáneas, y varios hombres habían sufrido convulsiones y vómitos.

Sin embargo, iban ganando terreno, avanzando por el nivel más antiguo y sucio del torvo hábitat formado por torres y barracones, donde habían vivido los obreros de menor categoría y donde la lucha era a pistola y a punta de cuchillo, y el avance se hacía de habitación en habitación.

«El comisario habría estado orgulloso», pensó Corbec. Los Fantasmas habían hecho el trabajo. Escupió una mosca y escuchó atentamente durante un momento el flujo de intercambios de la radio. El canal del mando de la Flota repetía la directiva principal: a menos que fuera posible neutralizar a los psíquicos del enemigo, la Flota no podría desembarcar más refuerzos, ni uno más de los cinco millones de soldados de la Guardia Imperial que esperaban en las naves de transporte en órbita. Y tampoco podía desplegar la cobertura aérea. El resultado final de la batalla estaba en la cuerda floja.

Corbec espantó otra mosca. El aire estaba lleno de ellas y de cenizas. El olor era insoportable. Colm Corbec respiró hondo y se estremeció.

Conocía los signos: se aproximaban a algo, a algo malo; a algo propio del Caos.

—¡Tened cuidado! —advirtió a su grupo a través del enlace—. ¡Nos estamos metiendo en un auténtico agujero infernal!

Abriéndose camino entre las nubes de moscas, el grupo de disparo recorrió un largo corredor sembrado de trozos de plástico y trozos de papel. En el vestíbulo de abajo, se había entablado un combate cuerpo a cuerpo que había acabado en gritos y fuego esporádico de alguna pistola. Se produjo una explosión, aproximadamente a un kilómetro de distancia, que sacudió el suelo.

Corbec llegó a la esquina del vestíbulo e indicó a sus hombres que retrocedieran. Justo a tiempo. Sus hombres se refugiaron tras las puertas justo antes de que los pesados proyectiles desintegraran los escalones de la escalera trasera y arrancaran las placas que cubrían las paredes.

Corbec se volvió a mirar a Larkin, que murmuraba para sí alguna plegaria imperial mientras espantaba las moscas. Tal vez fuera el juramento de lealtad al Emperador que les habían enseñado en la escuela, allá en Tanith.

El hogar…

«Este lugar también fue el hogar de alguien», pensó Corbec, volviendo de repente a los duros hechos de la realidad. Un desvencijado y viejo vestíbulo, en un piso viejo

y desvencijado, donde gente humilde, trabajadora, llegaría a casa después de cumplir su horario en la fábrica de la colmena para preparar la magra comida a sus fatigados hijos.

—¡Larks! —con un gesto señaló hacia el hueco de la escalera—. Percibo algo de magia oscura en ese rincón.

Larkin se pasó el dorso de la mano por la boca y estiró el cuello hacia adelante como un pianista que va a empezar a tocar. Sacó su catalejo nocturno, un detector sensible al calor, que había usado en Tanith para sus cacerías nocturnas. Lo enfocó hacia el vestíbulo y detectó un foco de calor que salía de la pared.

Cualquiera habría apuntado en esa dirección pensando que era el calor del cuerpo del artillero, pero Larkin sabía que no era así. La fuente era el calor de la boca del gran cañón. Eso significaba que el artillero estaba unos sesenta centímetros más atrás, hacia la izquierda.

—Una botella de sacra a que le da directamente en la cabeza —susurró Corbec al ver cómo Larkin se ponía en cuclillas y apuntaba.

—Hecho —respondió Varl.

Larkin disparó un solo tiro escalera arriba y atravesó la pared.

Avanzaron, con cautela al principio, pero no hubo más disparos.

Cubriéndose los unos a los otros, subieron por la machacada escalera y cruzaron el rellano, donde el soldado del Caos yacía muerto encima del cañón con media cabeza volada. Corbec sonrió, y Varl suspiró.

Luego, pasaron a otro rellano y se desplegaron. Allí olía a carne quemada y había más moscas que en cualquier otro sitio.

Larkin avanzó pegado a una pared, mirando las pertenencias que había tiradas entre los escombros. A lo largo de la pared, bajo una serie de signos del Caos dibujados con pintura oscura, alguien había clavado una serie de muñecas y otros juguetes infantiles. A Larkin se le rompió algo en el corazón al ver las muñecas crucificadas y recordar un mundo en el que existían la familia, y los niños, y los amigos; un mundo que había perdido para siempre.

Luego se dio cuenta de que no todas las muñecas eran muñecas.

Cayó de rodillas presa de unas náuseas irrefrenables.

En el extremo más distante de la galería, Corbec, Durcan y Suth irrumpieron en una larga cámara de cemento, que había sido un lugar de encuentro para todo el bloque de viviendas. Dentro estaba oscuro. Varios miles de ojos parpadearon en la dirección en la que ellos estaban.

Todos pertenecían a la misma… cosa.

Algo inconmensurablemente enorme empezó a desenrollarse como un ovillo desde la oscuridad, extendiendo la masa fláccida, blancoazulada de su cuerpo hinchado. Sus fauces, de las que asomaban dos colmillos, vertían un líquido tóxico,

infecto. En los espacios oscuros de su piel traslúcida se movían unas cosas gelatinosas, y las moscas zumbaban a su alrededor cubriéndolo como una capa.

De la nariz de Corbec, empezó a salir sangre que le empapó la barba. Retrocedió mientras la mente se le nublaba por el horror. Suth dejó caer el arma de fusión con gran estruendo y empezó a retorcerse, resbalando por la pared, incapaz de mantenerse en pie. Durcan parecía paralizado. Empezó a llorar y a gimotear mientras trataba de levantar el rifle láser. Unos tentáculos traslúcidos y grasientos salieron como látigos de la oscuridad y lo rodearon, lo abrazaron y lo apretaron tanto que, de repente, estalló como un tomate.

Mallor y Varl se volvieron y vieron el horror que surgía de la cámara; vieron a Suth indefenso y a Corbec inmóvil, y esa cosa roja e informe en que se había convertido Durcan.

—¡Demonio! ¡Demonio! —gritó Varl por su microtransmisor—. ¡Demonio!

Gaunt alzó una mano y anunció un descanso de diez minutos. Los hombres del grupo se echaron hacia atrás, descargaron el peso que llevaban encima y se apoyaron en los troncos de los árboles para descansar.

Meryn se acercó a Bragg con el equipo médico y lo ayudó a bajar la camilla.

—¡Por Feth! —le oyó decir Milo.

Milo se acercó al mismo tiempo que Gaunt.

Meryn levantó la vista mientras trataba las feas heridas de los dos hombres inconscientes.

—Es este lugar —explicó—; el calor, la humedad…, las esporas en el aire…, los insectos. Las heridas se reinfectan en cuanto las limpio. La de Obel empeora a ojos vista. Algún tipo de hongo hace que se gangrene la carne sana. La de Brennan también. —Hizo un gesto con la cabeza y continuó con su trabajo.

Milo se alejó. El olor que exhalaban los hombres heridos no era precisamente agradable.

El copiloto estaba por allí cerca. Se había quitado el casco de vuelo y miraba con nerviosismo la verde oscuridad que los rodeaba, aferrado a su pistola láser. Milo pensó que parecía joven, de su edad. La carne que le rodeaba los implantes craneales se veía reciente. «Probablemente, se siente como yo; totalmente confundido».

Estaba pensando en acercarse al cadete de la Armada y hablarle cuando entre los árboles se escucharon unos disparos. Todos corrieron a refugiarse y se oyó una especie de *staccato* cuando quitaron los seguros de las armas y las células de energía se activaron.

Cerca de Milo, Gaunt se arrastró hacia adelante y abrió el microtransmisor.

—¿Rawne? ¡Conteste! —susurró.

El mayor, Feygor, Caffran y un soldado llamado Kalen se habían adelantado hacia

la misteriosa estructura para explorar.

—¡Fuego de artillería! —fue la respuesta de Rawne, que Milo captó en su intercomunicador—. ¡Estamos atrapados! ¡Daagh! ¡Trono de la Tierra! Hay un…

El enlace se cortó.

—¡Maldita sea! —exclamó Gaunt, poniéndose de pie—. ¡Meryn! ¡Bragg! ¡Cuiden de los heridos! ¡Tú, copiloto, quédate con ellos! ¡El resto conmigo! ¡Grupo de disparo desplegado!

Los Fantasmas avanzaron, y Milo hizo lo propio, comprobando si su pistola estaba lista para disparar. A pesar del miedo, se sintió orgulloso. El comisario había necesitado a todos los hombres de los que podía disponer y ni un segundo había dudado en incluirlo.

Corbec estaba seguro de que había llegado el fin de sus días cuando Larkin empezó a disparar. Empujado al borde del abismo por lo que había visto clavado en la pared, Larkin se volvió loco; sin importarle nada, se mostraba indiferente ante la imagen del Caos que había en aquella vieja casa. Se limitó a abrir fuego y a seguir disparando.

—¡Larkin! ¡Larkin! —llamó Corbec.

El bramido del hombrecillo empezaba a extinguirse. Un chasquido repetido del rifle láser que tenía en las manos indicó que la célula de energía se había agotado.

Los tentáculos de aquella enorme cosa que había en el vestíbulo se habían retraído ante el martilleo de los incesantes disparos del láser.

Tuvieron un momento de gracia; tiempo para retirarse.

Corbec condujo a su grupo de disparo hacia abajo, llevando a Larkin casi a rastras.

—¡Oh, Feth! ¡Oh, Feth! ¡Oh, Feth! —repetía Larkin una y otra vez.

—¡Silencio, Larks! —le advirtió Corbec—. ¡Establece contacto con el comandante de la Flota! —gritó a Raglon por el microtransmisor—. Diles lo que hemos encontrado.

Protegido tras un tronco de árbol derribado, el soldado Caffran apoyó el rifle láser sobre el hombro y descargó una ráfaga que abrió una brecha en el follaje que tenía delante. Le respondió el fuego de un bolter que arrancó astillas de los árboles que lo rodeaban e hizo saltar gotas de savia.

—¿Mayor Rawne? —llamó Caffran—. El enlace del comandante no funciona.

—Lo sé —respondió Rawne, dejándose caer contra un árbol próximo mientras un disparo desgarraba la corteza por detrás de él. Tiró la espada sierra de Gaunt y levantó el rifle láser, disponiéndolo para disparar.

Feygor se arrojó al suelo y descargó el arma; Kalen estaba a su lado. Los rifles

láser de los cuatro Fantasmas dispararon una andanada en dirección a la espesura, y los fogonazos de las bocas de las armas parpadearon en la penumbra circundante.

Rawne se volvió como una centella, con el rifle apuntando hacia abajo, pero lo desvió, lanzando un juramento, cuando vio que Gaunt se acercaba por detrás con los hombres dispuestos en línea de ataque.

—¡Informe de la situación! —ordenó Gaunt en un susurro.

—Acabamos de encontrarnos con un intenso fuego de bolter. Las posiciones de los enemigos están al frente, ocultas. Parece una emboscada, pero ¿quién podía saber que veníamos?

—¿Enlace de comunicaciones?

—No funciona… Interferencias.

—Sería bueno saber a qué estamos disparando —observó Gaunt.

Hizo una señal al soldado Brostin para que se acercara, y éste se apresuró a hacerlo, llevando entre los brazos un lanzallamas que habían rescatado intacto de la nave de transporte.

—¡Posiciones! —gritó Gaunt, y desplegó a sus hombres para que pudieran disparar sin obstáculo en cuanto se descubriese el objetivo—. ¿Brostin?

El soldado emitió una descarga con el lanzallamas, y una lanza volcánica de fuego líquido apuntó hacia la densa maleza. Sosteniendo el fuego en posición horizontal, Brostin hizo un barrido de izquierda a derecha.

Los árboles, las colas de caballo y los helechos gigantes se incendiaron; algunos se encendieron como si en vez de savia tuvieran petróleo, y otros se chamuscaron y deshicieron como el polvo. En veinte segundos, una muralla de jungla había desaparecido y se había transformado en una superficie quemada, que les permitía ver claramente hasta sesenta metros de profundidad dentro del claro abierto de manera artificial.

Silencio. Ni siquiera se oía el fuego de bolter que los había obligado a agacharse y buscar refugio.

—¡Catalejo! —pidió Gaunt, y cogió el instrumento que le ofrecía Milo.

—Parece como si tuviéramos… —Gaunt hizo una pausa mientras los ajustes del catalejo se autorregulaban—. Una instalación imperial. Tres cabinas modulares acorazadas, dos refugios reforzados más grandes… Todos tienen la insignia pintada con aerosol. Hay una instalación de comunicaciones y un mástil de enlace ascendente para un transmisor de voz; es posible que eso sea lo que causa las interferencias… Red perimetral de defensa… Servidores esclavos montados en cañones bolter de carga automática. Seguramente habrán pisado un sensor, mayor, y eso los disparó. Creo que hemos dejado fritos a un par de ellos.

—¿Qué es este lugar? —murmuró Caffran.

—Una salida…, una oportunidad que ni soñábamos, siempre y cuando

consigamos entrar ahí vivos. —Luego Gaunt guardó silencio.

—Pero ¿qué hace aquí, en medio de esta jungla? —se sorprendió preguntando Milo.

Gaunt se volvió hacia él.

—Buena pregunta —dijo.

La respuesta no fue alentadora. Todas las fuerzas de tierra estaban desplegadas al máximo, manteniendo el terreno que habían conseguido ganar. No había nadie disponible para acudir en auxilio de los Fantasmas.

—¿Cómo podemos combatir contra eso? —dijo Suth, tartamudeando.

Corbec sacudió la cabeza. Había hecho retroceder a todo el grupo hasta el talud que dominaba la autopista y los bloques de viviendas que había al otro lado; esos bloques donde se encontraba la cosa más abominable que había visto en su vida.

—¡Pero tiene que morir! —musitó Larkin—. ¿No te das cuenta? Es lo que está causando la tormenta. A menos que muera, jamás podremos salir de aquí.

—¿Cómo puedes saber eso, Larks? —preguntó Varl con tono desdeñoso.

Corbec no estaba tan seguro. El instinto de Larkin siempre había resultado certero.

—¡Que el Emperador nos salve! —dijo Corbec, exasperado, mientras se devanaba los sesos. Tenía que haber algo…, algo… ¿Qué habría hecho Gaunt en esta situación? Algo arrogante, sin duda. Se habría saltado las normas, habría tirado por la ventana los libros de estrategia y habría usado los recursos con los que sabía que podía contar…

—¡Eh, Raglon! ¡Ven aquí, muchacho! —gritó a su oficial de comunicaciones—. ¡Consígueme una línea con la *Navarre*!

El oficial ejecutivo Kreff se aclaró la garganta, respiró hondo y se introdujo en el strategium, el sanctasanctórum acorazado del capitán, situado en el centro del puente de la fragata *Navarre*. El capitán Wysmark estaba sentado en medio de la oscuridad, en silencio contemplativo sobre un trono reclinado, evaluando tranquilamente la disposición parpadeante de datos rúnicos y esquemáticos que cubrían las paredes levemente curvas y el techo del recinto.

Se volvió apenas en su silla.

—¿Kreff?

—Señor, esto no es nada ortodoxo, pero…

—Suéltelo de una vez, hombre.

—Acabo de hablar con el coronel Corbec, el jefe en funciones de los Primeros de Tanith. Su grupo está asaltando el borde occidental de la ciudad colmena de Nero.

Solicita que… activemos las baterías principales y las apuntemos contra un blanco que él ha fijado.

Wysmark hizo un gesto de incredulidad mientras el resplandor de las lecturas de todos los aparatos se reflejaba intermitentemente sobre su cara.

—¿Acaso ese idiota no sabe nada de táctica naval? —se burló con una risita—. Las armas de la Flota sólo pueden disparar contra un objetivo de tierra desde órbita antes del despliegue de las tropas. Una vez desembarcadas estas, los ataques aéreos son responsabilidad de los escuadrones de ataque.

Kreff asintió.

—Que no han podido salir debido a la tormenta psíquica, señor. El coronel es consciente de que esto va contra la táctica habitual, ya que el bombardeo orbital no es precisamente famoso por su… precisión. Sin embargo, dice que se trata de una situación crítica y que puede darnos coordenadas muy precisas.

Wysmark frunció el ceño, pensativo.

—¿Cuál es su evaluación, Kreff? Usted es el que más ha hablado con estos trotamundos desde que llegaron a bordo. ¿Está loco este hombre o debo acceder a su petición?

Kreff se permitió una leve sonrisa.

—Sí… y sí, señor —fue su doble respuesta.

Wysmark le devolvió una sonrisa idéntica. Hizo girar la silla hasta quedar totalmente de cara a Kreff.

—Veamos cuáles son esas coordenadas.

Kreff saltó hacia adelante y le entregó la placa de datos.

Wysmark conectó el microtransmisor.

—Comunicaciones: póngame en contacto con el comandante de la Flota. Quiero hablarles sobre nuestra próxima actuación. Control de fuego, energía a las baterías principales… Tengo trabajo para ellas. A todas las estaciones, éste es el capitán… Dispuestos para disparar las armas principales.

Resultaba todo tan preciso y civilizado. Kreff sonrió. Esa era la única manera de librar una guerra.

Se produjo un relámpago; luego, una honda de choque que los derribó a todos al suelo, y a continuación un rugido atronador que los dejó sordos.

Corbec se puso de pie, tosiendo para despejar el polvo, y ayudó a Raglon a levantarse.

—En el lugar exacto —les dijo con jovialidad a sus hombres sorprendidos.

Treparon hasta la cima de la loma y miraron por la balaustrada. Por debajo de donde estaban, la ruinosa extensión de una autopista de diez carriles penetraba entre los altos y oscuros bloques industriales de la colmena. Al otro lado de la autopista,

donde antes había habido bloques, se veía entonces un cráter humeante.

—¡Por el Sagrado Trono de la Tierra! —exclamó Varl.

—Amigos en las altas esferas —se jactó Corbec.

Miró ladera abajo a los cientos de soldados que permanecían allí a la espera, soldados que ya habían percibido un cambio en el aire. Había humo, y vapor, y olor a cordita, pero el hedor del Caos empezaba a disiparse. La tormenta estaba deshaciéndose.

—¡Adelante! —gritó por el microtransmisor.

El oficial de comunicaciones saludó a Kreff al atravesar la pulida cubierta del tranquilo puente.

—Señal desde la superficie, señor.

Kreff asintió.

—Mensaje cifrado estándar, llegado por el transmisor de voz de la Guardia, los datos y el tiempo han sido ajustados para eliminar el desfase orbital. El mensaje dice: «Gratitud Fantasmal a la *Navarre*. Kreff, bastardo, sabemos que te lo debemos a ti». Fin del mensaje. Lamento la vulgaridad, señor.

El oficial de comunicaciones levantó la vista de la placa de datos.

—No es nada —respondió Kreff, tratando de reprimir una sonrisa socarrona mientras despedía al oficial.

Gaunt se acercó a las cabinas, pistola bolter en mano. Lo seguían Feygor y Caffran, avanzando lentamente.

Hubo un chirrido apenas perceptible, y uno de los servidores próximos detectó el movimiento y giró apuntando el arma automática.

Gaunt lo hizo pedazos con tres tiros certeros. Echándose hacia adelante, abrió la puerta de golpe, y rodó en medio de la luz azul, artificial, del interior buscando un blanco.

Sólo había oscuridad y un silencio mortal. Gaunt avanzó por el hábitat estrecho, inquieto por la penumbra. Enfrente vio una apagada fosforescencia. Había una especie de dormitorio lleno de muebles tirados y papeles desparramados. Gaunt echó una mirada a uno de ellos y se dio cuenta de que tendría que quemarlos.

Rawne y Feygor entraron detrás de él.

—¿Qué es esto? —preguntó Rawne.

—Vamos a ver… —respondió Gaunt en un susurro.

Avanzaron por el hábitat y llegaron a un invernadero, donde el aire era húmedo. Había cosas que crecían en cuencos hidropónicos que Gaunt no quiso mirar. Eran cosas fibrosas, abultadas, hinchadas, formas repugnantes que latían como si

estuvieran vivas.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Feygor, horrorizado.

—El comienzo de todo…, el comienzo de la caída de Calígula —respondió Gaunt—. Uno de los industriales de este mundo estaba incubando algo que no pudo entender. Aquí la competencia por mejorar las cosechas está desatada. Este pobre idiota no se dio cuenta de lo que estaba criando.

«O al menos —pensó Gaunt—, espero que no lo supiera. Si esto se hizo a sabiendas, deliberadamente…». Prefirió descartar la idea.

—Quemadlo. Quemadlo todo —ordenó a sus hombres.

—Todo no —dijo Kalen, entrando por detrás de él—. Estuve explorando el perímetro. El propietario de este lugar, quienquiera que fuese, tenía un Transbordador oculto en un silo en la parte trasera.

Gaunt sonrió. El Emperador siempre proveía.

—Entonces, ¿no está muerto? —musitó Corbec, sentado en su litera en el dormitorio de la tropa.

Bragg sacudió la cabeza y brindó con su botella de sacra.

—No creáis que hay nada capaz de matar al viejo Gaunt. Dijo que nos iba a sacar a todos de allí y lo hizo; incluso a Obel y a Brennan.

Corbec se quedó pensando en todo eso.

—En realidad —dijo por fin—, me refería a Rawne.

Ambos miraron al otro lado del dormitorio, donde Rawne y Feygor estaban conversando tranquilamente.

—¡Ah!, él. No, mala suerte. —Bragg le pasó la botella a Corbec—. Tengo entendido que tú también te divertiste lo tuyo, ¿no?



CINCO

Desde el puesto avanzado, se dominaba la espesura húmeda de las junglas de Monthax. En el aire pululaban unas moscas que parecían polvo en suspensión. Los anfibios croaban en los barrizales.

Los zapadores habían elevado el puesto de vigilancia por encima de los grandes diques, que iban hasta más allá del muro de contención principal. Era uno de las seis que permitían a los francotiradores de Tanith alcanzar la primera línea. Toda la extensión estaba protegida con sacos terreros y con una doble fila de tableros antiaéreos.

Gaunt avanzó, agachado, a lo largo del dique, hasta más allá de los centinelas del puesto del pesado bolter que había en el punto medio. El barro estancado en el foso de la excavación olía a muerte líquida. El cable de la línea de transmisión terrestre recorría toda la extensión del parapeto y se mantenía fuera del agua gracias a unos postes de hierro con pasadores. Gaunt sabía que terminaban en un transmisor en el puesto del francotirador. En caso de ataque, necesitaría una advertencia inmediata de la avanzadilla siempre alerta, y eso sólo podía conseguirse con un buen cable a la antigua usanza.

Larkin estaba tan nervioso como de costumbre. Sentado ante la aspillera que había al final del puesto de vigilancia, entre sacos, limpiaba meticulosamente el arma.

«Es algo compulsivo», pensó Gaunt. El comisario se acercó a él, y Larkin se dio la vuelta, tenso.

—Siempre me da la impresión de que me tiene miedo —dijo Gaunt.

—¡Oh!, no, señor; no de usted.

—No me gustaría nada que así fuera. Cuento con hombres como usted, Larkin; hombres con habilidades especiales.

—Muchas gracias, comisario.

El arma de Larkin estaba reluciente, pero él seguía repasándola.

—Continúe —dijo Gaunt.

«Pero ¿cuánto tiempo más?», se preguntó.

Larkin pensaba en la muerte. Pensaba que podría haber rogado que llegara hacía mucho tiempo de no haberle tenido tanto miedo. Nunca había conseguido determinar, aunque había dedicado largas noches a pensarlo, si a lo que más temía era a la muerte en sí misma o al miedo a la muerte. Lo peor era que había habido muchos momentos en que había pensado que estaba a punto de descubrirlo, muchos momentos en que se había encontrado cara a cara con la mirada helada de la muerte, cogido entre sus garras de acero. Tantas veces había estado al borde de la respuesta.

Podía ser que entonces lo descubriera. Ahí. La muerte o el miedo a la muerte.

Si el ángel lo sabía, no decía nada. Tenía la mirada triste y fija en el suelo, la expresión demudada, los ojos cerrados como si estuviera durmiendo, las manos plegadas sobre el pecho en actitud de plegaria.

Afuera, por debajo de ellos, la guerra para conquistar Bucefalón estaba en su momento más encarnizado. Los vitrales de la enorme ventana ojival, o lo que quedaba de ella, se estremecían y reflejaban la trayectoria de los cohetes, de las bengalas, de las ráfagas de fuego antiaéreo.

Larkin se recostó contra la fría columna de piedra y se pasó una mano sucia por la afilada barbilla. Por fin, recuperaba el resuello y su pulso se volvía más lento; el ataque de ansiedad que unos minutos antes lo había hecho gemir y jadear había pasado como un ciclón. ¿O acaso estaba justo en el ojo de la tormenta?

La tierra se sacudió. Lo sintió a través de la columna vertebral, y el pulso se le aceleró momentáneamente. Se obligó a respirar hondo por la boca, inhalando lenta y profundamente, como solía hacerlo antes de disparar.

—Me estabas diciendo cómo llegaste aquí.

Larkin se volvió a mirar al ángel. Aunque seguía teniendo la cabeza baja, sus ojos estaban entonces fijos en él y sonreía tristemente. Larkin se pasó la lengua por los labios e hizo un gesto impreciso con una mano sucísima.

—La guerra, la lucha, el destino.

—Me refiero a algo más preciso —insistió el ángel.

—Órdenes. La voluntad del Emperador.

Dio la impresión de que el ángel se encogía levemente de hombros bajo su túnica.

—Estás a la defensiva. Te ocultas y ocultas la verdad detrás de las palabras.

Larkin parpadeó. Por un momento, unas lunas en forma de hoz y con una luz blanca y resplandeciente y unos rectángulos de una negrura rojiza se introdujeron furtivamente en su campo visual. Tuvo un atisbo de náuseas. Conocía los signos; los conocía desde que era niño: los trastornos visuales, las náuseas, el sabor metálico en

la boca; luego, la ansiedad, el túnel que se abría ante sus ojos. Después de eso, con suerte, una migraña punzante estallaba en su cerebro y lo dejaba deslumbrado e inerme durante horas. En el peor de los casos, sufría ataques, espasmos, pérdida del conocimiento, y despertaba, horas después, magullado, ensangrentado por las sacudidas del ataque, y con aquella sensación de vacío, de desdicha, de destrucción interna.

—¿Qué sucede? —preguntó el ángel.

Larkin se tocó la frente levemente con el índice.

—No… estoy bien. No lo he estado nunca, en toda mi vida. Los ataques solían asustar a mi madre, pero ni la mitad de lo que me asustaban a mí. Me dan de vez en cuando.

—¿En momentos como este? ¿Bajo presión? ¿Ante el peligro?

—Eso no ayuda, pero no es el único desencadenante. ¿Sabes lo que son las plunas?

—No.

—Son unos frutos redondos, blandos, de cascara verde, jugosos. Tienen muchas pepitas negras y pulpa rosada. Solían cultivarlos en el huerto de mi tío, en Tanith. Son deliciosos, pero hasta el olor me producía un ataque.

—¿No hay ninguna medicina para eso?

—Tenía unas tabletas, pero se me olvida llevarlas. —Sacó del bolsillo un pequeño pastillero de madera, abrió la tapa y le mostró que estaba vacío—. O me olvido cuando se me acaban.

—¿Cómo te llaman? —preguntó el ángel.

—Me llaman Larkin el Loco.

—Es una crueldad.

—Pero es cierto. No estoy muy en mis cabales. Loco.

—¿Por qué crees que estás loco?

—Estoy hablando con una estatua del Imperio, ¿no es cierto?

El ángel rio y alisó los pliegues de las blancas vestiduras por encima de las piernas, plegadas a la altura de las rodillas. Una luminosidad tenue y perfecta lo rodeaba. Larkin parpadeó y volvió a ver las lunas resplandecientes y los rectángulos impresionados en la retina.

Afuera, un granizo de disparos iluminaba la noche y un traqueteo de explosiones chisporroteaba en el aire. Larkin se puso de pie y se acercó a la ventana más próxima. Miró a través de los trozos encajados de cristal de colores la ciudad que se veía allá abajo. Con sus altas torres protegidas por unas murallas de piedra de ochenta metros de altura, la capital de la ciudad-estado de Bucefalón se ceñía a las laderas de las montañas. El humo oscurecía el cielo. El fuego de las armas láser llenaba el aire como aguanieve reluciente. A dos o más kilómetros de distancia, vio el par de

enormes rampas de asalto que los zapadores de la Guardia Imperial habían elevado contra las murallas; eran enormes taludes de casi un kilómetro de largo, formados por tierra apilada y escombros apisonados, y lo suficientemente anchos como para permitir la llegada de vehículos blindados hasta la parte más alta de la muralla. El fuego cruzado de ambos bandos y los fogonazos de los disparos iluminaban las rampas.

Abajo, en un plano más próximo, los hombres se veían como insectos. Los había a miles. Se agitaban en las trincheras y se derramaban hacia el dentado y desordenado frente de batalla, lanzándose al asalto de las murallas.

El punto desde donde miraba Larkin era alto y bueno. Esa fortaleza protegida, en ruinas, formaba parte de un pétreo complejo que, a horcajadas sobre el principal acueducto de la ciudad, le servía de defensa. Dicho acueducto era una enorme estructura que había desafiado los intentos más feroces del enemigo de derribarlo con minas. Aunque estaba fuertemente defendido, al comisario Gaunt le había parecido un buen apostadero para un equipo furtivo. No había sido la primera vez que el comisario se había equivocado.

Gaunt les había contado que antes de que la garra del Caos cayera sobre ella, la ciudad-estado había sido gobernada por treinta y dos familias nobles, descendientes de dinastías de mercaderes que habían fundado la ciudad. Sus brillantes estandartes, los escudos heráldicos de las treinta y dos casas reales, estaban expuestos en las paredes junto con colgajos de ricas telas que pendían de enormes marquesinas de madera. Además, esas imponentes marquesinas estaban decoradas entonces con los cuerpos crucificados de los líderes de aquellas nobles familias.

Había sido la primera acción de Nokad, Nokad el Canalla, el carismático líder del culto, cuyas fuerzas malignas se habían sublevado para conquistar Bucefalón desde dentro y habían ganado uno de los más honorables de los Mundos de Sabbat. En su gran discurso de liberación al comienzo de la Cruzada, el propio Señor de la Guerra Slaydo había mencionado a la orgullosa Bucefalón como uno de los mundos que más le interesaba salvar.

Estallaron granadas en el exterior de las ventanas, y Larkin retrocedió para ponerse a cubierto. Los cristales se rompieron y cayeron sobre el suelo de piedra. En sus ojos, los fogonazos se hicieron más intensos y notó el sabor metálico en la saliva. Además, oía un zumbido acompañado de un dolor sordo en el oído interno. Esa era una señal muy mala. Sólo le había pasado una o dos veces, inmediatamente antes de sus peores ataques. Su visión no era del todo estable. Todo lo que lo rodeaba, en la capilla, lo veía alargado y deformado, como en la barraca de los espejos del carnaval de Attica. En algunos lugares, todo lo veía alabeado e hinchado, y sucesivamente enfocado y desenfocado, como si se acercara para alejarse de nuevo a continuación.

Sintió un estremecimiento en lo más profundo de sus huesos.

El ángel estaba encendiendo velas ante el altar de hierro forjado de las ofertas. Sus movimientos eran lentos y gráciles.

—¿Por qué no crees en los ángeles? —preguntó.

—¡Oh, sí que creo! —suspiró Larkin—. Y no es cosa de ahora, siempre he creído. Un amigo mío, el sargento Cluggan, era una especie de historiador militar. Según él, en la batalla de Sarolo, aparecieron ángeles sobre las líneas cuando estaba a punto de amanecer e, inspirando a las Fuerzas Imperiales, las llevaron a la victoria.

—¿Crees que eran visiones? ¿Alucinaciones colectivas provocadas por la fatiga y el miedo?

—Yo no soy quién para decirlo —replicó Larkin mientras el ángel terminaba de encender las velas y apagaba la llama—. Estoy loco y todos los días veo visiones y Fantasmas, en su mayoría provocados por malas jugadas de mi mente. No estoy en condiciones de decir lo que es y lo que no es.

—Tu opinión no es menos válida que otras. ¿Vieron los hombres ángeles en Sarolo?

—Yo…

—Di lo que crees.

—Yo creo que sí.

—¿Y qué eran esos ángeles?

—Manifestaciones de la voluntad del Emperador que llegaron para dar ánimo a las fuerzas leales.

—¿Es eso lo que crees?

—Eso es lo que me gustaría pensar.

—¿Y la otra posibilidad?

—¡Uf! ¡Locura colectiva! ¡Cosas de los psíquicos! ¡Mentiras urdidas por los hombres aliviados después del hecho! Lo que tú dijiste…, alucinaciones colectivas.

—Y aunque fuera cualquiera de todas esas cosas, ¿supone eso alguna diferencia? Fuera lo que fuera lo que vieran o pensaran, los inspiró para vencer en Sarolo. Si un ángel no es realmente un ángel pero produce la misma inspiración que si lo fuera, ¿le quita eso valor?

Larkin sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Por qué te estaré escuchando? ¡Una alucinación que me hace preguntas sobre alucinaciones!

El ángel cogió las manos de Larkin entre las suyas. La sensación lo sorprendió y le provocó un sobresalto, pero había algo infinitamente tranquilo y dulce en aquel contacto. Sintió una calidez inmensa, que se transmitía a los dedos, las palmas, los antebrazos, el corazón. Volvió a suspirar, más hondo esa vez, y levantó los ojos hacia el rostro sombreado.

—¿Soy real, Hlaine Larkin?

—Yo diría que sí, pero… como estoy loco.

Ambos rieron, cogidos de las manos. Las de él, ásperas y sucias, entre las suaves y blancas manos del ángel. Cara a cara, se rieron; la risa ruidosa de uno se unió con la suave y musical del otro.

—¿Por qué abandonaste a tus hombres? —preguntó el ángel.

Larkin se estremeció y liberó sus manos, tratando de apartarse.

—¡No digas eso!

—Larkin, ¿por qué lo hiciste?

—No me lo preguntes. ¡No!

—¿Lo niegas?

Retrocedió hasta dar contra una columna que había tirada en medio del ábside y se volvió hacia ella con mirada feroz. Entonces sentía que los ojos le palpitaban y veía luces y alteraciones bailando y deformándose en su línea visual. El ángel parecía distante; luego se volvió enorme y se cernió sobre él. Sintió que se le retorcían las entrañas.

—¿Negarlo?… Yo nunca los dejé… Yo…

El ángel se detuvo y se apartó de él. Pudo ver sus rizos de oro largos hasta la cintura entre las poderosas alas que salían de unas aberturas de la túnica. Llevaba la cabeza gacha y volvió a hablar después de una larga pausa.

—El comisario Gaunt envió al grupo de disparo al acueducto en misión de insurrección para entrar en Bucefalón. El principal objetivo era el propio Nokad. ¿Por qué fue?

—«Muerto el perro, muerta la rabia». Gaunt dijo que ni en un año tomaríamos este lugar a menos que pusiéramos fin al carismático liderazgo de Nokad. ¡La ciudad-estado se ha convertido en su doctrinópolis, el manantial de su culto, la semilla y la difusión del engañoso encanto de sus sensibilidades a las otras ciudades-estado de este mundo y de más allá!

—¿Y qué hicisteis?

—Entramos en los canales del acueducto. La compañía de Rawne iba a la cabeza para atraer el fuego y romper las defensas. La de Corbec venía a continuación para saltar por encima de la lucha mientras Rawne le salía al encuentro y entraba en la ciudad por las trincheras de los canales.

—¿A riesgo de ahogarse?

—Los canales están secos desde hace seis meses. Fueron minados y vallados, pero teníamos rastreadores.

—¿Estabas con la compañía de Corbec?

—Sí. Yo no quería ir… ¡Por Feth! No me atraía en absoluto la idea de una incursión suicida como aquella, pero soy el francotirador de Corbec…, y su amigo, y él insistió.

—¿Por qué?

—¡Porque soy su francotirador y su amigo!

—¿Por qué?

—¡No lo sé!

—¿Tal vez porque eres el mejor tirador de todo el regimiento? ¿Porque si alguien puede acabar con Nokad, ése eres tú? ¿Acaso Corbec, tu amigo, podría haber prescindido de ti? ¿Podía tener miedo de que te derrumbaras si las cosas se ponían muy mal?

—No lo sé.

—¡Piénsalo! ¿Podría ser que hubiese optado por llevarte al final porque, a pesar del riesgo y de tu fragilidad mental, sigues siendo el mejor tirador del regimiento? ¿Podría ser que hubiera valorado eso en ti? ¿Tal vez fuera eso lo que necesitaba a pesar del riesgo?

—¡Cállate!

—¿Es posible que lo hayas dejado plantado?

Larkin gritó y apretó la cara contra el suelo de piedra. Su cuerpo enjuto empezó a retorcerse al llegar al punto culminante el acceso de locura, la ola imparable de ansiedad que invadía su mente atormentada. Entonces sólo veía colores, y su visión era una mancha caleidoscópica de neón.

—¿Y tú qué hiciste? Aquel fuego cruzado en el canal. Cerca del cuartel. Lopra muerto, con la cabeza destrozada; Castin, destripado; Hech, Grosd, los demás, los gritos, el humo mezclado con el olor a carne quemada. Corbec clamando por refuerzos; dagas de luz atravesando el aire. ¿Y tú qué hiciste?

—¡Nada!

—Nada no. Corriste. Escapaste. Trepaste y corriste sin parar hasta acabar aquí. Sollozando, vomitando, poniéndote perdido.

—No… —dijo Larkin, casi ahogado, con la cara apoyada sobre el frío suelo.

Sentía como si estuviera en un vacío. No se oía nada; no se veía nada, no sentía dolor. Sólo estaba la voz.

—Los abandonaste. Eso te convierte en un desertor.

Larkin levantó la vista de repente. El ángel estaba junto al relicario, levantando la tapa de madera tallada. Sacó algo y se lo puso en la cabeza; después, se acomodó el pelo rubio ceniza bajo el ala. Era una gorra, una gorra de comisario. Era la gorra de Gaunt.

Volvió a hurgar dentro de la caja sagrada y sacó algo más, algo envuelto en una tela polvorienta y mohosa. Lo desenvolvió con sus manos perfectas. Era una pistola bolter. Con seguridad insólita, sus largas manos colocaron un cargador en la ranura, lo empujó a fondo hasta que se oyó un chasquido y le quitó el seguro. A continuación, se volvió.

Con la gorra de comisario, su rostro se veía anguloso y alargado. Larkin no se había dado cuenta antes de lo demacradas que eran sus facciones de piedra, firmes y resueltas, como las de Ibram Gaunt. Levantó la pistola bolter en la mano derecha y la apuntó contra Larkin. Abrió y desplegó las alas, de veinte metros de envergadura, un amplio arco de plumas de águila absolutamente blancas.

—¿Sabes lo que hacemos con los desertores, Larkin? —preguntó con expresión sombría.

—Sí.

—Nuestra misión es inspirar y levantar la moral, llevar bien alto el espíritu combativo, mantener el sentido de la gloria en los corazones del guerrero imperial. Pero si este espíritu flaquea, también estamos aquí para castigar.

—Ha…, hablas como Gaunt…

—Ibram Gaunt y yo tenemos mucho en común: una finalidad común, una función común; inspiración y castigo.

Era como si fuera de la capilla, el mundo se hubiera sumido en el silencio; como si la guerra hubiera cesado.

—¿Has desertado, Larkin?

Se quedó mirando al ángel, al arma, a las alas terribles. Lentamente, se puso de rodillas, y luego de pie.

—No.

—Demuéstralo.

Le dolían todas las articulaciones y tenía los nervios de punta. La cabeza parecía despejada, pero la sentía extraña. Caminó con estudiado cuidado hasta el petate caído.

—¡Demuéstralo, Larkin! ¡El Emperador te necesita en sus filas en este momento! ¡Recupera tus fuerzas!

Se volvió a mirar al ángel. La pistola y la mirada eran inflexibles.

—¿Cómo sabías mi nombre? —le preguntó.

—Tú me lo dijiste.

—Mi nombre de pila. Hlaine. Hace tiempo que no lo uso. ¿Cómo lo sabías?

—Yo lo sé todo.

Larkin rio de manera alta y sonora. Su aguzado mentón se sacudía mientras abría la mochila.

—¡Por Feth! ¡Yo no soy un desertor!

—¿Cómo lo demuestras?

—¿Ves esto?

Larkin sacó el rifle de francotirador del portafusil que había en la parte posterior del petate. Lo sostuvo en alto y liberó el mecanismo de disparo con un hábil movimiento de la mano.

—Un rifle.

—Un rifle láser. Caballo de tiro de la Guardia. Sólido, fiable, duro. Puedes golpearlo, tirarlo, usarlo como garrote, sumergirlo en el agua, y siempre seguirá funcionando.

El ángel dio un paso adelante para mirar el arma que le enseñaba.

—No es estándar. No es un modelo M-G estándar. ¿Dónde están la mira integrada, la corredera para fijar la carga? ¿Y ese cañón? Es demasiado largo, demasiado estrecho. ¿Y el supresor de fogonazo?

Larkin hizo una mueca y rebuscó en el petate.

—Es la variante para francotirador. El mismo cuerpo, pero estriado. Yo mismo hice parte del trabajo. Le quité la mira integrada porque prefiero utilizar esta.

Levantó un tubo ancho y se lo enseñó durante un momento antes de encajarlo en un soporte lateral del rifle. Quitó las cubiertas de ambos extremos del tubo, y el dispositivo emitió un débil resplandor rojizo hacia adelante.

—Detector nocturno; de mi invención. Yo mismo adapté el soporte. Lo usaba para detectar a los lasireles en los bosques de mi país.

—¿Lasireles?

—Pequeños roedores de hermosa piel. Sacaba un buen dinero cazándolos antes de la Fundación.

Pasó las manos por el rifle y dio unos golpecitos sobre el cañón.

—Cañón XC 52/3 reforzado. Más largo y delgado que el modelo estándar. Permite unos veinte disparos —movió con el pie la mochila y se oyó un entrechocar de piezas metálicas—. Siempre llevo dos o tres de repuesto. Se giran y se extraen. Se pueden cambiar en menos de un minuto si se sabe lo que se hace.

—¿Y por qué el cañón reforzado?

—Para empezar, aumenta el alcance y la precisión, y además yo uso esto… —Larkin sacó una batería de su equipo y la encajó en la ranura correspondiente—. Lo llamamos «disparo certero». Brida energética, baterías de metal líquido aprovechadas al máximo. Menor número de disparos, pero más potentes. Perfectos para un francotirador. Por eso no hay una corredera de carga en mi arma. Un tamaño sirve para todo.

—La culata es de madera.

—Madera de nal, de los bosques de Tanith. Me gusta lo que conozco.

—¿Y ese largo supresor de fogonazo?

—Soy francotirador, ángel. No quiero que me vean.

—¿Eres francotirador, Larkin? Yo estaba seguro de que eras un desertor.

El eco propagó la voz sombría por toda la capilla.

Larkin le dio la espalda, esperando recibir un disparo en la nuca. Tenía la cabeza perfectamente despejada, más de lo que la había tenido desde hacía meses.

—Piensa lo que quieras. Yo te diré lo que sé.

Se dirigió hacia el arco de entrada de la capilla, se puso en cuclillas y apoyó el rifle láser sobre un florón de piedra. Desde allí, tenía una amplia panorámica del canal semiderruido situado en el nivel superior del gran acueducto.

Larkin se acomodó, estiró el cuello, flexionó los brazos y miró por la mira del rifle.

—La misión principal de mi compañía era eliminar a Nokad. Es un líder carismático, y eso significa que lidera él mismo a sus hombres, que está siempre en primera línea de combate. Este acueducto ha sido reconocido por ambas partes como el punto más débil de Bucefalón. Hemos lanzado sobre él un ataque feroz. Nokad querrá defenderlo con igual dureza. Eso implica desplegar a las tropas por todo lo largo. Y eso, a su vez, significa que estará allí personalmente.

—¿Y si no está? —preguntó el ángel.

—Entonces, seré una lápida más sin nombre en el cementerio.

Ya no miraba al ángel, ya no le preocupaba su terrible presencia. Le daba lo mismo si le estaba apuntando a la sien con su pistola bolter.

—¿Esperas acertar el tiro con esa mira? —le susurró el ángel.

—La calibré personalmente. Y sí, confío en conseguirlo. Es curioso, pero a pesar de todo lo que sucede a mi alrededor, de toda la locura… —y al decirlo Larkin se atrevió a volver la cabeza hacia la inquietante presencia que sentía junto a su hombro—, siempre veo la verdad a través de la mira telescópica. Me permite ver el mundo tal como es realmente. La verdad, no lo que mi mente desquiciada me dice que hay allí.

Una larga pausa.

—Puede ser que en algún momento me convenga observarte a través de la mira telescópica —aventuró.

—¿No tienes un trabajo que hacer, Hlaine?

—Sí, mi trabajo.

Volvió otra vez hacia la mira telescópica y cerró los ojos.

—Tienes los ojos cerrados. ¿Qué haces?

—¡Chsss! Para apuntar es necesario controlar la respiración. Más que eso, es preciso apuntar naturalmente el arma hacia el objetivo.

Abrió los ojos y movió el rifle hacia ambos lados, tratando de asentarlo sobre la piedra.

—¿Qué sucede?

—Necesito aislar el rifle de la piedra. Tengo que envolverlo con un trapo.

Empezó a tirar de la capa para desprender un trozo. Se oyó un rasguido detrás de él, y una mano perfecta le alargó una larga tira de brillante tela blanca, ligera y cálida al tacto.

—Usa esto, Hlaine.

Larkin sonrió. Envolvió la boca del rifle con el sedoso material y, a continuación, lo volvió a acomodar sobre la balaustrada de piedra.

Quedaba mejor apoyado recubierto con el angélico satén; estaba perfectamente asentado en un hueco de la dura piedra.

—Gracias —dijo, volviendo a colocarse.

—¿Qué estás haciendo ahora?

Larkin se removía, como si estuviera inquieto.

—Tengo que conseguir una posición estable para disparar. Si el rifle se mueve, aunque sólo sea un poco, los disparos pueden descontrolarse. Necesito sujetarlo con firmeza, pero sin mucha fuerza. Quiero que apunte al blanco con naturalidad. Si tengo que aplicar presión para mantenerlo apuntado, es seguro que erraré el tiro. Ves, ése es el secreto…

Cerró los ojos.

—Hay que hacer puntería y cerrar los ojos. Volver a abrirlos. Existe la posibilidad de que se haya desviado el tiro. Entonces se debe realinear el cuerpo y repetir.

—¿Cuántas veces?

—Tantas como sea necesario.

Larkin volvió a cerrar los ojos, los abrió, se reacomodó, cerró los ojos.

—En un momento dado, al abrir los ojos, el rifle estará apuntando con precisión, con naturalidad, coincidiendo exactamente con tu cuerpo.

—Respiras lentamente —observó el ángel, susurrándole al oído—. ¿Por qué?

Larkin sonrió, pero muy levemente para no perturbar la perfecta configuración de la posición de tiro.

—Cuando estás en posición, se respira lentamente, a un ritmo regular; uno debe mantenerse relajado. Cuando tienes el objetivo a tiro, respiras hondo un par de veces, haces una pausa, exhalas algo de aire, y luego retienes la respiración. Entonces, disparas y expulsas el resto del aire.

—¿Y cuánto tiempo lleva esto? —preguntó el ángel detrás de él.

—El tiempo necesario para obtener un blanco.

Nokad el Sonriente iba cantando a sus hermanos mientras avanzaban por el canal superior del acueducto. Tras él, iba una fila de cosas que antes habían sido hombres, ataviadas entonces con una extraña indumentaria hecha de las pieles de aquellos a los que habían vencido. Al son de los cánticos que entonaban, blandían las armas y pasaban por encima de los cadáveres despedazados del enemigo que había asaltado su punto más débil aquella tarde.

Nokad el Sonriente medía sus buenos dos metros de altura y presentaba una constitución sólida y poderosa. Tenía perforaciones en el torso y los brazos desnudos, de donde colgaban aros, cadenas y púas que servían de armadura a una piel brillante

y relucían tanto como sus dientes perfectos.

—¡Transformadlos en trofeos! —ordenó Nokad con una sonrisa aviesa.

Señaló a los cadáveres que había a su paso; eran guardias imperiales, cosas insignificantes envueltas en oscuros trajes de faena y capas anónimas. Enfrente se luchaba y se oía cerca el rugido de los láseres.

Corbec estaba en la hondonada del canal con los tres hombres que le quedaban. Rawne gritaba por el intercomunicador.

—¡No sirve de nada! ¡Lo tienen cerrado! ¡Tenemos que retirarnos!

—¡Maldita sea, Rawne! ¡Este es el único camino! ¡Vamos a entrar! ¡Haz avanzar a sus hombres!

—¡Es un suicidio, Corbec! ¡Estás loco! ¡Estaremos muertos en un momento!

—¿Vas a desertar, mayor? ¿Piensas hacerlo? ¡Eso tiene un precio!

—¡Maldito seas, retrasado mental! ¡Hay que estar loco de remate para entrar ahí!

Nokad avanzaba. Sus hombres lo adoraban. Todos cantaban, jubilosos, mientras hacían retroceder a los invasores.

En el borde del canal, Nokad entonaba inspirados versos para sus hombres, con las armas en alto, las rugientes espadas sierra.

Hubo un estallido acompañado de un relámpago de luz…, y la cabeza de Nokad desapareció. Se había transformado en un vaho sanguinolento.

Larkin se derrumbó bajo el arco de la capilla, con el cuerpo sacudido por las convulsiones, presa de furiosos espasmos producidos por la fiebre que una vez más se había apoderado de su cerebro.

—¿Larks? ¿Larks? —La voz de Corbec era suave.

Larkin yacía en posición fetal, empapado en sus propios fluidos, a la puerta de la capilla en ruinas. Al volver en sí, sintió que su mente estaba despejada, violentamente despejada, como si la luz hubiera disipado todas las sombras.

—Colm…

—¡Larks, hijo de mala madre!

Corbec lo obligó a mantenerse sobre sus piernas, aún inestables. El rifle de Larkin estaba en el suelo con el cañón roto, quemado e inservible.

—¡Le diste! ¡Acabaste con él, viejo bastardo! ¡Lo hiciste papilla!

—¿Lo conseguí?

—¡Escucha eso! —gritó Corbec, empujándolo hacia la puerta. Desde abajo, desde el acueducto, llegaban los vivas y los cantos—. ¡Se han rendido! ¡Hemos tomado Bucefalón! ¡Dejaste frito a Nokad!

—Mierda…

Larkin cayó de rodillas.

—¡Y yo que pensé que nos habías abandonado! ¡De veras! ¡Pensé que habías desertado!

—¿Yo? —dijo Larkin, mirando hacia arriba.

—No debería haber dudado de ti, ¿verdad? —preguntó Corbec, y abrazó a aquel francotirador pequeño y enjuto.

—¿Y dónde está el ángel? —preguntó Larkin.

—¿Ángel? Aquí no hay más ángel que ese.

Corbec señaló la deteriorada estatua del ángel que había sobre la pila de la capilla, un hermoso ángel arrodillado, con las perfectas manos plegadas en actitud de plegaria. Tenía la cabeza inclinada. La inscripción del pedestal lo identificaba como un símbolo del Dios-Emperador, una personificación del Trono Dorado que le había sido otorgado a los señores de Bucefalón en los primeros días de la colonia, cuando conquistaron el territorio.

Un antiguo mito, un pedazo de piedra.

—Pero… —empezó a decir Larkin mientras Corbec lo obligaba a ponerse de pie.

—¡Pero nada! —respondió Corbec riendo.

Larkin rompió a reír con él. Tan fuerte rio que estuvo a punto de ahogarse.

Corbec lo sacó a rastras de la capilla. Ambos seguían riéndose.

Lo último que vio Larkin antes de que Corbec lo sacara de la capilla fue su rifle láser caído, con el trozo de tela blanca chamuscada todavía enrollada en torno al cañón.



SEIS

Una súbita andanada de cañonazos enemigos distantes, impacientes, se desató poco antes de media noche sobre Monthax y punteó el vientre del cielo pardusco y bajo con el reflejo de los fogonazos y de la luz. Un fragor húmedo, hueco, retumbaba y aullaba a través de los pantanos y de la niebla pegada al suelo como una jauría de perros hambrientos. A millas de distancia tenía lugar un combate nocturno.

Gaunt se despertó instintivamente por el ruido de las armas y salió a dar un paseo por las inmediaciones de la barraca. Los disparos se oían al este y había enviado a un sargento a comprobar las líneas de los centinelas. La artillería sonaba como si alguien estuviera sacudiendo una gran sábana húmeda en medio del aire caliente y pesado.

Cruzó una hondonada por un puente de tablas y avanzó hacia la línea de árboles justo en el momento en que la humedad se abrió y una lluvia fría, babosa, empezó a caer a través del aire súbitamente removido por brisas heladas. Fue casi un alivio, pero la lluvia era pegajosa y tonta, y le escocía en los ojos.

Gaunt se encontró en el acceso terraplenado a una de las muchas torres de vigía y ascendió por la escalera de mano. Las torres, establecidas a intervalos de cien metros a lo largo del desfiladero principal, se elevaban unos diez metros por encima de la cenagosa superficie. Estaban hechas de grupos de troncos de árbol reunidos y reforzados con vigas remachadas, y tenían unas plataformas en las que se asentaban los nidos de ametralladoras montados en la parte superior.

En lo alto del oscuro nido, el soldado Bragg atendía un par de pesados bolters gemelos y tenía en torno a los pies pilas de granadas. Un tablero antiaéreo lo protegía de la lluvia y una red de camuflaje ocultaba el puesto.

—¡Señor! —saludó Bragg, y su cara ancha se abrió en una sonrisa amplia y desconcertada.

Estaba haciendo cafeína en un pequeño hornillo, y entre sus manazas la cafetera y la taza parecían enanas. Trató de ocultar la frasca de sacra detrás de la cocinilla, pero

el olor del licor llenaba el nido.

Gaunt respondió al saludo.

—Yo también tomaré un poco —dijo—. Que esté fuerte.

Bragg pareció relajarse. Vertió una buena porción de sacra en una segunda taza abollada y se afanó para atender la cafetera que hervía. A Gaunt lo divertía, como siempre, la combinación de fuerza brutal y timidez de ese gigantón. Las manos de Bragg eran lo bastante grandes y fuertes como para aplastar cráneos, pero se movía casi con mansedumbre, como si tuviera miedo de su propia fuerza, o de lo que los demás pudieran creerlo capaz de hacer.

Le pasó al comisario una taza caliente, y Gaunt se sentó sobre una pila de cajas de explosivos, indicando con un gesto en dirección al este. La posición elevada del puesto proporcionaba una mejor perspectiva del combate que tenía lugar en la distancia. Por encima de los árboles, se veían los fogonazos y la trayectoria de las balas trazadoras, y a medida que la lluvia iba disipando la niebla, empezaban a verse las fogatas entre los troncos.

—Alguien se lo está pasando bien —observó.

Bragg asintió y tomó un sorbo de la taza.

—Distingo cuatro o tal vez cinco posiciones enemigas; son equipos de apoyo de la infantería. Han avanzado y han abierto trincheras porque las líneas de fuego son estáticas, pero han encontrado algo contra lo que disparar.

—Si avanzan hacia aquí, tendremos que entrar en acción.

Bragg dio una palmadita a las pesadas armas.

—Que se atrevan.

Gaunt sonrió. Bragg era un buen técnico en armas pesadas, pero su puntería casi no había mejorado nada desde la Fundación. Sin embargo, con armas tan pesadas y esa cantidad de munición, a algo le acertaría.

—¡Ah!, ahora que me acuerdo —dijo Gaunt—: los terraplenes del oeste se están derrumbando otra vez. Le dije al mayor Rawne que lo ayudaría usted a cavarlos de nuevo mañana. Necesitan a alguien capaz de levantar mucho peso.

Bragg asintió sin reservas. Su gran fuerza física era un activo para los Fantasmas, sobre todo porque iba unida a un buen carácter y a una disposición para ayudar. A Gaunt le traía a la memoria un arma pesada y grande; era como un garrote: mortal debidamente manejada, pero difícil de manipular o de apuntar.

Bragg se apartó una polilla de la cara.

—Bonito lugar al que hemos venido a parar —observó.

—Monthax… no tiene mucho atractivo —admitió Gaunt, estudiando burlonamente al enorme soldado.

Bragg era un hombre extraño; eso lo había determinado tiempo atrás. Jamás había conocido a nadie con tanta fuerza física y, al mismo tiempo, tan comedido, como si

tuviera un poco de miedo de la terrible fuerza que podía liberar. Otros lo tomaban por tonto y consideraban al viejo Bragg como un torpe, pero era evidente que no lo era. En su estilo tranquilo, voluminoso, era el más formidable y peligroso de todos los Fantasmas. Estaban tan preocupados por su fuerza física que los demás siempre subestimaban la mente que había detrás.

«Y la mente —Gaunt lo sabía—, es lo más fuerte de todo».

Calígula tras la liberación imperial. Noches tan brillantes como el día, iluminadas por el hervidero de las ciudades colmena. Días tan oscuros como la noche, asfixiados por el humo de las petroquímicas. El hollín, como copos de nieve negros y gordos, se cernía sobre todo, incluso allí afuera, en las zonas desérticas.

Profundos cañones de roca coralina brillante. Volutas de polvo fluorescente que lamían los lugares altos y los bordes de los cráteres. Cuencas secas, resquebrajadas, de tierra apelmazada y dura. Crestas anchas, empinadas, de arena cristalina. Y la muerte, blanqueada y recocida, como los huesos que han estado al sol durante años.

Dieciocho transportes de carga, monstruos de treinta ruedas que expulsaban un humo azul por sus tubos de escape verticales, atravesaban el paso de roca rojiza a poca velocidad. Las unidades de oruga que iban al frente de cada columna de vehículos eran monstruos, carros blindados de metal chamuscado que traqueteaban llevados por sus enormes motores. Miraban el espacio que quedaba por delante con los ojos de sus múltiples faros antiniebla y mostraban la sonrisa torva y abierta de las parrillas de sus radiadores. Flanqueando los enormes vehículos de transporte iban los motoristas de la escolta, que atravesaban el polvo en motos y vehículos todoterreno blindados.

Palapr Tuvant, conductor de transporte, nacido y criado en Calígula, luchaba con el volante de medialuna del vehículo de carga y miraba de soslayo a su acompañante. Tlewn Milloom miraba por la ventanilla y, de vez en cuando, echaba una ojeada a su cronómetro.

Ambos estaban bañados en sudor, sepultados por el calor que venía del rugiente motor que llevaban bajo los pies. Milloom había abierto los paneles del blindaje y las rejillas de ventilación con la esperanza de que entrara la brisa fresca del exterior. Pero la temperatura superficial en el desierto era de cuarenta grados, y se iban asando. De vez en cuando, el motor caliente les escupía un chorro de aceite a través de la parrilla delantera.

Milloom se recostó en su asiento de cuero destripado y miró hacia la escotilla del techo.

—¿Todavía está ahí arriba? —preguntó.

Tuvant asintió, tirando del volante. Los dos estaban demasiado acostumbrados a la marcha traqueteante, convulsiva, del vehículo.

—Puede ser que esté sacando la cabeza por la torreta, como un perro, disfrutando del aire que corre.

Milloom rio entre dientes.

—¡Qué memo! Indudablemente es un burro. No habrá tenido nunca ni pizca de cerebro.

Tuvant asintió con la cabeza.

—Un guardia típico, mucho músculo pero nada de cabeza. ¿Dónde estaba el memo cuando cayeron las colmenas? ¡Respóndeme a eso!

—En una nave de transporte en tránsito —respondió simplemente el soldado Bragg, dejando caer su enorme cuerpo por la escotilla para unirse a ellos. Se quedó de pie en la parte trasera de la cabina sujetándose de una barra mientras el vehículo oruga avanzaba a tumbos por el suelo desigual—. El coronel-comisario Gaunt dijo que llegáramos lo más pronto posible —dijo sonriendo mansamente a los dos hombres que formaban el equipo de conductores.

—Seguro que sí —murmuró Tuvant.

Bragg avanzó hacia adelante, sujetándose de los pasamanos para no caer.

—Vamos a buena marcha, ¿no es cierto?

—Desde luego —respondió Millomm apartando la vista del enorme Fantasma—. En la Estación de Calfernia estarán encantados cuando lleguemos.

—Estoy seguro de que sí —sonrió Bragg, que se sentó en el asiento que había detrás del conductor—. Eso está bien. Cuando el coronel-comisario me puso al mando de este convoy le dije que llegaría a tiempo, que confiara en mí, y así lo haré. Y lo estamos consiguiendo, ¿no?

—Sí, así es. Justo a tiempo —respondió Tuvant.

—Bien, eso está bien. El coronel-comisario estará contento.

Milloom hizo entre dientes un comentario poco elogioso sobre el alto y poderoso coronel-comisario.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Bragg con brusquedad.

Milloom se quedó de piedra. Echó una mirada a Tuvant. Llevaban unas tres horas como mucho en compañía de ese enorme miembro de la Guardia y, hasta el momento, lo habían tomado por alguien lerdo y poco inteligente. Claro estaba que su mero tamaño impresionaba, pero habían pensado que podían reírse de él a sus espaldas. Entonces Milloom estaba tenso, con la sensación de que tal vez había ido demasiado lejos; sentía que el gigante que tenía tras de sí podría liberar repentinamente su indudable fuerza física en un momento de arrebato.

—Yo…, yo no dije nada.

—Sí que lo hizo. Dijo algo sobre mi coronel-comisario. Algo malo.

Milloom se volvió lentamente para mirar de frente al enorme hombre de Tanith.

—Yo no pretendía…, sólo estaba bromeando.

—De modo que fue algo malo. Un insulto.

—Sí, pero sólo en broma.

Milloom no las tenía todas consigo y, esperando lo peor, acercó la mano a la

manivela que había debajo del asiento.

—Está bien —dijo Bragg con tono ligero, y se volvió para mirar por la ventanilla —. Todo el mundo tiene derecho a expresar su opinión. Ya nos lo dijo el coronel-comisario.

Milloom se relajó y cambió una mirada cómplice con el otro conductor. «Un estúpido integral», dijeron ambos sin palabras.

—Entonces —preguntó Tuvant, provocador, mirando a Bragg por el espejo retrovisor—, ¿usted hace todo lo que le ordena su coronel-comisario?

—¡Por supuesto! —respondió el gigantón con viveza—. Es el coronel. Y el comisario. Somos sus hombres. Somos la Guardia Imperial. Los Primeros de Tanith. Somos leales al Emperador y hacemos todo lo que nos manda el coronel-comisario.

—¿Y si les ordenara tirarse por un precipicio? —rio Miloom, mirando con sonrisa sobradora a Tuvant.

—Entonces, nos tiraríamos por el precipicio. ¿Era una pregunta con segundas?

El convoy avanzaba internándose en el desierto. Se había reunido aquella mañana en una carretera protegida, fuera de las ruinas medio quemadas de la ciudad colmena Aureliana, donde un segundo frente de la Guardia Imperial había tomado el control tras el asalto principal de la colmena de Nero. La arrasadora victoria del Imperio era indiscutible, pero todavía quedaban reductos de soldados enemigos que libraban una guerra de desgaste para cortar las líneas de abastecimiento.

La Guardia Imperial lanzó un ataque masivo para erradicar todos los focos de resistencia, y empezó la tarea de reconstruir Calígula. Los recursos disponibles —y a pesar de todo Aureliana tenía abundancia de almacenes— debían ser redistribuidos. El convoy era el primer intento de transportar provisiones a la castigada ciudad colmena de Calfernia. Eso significaba atravesar doscientos kilómetros de tierras devastadas por la guerra a las que se había bautizado recientemente como «el desierto».

Seis convoyes habían partido ese amanecer de Aureliana. Cuatro se encaminaban a Nero, uno a Tiberius y otro a Calfernia. A los Fantasmas de Gaunt, los Primeros de Tanith, se les había encargado su protección. Todos habían estado de acuerdo en que el viaje a Calfernia era el más peligroso, ya que atravesaba territorio de bandidos, ex trabajadores de la colmena que habían desertado durante la guerra y se habían establecido como señores feudales en tierra de nadie. Ni un solo vehículo de apoyo había logrado llegar a destino en las últimas seis semanas, y los rumores hablaban de miles de rebeldes armados hasta los dientes. Había incluso quienes decían secretamente que había fuerzas del Caos por el medio.

Todos, el propio Bragg incluido, se quedaron atónitos cuando Gaunt le encomendó la defensa del convoy de Calfernia. Gaunt había desoído todas las

protestas y había llevado al azorado Bragg a su búnker de mando para darle instrucciones.

Caober, Rawne, Larkin y los demás Fantasmas dieron por sentado que la decisión de Gaunt representaba la aceptación de que el convoy de Calfernia nunca llegaría a destino. Era una misión suicida, y Gaunt no estaba dispuesto a desperdiciar a ningún comandante valioso en semejante aventura.

—Hete aquí que nuestro amable comisario, por fin, ha mostrado sus cartas —había observado Rawne taimadamente mientras jugaba con el mango de su daga de plata de Tanith.

Otros demostraron cierta inquietud, poco felices con lo que en apariencia estaba sucediendo, pero reacios a cuestionar directamente la autoridad de Gaunt.

Bragg se limitó a sonreír, agradecido por el honor que se le hacía. Al parecer, no había captado la ironía. No había reparado en el hecho de que ya se lo daba por muerto. Rawne escupió en el polvo.

A instancias de los hombres, Corbec se había acercado a Gaunt de mal talante. Quería saber por qué Gaunt había sido tan duro como para considerar a Bragg prescindible.

—Señor, si yo mismo, o Hasker, o Lerod nos encargáramos de la misión, podríamos tener una oportunidad de hacer llegar el convoy a destino. No lo dé por perdido; no mande a Bragg a una muerte segura…

—Sé bien lo que hago —había sido la respuesta cortante de Gaunt.

Y, de ese modo, había enviado al orgulloso Bragg y a otros setenta Fantasmas a una misión de la que todos estaban seguros que no regresaría nadie.

El convoy avanzaba por una profunda grieta y empezó a atravesar una planicie rojiza de tierra recocida. El calor reverberaba, distorsionando el horizonte. Una moto oruga, con funciones de escolta, iba a la cabeza del convoy. La conducía el cabo Meryn, y el soldado Caffran estaba encargado de las dos ametralladoras montadas en la parte trasera. Ambos llevaban la boca tapada con la capa para protegerse del polvo y se cubrían los ojos con unas gafas agrietadas por el calor.

El convoy venía un kilómetro más atrás, y Meryn detuvo la moto en un alto. Se descubrió la cara para escupir y toser.

—¿No lo sientes? —preguntó a Caffran que estaba a sus espaldas—. Es como si hubiera ojos observándonos por todas partes.

—Son imaginaciones tuyas —replicó Caffran, pero de todos modos puso las armas en disposición de disparar.

Caffran sentía que le palpitaban las sienes, y no era sólo por el calor. Había visto la expresión en la cara del coronel Corbec cuando Gaunt había puesto el convoy al mando de Bragg. Ya estaban muertos; podían darlo por sentado. Los cien cuerpos

quemados y crucificados que habían visto al borde de la carretera una hora antes no eran cosa de su imaginación. Caffran se estremeció.

Otros escoltas avanzaban entre nubes de polvo. El soldado Kelve conducía una moto con Merrt, uno de los tiradores favoritos de Corbec, en la parte trasera. Merrt tenía su rifle de francotirador envuelto en tela encerada en el hueco que había a sus pies, listo para pasarse a él cuando la ametralladora se quedara sin munición. Kelve también se detuvo sobre una duna para tomarse un respiro.

A su izquierda, con el motor en punto muerto, estaban Ochrin y el artillero Hellat, y a la derecha de estos, a unos quinientos metros, Mkendrick y el artillero Beris. A una señal que se pasaron de una moto a otra, todos volaron adentrándose en la polvorienta cuenca que había más allá; corrían en paralelo a la huella que habían dejado Meryn y Caffran. El enorme convoy rugía tras ellos. A la cola del mismo, protegiendo la retaguardia, venían otros tres vehículos de escolta. Fulke con Logris en las ametralladoras, Mktea con Leymon de artillero y Tanhak con Grummed a cargo de las armas. Detrás de ellos, avanzaba un vehículo semioruga de la Guardia Imperial conducido por Wheln, con Abat y Brostin en las torretas de las armas, y otro de doble oruga conducido por Mkteeg con Rahan y Nehn encargados de una plataforma lanzamisiles.

Bragg se encaramó en la torreta que había sobre la cabina de su tractor, oyendo a medias los sarcasmos de los conductores caligulanos, Milloom y Tuvant. Sintió en la cara el embate del calor y el polvo. El sol era inclemente. Inmediatamente se le taparon las fosas nasales con la mezcla de ceniza y polvo, y tuvo que toser y escupir para despejarse la garganta. Recordó que lo mejor era taparse la cara y la nariz con la capa de camuflaje, calarse las gafas que le habían dado y cubrirse la piel expuesta con pasta de zinc. La pasta, que venía en una pequeña lata circular, olía mal, pero el coronel-comisario les había dicho que la usaran. Bragg levantó el microtransmisor e introdujo el auricular en el oído.

—Bragg a todos los Fantasmas. No olviden usar la pintura solar, la pasta de zinc, tal como nos dijo el coronel-comisario. Es todo.

Por el enlace de voz llegó una ronda de juramentos y protestas.

—Es una orden —dijo Bragg—. Untaos bien, Tanith. Hay quemaduras y quemaduras, ya lo dijo el coronel-comisario, y nuestra piel clara no durará un minuto bajo este sol.

Deteniendo un momento la moto, Ochrin sacó la lata y, a regañadientes, se aplicó la pasta en la frente y la nariz. Luego, estiró el brazo para pasarle la lata a Hellat, que estaba detrás.

Hubo un sonido apagado, distante, hueco.

Hellat cogió la lata de la mano tendida de Ochrin y, en ese instante, se dio cuenta

de que Ochrin ya no tenía cara. El cuerpo de Ochrin se escabulló, inerme, del sillín.

Hellat dio la voz de alarma y, aferrándose a las culatas de las armas, empezó a descargar su furia metálica contra las distantes dunas.

—¡Ochrin está muerto! ¡Nos atacan! —gritó sin dejar de disparar.

Un segundo después, un misil describió su trayectoria en el aire y voló a Hellat y a Ochrin en pedazos no más grandes que un puño cerrado.

Por los intercomunicadores, llegaba una confusión de voces. Murmurando la oración de protección que el eclesiarca les había enseñado en Tanith, en el Primer Educatory, Mkteeg condujo su semioruga hasta la protección de una duna, y los artilleros dispararon una ráfaga de misiles contra los bordes del acantilado.

Meryn describió un amplio arco con la moto oruga, levantando una espesa cortina de polvo para ponerse en posición y contraatacar. Los engranajes de la montura del arma de Caffran chirriaron cuando éste la hizo girar para disparar una trayectoria curva de explosivos trazadores hacia la posición marcada por el último asalto de Hellat. El vehículo de Ochrin y Hellat era una masa de chatarra que ardía en la cresta de una duna.

El grueso del convoy ralentizó la marcha al enterarse del ataque. El fuego enemigo lo castigaba por el flanco derecho y golpeteaba como si fuera lluvia: unas cuantas gotas al principio para hacerse luego más rápida y más furiosa.

Mkendrick emprendió una veloz carrera con la moto, lanzando un grito de guerra de Tanith, y sólo al ver que el artillero no disparaba se dio cuenta de que estaba muerto sobre el arma y que la luz del sol se colaba por un enorme agujero abierto en el torso. Mkendrick frenó, saltó del puesto del conductor, hizo a un lado el cadáver de Beris y empezó a apuntar y disparar las ametralladoras como un maníaco desde una posición estacionaria.

Al entrar con la moto en la zona de fuego, Merrt se dio cuenta de que tenía un buen ángulo y empezó a descargar una andanada tras otra de sus armas de gran calibre sobre las distantes y polvorientas dunas. A gritos, le indicó a su compañero que aumentase la velocidad para adelantar al enemigo. Kelve estaba a punto de responder, o estaba a la mitad de una frase, cuando una ráfaga de metralla alcanzó el vehículo y lo hizo volcar.

Merrt logró salir arrastrándose por el polvo y, al darse la vuelta, vio a Kelve atrapado por los hierros; gritaba de dolor. La columna de control lo había empalado; atravesándolo, lo había dejado fijado a la arena bajo tres toneladas de metal retorcido y humeante.

Merrt corrió hacia él. Trató de levantar los hierros, y de apalancar el vehículo para darle la vuelta. Kelve gemía, rogando, implorando.

Cuando Merrt se dio cuenta de lo pesado que era el vehículo y de que la herida de Merrt era mortal de necesidad, hizo lo que su conductor le pidió. Sacó la pistola láser

y disparó a su compañero en la cabeza. El cuerpo de Kelve se sacudió, y el hombre murió agradecido.

Merrt se echó cuerpo a tierra al ver que el enemigo había encontrado su posición. Vio su arma de francotirador, que le había caído, apartada del vehículo. No había tiempo para comprobar daños. Retiró la tela protectora y colocó el arma en posición mientras ponía una carga nueva en el receptor. Su mira telescópica le reveló la posición del enemigo, figuras ampliadas, desdibujadas, que afanosamente procuraban recargar un lanzamisiles pintado de color caqui.

Hizo su primer disparo. Demasiado largo. Ajustó el campo de acción tal como le había enseñado Larkin, exhaló un poco de aire e hizo el segundo disparo. Un blanco certero. En las filas enemigas todo era confusión cuando hizo los tres siguientes disparos en serie, con gran aplomo y sangre fría.

Tres blancos perfectos. El maestro de francotiradores Larkin podía estar orgulloso.

En el camión tractor, Bragg gritaba por el microtransmisor, ordenando que formasen un círculo defensivo. A sus oídos llegaron diversas contraórdenes por el enlace y las acalló accionando los mandos del cañón con sus enormes manazas y descargando una andanada machacante sobre las colinas de estribor.

Los vehículos del convoy se vieron obligados a obedecer, y, siguiendo las órdenes de Bragg, describieron un círculo, una posición defensiva que rodearon los vehículos de escolta que quedaban. Los vehículos segundo y cuarto del convoy recibieron fuertes disparos, y el sexto explotó al impactar un cohete en su unidad tractora. El panel exterior de la unidad de carga se abrió a causa de las explosiones internas que astillaron la piel metálica, haciéndola trizas. Trozos del casco de metal se expandieron como humeantes bolas de fuego y abrieron cientos de pequeños cráteres en la circundante arena cenicienta.

Relevado en la torreta por el soldado Cavo, Bragg se dejó caer al interior de la cabina, y allí encontró a Milloom y Tuvant refugiados por debajo del nivel de las ventanillas, con los protectores y escotillas cerrados.

—¡Esto es una locura, maldito memo! —dijo Tuvant a gritos—. ¡Nos van a freír a todos!

—No creo que estos bandidos tengan tanta fuerza —empezó a decir Bragg.

Tuvant se volvió hacia él.

—¡Cabeza de chorlito! ¡Están por todas partes! ¡Por el Dios-Emperador, hay miles de bandidos ahí afuera, más que suficientes para matarnos a todos! ¡Deberíamos haber seguido avanzando! ¡Al pararnos aquí les damos ocasión de congregarse para la matanza!

Bragg avanzó como un basilisco hacia los conductores de Calígula. Su mirada tenía algo amenazador que a Tuvant no le gustó nada. Con su enorme mano, Bragg

levantó a Tuvant, cogiéndolo por la garganta, y lo sacó de la cabina.

—Yo estoy al mando aquí —rugió con una voz tan profunda y sólida como su constitución, reverberante—. El coronel-comisario lo dijo. Si tenemos que luchar para avanzar aunque sea un milímetro hasta Calfernia, lo haremos. Y lucharemos todos, ¿está claro?

—¡Cl…, claro! —respondió ahogadamente Tuvant poniéndose azul.

—Pues bien, ¿podéis servir para algo?

—¿Cómo? —se burló Milloom con tono ácido desde atrás.

Bragg soltó a Tuvant, que cayó al suelo hecho un guiñapo, y se volvió hacia el otro conductor. Milloom tenía la palanca grasienta en la mano.

—¡No me asusta, Fantasma!

—Entonces, es que eres tonto de remate —farfulló Bragg, volviéndose de lado sin interés.

Milloom se abalanzó sobre él para aplastarle el cráneo con cinco kilos de frío metal. Bragg se apartó ágilmente, con una facilidad impensable para su tamaño. Cogió la barra con la palma de la mano y se oyó un chasquido. Milloom boqueó cuando se la arrancó de la mano. Bragg la hizo a un lado.

—Para empezar, no atacándome a mí. Los malditos cobardes como vosotros me sacáis de quicio. ¿Dónde demonios estaríais si no hubiéramos venido a sacar vuestros traseros de la boca del Caos?

—Seguros y protegidos en la colmena Aureliana, tal vez —se atrevió a protestar Milloom—. No aquí fuera, en el desierto, rodeados por la infantería terrorista.

Bragg se encogió de hombros.

—Es posible. Con los demás cobardes. ¿Eres un cobarde, conductor Milloom?

—¡Váyase al infierno!

—Sólo preguntaba. El coronel-comisario me dijo que tuviera mucho cuidado con los cobardes. Me dijo que les disparara en cuanto los viera porque son perros traicioneros que no merecen la salvación del Trono Dorado. Claro está que yo no les dispararía, por supuesto.

Hubo una pausa.

—Sólo los apalearía —añadió Bragg, sonriendo—. El resultado sería el mismo. ¿Quieres que te apalee, Milloom?

—N…, no.

—Entonces, no vuelvas a atacarme. Puedes ayudar aunque no seas capaz de distinguir la boca de un arma de tu propio trasero. Ponte a la radio. Recita el Juramento de Obediencia de la Eclesiarquía. Lo conoces, ¿no?

—¡Por supuesto que lo conozco! Y después, ¿qué?

—Después lo vuelves a recitar. Que suene claro y valiente. Lo recitas una y otra vez. Y si te aburres, recitas la Plegaria Diaria del Emperador para variar. Incluso

puede ser la Letanía Imperial de Liberación. Llena los canales de voz de palabras tranquilizadoras, inspiradoras. ¿Puedes hacerlo?

Milloom asintió, y se dirigió a la radio incorporada al tablero de mandos del tractor.

—¡Buen chico! —dijo Bragg mientras Milloom empezaba a reproducir los versos que había aprendido en su infancia.

Afuera, el fuego de las armas láser y las ametralladoras silbaba alrededor del convoy. Los escoltas no ahorraban disparos. Meryn puso la moto en posición para que Caffran pudiera hacer auténtico daño a los bandidos que lentamente iban estrechando su círculo.

Fulke, Mktea y Tanhak recorrían la línea. Desde la parte trasera de la máquina de Fulke, Logris mató a cuatro con otros tantos disparos certeros. El artillero de Mktea también derribó a uno antes de que un disparo láser a quemarropa le volara la tapa de los sesos. Tanhak y Grummed acabaron con seis, o incluso siete, antes de que un misil de corto alcance segara sus vidas y su gloria. Restos metálicos y miembros destrozados salieron despedidos de un torbellino de combustible encendido.

—¡Bragg! ¡Bragg! ¡Debemos retirarnos! —vociferó Wheln desde el semioruga, con Abat muerto a sus espaldas y Brostin arrasando cuanto podía con el lanzallamas.

En la cabina del vehículo de carga, Bragg desenvolvía tranquilamente los cañones automáticos protegidos por una capa de fieltro. Tras él, Milloom recitaba sin parar a través de la radio. Bragg hizo una pausa y manipuló el microtransmisor para activar la línea de voz.

—No, Wheln. De retirarnos, nada —dijo sencillamente.

Frotándose la dolorida garganta, Tuvant se puso de pie, tambaleándose, dispuesto a discutir con el enorme Fantasma, pero se quedó de piedra cuando vio la envergadura del arma que el gigantón de Tanith estaba preparando. No uno, sino dos cañones automáticos de los que solían fijarse sobre un armazón o un trípode. Bragg los había unido con un correaje improvisado, hecho con parte del equipo que llevaba en la mochila para que pudieran ser disparados al mismo tiempo. De las ranuras de los cañones sobresalían las cintas de munición, que estaban conectadas a un montón de cajas redondas.

Bragg perforó la ventana de metacrilato de la parte trasera de la cabina y pasó los dos cañones por la abertura. Entonces, se volvió a mirar a Tuvant.

—¿Querías algo?

—No —respondió Tuvant, agachándose de repente cuando un disparo perforó la cabina e hizo que cayera sobre sus cabezas una lluvia de partículas metálicas.

—Puedo disparar esto yo solo, pero me facilitaría el trabajo que alguien se ocupara de la alimentación.

Tuvant parpadeó. Luego avanzó a cuatro patas y cogió las cintas de munición; las

desenrolló para que pudieran salir sin problema de las cajas.

—Gracias —dijo Bragg con una breve sonrisa.

A continuación, se volvió para encorvarse y mirar a través de la abertura por donde asomaban las armas. Accionó el montaje del disparador, y el ruido ensordecedor de los dos cañones retumbó en el interior de la cabina. Milloom interrumpió sus oraciones y se tapó los oídos con una mueca. Tuvant se estremeció, pero siguió cumpliendo el cometido de desenrollar las cintas, para que no encontraran obstáculos. Los explosivos surcaban el aire como briznas de paja.

La primera andanada devastadora de Bragg había sido demasiado larga; había pasado por encima de los acantilados. Con una mueca, ajustó la puntería.

—Vuelve a intentarlo —dijo para sí.

—¿Qué? —preguntó Tuvant.

—Nada.

Bragg abrió fuego otra vez, y el bramido de los cañones volvió a llenar la cabina. Entonces, los disparos cosieron la pared del valle y atravesaron las distantes dunas. Dieron sobre algo que explotó produciendo una violenta llamarada. Bragg insistió en la misma zona durante uno o dos minutos.

Afuera, en las dunas, con el convoy formando un círculo a sus espaldas, Merrt avanzó gateando mientras reajustaba el objetivo. Podía oír la voz ansiosa pero decidida recitando la Plegaria del Emperador por el auricular que llevaba en el oído, y eso lo llenaba de orgullo y dignidad. Se apartó el polvo de los ojos. Había dejado de lado sus gafas en cuanto tomó contacto con el suelo. Larkin le había dicho que nada se debía interponer entre el ojo de un francotirador y la mira telescópica. Sólo se veía el mundo real cuando se observaba por una mira con la vista despejada; eso había dicho Larkin durante la instrucción. Merrt sonrió al recordarlo. Le vino a la memoria la imagen de Larkin que siempre llevaba su mira telescópica en el bolsillo del muslo y la sacaba a veces para mirar a la gente a través de ella. «Para saber si mienten», solía decir.

Entonces, la mira de Merrt no le mentía. Podía ver a más de tres docenas de bandidos avanzando por las dunas entre el polvo que levantaba el fuego cruzado. Corrían agachados, con la cabeza baja, sorteando los obstáculos del terreno. Merrt apuntó al más próximo. Suspiró y disparó, sincronizando la salida del aire con la presión de su dedo en el disparador, para que ningún movimiento de su torso pudiera desviar el disparo. La ráfaga de láser atravesó el casco del bandido, que se le ofrecía como blanco por el hecho de avanzar éste agachado. «Es probable que el disparo le haya atravesado el cráneo, el cuello y el torso, siguiendo la línea de la columna vertebral», pensó Merrt, cuando la figura cayó inerme en el suelo.

Ajustó la puntería y acertó a otro bandido en plena cara en el momento en que éste miró hacia arriba para observar el transporte. Un leve desplazamiento a la

izquierda, y apareció otro en el punto de mira; avanzaba para ponerse a cubierto. Un suspiro, una presión, un leve culatazo, y la figura cayó hacia atrás, quedando inmóvil.

Merrt reajustó y estaba a punto de hacer blanco en un pequeño grupo de infantería cuando su posición se disolvió en neblina candente y escombros. «Ha sido un misil», pensó.

Rahan y Nehn apuntaban bajo desde la torreta de misiles; hacían disparos aislados que salían a ras de tierra e iban a enterrarse en las líneas enemigas. Mkteeg bordeaba con el semioruga el reborde de las replegadas dunas, evitando al enemigo lo mejor que podía. Sus artilleros casi habían agotado los misiles, de modo que puso el motor en marcha lenta y volvió a la torreta para preparar el cañón que iba sujeto a un soporte de la cubierta.

Lo sacó y lo colocó sobre el panel lateral blindado del vehículo mientras Rahan mandaba al aire cinco misiles. Parecían jabalinas de fuego describiendo un arco en el cielo del desierto hasta caer sobre unos blancos que no podían ver al otro lado de la duna.

Mktea disparó el cañón automático del que se había encargado Leymon, hasta que la cinta de alimentación se atascó y el cañón se puso al rojo. Maldiciendo, cogió el rifle láser y se escabulló del vehículo justo antes de que el impacto de un disparo enemigo lo hiciera volar por los aires y provocara una lluvia de escombros y ceniza. Mktea sintió un impacto agudo y doloroso en el tobillo. Al mirar hacia atrás, tendido boca abajo en la arena como estaba, vio que sus pantalones de faena humeaban por la lluvia de cenizas y que una gruesa pieza de metal le había atravesado el pie.

Apagó el fuego y dio una vuelta para arrancar el hierro del tobillo. Vio que era un trozo del asa del retorno del cañón automático del vehículo. El dolor era inmenso. Tiró de él y se desvaneció momentáneamente. Al volver en sí, se dio cuenta de que el fragmento de metal no saldría sin arrastrar consigo parte del hueso sin la intervención de un cirujano. Empezó a masticar un puñado de analgésicos y, mientras esperaba que el efecto llegara a su cerebro, rodó hacia un lado y empezó a disparar el rifle láser contra la cresta de la duna que había detrás de él.

Wheln no dejaba de disparar desde la torreta del vehículo, junto a Brostin, que había abandonado el lanzallamas y disparaba entonces un rifle láser. Los bandidos avanzaban desde la depresión desértica que había delante, y ellos disparaban a todo lo que se movía.

Mkendrik se dio cuenta de que las armas se habían agotado cuando la última cinta de munición pasó a través de la ranura y se oyó un ruido sordo y seco. Los bandidos se le vinieron encima para apoderarse de la ametralladora. Sacó la pistola láser y le disparó al primero en la cabeza, al segundo en el vientre, y le reventó una rodilla a un tercero. Luego, recibió una herida indirecta en el hombro izquierdo que lo hizo volverse de lado y lo derribó sobre la plataforma.

Se oyó el rugido de un motor.

La moto de Meryn apareció en lo alto, dentro de una nube de polvo, y frenó violentamente mientras Caffran disparaba sobre el enemigo. Meryn se desplazó hacia la izquierda mientras el artillero no dejaba de castigar al adversario y acababa con la mayor parte de los que estaban a tiro. Los otros corrieron para ponerse a cubierto.

—¡Sube a bordo! —gritó Meryn por encima del ruido del motor.

Mkendrik se encaramó a la plataforma junto a Caffran. Meryn apuntó el arma, y ambos dispararon directamente sobre las líneas enemigas.

Disparando desde la parte trasera del vehículo, Logris, uno de los hombres de la brigada de exploradores de élite de Mkoll, se dio cuenta de que el conductor estaba perdiendo el control. Fulke gritaba, vociferaba, resistiendo el martilleo de los disparos. Hizo girar la moto y la apartó de la acción.

—¡Da la vuelta! ¡La guerra está allí! —gritó Logris a voz en cuello.

Fulke dijo algo sin sentido y dirigió la moto hacia la relativa seguridad del círculo que formaba el convoy. Logris se dirigió hacia la parte delantera, pasando por encima de las cajas de municiones y de los cables de alimentación que cruzaban la plataforma trasera de la moto. Llegó hasta el vacilante Fulke por detrás, lo golpeó en la cabeza y lo hizo caer sobre el panel blindado de la puerta del piloto. La moto se desplazó de lado hasta pararse al quedar inerte el conductor.

Logris le escupió.

—Cobarde —dijo, antes de volverse.

Los soldados enemigos corrían por la planicie polvorienta hacia él. Sacó el rifle láser y lo armó.

—Allá vamos —les dijo, aunque no podían oírlo.

Bragg se retiró de la ventanilla y sacó los dedos de la unidad del disparador.

—¿Qué pasa? —preguntó Tuvant.

—Salid —dijo de repente—. Tú y Milloom, salid de la cabina y volved al remolque.

—¿Por qué?

—Estrategias de ataque.

—¿Qué?

Bragg se volvió y lanzó una maldición al conductor de Calígula.

—¡Estrategias de ataque! ¿No entendéis? Están concentrando el fuego sobre las unidades tractoras. ¡Es la carga lo que quieren! ¡Si queréis poneros a salvo, pasad a las secciones contra las que no se atreven a disparar!

Tuvant y Milloom se apresuraron a atravesar la puerta de comunicación y pasar a la sección de carga. Bragg se pasó el dorso de la mano por la frente. La sacó llena de sudor y de hollín. Por el enlace de voz ordenó a sus hombres que hicieran lo mismo.

—Los bandidos quieren la carga…, por lo tanto, que el Trono me ayude, se lo pensarán dos veces antes de dispararnos si formamos parte de ella.

Arrancó los cañones automáticos de la tronera y los arrastró, junto con las cajas de munición, hacia la parte superior de la unidad de carga.

—¡Vamos a morir aquí! —dijo Tuvant, mirando desde lo alto de la unidad de carga a los cientos de bandidos que avanzaban sobre el círculo de vehículos.

—No, no vamos a morir —dijo Bragg.

—¡Está loco! —le espetó Tuvant—. ¡Nos tienen rodeados! ¡Son miles! ¡Nos van a coger a todos, hasta al último de nosotros!

Bragg suspiró y cerró los ojos.

Los bombarderos Marauder aparecieron volando bajo sobre la cresta de las montañas y aniquilaron al enemigo con la carga explosiva que llevaban en las bodegas.

—Hay bandidos… ocultos ahí afuera, en el desierto, a los que es imposible encontrar —sonrió Bragg, repitiendo lo que Gaunt le había dicho—, a menos que algo consiga atraerlos y unificarlos. Algo como… este convoy.

Tuvant miró al enorme Fantasma sin dar crédito a sus oídos.

—¿Hemos servido de cebo?

—Sí.

—¡Maldito sea por utilizarnos!

—Lo siento. Fue idea del coronel-comisario.

Tuvant se dejó caer sobre el pasadizo del transporte de carga.

Bragg se puso en cuclillas a su lado. A su alrededor, multitud de bombas incendiarias y de fuego fosfórico chamuscaban las colinas. Los bombarderos de caza imperiales hendían el aire en vuelo supersónico y cruzaban las bajas colinas para hacer otra mortífera pasada.

—¿Tuvant?

Tuvant se volvió a mirarlo.

—Servimos de cebo, pero seguimos teniendo un objetivo. Conseguiremos llevar este convoy a destino. Calfernia nos recibirá con regocijo, como había dicho. Es sólo que el coronel-comisario…

Tuvant se volvió con los ojos enrojecidos.

—¡Ya me estoy cansando de oír ese título!

—Su nombre es Gaunt; es un buen hombre. El general Thoth le ordenó supervisar la ayuda aquí, en vuestro mundo. Sabía que eso era imposible si los terroristas y los grupos de bandidos seguían campando a sus anchas, de modo que les puso una carnada, una carnada de grandes y sabrosos camiones de carga cuyo destino era Calfernia.

—Magnífico.

—Los reunimos a todos en un lugar para que las fuerzas aéreas pudieran dar buena cuenta de ellos. ¡Alégrate, hombre! ¡Hemos conseguido un gran triunfo!

Tuvant levantó la cara hacia él; estaba pálido.

—Todo lo que sé es que he sido utilizado como cebo por su coronel-comisario. Y usted lo supo todo el tiempo.

Bragg se apoyó contra la barandilla de protección, oliendo el olor acre del napalm ardiente.

—Sí. Los bandidos no atacan a ciegas, ¿sabes? Hay trabajadores de la colmena Aureliana que les pasan información sobre los convoyes de aprovisionamiento. ¿Por qué crees que el coronel-comisario me puso al mando de este convoy?

Tuvant parpadeó sin saber qué decir.

Bragg se golpeó el poderoso pecho con las manazas.

—Soy grande…, y sin duda debo de ser tonto, sin cerebro. Ese tipo de, ¿qué fue lo que dijisteis? «memo» que sin duda llevaría el convoy directo a la boca del lobo y luego formaría un círculo en posición defensiva para ser un blanco perfecto.

—¿Me está diciendo que usted también era parte del cebo?

—La mejor parte, la parte que encontrarían irresistible. La parte de la que informarían los trabajadores de la colmena a sus amigos los bandidos. Ahí os va un convoy, chicos, y al mando va un perfecto idiota. ¿Entiendes, Milloom?

Milloom se volvió a mirarlos desde el lugar que ocupaba junto a la barandilla.

—¡Memo!

Bragg sacudió su cabezota. Levantó una placa de datos.

—Mi amigo, el soldado Raglon…, oficial de comunicaciones Raglon, estuvo controlando tu tráfico cifrado. Te tuve ahí, transmitiendo a tus amigos los bandidos la hora, el plan, la composición y las armas del convoy. El coronel-comisario Gaunt me dijo que lo hiciera.

—¿Milloom? —tartamudeó Tuvant.

Una pistola automática compacta apareció, de repente, en la mano de Millomm cuando se puso de pie.

—¡Maldito memo! ¡Porquería de Guardia!

En un instante, Bragg estaba de pie; protegía a Tuvant y amenazaba a Milloom con el puño.

El arma se disparó. Hubo un impacto y sonó como a cartílago roto. El golpe fue tremendo.

Con la cara transformada en una masa totalmente irreconocible, Tlewn Millomm cayó del pasadizo de la unidad de carga y ya estaba muerto cuando su cuerpo golpeó contra la dura superficie desértica, veinte metros más abajo.

Bragg se volvió hacia Tuvant y lo ayudó a levantarse. Tenía sangre en los anchos nudillos. Detrás de él, el cielo estaba cubierto por la onda de calor y las cenizas de los

bombardeos.

—Era un traidor, y un cobarde —explicó Bragg a Tuvant.

—¿Eso también se lo dijo el coronel-comisario Gaunt?

—No, eso lo averigüé yo solo. Ahora, si no me equivoco, tenemos una cita con la ciudad colmena de Calfernia.



SIETE

Un amanecer herrumbroso abrió un boquete en el cielo de Monthax. El aire trajo a la memoria de Gaunt las altas ventanas de la Schola Progenium de Ignatius Cardinal, donde se había criado y donde había recibido instrucción, hacía años, tras la muerte de su padre. Ahumado como el cristal, pasando por paneles dispersos de rojos y ocres a los tonos más glaciales como el malva y el púrpura, allá arriba en el firmamento, las estrellas todavía titilaban. Lo único que faltaba era la figura bordeada de plomo de algún campeón del Imperio, algún santo inmortalizado en una actitud de victoria sobre las cabezas amontonadas del enemigo.

Por un momento le pareció oír el canto llano del coro de la Schola; así se celebraba el amanecer mientras ascendía en el cielo la estrella Ignatius. Pero se llamó al orden. Estaba equivocado. A través de las alargadas sombras del alba que bordeaban las malolientes y fangosas líneas de trincheras, oía a los hombres cantar un himno más áspero, más brutal, mientras la Guardia encendía los fogones y preparaba el desayuno. Milo estaba entre ellos, acompañando el gutural canto de las voces ásperas y soñolientas de los hombres con las argénteas notas de un caramillo.

Igualmente era una ofrenda, una celebración por el regalo de un nuevo día, que había vencido a la noche gracias al Emperador. Más allá de las líneas, de la selva irreductible, se elevaban nubes de vapor al evaporar el sol la humedad. La niebla cubría los árboles oscuros. ¿Qué miserias esperarían a la Guardia Imperial en esa lobreguez de follaje, agua, fango y moscas?

Cerca de él había un hombre que no cantaba. El mayor Rawne estaba sentado sobre un jergón doblado junto al fuego de su tienda. Se afeitaba utilizando un cuenco de agua caliente, un espejo roto y el filo del cuchillo de plata Tanith. Se había provisto de un trozo de jabón, y Gaunt podía oír el ruido de la hoja contra la áspera barba de la barbilla y la garganta.

El comisario quedó casi hipnotizado por los movimientos aprendidos,

meticulosos, por la forma en que Rawne mantenía estirada la piel de la mejilla con la mano libre mientras miraba de lado el espejo, pasaba el cuchillo en trayectorias breves, y luego lo limpiaba sobre el borde del cuenco.

«Cuchillo contra cuchillo», pensó Gaunt. Siempre había pensado que la cara de Rawne era como una afilada daga, lisa y apuesta. Una daga…, o quizás una serpiente.

Las dos cosas le iban bien. Gaunt admiraba las aptitudes de Rawne, incluso su forma de ser implacable. Pero no se dejaba engañar. Se preguntaba cuántas gargantas habría cortado aquel mismo cuchillo que entonces Rawne pasaba con delicadeza por su vulnerable piel. Viendo cómo se afeitaba, sin el más leve titubeo, se percibía claramente el peligroso control de aquel hombre alto y esbelto. Preciso, perfecto; la sutilísima diferencia entre una buena afeitada y una cuchillada asesina.

Y especialmente con ese cuchillo…

Rawne levantó la vista y sorprendió la mirada de Gaunt. No dio la menor muestra de reconocimiento y siguió con su tarea. Pero Gaunt sabía muy bien cuánto le habría gustado a Rawne limpiar ese cuchillo de restos de espuma y de barba, y hundírselo en el corazón.

O transformarse en una serpiente y picarlo.

Gaunt se volvió. Siempre tendría que cuidarse las espaldas de Rawne. Siempre; para siempre. Así eran las cosas. Ibram Gaunt tenía miles de millones de enemigos por ahí, pero el más acérrimo estaba a su lado, entre los suyos, esperando que se presentara la ocasión de transformar a Gaunt en un Fantasma.

EL GELISUELO

Había un valle en Typhon Ocho donde alaridos helados atravesaban el aire día y noche por toda la eternidad. El valle era una grieta glacial, cuyas paredes tenían nada menos que nueve kilómetros de altura. Allí donde la luz de las estrellas se reflejaba sobre los flancos superiores, el hielo eterno era de un blanco tan intenso que la mirada no lo soportaba más que un breve instante. A mayor profundidad, a medida que se descendía, el hielo adquiría una coloración azul traslúcida, luego malva y después carmesí. Formas algáceas congeladas hacía miles de millones de años en la pared rocosa lo manchaban con sus fluidos y colores.

Los gritos eran del viento, rasgado y cortado por los afloramientos de hielo que bordeaban la cresta del valle, y sonaban distorsionados y amplificados por el desfiladero. Typhon Ocho era una luna de hielo, cuya superficie consistía en una corteza de agua helada que alcanzaba en algunos lugares cien kilómetros de profundidad. Por debajo de ella, océanos hirvientes de hidrocarburos palpitaban con los ritmos de fondo del núcleo vivo del planetoide.

Con los gritos taladrándole los oídos, Rawne rodó y se deslizó por una pendiente de hielo escarlata del fondo del valle. El viento cortante le clavaba sus zarpas tratando de arrebatarle la capa de camuflaje. A pesar de la capa y de los guantes, y del aislamiento que el traje le proporcionaba contra el frío, estaba aterido y entumecido. La sensación —o ausencia de sensación— vino a reemplazar al frío húmedo de una hora antes y no representó en modo alguno un alivio. Se quedó quieto, manoseando el rifle láser, en cuyas partes metálicas se formaban cristales de hielo. A duras penas, podía sujetarlo.

Volvió a oír disparos. Rawne ya se había acostumbrado al sonido peculiar que producían los impactos en ese lugar: un estallido húmedo y un chisporroteo al introducirse las balas recalentadas en el hielo, que se derretía en torno a ellas para volver a congelarse inmediatamente. Unas heridas ennegrecidas, perfectamente circulares, salpicaban la lámina de hielo rojo que lo rodeaba. Se introdujo en una depresión más profunda de la capa de hielo y se agachó. Más disparos, bajos y a ciegas. Uno pasó silbando; casi le rozó la cabeza.

Luego, el silencio, o lo más próximo al silencio que permitían los alaridos perpetuos. Se puso de espaldas y, apoyando la barbilla en el pecho, miró hacia el extremo del valle por el que había venido. Lo único que vio fue una forma negra agazapada a unos cien metros por detrás de él. Sabía que era el soldado Nylat.

Muerto. Todos estaban muertos. Él era el único que quedaba.

Se dobló hacia arriba y echó una mirada. La lente del detector del rifle láser

estaba quebrada y cubierta de hielo, un hielo que se había formado por la humedad de su propio ojo. Volvió a apoyar la cabeza en el suelo, maldiciendo. Un día antes, delante de él, al soldado Malhoon se le había congelado el globo ocular mientras trataba de apuntar a un objetivo en los témpanos de hielo. Le pareció oír todavía los gritos del hombre cuando lo habían separado del arma.

Disparó una triple salva a ciegas, hacia adelante, hacia la oscuridad del desfiladero. Una docena de armas le respondieron y levantaron una ventisca artificial de hielo pulverizado.

Cuevas: bajas, formando arcos y agujas en la pared del acantilado de hielo, excavadas por el lento desplazamiento de la corteza. Casi sin aliento y con una herida de metralla en el muslo, Rawne se dejó caer en la más próxima y quedó tendido boca abajo hasta que el frío mordisco del hielo lo obligó a moverse. De repente, tenía la sensación de que en la cueva hacía un calor agobiante y se dio cuenta de que era porque estaba protegido del viento gélido. Aunque la temperatura en la cueva de hielo era apenas de unos cuantos grados por encima de cero, la falta de viento hacía que pareciera una temperatura casi tropical. Se arrancó la capa y los guantes y, después de un momento, también el chaleco aislante. Tuvo un estremecimiento. Se sentía húmedo y acalorado; el sudor se acumulaba bajo las prendas aislantes y le goteaba como la humedad de una sauna por la espalda abajo.

Se miró la pierna. Había un agujero en los pantalones de faena a la altura del muslo, y daba la impresión de que había sido quemado por un rifle de fusión. Entonces, se dio cuenta de que la sangre no se había coagulado sobre la carne herida, sino que se había congelado. Se arrancó el hielo negro y, con una mueca de dolor, miró la herida húmeda y rezumante de la pierna.

No era la primera vez durante su carrera militar, y sin duda tampoco sería la última, que maldecía el nombre de Ibram Gaunt.

Rawne buscó el botiquín de primeros auxilios y lo abrió. Sacó las grapas de sutura y las manipuló como el médico, Dorden, les había enseñado durante la instrucción de la Fundación. Pero las grapas estaban heladas y sus dedos entumecidos apenas lograron arrastrarlas por el suelo en lugar de abrirlas.

Tardó siglos en sacar una aguja de los paquetes de papel esterilizado. Se le cayeron cuatro o cinco antes de que pudiera sujetar una y colocársela entre los dientes mientras trataba de encontrar el extremo del hilo quirúrgico.

Por fin, consiguió cogerlo entre los dedos casi insensibles. Cogió la aguja y trató de enhebrarla. Le hubiera resultado más fácil acertarle a una diana a diez kilómetros de distancia con un rifle cuya mira estuviera desviada. Después de veinte intentos, volvió a sujetar la aguja con los dientes y trató de emparejar los extremos, entonces separados, del hilo.

Algo lo golpeó violentamente por detrás y lo arrojó de cabeza sobre la nieve.

Quedó tendido boca abajo, aturdido, y poco a poco fue tomando conciencia de los bufidos y resoplidos que le llegaban desde atrás. Se había lastimado la lengua y tenía la boca llena de sangre, que se congelaba en cuanto caía sobre el hielo. Una forma de grandes dimensiones se movía a sus espaldas.

Volvió la cabeza lentamente y se atrevió a echar una mirada circunspecta, de lado, como alguien que se mira al espejo al afeitarse.

El Orko medía casi tres metros de altura y casi otro tanto de ancho. Unos músculos de proporciones increíbles surcaban los hombros y los brazos, e iba cubierto con unas pieles malolientes. Su cabeza era enorme, el doble de la de un hombre; estaba inclinada hacia adelante y asentada sobre la enorme mandíbula inferior. De sus encías infestas sobresalían unos dientes ennegrecidos y biselados como escoplos. No pudo verle los ojos y no pudo percibir el olor nauseabundo de su aliento, de la saliva corrosiva que le caía por las comisuras de la boca entreabierta.

Haciéndose el muerto, lo observó mientras el Orko jugueteaba con el botiquín; arrancó el contenido con unas manos lo bastante grandes como para destrozarle la garganta a alguien como si fuera una astilla. Sacó una venda y se la llevó a la boca, la mordisqueó y la escupió a continuación.

«Está hambriento», pensó Rawne, y la idea bastó para que se le helara la sangre en las venas y se le revolvieran las tripas.

De repente, se acercó a él, le levantó la cabeza por el pelo y lo arrastró hacia atrás como si fuera una marioneta mientras rebuscaba entre sus bolsillos a fin de encontrar comida, tal vez munición.

De la boca abierta de Rawne, salió sangre que le salpicó el pecho. Trató de no moverse, pero su mano izquierda se dirigió instintivamente hacia abajo, buscando el cuchillo que llevaba en una vaina en la cintura. El enorme Orko lo sacudió y lo retorció como si fuera un saco de huesos, olfateando y borboteando detrás de la oreja de Rawne, que sintió el rancio aliento caliente en la nuca.

Rawne encontró el cuchillo y lo sacó con lentitud de la vaina. Seguramente se tensó al hacerlo porque el Orko se quedó inmóvil y murmuró algo en su antigua lengua. Rawne se movió para dar impulso al cuchillo, pero con su enorme zarpa el Orko lo cogió por la mano en que tenía el arma y se la estrujó y golpeó contra la pared helada de la cueva. Dos golpes, y Rawne aflojó la mano. La daga Tanith cayó al suelo.

El Orko emitió un gruñido gutural que dejó sordo a Rawne y repercutió en su diafragma. Lo tenía cogido por detrás, en un abrazo de oso, y tiraba de sus brazos como intentando partirle el torso en dos. Rawne gritó, resistiéndose en vano a la inmensa fuerza del Orko; consiguió liberar sus brazos. Estaba muerto, lo sabía. La muerte era algo inminente.

El dolor le hizo llevar la mano a la boca para arrancar lo que le atenazaba la lengua, y encontró el extremo de la aguja quirúrgica que se le había clavado. La arrancó, y un chorro de sangre de fuerza inusitada salió con ella. Luego, clavó a ciegas la pequeña punta de metal en lo que había detrás de su cabeza.

El Orko dio un grito y lo soltó. Rawne cayó al suelo, escupiendo y tosiendo sangre que manaba de la palpitante lengua. El Orko andaba agitado por la cueva, sin dirección fija, cogiéndose un ojo del que salía un líquido claro e icoroso. Sus furiosos rugidos retumbaban en la oquedad y resultaban ensordecedores.

Rawne trató de encontrar un arma, pero el Orko se volvió y lo arrojó contra el otro lado de la cueva de un manotazo. El hombre golpeó con los hombros en la pared helada y sintió el crujido de la clavícula al romperse.

El Orko se arrojó contra él, con un ojo entrecerrado del que sobresalía la aguja quirúrgica que le había clavado. Rawne rodó por el suelo. Su rifle láser estaba en el otro extremo de la cueva, pero el cuchillo se encontraba a su alcance.

Su cuchillo. ¿Cuántas peleas había ganado con aquel cuchillo? ¿Cuántas gargantas había rajado? ¿Cuántos corazones había atravesado? ¿Cuántos estómagos había abierto?

Lo cogió y se agazapó para hacer frente al atacante con una expresión jubilosa en el rostro.

El Orko estaba frente a él, de espaldas a la entrada de la cueva, y empuñaba una enorme y primitiva pistola bolter.

Entonces, habló despacio en un idioma extraño, cavernoso. Rawne no entendió las palabras, pero supo lo que quería decir.

Se produjo un fogonazo y el rugido de un disparo resonó en la oquedad de la cueva.

Rawne se había preguntado siempre qué sensación produciría recibir el disparo asesino, un disparo mortal. Morir. Pero no sintió nada, ni la menor sensación.

En un abrir y cerrar de ojos vio que el Orko explotaba y que la parte central de su cuerpo se desintegraba en un estallido luminoso.

Se desplomó casi partido en dos. Sus fluidos corporales se iban congelando a medida que caía al suelo.

Una figura alta se recortó en la entrada, tapando la luz.

—¿Mayor Rawne?

Ibram Gaunt entró en la cueva enfundando su pistola bolter.

Al parecer, al comisario no le había ido mejor que a él. La banda de los Orkos había decidido aprovecharse del desorden producido por la llegada de la Cruzada para apoderarse de Typhon como parte de su intento de conseguir una base en los Mundos de Sabbat. Con la misión de cortar de cuajo esa amenaza, los Fantasmas se habían

desplegado en las largas gargantas heladas y témpanos de la luna, y habían quedado desconectados los unos de los otros. Del mismo modo que el pelotón de Rawne había sido interceptado a lo largo del borde oriental del ululante valle, el de Gaunt lo había sido por el oeste. En la retirada, los pieles verdes habían resultado unos adversarios decididos.

El comisario y el mayor se pusieron en cuclillas uno junto al otro en la cueva helada. Rawne no había dicho una sola palabra de agradecimiento. En muchos sentidos sabía que preferiría estar muerto a seguir debiéndole la vida a aquel extraño.

—¿Qué tal su lengua? —preguntó el comisario mientras encendía un fuego con bloques químicos.

—¿Por qué?

—No veo que hable mucho.

Rawne escupió.

—Está bien —dijo—. Una herida limpia, con un instrumento punzante.

La verdad era que la sentía hinchada como un saco de dormir dentro de la boca, pero no estaba dispuesto a darle al comisario la satisfacción de conocer su malestar. Sin embargo, no podía disimular el dolor que le producía la pierna.

—Déjeme ver eso —dijo Gaunt.

Rawne negó con la cabeza.

—Es una orden —suspiró Gaunt.

El comisario se acercó y abrió el botiquín que transportaba. Las grapas también estaban congeladas, pero las calentó sobre la llama química y unió con ellas los bordes de la herida que Rawne tenía en el muslo. Roció la zona con un antiséptico monodosis, y Rawne sintió que se le dormía la pierna.

Entonces, Gaunt se calentó los dedos entumecidos y enhebró una aguja con hilo de sutura.

—Muerda el mango —dijo entregándole a Rawne su cuchillo.

Así lo hizo Rawne, que guardó silencio mientras Gaunt cosía la carne desgarrada.

Gaunt cortó el hilo, lo ató y puso un apósito sobre la herida.

Rawne soltó el cuchillo.

Gaunt recogió el botiquín, y luego colocó un jarro sobre las llamas y un trozo de hielo dentro.

—Me parece que Typhon nos ha igualado, mayor —dijo después de un rato.

—¿Y eso?

—El comisario de alta cuna, con sus aires y su distinción y su rango, su formación en la Schola y su experiencia; el gánster de Tanith, de baja estofa, con sus artimañas, sus tretas y sus diversiones… Nos ha colocado en el mismo nivel. Estamos igualados. Ambos luchamos contra la misma adversidad, con idénticas oportunidades.

Rawne no pudo contestar. Tenía la lengua demasiado hinchada y le dolía. Lo único que consiguió fue escupir otra vez.

Gaunt sonrió y miró cómo hervía el agua en el jarro.

—Bueno, tal vez no sea así. Si todavía es capaz de escupirme y de mirarme con desprecio, no somos iguales. Puedo rebajarme a su nivel para ayudarlo… Por Feth, para salvarlo. Pero el día en que los dos estemos en el mismo nivel, en su nivel, me mataré.

—¿Es una promesa? —preguntó Rawne.

Gaunt rio. Introdujo unos cubos de comida deshidratada en el agua hirviendo y los removió. Se formó una sopa de habas en polvo. Todavía seguía riendo cuando sirvió la sopa en dos tazas de peltre.

Con la caída de la noche, se levantó viento. Bramaba fuera de la cueva, y elevaba el volumen y la intensidad de los gritos. Estaban sentados juntos en la oscuridad, mirando el fuego. Sólo les quedaban cuatro bloques para alimentar la hoguera, y Gaunt los administraba con cuidado.

—¿Quiere oír en qué otras cosas nos diferenciamos, Rawne?

Rawne quería decir que no, pero entonces tenía la lengua tan hinchada que no podía hablar. En lugar de eso, volvió a escupir a Gaunt.

Gaunt sonrió y asintió con la cabeza al ver cómo se congelaba el escupitajo sobre la nieve.

—Esa es una de ellas: este lugar podría ser una bola de humedad congelada, pero a mí no me verá desperdiciando humedad corporal de esa manera. El viento lo dejará seco y congelado en cuestión de horas. Conserve el agua de su cuerpo. Deje de escupirme, y es probable que sobreviva.

Le ofreció una taza de agua templada a Rawne y, después de un momento, éste la cogió y bebió.

—Veamos otra: aquí hace calor, más calor que en el exterior. Pero la temperatura es casi de cero grados. Usted está medio desnudo y tirita.

Gaunt llevaba el uniforme completo y tenía la capa bien ceñida al cuerpo. Rawne se dio cuenta de que estaba como paralizado y empezó a cubrirse con el chaleco y la capa.

—¿Por qué? —preguntó el mayor con dificultad.

—¿Por qué? Porque lo sé… He combatido en zonas frías anteriormente.

—No, eso no. ¿Por qué se empeña en mantenerme con vida?

Durante un rato, Gaunt guardó silencio.

—Buena pregunta… —respondió por fin—, teniendo en cuenta que usted no desea más que verme muerto. Pero yo soy un comisario de la Guardia Imperial, encargado por el Emperador de mantener a sus legiones de combate en forma y a

salvo en el campo de batalla. No lo dejaré morir. Es mi trabajo. Es por eso por lo que lo salvé hoy aquí; es por eso por lo que salvé a los de Tanith de la destrucción de su mundo.

Siguió un largo silencio, roto sólo por el crepitar de las briquetas químicas.

—Ya sabe que nunca lo veré de ese modo —dijo Rawne en tono frío y reconcentrado—. Dejó morir a Tanith. No nos dejó presentar batalla y defenderlo. Es algo que jamás le perdonaré.

Gaunt asintió.

—Lo sé —y después de un momento añadió—: Me gustaría que no fuera así.

Rawne se apartó hasta una hendidura que había en la cueva y se ciñó la capa. Lo único que sentía era odio.

Sin saber cómo ni cuándo, había llegado el amanecer. Una luz delgada, tenue, se filtró hasta el interior de la caverna.

Gaunt dormía, envuelto en su capa y cubierto de escarcha. Rawne se puso en pie lentamente, luchando contra el dolor que le atenazaba los huesos y contra el frío imponente. Hacía tiempo que el fuego se había extinguido.

Avanzó pegado a las paredes de la cueva, mirando a Gaunt. Un dolor punzante, que partía de la herida de la pierna, le llegaba a los hombros y a la boca. El dolor le despejó la cabeza y le permitió pensar con claridad. Cogió el cuchillo Tanith, le quitó la escarcha y se puso de rodillas para colocar la hoja contra la garganta de Gaunt.

Nadie se enteraría. Nadie encontraría jamás el cuerpo. Y aunque lo encontraran…

Gaunt se estremeció en sueños. Pronunció dos veces el nombre de Tanith mientras sus ojos se removían inquietos. Luego dijo algo mientras se replegaba sobre sí.

—¡No permitiré que mueran! ¡No los dejaré morir a todos! ¡En nombre del Emperador, Sym!

A continuación, su voz bajó de tono y dijo algo entre dientes. La mano de Rawne se tensó sobre el cuchillo. Vaciló.

Gaunt volvió a hablar en sueños. Su voz adoptó un tono monótono.

—No, no, no… Está ardiendo… Yo jamás…, jamás…

—¿Jamás qué? —se impacientó Rawne, a punto de dar un corte rápido y letal.

—Tanith… En nombre del Emperador…

Rawne se volvió, en cuclillas como estaba. Levantó la daga, pero la cuchillada letal no se produjo. En lugar de eso, arrojó el cuchillo hacia la entrada de la cueva y atravesó la garganta del Orko que en ese momento se introducía furtivamente para atacarlos.

Cuando el Orko cayó hacia atrás, con la sangre borboteando, Rawne oyó unos aullidos guturales que llegaban de fuera. Dio un puntapié a Gaunt en las costillas para despertarlo y, echando mano del fusil láser, disparó sin un blanco preciso hacia la

entrada de la cueva.

—¡Los tenemos encima, Gaunt, bastardo! —gritó—. ¡Nos atacan!

Pasaron ocho minutos terribles, silenciosos, con las armas que escupían y rugían entre sus manos. Gaunt despertó del sueño profundo e inquieto en que estaba sumido y, con la velocidad de la experiencia, se puso inmediatamente en actitud de combate. Seis Orkos habían llegado hasta la mismísima boca de la cueva, y sin cobertura alguna lo único que podían hacer era disparar y morir. Sorprendidos en la entrada de la cueva, los dos soldados imperiales contaban con mejor cobertura y tenían la ventaja de la pendiente. Los enormes corpachones caían y resbalaban humeando sobre el hielo carmesí.

Rawne derribó al último de ellos y, al volverse, se encontró con que Gaunt exploraba el suelo del valle con el catalejo.

—No podemos quedarnos aquí —dijo el comisario—. El tiroteo hará que acudan de todas partes.

—Aquí estamos cubiertos —discutió Rawne.

Gaunt dio un puntapié al hielo de la entrada de la cueva.

—Lo único que tenemos aquí es una tumba. Hay un número suficiente de ellos en los alrededores como para acorralarnos, echar abajo el acantilado y enterrarnos aquí. Tenemos que movernos, y deprisa.

Abandonaron los sacos de dormir y todo lo que les habría llevado demasiado tiempo reunir. Gaunt dio prioridad a la munición, los alimentos, al pequeño morral con cargadores de Rawne y a todos los elementos para combatir el frío. En menos de un minuto, se deslizaban a toda velocidad por la pendiente exterior. Las capas flameaban en el helado viento del amanecer.

A doce kilómetros de distancia, los pronunciados ángulos del sol naciente iluminaban la pared lejana del valle, pero ellos estaban sumidos en la helada penumbra del amanecer, bajo la cual el hilo de color rojizo relumbraba y brillaba como el mármol…, o como la carne en una carnicería. A lo lejos, se oía el retumbar de las armas de fuego. Avanzaron pegados a la pared del valle, protegiéndose entre los bloques de hielo, mientras el viento ululaba y gritaba en torno a ellos.

Más o menos a un kilómetro de la cueva, hicieron un alto para descansar. El sudor resbalaba en el interior de las ropas aislantes, y se agazaparon tras un pedazo de hielo caído desde lo alto.

Rawne limpió del cuchillo la sangre del Orko y cortó un trozo del borde de la capa de camuflaje. Había perdido un guante en alguna parte y tenía la mano entumecida y dolorida por el frío. La envolvió con la tela que había cortado, tratando de formar una especie de mitón.

Gaunt lo tocó en el hombro y señaló en la dirección de la que habían venido.

Luces provenientes de grandes focos avanzaban dando botes sobre el suelo: vehículos. El viento rugía demasiado como para que fuera posible distinguir el ruido de los motores.

—Vamos —dijo Gaunt.

Desde su refugio —una grieta abierta en el suelo helado—, observaron el paso de vehículos Orkos a quinientos metros de distancia. Eran cuatro enormes máquinas negras, y más negro era aún el humo que producía la combustión en crudo de los motores. Los neumáticos delanteros de banda ancha y cubiertos de cadenas se encargaban de la tracción de los vehículos, mientras que la sección trasera se movía sobre patines o superficies deslizantes como las de los trineos. En cada vehículo, iban, por lo menos, otros dos guerreros, además del conductor y armas pesadas montadas sobre torretas. Pasaron rugiendo, lanzando al aire una sábana de partículas heladas; pasaron lo bastante cerca como para que los hombres pudieran ver las marcas tribales en los castigados flancos de los vehículos y para que, a sus narices, llegara la peste del combustible quemado.

Cuando hubieron pasado, Gaunt mostró la intención de continuar el camino, pero Rawne tiró de él hacia atrás.

—Saben con qué rapidez podemos correr —dijo.

No cabía duda. El viento les trajo un rugido un minuto o dos más tarde, y los vehículos pasaron a toda velocidad en dirección al lugar de donde habían venido, como buscando en el suelo algo que hubieran perdido. Uno se desplazó hacia el oeste, y otros dos siguieron hacia adelante. El cuarto describió una curva y arrojó al aire una nube de hielo pulverizado; avanzó hacia donde ellos estaban para buscar a lo largo de la pared helada.

Estaban atrapados. No podían escapar porque no había adónde escapar sin que los Orkos los vieran al salir de la hendidura. Agazapados, se quedaron escuchando.

El semitrineo del Orko aminoró la marcha, y uno de los fornidos guerreros saltó a tierra. Corriendo al lado del vehículo, disparó al interior de la cueva que había a lo largo de la pared helada. El otro guerrero apuntaba el arma pesada del bamboleante vehículo de lado a lado. Se acercaban…

Gaunt se volvió hacia Rawne y señaló con la cabeza el rifle láser.

—A más alcance, mejor puntería. Dispare al artillero.

—¿No al conductor?

—Si el artillero muere, lo único que puede hacer él es conducir. Si él muere, el artillero puede seguir disparando. Después, apunte al conductor…, y cuando lo haya eliminado, vuelva a apuntar al que va a pie.

Rawne asintió y echó aliento sobre la mira para calentar la lente. Introdujo un cargador de energía nuevo tan silenciosamente como pudo. Aunque el ulular del

viento no cesaba, el chasquido del metal se propagaría como un disparo.

Vio que Gaunt hacía gala de la misma prudencia al manipular el cargador de la pistola bolter.

El trineo motorizado enfiló hacia ellos. Su luz áspera se proyectó sobre el borde de la hendidura helada e hizo que el hielo traslúcido, de color escarlata, se pareciese más que nunca a la carne cruda. Rawne apuntó. Sabía que no era un tirador de primera como Larkin o Elgith, pero sí pasable. De todos modos, dejó que el trineo se acercase más antes de arriesgarse a disparar. Su único blanco era la silueta del vehículo que entreveía detrás de las luces. Ya estaba más cerca, casi encima de ellos.

Rawne disparó.

Su disparo llameante hizo blanco en la forma oscura que había detrás de las luces. Hubo un doble fogonazo y, a continuación, una serie de explosiones potentes, como disparos. El trineo viró de lado y, dando tumbos, se detuvo. Rawne se dio cuenta de que habían sido disparos. Había dado de lleno al artillero, pero el disparo había atravesado también la montura del arma, por lo que había explotado el pesado bolter y se había incendiado el tambor de la munición. El cuerpo del artillero colgaba del cañón humeante del arma y, mientras observaban, las cargas de reemplazo se recalentaron y explotaron como fuegos de artificio. El conductor también estaba muerto; tenía la parte posterior del cráneo y el cuello abiertos por la metralla de la munición que había explotado.

Gaunt y Rawne saltaron de su escondite y corrieron hacia el trineo motorizado. El Orko que había quedado en pie corría hacia ellos y disparaba desde la altura de la cadera. Las descargas de bolter silbaban alrededor de ellos e impactaban en el hielo. Girando mientras cargaba contra el Orko que avanzaba, Rawne colocó el rifle láser en posición lateral baja y empezó a disparar en modo automático; sentía las sacudidas del arma contra su cuerpo. Dos disparos de láser hicieron perder pie al Orko, que cayó sobre el hielo y quedó allí retorciéndose.

Gaunt llegó al trineo e hizo un gesto de asco ante el olor a carne quemada. El cañón y el artillero todavía ardían, pero el fuego no se había propagado al resto de la máquina. Dio un paso hacia adelante, pero retrocedió como un rayo al empezar a dispararse otro cargador. Luego, todo quedó en silencio.

Saltó, entonces, sobre la parte posterior de los patines y disparó a bocajarro al Orko por la espalda, aunque estaba seguro de que estaba muerto. Había oído demasiadas cosas sobre la resistencia de los pieles verdes a las heridas. Gaunt empujó el cadáver, lo arrojó fuera de la plataforma y se apoderó del arma humeante. Había un cerrojo para liberar el cañón y los tambores de la montura. Trató de accionarlo, pero sus manos resbalaban a causa de la densa grasa. No había fuerza humana capaz de aflojarlo. Aplicó sobre él toda la presión del cuerpo, maldiciendo y gruñendo; esperaba que otra carga le explotara en las narices en cualquier momento.

Por fin, cedió. Jadeando por el esfuerzo sobrehumano que le desgarró ligamentos de la espalda y los brazos, levantó el cañón junto con el cargador de munición, lo separó de las barras de metal de la estructura en que estaba montado y, haciéndolo bascular, lo descargó del vehículo al suelo. Al tocar el hielo, explotaron otras tres cargas; una se abrió camino zigzagueando por la superficie del hielo como un trasgo fosforescente.

Los guantes de Gaunt se incendiaron al contacto con el metal al rojo vivo, y tuvo que arrancárselos y tirarlos a un lado. Subió al vehículo y, trepando hasta el puesto del conductor, trató de desalojar el cadáver que había en la cabina. Eran casi cuatrocientos kilos de peso muerto que se negaban a moverse.

Se volvió a mirar a Rawne, a tiempo para ver cómo remataba al soldado yacente atravesándolo con el cuchillo. Gaunt lo llamó a gritos, que se confundieron con los alaridos del viento.

Juntos lograron liberar el cadáver y tirarlo al hielo. Ya había empezado a helar y cayó como un saco de piedras. Gaunt se introdujo en la cabina del piloto, que encontró excesivamente espaciosa para un operador humano. Hedía a sudor y a sangre en el interior. Probó a accionar el volante y encontró los pedales. Los primeros intentos hicieron que el trineo saltara hacia adelante para frenarse en seco a continuación; Rawne cayó de espaldas entre maldiciones contra el puesto del artillero que había detrás. A continuación, logró dominarlo. Era una versión rudimentaria de los vehículos todoterreno que había conducido con su padre allá en su país, hacía años. Tenía dos pedales, uno del acelerador y otro del freno, aunque éste hacía poco más que clavar en el hielo una tremenda estaca para retardar el movimiento. Este anclaje sólo funcionaba si, al mismo tiempo, se soltaba el acelerador. Con el motor a toda velocidad, la estaca corría el riesgo de hacerse pedazos y destripar la base del trineo. Las marchas, tres en total, se accionaban con un movimiento de la palanca de la izquierda. Había inscripciones en la ruda escritura cuneiforme de los pieles verdes que Gaunt no entendía, pero pronto comprendió cómo funcionaban por la forma en que sobresalían o se hincaban las agujas.

—¡Sujétese, mayor! —advirtió al mismo tiempo que salía disparado hacia el extremo distante del valle.

Rawne, en la parte trasera, se aferraba con todas sus fuerzas mientras el viento le azotaba la cara y el cuello.

Gaunt centró toda su atención en controlar la enorme máquina que daba bandazos a cada irregularidad del hielo; pero pronto empezó a reconocer el terreno que tenía por delante y a darse cuenta de cuáles eran los desniveles que podían desviar, desnivelar o hacer que girara el vehículo. La dirección no era asistida y empleó toda su fuerza para dominarla. Sin embargo, se dio cuenta de que ni así era capaz de controlar realmente la dirección y que jamás podría conducir la máquina tan

rápidamente como lo hacían los Orkos más fuertes. Luchó con todas sus fuerzas; pero eran unas fuerzas humanas, no inhumanas.

Saltaban, cabeceaban, se sacudían. Más de una vez derraparon al ser incapaces de dominar las ruedas de tracción, y los patines traseros arrancaron una ráfaga de esquirlas de hielo. Después del último de esos episodios, el motor se atascó y se negó a arrancar nuevamente. Había una palanca de arranque debajo de la columna de la dirección, pero funcionaba en vacío.

Gaunt miró hacia abajo y encontró el pedal de arranque a la izquierda del freno. Se agachó y tiró de él, probando luego con la bota.

—¡Gaunt!

Levantó la vista. Rawne estaba de pie en la plataforma y señalaba hacia atrás. A un kilómetro de distancia, tres formas oscuras avanzaban hacia ellos en medio de una nube de humo. Los Orkos, gracias a su fuerza superior y a su mejor conocimiento de las máquinas de nieve, los perseguían a mayor velocidad.

Gaunt accionó el pedal de arranque con desesperación una y otra vez, hasta que al fin el motor cobró vida de nuevo con un ronquido, y luego ajustó rápidamente el acelerador que protestaba.

Después de una nueva derrapada, volvieron a ponerse en camino. Gaunt impulsaba el vehículo a toda la velocidad posible sin perder el control. Otro desnivel en el hielo que le pasara desapercibido, otro deslizamiento, otro ahogamiento del motor, y los alcanzarían, o acabarían aplastados o con el cuello cortado por el patín del trineo cuando éste se volcara.

Por fin, salieron de las sombras del valle a la gran extensión del témpano helado. La luz los sorprendió, y Gaunt y Rawne quedaron cegados un momento, incluso después de haberse calado las gafas para el sol.

Frente a ellos, se extendía el mar helado. El hielo blanco, escarlata, púrpura y verde por zonas, formaba festones y se curvaba como si fuera espuma. Miles de kilómetros de mar abierto, congelado, se extendían hasta el horizonte, donde se fundían con la negrura del espacio. La luz del sol era una amenaza blanca y hostil.

El mar y todas sus olas se habían congelado a media marea, y entonces el trineo botaba y volaba, se elevaba y caía, entre los picos rizados de las olas que se habían congelado hacía ya un milenio. El trineo motorizado se pasaba de revoluciones cada vez que abandonaba el suelo y desprendía pedazos de hielo al volver a tocar la superficie. Rawne casi no podía controlar la máquina cuando las ruedas de tracción y los patines del trineo tomaban otra vez contacto con el suelo. Rawne había pensado en disparar a su vez contra los vehículos Orkos que iban acortando distancia, pero la accidentada carrera lo había arrojado sobre la grasienta plataforma, y lo único que podía hacer era aferrarse con todas sus fuerzas y permanecer en esa posición. Al

enfrentarse a la chapa de la plataforma, reparó en las perforaciones por primera vez. Eran orificios de metralla producidos por la explosión de los tambores del bolter. De ellos salía olor a petróleo. Arrastrándose, mano sobre mano, se acercó a la cola del trineo, que no paraba de dar saltos y bandazos, y vio una línea marrón que iban dejando a su paso.

—¡Perdemos combustible! —gritó a voz en cuello, volviéndose hacia Gaunt—. ¡El depósito está perforado!

Gaunt lanzó una maldición. Entonces entendía a qué correspondía uno de los medidores, el de la aguja que descendía a ojos vistas.

Los Orkos que los perseguían estaban cada vez más cerca. A su alrededor, llovían las descargas de bolter y otros tipos de munición explosiva, que producían geiseres de hielo y arrancando vapor del mar helado.

Gaunt se dio cuenta de que sus manos desnudas, sin guantes, estaban empezando a congelarse en los mandos. El dolor le arrancó lágrimas que también se congelaban tras las gafas. La vista se le nubló y sentía un dolor agudo en las mejillas.

Otros dos proyectiles disparados por los Orkos produjeron una explosión mayor a su izquierda. Al hacer impacto sobre el suelo, provocaron una pulverización de líquido pegajoso, hirviente, que se elevaba a gran altura. Gaunt se dio cuenta de que el paisaje que tenían ante sí era de un color azul más apagado, más parecido al del hielo escarchado, resquebrajado y agrietado.

Pasaron la siguiente elevación y el motor se ahogó, jadeó un par de veces y se paró. Se deslizaron de lado en una larga trayectoria de desaceleración, arrancando trozos de hielo por los intentos desesperados que hacía Gaunt de accionar el ancla. Pisó el pedal de arranque. El motor hizo un intento, y un último estertor acompañado de un humo maloliente indicó que estaba definitivamente muerto. Los rotores y los cilindros secos reventaron y volaron en pedazos.

Los vehículos de los Orkos estaban a cien metros de ellos y ya se oían sus alaridos triunfales. Por primera vez, Rawne reparó en que el viento ya no aullaba. Estaban fuera del valle.

Gaunt abandonó el puesto del conductor.

—¡Explosivos, Rawne! —ordenó.

—¿Qué?

Gaunt señaló al lugar donde los otros disparos de sus perseguidores excavaban orificios humeantes en el hielo vidrioso.

—El hielo es delgado en este lugar. Estamos sobre una capa fina. El océano vivo está justo debajo de nosotros.

Otro disparo les pasó rozando e hizo saltar por los aires la parte de la dirección del trineo en la que Gaunt había estado un momento antes.

—¡Ahora!

Rawne entendió la idea del comisario y reconoció al mismo tiempo que era descabellada; pero los Orkos estaban a apenas cincuenta pasos y comprendió también lo desesperado de la situación.

Tenía doce minas de cartucho en su mochila, y las sacó todas. Le dio la mitad a Gaunt. De una patada, quitó el cristal a una de las lámparas del vehículo y usó el filamento al rojo para encender la mecha. Los dos hombres cogieron tres en cada mano y las arrojaron con todas sus fuerzas lo más lejos posible; se dispersaron por una extensa superficie.

Se oyeron doce enormes explosiones, cada una de ella lo bastante potente como para acabar con un tanque. Partieron el mundo en dos, pero, sobre todo, partieron y destrozaron el hielo. El bullidor mar de hidrocarburo, tan próximo a la capa de hielo, saltó hacia arriba, formando penachos y espuma.

Un vehículo Orko que se acercaba fue alcanzado de lleno por una explosión que lo hizo volar, junto con sus ocupantes, en pedazos que cayeron sobre el hielo que empezaba a partirse y fracturarse. Otro logró esquivar las explosiones, pero salió volando desde el borde del hielo y cayó al mar, donde se pulverizó y ardió. El último logró pararse antes, entre los alaridos de sus ocupantes, y finalmente cayeron todos en el líquido llameante.

El hielo se iba partiendo, fracturándose en trozos que se deshacían en nubes de vapor a medida que el océano, reprimido durante tantos miles de años, afloraba y conquistaba la superficie. Gaunt y Rawne saltaban y daban gritos de victoria, hasta que se dieron cuenta de que el colapso del hielo se difundía con rapidez en dirección a ellos.

El océano burbujeaba y se resquebrajaba en torno a los patines del trineo, que se hundió repentinamente. Gaunt trepó de un salto en un témpano cercano de reciente formación que chisporroteaba en el monstruoso líquido.

Tendió la mano, y Rawne saltó tras él. Aferrándose al comisario, permitió que lo izara limpiamente mientras el maltrecho vehículo iba desapareciendo en el líquido y finalmente explotaba.

—No podemos permanecer aquí —empezó a decir Gaunt.

Era cierto. El témpano se balanceaba y se iba disolviendo como un cubito de hielo en agua caliente. De un salto, pasaron al siguiente, y luego a otro; tenían la esperanza de que las secciones fracturadas del hielo se mantuviesen intactas el tiempo suficiente como para llegar a alguna orilla firme. En torno a ellos, se elevaban grandes bocanadas ondulantes de vapor.

Al saltar al cuarto, Rawne resbaló, y Gaunt lo sujetó a escasos centímetros del agua espumante.

Alcanzaron el cuarto bloque de hielo, y Rawne tomó la delantera. Oyó un grito a sus espaldas y vio, al volverse, que la plancha de hielo se hundía por un extremo y

Gaunt se deslizaba hacia atrás, tendido de bruces. Clavaba las uñas en la superficie mientras caía hacia el hirviente mar de hidrocarburo.

Era su oportunidad para dejar que muriera. Rawne lo sabía. Nadie lo sabría jamás. Nadie encontraría jamás el cadáver. Y aunque así fuera… Además, no estaba a su alcance.

Rawne sacó el cuchillo y lo lanzó. Fue a clavarse firmemente en la superficie inclinada del hielo, justo por encima de la mano de Gaunt, de manera que le proporcionó a éste un asidero. Aferrándose al cuchillo, Gaunt se impulsó hacia arriba y consiguió luego afirmar un pie sobre el arma para alcanzar la mano que le tendía Rawne. El mayor lo izó lo suficiente como para que ambos saltaran sanos y salvos a la siguiente mole de hielo. Esta era un témpano más grande y sólido. Se cogieron a ella, jadeantes y exhaustos.

El bloque de hielo que habían dejado a sus espaldas se hundió en el océano, y con él, el cuchillo de plata de Rawne.

Seis horas estuvieron sentados uno junto a otro sobre el iceberg. A su alrededor, la herida de la piel helada del océano se iba restañando y se extinguía el hormigueante silbido. No obstante, no podían ir a ninguna parte. La nueva corteza helada tenía apenas unos centímetros de espesor, los suficientes como para aprisionar el líquido letal, pero no tantos como para soportar peso. La baliza de socorro que Gaunt llevaba en su mochila parpadeaba y susurraba en la parte más alta de la montaña de hielo.

—Le debo una —dijo Gaunt, por fin.

—No quiero eso —respondió Rawne, negando con la cabeza.

—Me sacó de allí, me salvó. Estoy en deuda con usted. Y francamente, estoy sorprendido. Sé cuánto le gustaría verme muerto, y ésta era una oportunidad para conseguirlo sin mancharse las manos de sangre.

Rawne se volvió a mirar a Gaunt con la cara iluminada a medias por el brillo vacilante de las estrellas. A la luz de la noche, sus pómulos y su mentón tenían más que nunca el aspecto cortante de un cuchillo, y sus ojos se parecían a los de una serpiente.

—Un día lo mataré, Gaunt —respondió sin ambages—. Se lo debo a Tanith. Me lo debo a mí mismo. Pero no soy un asesino y sé lo que es el honor. Usted me salvó del piel verde en la cueva, y esto se lo debía.

—Yo habría hecho lo mismo por cualquier hombre bajo mi mando.

—Exacto. Puede pensar que soy un descontento, pero soy leal al Emperador y a la Guardia. Le debía una y aunque me odie por ello se la he pagado. Ahora estamos en paz.

—En paz —murmuró Gaunt, sopesando cuidadosamente la palabra mientras salía de su boca—. O igualados, tal vez.

—Llegará un día, Ibram Gaunt —dijo Rawne, sonriendo—, en que lo mataré, pero será en pie de igualdad. «Igualados», como usted dice. Lo mataré y me regocijaré de ello. Pero éste no es el momento.

—Gracias por ser tan franco, Rawne.

Gaunt sacó su cuchillo Tanith, el que Corbec le había dado cuando se alistaron para la guerra.

Rawne se puso tenso e hizo amago de saltar hacia atrás, pero Gaunt se lo entregó cogiéndolo por la hoja.

—Usted perdió el suyo. Sé que cualquier hombre de Tanith se sentiría incompleto sin una hoja como ésta colgada sobre su cadera.

Rawne cogió el cuchillo. Lo sostuvo en sus manos un momento, lo giró con sus hábiles dedos y lo deslizó en la vaina vacía.

—Haga con él lo que le parezca —dijo Gaunt, dándole la espalda.

—Lo haré… uno de estos días —respondió el mayor Elim Rawne.



OCHO

En Monthax, el hospital estaba bastante retirado del terraplén defensivo principal. Al igual que la barraca modular de Gaunt, se elevaba sobre pilotes por encima del cenagoso terreno. Los largos paneles de las paredes del hospital estaban pintados de color verde arsénico, mientras que el techo era negro alquitrán. Unas cortinas deflectoras de color gris protegían las aberturas de las puertas y las ventanas, y haces de cables y tuberías transportaban aire de las depuradoras y energía de la ruidosa turbina que había detrás de la construcción. En las paredes se habían reproducido símbolos del Imperio y del cuerpo médico que de poco les valdrían si las fuerzas del Caos decidían tomar su baluarte. Gaunt trepó por una escala de metal que había junto a la rampa para evacuar las camillas en caso de emergencia, y se introdujo en el interior a través de las cortinas de seguridad.

Dentro, encontró un paraíso sorprendente. Era, con mucho, el lugar más fresco y fragante del campamento, tal vez el más fresco y fragante de todo Monthax. Un dulce olor a savia se elevaba de la madera nueva del suelo y de las limpias esteras. Había olor a antisépticos, a alcohol y a cierto incienso purificador que ardía en un cuenco junto al pequeño altar elevado cerca del extremo que daba al oeste. Las cuarenta camas estaban hechas y vacías. Unas lámparas cubiertas de gasa irradiaban una luz pálida, artificial.

Gaunt recorrió toda la sala y atravesó una puerta que había al otro extremo. Esta daba acceso a los almacenes, las letrinas, un pequeño quirófano y la oficina del oficial jefe médico. Dorden no estaba allí, pero Gaunt reconoció su sello característico en la minuciosa disposición de los libros de medicina y las encuadernaciones de mapas, y en la ordenada colocación de los frascos y las botellas del armario cerrado del dispensario.

El médico estaba en el quirófano, sacando brillo a la superficie y los escurridores de sangre de la mesa de operaciones. En las esquinas había instrumental quirúrgico

reluciente, un autoclave y una unidad de reanimación.

—¡Comisario Gaunt! —exclamó Dorden, sorprendido al levantar la vista—. ¿Puedo servirlo en algo?

—No, siga con lo suyo. Es sólo una visita de rutina. ¿Algo de qué informar? ¿Algún problema?

Dorden se quedó de pie, estrujó la bayeta que tenía entre las manos y la dejó caer en un cuenco de cerámica con desinfectante.

—Nada en absoluto, señor. ¿Ha venido a inspeccionar el lugar?

—No cabe duda de que supera a todas las instalaciones con las que contó anteriormente.

Dorden sonrió. Era un hombre mayor, de escasa estatura. Llevaba una cuidada barba gris y sus ojos, que habían visto más dolor del que merecían, reflejaban cordialidad.

—Todavía está vacío —señaló.

—Admito que me sorprendió al entrar. Estoy habituado a ver sus hospitales repletos de heridos. Que el Emperador nos libre de ello.

—Es cuestión de tiempo —sentenció Dorden con aire apesadumbrado—. Debo decir que me pone nervioso ver todas esas camas vacías. Doy gracias al Trono Dorado por estar inactivo, pero la inactividad no va conmigo. Debo de haber limpiado y sacado brillo a todo una docena de veces.

—Si ése es el peor de los trabajos que tiene que hacer aquí, en Monthax, podemos dar gracias.

—Así es, por cierto. ¿Puedo ofrecerle una taza de cafeína? Estaba a punto de encender la cocina.

—Puede ser que más tarde, cuando vuelva por aquí. Tengo que inspeccionar los polvorines. Las cosas andan un poco revueltas ahí afuera.

—Eso oí anoche. Entonces, hasta luego, señor.

Gaunt respondió con una inclinación de cabeza y salió. No estaba seguro de que pudiera volver más tarde, y tampoco creía que ese pequeño paraíso siguiese siéndolo durante mucho tiempo.

Dorden vio cómo se marchaba el comisario y se quedó un momento pasando revista a las camas vacías de su impecable hospital. Al igual que Gaunt, tampoco él se hacía ilusiones sobre el horror en que habría de transformarse ese lugar. Era inevitable.

Cerró los ojos y, por un momento, pudo ver la estera del suelo chorreando sangre y las sábanas manchadas; pudo oír los gemidos y los gritos de dolor. Y también percibió los silencios.

Durante un segundo, creyó percibir el olor a sangre y a carne quemada, pero no era más que el incienso.

Sólo el incienso.

JURAMENTO DE SANGRE

Daba la impresión de que los hombres caídos, esparcidos por la carretera y por los campos cenagosos de Nacedón, llevaban una negra cota de malla. Pero no era así. Las moscas de la carne hacían su trabajo. Cubrían los cuerpos como un hervidero de negros eslabones de una armadura. Despedían un brillo feroz y se movían como una masa abigarrada.

—¡Médico!

Tolin Dorden apartó la vista de las moscas. El cielo vespertino se cernía ancho y neblinoso sobre los pantanos sin relieve. Las pistas y los campos estaban delimitados por terraplenes y zanjas, todo ello cubierto de postes de acero, alambre plegado en zigzag y huellas confundidas de tanques. La niebla olía a polvo termita.

—¡Médico! —Volvió a oírse la llamada, aguda e insistente, desde la carretera.

Lentamente, Dorden se dio la vuelta y avanzó con dificultad desde el canal de la carretera, donde, en un espacio de unos cien metros, más cadáveres se apilaban, retorcidos y mutilados, y cubiertos de moscas.

Avanzó hacia los edificios. Por Feth, ya había visto bastante de esa guerra, en uno u otro mundo. Estaba cansado y se sentía devastado.

Tenía sesenta años, veinte años más que cualquiera de los otros Fantasmas. Estaba cansado; cansado de la muerte, de la lucha; cansado de los cuerpos jóvenes que tenía que recomponer. Cansado también de ser considerado como un padre por tantos hombres que habían perdido a los suyos en la caída de Tanith.

El humo cubría el cielo del atardecer sobre los campos cenagosos. Se acercó a los viejos edificios de ladrillos rojos con las ventanas destrozadas y las paredes en ruinas. Antes de la invasión, había sido un complejo agrícola: una propiedad feudal con una casa principal, construcciones secundarias y graneros. La maquinaria agrícola yacía destrozada y cubierta por el óxido en los campos inundados. Una ancha trinchera excavada y una doble alambrada en zigzag rodeaban el complejo formando una herradura, con el lado norte, el que daba la espalda al frente, abierto. Alrededor, estaban apostados los Fantasmas, con las armas preparadas. El soldado Brostin le hizo señas de que entrara.

Dorden atravesó un suelo embaldosado. La mitad de las baldosas estaban rotas, salpicadas ahí y allá por cristales y charcos de aceite que relumbraban con los colores del arco iris. Corbec salió con expresión apesadumbrada de las sombras cercanas y sacudió su fatigada cabeza.

—Doctor —lo saludó.

—Coronel.

—Hospital de campaña… —dijo Corbec, abarcando con un gesto lo que los rodeaba. Dorden no necesitó más explicación.

—¿Queda alguien vivo?

—Por eso lo llamé.

Corbec lo condujo hacia una sala abovedada. Allí se intensificaban los abigarrados olores. Unas cinco docenas de hombres yacían sobre camastros en la sala iluminada a medias por la pálida luz del sol que se filtraba por las grietas del tejado en pendiente. Dorden recorrió toda la sala y volvió.

—¿Por qué los han dejado aquí? —preguntó.

Corbec le lanzó una mirada de interrogación.

—¿Por qué cree? Estamos en retirada. No podemos llevarlos a todos. ¿Puede… hacer una selección?

Dorden maldijo en voz baja.

—¿Qué son estos hombres?

—Son sangreazul. El 50.º de Volpone. ¿Recuerda usted a aquellos demonios de Voltemand? Sus unidades de mando se marcharon esta mañana, obedeciendo órdenes.

—¿Y abandonaron aquí a sus heridos?

—Eso parece, doctor —respondió Corbec, encogiéndose de hombros.

—¿Qué clase de animal abandona a sus enfermos y heridos, y los deja que mueran? —profirió Dorden, acercándose a cambiar los vendajes del hombre más próximo.

—¿La especie humana? —preguntó Corbec.

Dorden se volvió, indignado.

—Esto no tiene ni pizca de gracia, Corbec; ni siquiera admite ironías. La mayor parte de estos hombres puede vivir si se les dispensa la atención adecuada. No los vamos a dejar aquí.

Corbec gruñó para sí. Se rascó la cabeza y se pasó los dedos grandes y curtidos entre el pelo negro y alborotado.

—No podemos quedarnos aquí, doctor. Órdenes del comisario…

Dorden se volvió y dirigió al coronel una mirada feroz con sus ojos veteranos.

—No los voy a dejar aquí —insistió con firmeza.

Corbec pareció a punto de decir algo; luego, vaciló y cambió de idea.

—Vea qué puede hacer por ellos —dijo, y dejó a Dorden cumpliendo con su trabajo.

Dorden se estaba ocupando de una pierna herida cuando oyó el crujido de la grava en la carretera y el ruido del motor de un transporte de tropas. Esperó a terminar lo que estaba haciendo antes de levantar la vista para localizar el origen del sonido.

—Gracias, señor —dijo el joven cuya pierna había curado.

El muchacho tenía la tez pálida y cetrina, y estaba demasiado débil como para levantarse del camastro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Dorden.

—Culcis, señor. Soldado sangreazul.

Dorden estaba seguro de que a Culcis le hubiera gustado realzar aquellas palabras con un signo de exclamación, pero no tenía fuerzas para ello.

—Soy Dorden; médico. De Tanith. Si me necesita, soldado Culcis, llámeme por mi nombre.

El muchacho asintió. Dorden salió y se dirigió al *Chimera* aparcado al pie de las ruinosas paredes. Corbec estaba hablando con un individuo alto encaramado en el vehículo.

La figura se movió, se dejó caer al suelo y comenzó a andar hacia él. Era Gaunt, con la gorra puesta, la cara ensombrecida y el largo capote al viento.

—¡Señor! —lo saludó Dorden.

—Dorden, Corbec me dice que no vamos a abandonar el lugar.

—Sesenta y ocho heridos aquí, señor. No puedo abandonarlos, no estoy dispuesto.

Gaunt cogió a Dorden por un brazo y lo condujo por el patio embarrado hacia la pared lateral que daba a las tierras de labranza y a las pocilgas abandonadas. Más allá se veía el sol poniente.

—Debe hacerlo, Dorden. Las fuerzas enemigas están a medio día de nosotros. El general Muller ha dispuesto que nos retiremos todos. No podemos llevarlos con nosotros. Lo siento.

Dorden se apartó de Gaunt.

—Yo también —respondió.

Gaunt miró hacia otro lado. Por un momento, Dorden pensó que el comisario se iba a volver contra él para imponerle la disciplina con el puño, pero en lugar de eso, el hombre suspiró. Pensándolo más tarde, Dorden se dio cuenta de que la violencia no era la primera opción de Gaunt para imponer una orden. La interminable guerra y su experiencia con otros cuadros de oficiales en el campo habían amargado las expectativas de Dorden, algo de lo que no estaba precisamente orgulloso.

Gaunt se volvió a mirar al médico.

—Corbec ya me había dicho que reaccionaría así. Mire, el contraataque contra Nacedón está previsto para mañana por la noche. Sólo entonces, el Emperador mediante, volveremos a tomar esta zona y haremos retroceder al enemigo.

—Pocos de ellos podrán sobrevivir a la noche y el día sin asistencia. ¡Y ninguno si los encuentra y se ocupa de ellos esa ralea del Caos!

Gaunt se sacó la gorra y se alisó el pelo rubio y corto con la mano. Contra la luz mortecina del poniente se dibujaba su perfil anguloso, pero sus pensamientos seguían

en la sombra.

—Tiene usted todo mi respeto, doctor. Siempre lo ha tenido, incluso desde la época de los Campos Fundadores. Usted es el único de los Fantasmas que se niega a llevar armas, el único que nos puede mantener vivos. Los Fantasmas se lo deben; muchos de ellos le deben la vida, y yo estoy en deuda con usted por eso. Odiaría tener que darle una orden.

—Entonces no lo haga, comisario. Sabe que no la obedeceré. Soy médico antes que Fantasma. Allá en Tanith, como médico de comunidad, trabajé durante treinta años con los enfermos, con los necesitados, con los recién nacidos, con los débiles del distrito de Beldane y del condado de Pryze. Lo hice porque me sentía obligado por el juramento prestado en el Colegio de Médicos de Tanith Magra. Usted entiende de alianzas y de juramentos, comisario; entienda también el mío.

—Comprendo perfectamente el peso del juramento médico.

—¡Y siempre lo ha respetado! Jamás me ha pedido que rompiera mi voto de confidencialidad revelando los problemas personales de los hombres… Alcohol, sífilis, problemas mentales… Nunca me ha pedido que faltara a mi obligación. No lo haga ahora.

Gaunt volvió a ponerse la gorra.

—No puedo dejar que muera aquí.

—Pero ¿dejaría morir a estos hombres?

—¡Ellos no son el oficial médico de los Fantasmas! —La respuesta de Gaunt sonó un poco terminante. Luego, guardó silencio.

—Un médico tiene la obligación de atender a los heridos. Es cierto, hice un juramento al Emperador, en los Campos Fundadores, de servirlo a él y de servirlos a usted y a la Guardia Imperial, pero antes de eso también le había jurado al Emperador velar por la vida de los heridos. No me haga romper ese voto.

Gaunt trató de hacer que razonara.

—Nuestras ilustres fuerzas fueron desviadas hacia el delta en Lohenich. Huimos perseguidos por un ejército masivo del Caos que nos pisa los talones; está a apenas medio día de distancia. Usted no es un combatiente. ¿Cómo va a defender este lugar?

—Con palabras, si es necesario. Con voluntarios, si alguien quiere quedarse, y usted lo permite. Después de todo, será sólo hasta mañana por la noche. Hasta que su contraofensiva vuelva a tomar este lugar. ¿O acaso fue sólo una mentira? ¿Propaganda?

Gaunt guardó silencio durante un momento. Hizo bascular su alta estatura de un pie a otro y se acomodó el capote manchado de barro. Luego, se volvió hacia el anciano médico.

—No es una mentira. Recuperaremos este terreno y llegaremos aún más lejos. Les haremos abandonar cada palmo de terreno que nos hayan ganado. Pero dejarlo a

usted aquí, aunque sólo sea por una noche…

—No piense en mí. Piense en los heridos de Volpone que hay aquí.

Así lo hizo Gaunt, aunque eso no lo hizo cambiar mucho de idea.

—Ellos hubieran dejado que nos masacraran…

—¡No entre en ese terreno! —le advirtió Dorden—. El odio está fuera de lugar entre aliados. Estos son hombres, soldados, soldados valiosos. Podrían vivir para volver a combatir, para volcar otro conflicto a nuestro favor. Déjeme que me ocupe de ellos junto con algunos hombres de los que pueda prescindir. Déjeme y vuelva en busca de nosotros.

Gaunt lanzó un juramento.

—Le daré una escuadra. No puedo prescindir de más hombres. Diez hombres, voluntarios. Si no llegan a diez, lo siento. Muller pedirá mi cabeza por dejar a cualquiera en el campo tal como están las cosas.

—Aceptaré lo que pueda conseguir —dijo Dorden—. Gracias.

Gaunt se alejó a grandes zancadas. Luego, se dio la vuelta, regresó y dio a Dorden un fuerte apretón de manos.

—Es usted un valiente. No deje que lo cojan vivo… Y no haga que lamente haberle permitido ser demasiado valiente.

Gaunt y las fuerzas en retirada de los Fantasmas se fueron y, finalmente, se quedaron solos. Dorden estaba trabajando en la gran sala y sólo se dio cuenta del paso del tiempo porque la luz que se filtraba por las grietas del techo fue haciéndose más tenue; luego se volvió azulada, y finalmente oscureció. Encendió unas lámparas sobre cajones situados entre los heridos y salió al patio. Sobre su cabeza, unas estrellas desconocidas empezaban a apuntar en el cielo color malva.

Al principio vio a tres Fantasmas: Lesp, Chayker y Foskin, que le hacían de enfermeros y que tenían conocimiento de medicina de campo. Estaban escogiendo entre los suministros médicos que les había dejado Gaunt. Dorden había confiado a medias en que se prestarían como voluntarios para quedarse, había tenido esperanzas, pero ver a sus tres subalternos trabajando como de costumbre le resultó tranquilizador y le levantó la moral. Se llegó a ellos con la intención de comportarse como si todo fuera normal y de interesarse por el nivel de suministros; pero todo lo que salió de su garganta fueron expresiones de agradecimiento. Todos sonrieron, cogieron la mano que les tendía y dijeron algo sobre el deber. Dorden se sintió orgulloso de ellos.

Empezó a darles algunas instrucciones de dispersión y estaba empezando a repasar las necesidades de los enfermos por orden de prioridad cuando se presentaron otros Fantasmas. Mkoll, el jefe de exploradores y el amigo más íntimo que tenía Dorden en la unidad, acompañado por los soldados Brostin, Claig, Caffran y Gutes. Acababan de patrullar el perímetro de la herradura y se disponían a asentarse para

pasar la noche.

Dorden saludó a Mkoll.

—No era necesario que se quedara.

—¿Y dejarlo aquí solo? —rio Mkoll, señalando al doble vallado—. Aquí estamos los diez.

—¿Diez?

—El coronel-comisario no permitió más. Nosotros cinco, sus tres hombres y los otros dos. Todos los Fantasmas se pelearon por quedarse, ¿sabe? Todos se ofrecieron voluntarios.

—¿Todos? Apuesto a que el mayor Rawne no.

—Es cierto —respondió Mkoll con una sonrisa sarcástica—, todos no. Pero hubo auténticas disputas. Gaunt decidió finalmente que los que primero se hubieran ofrecido serían los que se quedaran. Y aquí tiene a sus tres hombres, a mí, a Brostin, Claig, Caffran y Gutes. Además de Tremard, de guardia en la entrada, y…

—¿Y?

Dorden se dio la vuelta al sentir, de repente, que había alguien detrás de él. Se encontró con el rostro barbudo y sonriente de Colm Corbec.

—Y yo. Entonces, doctor, usted manda. ¿Cómo organizamos esto?

Cayó la noche. El aire se despejó. En la distancia aullaban los perros carroñeros. Salieron tres o más lunas disputándose las respectivas órbitas. La oscuridad era transparente y fría, y olía a muerte. A lo lejos, hacia el sur, en el horizonte, se juntaban unas nubes amenazadoras de color ámbar. Se preparaba una tormenta. Un poderoso ejército de tierra se aproximaba. Eso, y una auténtica tormenta. Los relámpagos sacudieron el cielo con sus blancos fogonazos. El aire se hizo denso y dulzón. Dentro de la granja, uno de los sangreazul tuvo un espasmo y murió. Dorden estaba luchando por su vida, y su guardapolvos se manchó con la sangre del enfermo. Ya no podían hacer nada más; ni él, ni Lesp.

Dorden se apartó del cadáver que ya empezaba a enfriarse y entregó a Lesp los instrumentos manchados de sangre.

—Registre hora y causa de la muerte, así como el nombre y el número de la placa —dijo con tono sombrío—. Si el Emperador lo permite, podremos transmitirlos a la oficina del ayudante de Volpone para que tome nota en sus libros.

—Estoy seguro de que los sangreazul ya los habrán registrado como muertos —respondió Lesp con un bufido.

Lesp era un hombre alto y delgado de Tanith Longshore, con fríos ojos azules y una nuez tan prominente que parecía una rodilla en su alargado cuello. Había sido pescador en el Lugar Perdido; pertenecía a una familia de pescadores que surcaban las corrientes marinas más allá del archipiélago. Tenía una habilidad increíble con la

lona de las velas y una aguja, y una pericia casi quirúrgica para manejar una cuchilla que había adquirido destripando peces en aquellos días. Dorden había puesto esas habilidades al servicio de la curación cuando había elegido a Lesp como uno de sus ayudantes. Lesp lo había tomado con entusiasmo, y le gustaba su trabajo junto al oficial médico.

Dorden aceptó toda la ayuda y toda la voluntad que se le ofreció. La mayor parte de los médicos con formación que se habían asentado en Tanith con los Fantasmas nunca habían hecho un trabajo del otro mundo. Originalmente, los únicos médicos plenamente cualificados habían sido Dorden, Gherran y Mtane, con veinte soldados más que habían recibido formación como médicos de campo. Dorden había entrevistado y había estudiado a todos los supervivientes para reclutar al personal médico de que tan necesitado estaba. Sin aficionados con dedicación y dispuestos a un aprendizaje continuo como Lesp, Foskin y Chayker, la salud del regimiento se habría visto seriamente comprometida.

Mtane y Gherran se habían marchado con el grueso del ejército de Gaunt, aunque ambos habían querido quedarse. Perder a los tres médicos con formación de una sentada era más de lo que Gaunt podía tolerar.

Dorden salió al embarrado patio y, como respondiendo a una señal, los cielos se abrieron, y una cortina de agua se desató sobre él. Su túnica quedó limpia de sangre ajena. Se quedó allí parado, chorreando, hasta que el chaparrón amainó un poco.

—Se va a mojar ahí afuera —dijo una voz cercana.

Dorden giró en redondo y se encontró con Corbec, que estaba fumando un cigarro refugiado bajo un saledizo del techo que parecía próximo a desplomarse. Dorden apenas podía distinguir la forma y la brasa roja del cigarro.

Dorden se acercó a él, y Corbec le tendió una caja encerada de cigarros.

—Regaliz. Me aficioné a ellos en Voltemand, y he tardado una eternidad en conseguirlos en el mercado negro. Coja uno para ahora y otro para después.

Dorden así lo hizo. Se colocó uno sin encender detrás de la oreja, y encendió el otro con el que Corbec había fumado a medias.

Ambos se quedaron mirando la noche.

—Va a ser duro —observó Corbec en voz baja.

Se veían los fogonazos y se oía el bramido de la tormenta, pero Dorden sabía a qué se refería.

—Y sin embargo, se quedó.

—Siempre ando a la busca de buenas obras —dijo aspirando una bocanada y exhalando una nube de humo blanco.

—O de causas perdidas.

—El Emperador proveerá. ¿Acaso todos nosotros no somos una gran causa perdida? ¿Los Primeros, los Últimos, los Perdidos? Y sin embargo, yo no me doy por

vencido.

Dorden sonrió. El cigarro era fuerte y tenía un sabor endiablado, pero lo estaba disfrutando. Hacía veinte años que no fumaba. Su esposa nunca lo había aprobado; decía que no era un buen ejemplo para los pacientes a los que atendía Dorden. Luego, llegaron los chicos, Mikal y Clara, y había abandonado el hábito, de modo que…

Dorden cerró esa línea de pensamiento. Tanith se había llevado a su esposa, y también a Clara, a su marido y al bebé de ambos. Todo lo que le quedaba era Mikal, el soldado Mikal Dorden, operador de telecomunicaciones en el pelotón del sargento Hasker.

—Está pensando en su casa —musitó Corbec.

Dorden interrumpió su triste ensoñación.

—¿Qué?

—Reconozco esa mirada.

—Está oscuro, coronel.

—También conozco esa… emoción. Esos hombros caídos. Nos pasa a todos de vez en cuando.

—Supongo que el comisario le ha dicho que la corte de raíz cuando aparezca. Es malo para la moral.

—No pienso lo mismo. Tanith seguirá vivo mientras nosotros lo llevemos aquí… —Corbec se dio unos golpecitos en la frente—. Y nadie sabe adónde va si no sabe de dónde viene.

—¿Y adonde supone usted que vamos?

Corbec tiró la colilla de su cigarro al suelo embarrado y dejó que se extinguiera.

—En un día malo, al infierno. En un día bueno diría que vamos en busca de ese mundo que Gaunt nos prometió como recompensa. El regalo de Slaydo: el primer mundo que ganemos realmente podemos tomarlo y reclamarlo, y asentarnos en él como si fuera propio.

Dorden se quedó mirando la tormenta.

—Un nuevo Tanith, ¿eh? ¿Ese del que hablan los hombres cuando están borrachos o moribundos? ¿Cree usted en eso? ¿Podríamos ganar un mundo nosotros solos y que nos lo reconocieran cabalmente? Somos menos de dos mil. Cada vez que entramos en un campo de batalla lo hacemos acompañados de otros regimientos, y eso enturbia las reivindicaciones de victoria y los derechos. No soy un pesimista, coronel, pero dudo mucho que algunos de nosotros encuentren alguna vez ese nuevo Tanith, a menos que sea en la bebida o en la muerte.

Corbec sonrió, y sus dientes blancos brillaron en la oscuridad.

—Entonces, yo soy afortunado. De una u otra forma, tengo más oportunidades que los demás de llegar a verlo.

Una puerta se batió a la izquierda de donde estaban. Chayker, envuelto en su

capa, salió del hospital y se acercó con un tambor de lata hasta el pozo. Después de bombear un momento, lo llevó con dificultad hacia el edificio. Hasta Dorden y Corbec llegaba ya el olor del potaje que Chayker y Foskin estaban cociendo para toda la compañía.

—Algo huele bien —observó Corbec.

—Foskin encontró tubérculos y grano en un campo, al otro lado de la zanja, y en una antigua despensa había legumbres secas y carne salada. Es seguro que va a ser la mejor cena que todos hayamos comido en mucho tiempo. Pero las primeras raciones son para los pacientes que puedan comerlas.

—Por supuesto. Las necesitan más que nosotros. Yo tengo una frasca de sacra y una caja de estos cigarros. Con eso, podré tirar algún tiempo.

—Entre cuando esté listo para una comida como es debido —le indicó Dorden, como si estuviera dándole una receta—. Gracias por los cigarros —y volvió a la sala.

Pasar revista a los heridos le llevó otra hora y media. Lesp y los demás ayudantes habían hecho un buen trabajo, y muchos ya habían comido, o al menos habían bebido. Había doce cuyo estado ya no les permitía mantenerse conscientes, y Dorden racionó cuidadosamente las existencias de medicamentos para darles prioridad. Culcis y algunos otros estaban entonces sentados, charlando y agradecidos. Todos ellos, la aristocracia de Volpone, miraban con desdén a los de Tanith, pero de todos modos se mostraban corteses. Al parecer, el hecho de estar aislados de su regimiento y abandonados a su suerte por una unidad de bárbaros había modificado muchos de sus prejuicios y cursilerías. Eso, al menos, hacía que Dorden se sintiera complacido.

Vio al soldado Caffran que volvía empapado de un patrullaje y que cogía su cazo para sentarse con Culcis. Dorden pensó que tendrían aproximadamente la misma edad; la misma edad que Mikal. Los oyó compartiendo una broma.

Lesp lo cogió del brazo. Uno de los casos críticos daba muestras de empeorar. Con ayuda de Chayker sacaron al hombre y lo llevaron a lo que antes había sido la cocina y entonces usaban como quirófano. Había una mesa lo suficientemente larga como para tender a un hombre en ella, y allí pusieron al enfermo.

El sangreazul, un tal cabo Regara según su chapa, había perdido una pierna por debajo de la rodilla y tenía metralla en el pecho. Su sangre no tenía nada de azul. La mesa se llenó de sangre que cayó luego sobre las baldosas del suelo. Chayker estuvo a punto de resbalar, y Dorden le ordenó que trajese una mopa y más guata.

—No hay mopas —dijo Chayker, encogiéndose de hombros.

—Entonces, encuentre algo parecido a una mopa.

Dorden tuvo que cortar más arriba la pierna de Regara, que no paraba de gritar, antes de detener la hemorragia. Indicó a Lesp que con sus dedos firmes cerrara la herida aplicando puntos menudos de reparador de velas. Chayker ya había vuelto.

Dorden se dio cuenta de que estaba secando el suelo con tiras rasgadas de su capa atadas a un antiguo palo. Que un Fantasma desgarrara su preciada capa de camuflaje para enjugar la sangre… La admiración de Dorden por la devoción de sus voluntarios hacia el deber subió de nivel.

Llevaron a Regara, que se quejaba en voz queda, hasta su cama. Con suerte y una dosis de mascetamina para controlar la fiebre, tenía posibilidades de sobrevivir. Pero a Dorden lo apartó de su lado una llamada de Foskin que no sabía qué hacer con un acceso, y luego otra para que viera a un hombre que acababa de salir de un estado semicomatoso y había empezado a perder sangre violentamente.

La sala se quedó silenciosa cerca de la medianoche, después de otras escenas dramáticas. Dorden estaba limpiando sus separadores intercostales en un cubo de agua hirviendo cuando entró Mkoll, sacudiéndose el agua de su capa. Afuera seguía rugiendo la tormenta, y los truenos sacudían los cimientos y el techo del edificio. De vez en cuando, caía hacia adentro algún trozo de cristal suelto de las ventanas, o se deslizaba alguna teja que se rompía al llegar al suelo. La tormenta se había desatado al atardecer, pero Dorden se había olvidado de ella hasta entonces.

Observó a Mkoll mientras se sentaba y limpiaba su arma, lo primero que hacía siempre antes de atender a otras necesidades, como la de comer o calentarse. Dorden le llevó un cuenco de caldo.

—¿Alguna novedad ahí afuera?

Mkoll negó con la cabeza.

—Con suerte, la tormenta frenará su avance.

—¿Y sin suerte?

—Habrán conjurado la tormenta.

Mkoll miró a las vigas del techo.

—Esta debe de haber sido una buena casa; una granja sólida, en la que valía la pena trabajar, con buena tierra y mucho ganado.

—Un hogar —añadió Dorden, que no había pensado en ello antes.

La idea de otro hogar y otra familia destrozados por la guerra le llegó entonces con toda su crudeza. El cansancio volvió a apoderarse de él. Estaba viejo.

Mkoll revolvió lentamente el caldo.

—Hay una antigua capilla en la parte trasera de la casa. En ruinas, por supuesto, pero todavía se pueden ver pintadas las leyendas en honor del Emperador. Era de uso privado de los de Volpone. Quienesquiera que hayan vivido aquí eran siervos devotos del Imperio, trabajaban la tierra, cuidaban de su prole.

—Hasta esto.

Dorden guardó silencio. El Caos se había apoderado de ese mundo, Nacedón, dos meses atrás, como parte de su contraofensiva para detener la Cruzada de Macaroth. No había sido ocupado, ni siquiera corrompido desde dentro. Nacedón, un mundo

agrícola con tres millones de colonos imperiales, había sido violado e invadido en el espacio de tres noches.

Dorden se preguntaba qué clase de universo era ese donde los humanos podían luchar, y deslomarse trabajando, y querer a sus familias, y honrar al Emperador para perderlo todo en cuestión de horas. «Mi universo —pensó—, el mismo que se llevó a Tanith».

Apareció una luna tardía, un solitario centinela en un cielo del que repentinamente había desaparecido la tormenta. La lluvia había cesado, y unas nubes argénteas atravesaban lentamente el espacio color púrpura de los cielos.

Como duplicado terrestre de la luna, un centinela solitario guardaba la puerta de la plaza. El soldado Tremard, que hacía su segunda guardia en la abertura que dejaban los sacos terreros, observaba las líneas de los árboles, las manchas borrosas de negrura que bordeaban la llanura de los campos y las cercas igualmente negras. Estaba cansado, y le hubiera gustado que los malditos Volpone hubieran dejado su cañón en el emplazamiento.

Una bruma empezó a levantarse del campo y se desplazó hacia los bordes como humo. Algo brilló en la oscuridad.

Tremard se sobresaltó, cogió el catalejo que estaba sobre los sacos y manipuló el enfoque haciendo que la visión nocturna verde sobre verde se convirtiera en visión real. Había bruma y algo más en su interior. El brillo que había percibido. Era la luz de la luna que se reflejaba en la retina reflectora de unos ojos al acecho.

Activó el enlace del microtransmisor.

—¡Puerta a los Fantasmas! ¿Puede oírme, coronel? ¡A las armas! ¡A las armas! ¡Movimiento hacia el sur!

Corbec saltó como un muelle de su camastro, como un cadáver que se levantara de una tumba, sobresaltando a Dorden. El coronel había estado echando un sueñecito en una cama libre de la sala mientras el médico clasificaba las píldoras poniéndolas en cucuruchos de papel.

—¿Qué pasa?

Corbec ya estaba de pie.

—Adivine, doctor.

Dorden también se había puesto de pie. Miró a su alrededor, a la vulnerable sala llena de hombres medio muertos mientras Corbec preparaba el rifle láser y se comunicaba con los demás soldados. De pronto, Dorden tomó conciencia de su estupidez. Sabía lo que era un ataque arrollador del Caos. Todos serían aplastados como una cáscara de huevo. Había sido una tontería insistir en quedarse. Entonces

todos morirían: los sangreazul, los Fantasmas… Fantasmas valiosos, insustituibles, como Corbec y Mkoll. Los había sacrificado a todos por el estúpido orgullo de un juramento; un antiguo juramento médico, hecho en tiempos más seguros, en una tranquila consulta de comunidad donde la herida más grave era un corte sufrido en la serrería.

«¡Maldito sea por tonto! ¡Maldito sea por mi orgullo!», pensó.

—Les haremos frente todo el tiempo que podamos. Los muchachos conocen algunos trucos —le dijo Corbec—. Voy a necesitar a Chayker y a Foskin… Lesp puede quedarse con usted. Si perdemos a la primera embestida, tiene que estar preparado para trasladar a todos los heridos que pueda a las habitaciones de atrás. Están en ruinas, ya lo sé, pero pondrá más obstáculos entre ustedes y los combatientes.

Dorden tragó saliva, pensando en el trabajo que les costaría a él y a Lesp trasladar a sesenta y siete hombres hacia las habitaciones de atrás sobre camillas. Oyó el ruido distante del láser y se dio cuenta de que no sería ni la mitad del esfuerzo que estaban a punto de hacer Corbec y sus soldados. Se limitó a asentir y a hacer señas a Lesp para que se acercara.

—Que el Emperador sea con usted y vele por usted, Colm Corbec —dijo.

—Y por usted, doctor.

Tremard defendía la puerta. Unas formas oscuras, acercándose a él, avanzaban por los campos y saltaban las alambradas. Disparaban descargas verdes de láser y blancas de bolter. La traicionera luna le permitía ver el movimiento y el brillo ocasional de las armaduras, y escoger bien sus blancos; enviaba ráfagas anaranjadas y rugientes de láser sobre el campo abierto, más allá de la granja.

Esquivando las andanadas de metralla que lanzaban contra ellos, una figura se deslizó hacia donde él estaba. Era el coronel Corbec, que sonrió a Tremard, hizo alguna observación obscena sobre los orígenes maternos del enemigo que provocó la risa del soldado y se inclinó sobre los sacos para lanzar una descarga del láser sobre los pantanos.

A lo largo de las paredes de la zanja, los demás Fantasmas también abrieron fuego. Ocho rifles láser contra la reconcentrada oscuridad; ocho rifles láser que escogían sus blancos a través de las miras poniendo en juego toda su pericia, respondiendo a los cientos de puntos de fuego que les lanzaban desde los pantanos.

—¿Dónde está Brostin? —gritó Corbec a voz en cuello por su microtransmisor. Trataba de hacerse oír por encima del ruido del fuego, que se repetía con un ritmo regular.

Un segundo después, su pregunta se perdió en medio de un feroz ataque, que arrasó el camino de entrada y llegó hasta la posición que ocupaba. Un centenar o más

de guerreros del Caos trataban por todos los medios de acercarse a la entrada principal; cargaban sobre ellos con las armas centelleantes. Lo único que podían ver Corbec y Tremard eran los fogonazos de sus rifles.

Corbec se agachó para esquivar la intensa andanada. Ni siquiera maldijo. Era el fin, lo sabía. El fin de Colm Corbec. A su lado, Tremard, un poco menos rápido al agacharse, salió despedido hacia atrás. Su brazo izquierdo había desaparecido, unos colgajos de carne salían por debajo del hombro. Cayó de espaldas, gritando y retorciéndose. El rifle láser, con su mano izquierda sujetando todavía la empuñadura, se asentó milagrosamente sobre el parapeto en el que él lo tenía apoyado.

Corbec se arrastró hacia él bajo la implacable lluvia de disparos de los bolters y los láseres, y lo abrazó, sujetándolo muy próximo a su cuerpo. Tenía que calmarlo y hacer que se estuviera quieto hasta que pudieran cerrar el espantoso muñón. «Si vive hasta entonces», pensó.

Tremard no paraba de gritar, revolviéndose como un gato escaldado; las ropas de Corbec y las suyas se empapaban con la sangre que salía a borbotones de la arteria del muñón. Corbec miró hacia arriba y vio unas formas negras con armaduras acolchadas y con las caras cubiertas por máscaras antigás; saltaban por encima de los sacos terreros hacia él. Pudo percibir el hedor animal, y la mera vista de los escudos de los Dioses Oscuros que llevaban grabados en sus armaduras le hirió la mente y le revolvió el estómago.

Hubo un doble chasquido, seco y contundente, y a continuación una llamarada de calor, que iluminó la noche. Corbec parpadeó. El soldado Brostin estaba por encima de él, arrasando la parte superior de los sacos terreros y el camino con su lanzallamas. La fuerza huracanada de la llama cercenó al enemigo como si fuera hierba seca.

—Me estaba preguntando dónde te habrías metido —le dijo Corbec a Brostin, y a continuación gritó por el microtransmisor—. ¡Médico! ¡Médico!

Dorden y Lesp habían completado a medias la tarea de transportar a los heridos a la parte trasera de la casa cuando oyeron la llamada. Por las paredes de la sala se abrían camino los disparos que reventaban las vigas y hacían saltar el yeso de las paredes y los ladrillos.

Dorden manipuló el microtransmisor, tratando de mantener estable la camilla que Lesp le ayudaba a sostener.

—¡Dorden! ¿Qué?

—Tremard está gravemente herido. ¡Venga aquí!

El resto del mensaje de Corbec se perdió por el acoplamiento del aparato y el ruido de los disparos.

—¡Apóyelo en el suelo! ¡Yo lo llevaré a rastras! —le gritó Lesp mientras un disparo de láser abría un agujero en el yeso, cerca de su cabeza.

Dorden echó mano de su botiquín.

—¡Corbec! ¡Ya voy, pero tiene que mandar a alguien para ayudar a Lesp a transportar a los heridos!

—¡Al diablo! ¡Estamos todos ocupados aquí afuera! ¡No puedo prescindir ni de un solo hombre!

—¡No me venga con esas! —replicó Dorden, agachándose bajo el nivel de los disparos que atravesaban la sala que se venía abajo a su alrededor.

—¡Lesp necesita ayuda! ¡Estos hombres necesitan ayuda!

Una mano se apoyó sobre su hombro. Al volverse vio al soldado sangreazul Culcis. Unos cuantos más de los de Volpone, con heridas menos graves venían con él.

—Mi pierna no me permite llevar una camilla, pero puedo manejar un arma, doctor. ¡Aceptaré un rifle láser para que otros puedan ayudarlo aquí!

Dorden sonrió ante la bravura del joven. El dolor se reflejaba en el rostro delgado del sangreazul.

Les indicó la puerta con un gesto, y ellos miraron la lluvia de disparos.

—¡Caffran! —llamó Dorden por su aparato—. Le mando un sangreazul. ¡Dele su arma y vuelva aquí!

No esperó la respuesta.

Valiéndose de la mopa de Chayker como muleta, Culcis salió al patio y llegó hasta el muro interior, donde Caffran estaba disparando a través de una tronera. Un gesto, se produjo el intercambio, y Culcis se colocó contra los tableros antiaéreos y se puso a disparar. Caffran corrió hacia la puerta de la granja donde Dorden estaba esperando.

—¡Ayude a Lesp! ¡Vamos!

En tres minutos, Dorden había sustituido por tres sangreazul a otros tantos hombres de la línea defensiva. Eran hombres que tenían heridas en las piernas o en la cabeza, pero estaban en condiciones de luchar. A cambio llegaron Claig, Gutes y Foskin.

Dorden le dijo a Foskin cuál era el plan, y Foskin puso a trabajar a los cinco Fantasmas en el traslado de los heridos a la parte trasera de la casa.

Sacudido por el ataque que iluminaba la tenue noche, Dorden llegó corriendo, con la cabeza gacha, hasta el puesto de guardia donde Brostin y Corbec seguían disparando. Brostin estaba usando entonces el rifle láser de Tremard y cambiaba al lanzallamas cada vez que el ataque se intensificaba.

Dorden se arrodilló junto a Tremard, evaluó la herida y se puso a trabajar.

—¡Necesito una camilla para él! —le gritó Dorden a Corbec.

—Ayúdale, Brostin —indicó Corbec.

Mientras Dorden y Brostin llevaban a Tremard de vuelta a la granja, Corbec mantuvo su posición en la entrada. La última visión que tuvo Dorden de él fue nítida:

el enorme guerrero de Tanith, con el pelo suelto revuelto por el viento de la noche al descargarse otra vez la tormenta, entre bramidos y fogonazos, con el lanzallamas en una mano, el rifle láser en la otra, dispuesto a matar a cualquier cosa que se moviera.

El asalto del enemigo se había desplazado hacia el lado occidental de la herradura, y un fuego intenso castigaba los tableros antiaéreos, arrancando trozos de barro y lanzándolos al aire. Mkoll sintió más que vio el cambio de intensidad, y corrió desde su posición en el extremo oriental para brindar apoyo. Chayker y un sangreazul llamaron a Vengo, que había sustituido a Gutes. Los soldados del Caos trataban de abrirse camino por los agujeros abiertos en el muro exterior de tableros, y los tres hombres de la Guardia, haciendo disparos espaciados pero seguros para no desperdiciar la energía, tal como había ordenado Corbec, derribaron a docenas de enemigos, que quedaron tendidos en el cenagoso fondo de la zanja. Pronto los cuerpos taparon los agujeros del parapeto tan eficazmente como lo habían hecho los tableros que faltaban.

«Esto está bien mientras vengan con bolters y armas láser —pensaba Mkoll con ánimo sombrío—; pero ¿qué pasará cuando lleguen con lanzallamas, armas de fusión y granadas…, o algo todavía peor?».

La estridencia del asalto era ensordecedora y un doble eco, semejante a un trueno, llegó desde los pantanos, casi con la misma intensidad que un trueno auténtico. Mkoll no sabía si era la tormenta o el ataque lo que sacudía la tierra.

Vengo, que tenía una herida en el vientre, empezó a sentir que le faltaban las fuerzas y se le nublaba la vista. La majestad y la furia del asalto abierto, y la desesperación del esfuerzo frenético, casi le había hecho olvidar el dolor sordo de sus heridas; pero allí estaban. Empapado por la lluvia, trató de reponerse, y cambió el cargador agotado por otro nuevo con sus manos frías y húmedas. El nuevo cargador se le resbaló y cayó en el barro, bajo sus pies. Se agachó.

Un soldado del Caos, herido y dado por muerto en la zanja, se había arrastrado hacia adelante y entonces asomó por encima del cercado interior, justo encima del Volpone que rebuscaba en el barro. Tenía el pecho abierto, y de las costillas descubiertas salía sangre y colgaba el tejido desgarrado. Había perdido la máscara antigás y se veían el hocico de grandes colmillos y la piel grisácea de una cara estragada. Enarboló un arma oxidada, de las que se usaban para cavar trincheras. Chayker, deslumbrado por las descargas de luz láser y el efecto distorsionante de los relámpagos, vio al agresor en un destello de luz blanca, congelado en mitad del movimiento. Arrancó el arma láser de la tronera y derribó al soldado del Caos con una ráfaga, haciéndolo caer de la empalizada al barro. Al enderezarse con el cargador recuperado, ensordecido por la sobrecarga sensorial de la tormenta y del ataque, Vengo no tenía la menor idea de lo cerca que había estado de la muerte.

Los disparos de bolter se estrellaron sobre los tableros antiaéreos que rodeaban la

tronera de Mkoll y arrancaron esquirlas que fueron a clavársele en la cara y el cuello. El hombre lanzó un grito y cayó hacia atrás. Un segundo después, tras frotarse las heridas ensangrentadas de la cara, estaba de vuelta en la tronera y disparando. Otras formas oscuras se removían en el cieno, al pie de la zanja. Lo que le había pasado a Vengo había sido una advertencia. Al parecer, ni los disparos mortales acababan con todas esas abominaciones. Bastantes de los que habían sido derribados no estaban muertos ni mucho menos, y entonces se arrastraban y trepaban para atacar la empalizada interior.

—¡Prepárense! —gritó por el intercomunicador a Chayker y Vengo.

Tenía unas cuantas granadas todavía y lanzó tres por encima de la empalizada interior, hacia la zanja donde había entrevisto las formas que se movían.

La triple explosión los sacudió y llenó los tableros antiaéreos interiores de salpicaduras de barro líquido y restos orgánicos pulverizados.

—¡No pierdan de vista la zanja! —indicó Mkoll—. No mueren tan fácilmente.

Vengo entendió enseguida y dirigió los disparos hacia abajo; derribó a otros dos de los supuestos muertos que estaban avanzando hacia él. Algunos se arracimaron en torno a las brechas abiertas en la empalizada exterior y fueron interceptados por la trampa en cuanto se reunían y hacían presión.

Chayker se preguntaba cuántos de ellos habría allí afuera. Parecía que la fuerza del ataque arreciaba por momentos.

En la curva oriental de la herradura, Culcis mantenía la posición con sus otros dos sustitutos de Volpone, Drado y Speers. Brostin había regresado de llevar a Tremard a la casa y se colocó junto a Culcis; transportaba una pesada arma primitiva de Volpone que había encontrado apoyada contra la pared de la gran sala y que carecía de precisión de tiro. Tenía un tambor de sesenta disparos, y estaba decidido a usarlos todos antes de cambiar a su pistola láser. El lanzallamas se encontraba en las grandes manos de Corbec, en la puerta. Todo lo que podían oír o ver de la zona de la entrada, en el extremo meridional de la herradura, eran las llamaradas y el sonido del láser, junto con las exclamaciones, cada vez más subidas de tono, de Corbec por el enlace de voz.

Brostin se tranquilizó. Empezaba a entender el arma desconocida.

Tenía una deficiente cadencia de tiro y se atascaba con frecuencia, pero cuando disparaba, el ruido y el fogonazo eran satisfactorios. Destrozó a media docena de formas que se entreveían al otro lado de la empalizada exterior. En el extremo oriental, la línea de árboles y los bosques estaban más cerca que en el oeste, donde daban a una zona pantanosa interrumpida sólo por cercados y diques. Allí, el enemigo se les echaba encima casi sin darse cuenta, ya que salía de entre los árboles para asaltar la doble empalizada y la zanja.

Brostin se sorprendió y quedó admirado de la pericia como tirador del sangreazul

Culcis. Con arrogancia, desoyendo las órdenes de Corbec, había ajustado la potencia de tiro al máximo y disparaba ráfagas devastadoras de color naranja, todas con resultado seguro.

El corpulento Fantasma pensó que tenía tan buen ojo como Larkin el Loco, y eso era un auténtico cumplido.

Drado y Speers también hacían lo suyo, pero la puntería del primero no era buena. Aunque no estaba imposibilitado, el hombre tenía una herida en la cabeza y un ojo vendado. La falta de mira binocular le hacía errar los disparos. Brostin se agachó y se desplazó a lo largo de la empalizada hasta él.

—Apunta a la izquierda —le gritó imponiéndose al ruido de los disparos y de los truenos—. ¡Estás disparando muy abierto!

Drado se volvió hacia él. La cara aristocrática, medio cubierta por el vendaje, mostraba una mueca de desprecio.

—¡Ningún perro arrastrado le dice a un Volpone cómo debe luchar!

Brostin le dio un fuerte golpe lateral con el puño y lo dejó tendido en el barro.

—¡Levántate! —le dijo con fiereza mientras mantenía los puños en alto—. Esta es la última resistencia de los Primeros de Tanith. ¡Si estamos aquí es sólo por ti y los de tu ralea! ¡Lucha como un Fantasma o hazte a un lado y deja que alguien lo haga por ti!

Drado se puso de pie.

—Lo vas a pagar… —le espetó.

En tanto disparaba su arma contra el enemigo, Brostin rio.

—¿Pagar? ¡Por supuesto que lo pagaré! ¡Pero no a ti! Si salgo con vida de esto, mi amigo de sangre azul, ¡puedes mandarme al infierno con la ayuda de tus tan nobles hermanos! ¡Me importa un bledo! Si no morimos aquí esta noche, manteniendo esta posición para proteger a tus apreciados heridos, entonces recibiré, riendo, cualquier retribución que quieras hacerme. ¿Puede haber algo peor que esto?

Drado no respondió. Se puso a disparar nuevamente, y Brostin observó con satisfacción que entonces estaba compensando y favoreciendo el lado izquierdo. Daba en el blanco.

—¡Mucho mejor, genio de Feth! —dijo entre dientes.

Dentro de la casa, Dorden examinó el estado de los heridos a los que habían trasladado. Con ayuda de Lesp, Gutes, Caffran, Foskin y Claig, había llevado a los enfermos, uno por uno, a la parte trasera de la casa primero, y luego al sótano. Este espacio bajo y abovedado estaba hecho de piedra, la mejor protección con la que podían contar. Ahí podrían sobrevivir al ataque o morir aplastados como ratas.

Con ayuda de Foskin, atendió la herida de Tremard y consiguió estabilizarlo. Luego, ordenó a todos los Fantasmas que volvieran a sus puestos defensivos, todos

excepto Lesp, al que necesitaba a su lado. Otro Volpone se había despertado del coma durante el traslado y tenía convulsiones.

Caffran, Foskin, Gutes y Claig subieron la escalera del sótano. Cogiendo lo que pudieron entre las armas estropeadas de los Volpone, apiladas en el establo antes de reincorporarse a sus puestos.

El Volpone que había sufrido las convulsiones murió. Aunque no presentaba signos exteriores de heridas, salvo contusiones serias, Dorden sabía que, por dentro, estaba destrozado por la metralla. Lesp lo ayudó a sacar el cadáver del sótano y a dejarlo en la sala.

Luego, volvieron abajo. El sótano era húmedo, olía mal y estaba iluminado por la luz vacilante de las lámparas químicas que los Fantasmas habían encendido apresuradamente. Los heridos gemían y se quejaban. Algunos dormían como si estuvieran muertos. En torno a ellos, la tierra temblaba, y a cada rato caían del techo trozos de barro y se estremecían los cimientos de la casa sacudidos por el ataque.

—Vamos a morir todos, ¿no es cierto, señor? —preguntó Lesp con voz clara y segura.

Dorden balbuceó algo, sin que pudiera encontrar las palabras. Pensó desesperadamente qué habría dicho Gaunt en esas circunstancias. ¿Qué haría un oficial político preparado tratando de levantar la moral de unos hombres enfrentados cara a cara con la muerte? Él no podía.

No era su estilo. No podía componer ningún discurso con expresiones como «a mayor gloria de la Guardia Imperial» o «la sangre nutricia del Emperador». Sólo podía pensar algo totalmente personal.

—Yo no —respondió—. Cuando yo muera, mi esposa, mi hija y mi nieta morirán también. Su recuerdo se perderá conmigo. Por ellas, no puedo morir aquí, Lesp.

Lesp asintió. Su prominente nuez subió y bajó en la estrecha garganta. Pensó en los recuerdos que llevaba consigo: su madre, su padre, sus hermanos, sus compañeros de tripulación en la trainera del archipiélago.

—Entonces, yo tampoco —logró articular.

Dorden se volvió hacia la escalera.

—¿Adónde va? —preguntó Lesp.

—Usted ocúpese de esto. Voy a mirar lo que pasa arriba. Por lo que se oye, es probable que necesiten un médico.

Lesp sacó su pistola láser y se la ofreció al médico cogiéndola por el cañón.

Dorden sacudió la cabeza.

—No puedo empezar con eso ahora —dijo.

Arriba, el antiguo edificio en ruinas estaba silencioso. Era como si la tormenta y el asalto se hubieran detenido por el momento. Dorden entró sigilosamente en la larga

sala vacía y probó el microtransmisor, pero no funcionaba. Las lámparas del techo se balanceaban y caían trozos de mampostería. Vacíos, los camastros malolientes tenían un aspecto penoso y tristemente desvencijado. Dorden sorteó charcos de sangre y trozos de ropas abandonadas.

Se dirigió a la cocina exterior echando, al pasar, una mirada a la tabla manchada donde había cortado una parte de la pierna de Regara. Por primera vez, reparó en la antigua chimenea. Era de hierro negro, como el que había tenido en su casa de Tanith. Entonces se vio a él y su mujer, al cabo de una larga noche, con un libro y un vaso de algo reconfortante, ante la luz del fuego.

Sobre la repisa había unos pequeños objetos blancos que parecían tizas y estaban dispuestos en una fila. Se acercó y cogió uno con la mano. Era un colmillo, un pequeño colmillo de cerdo. Los habitantes de esa granja, fueran quienes fueran, habían criado cerdos, y se habían ocupado de ellos hasta el punto de atesorar los trofeos del crecimiento y desarrollo. Dientes de cerdo sobre los que una mano delicada había grabado los nombres… *Emperador, Señor, Su Señoría*… y unas fechas.

El contacto con una humanidad frugal, la crónica cotidiana de una explotación agrícola, lo afectó profundamente. No era sensiblería, era algo importante. ¿Por qué cerdos? ¿Quién había vivido ahí, había criado a los cerdos, había limpiado las pocilgas, había formado una familia?

Un ruido en la sala lo sacó de sus cavilaciones. Al volverse, vio a un grupo de hombres que entraban renqueantes y con movimientos torpes por la puerta de la sala desde el exterior. Eran los sustitutos de Volpone y los Fantasmas, todos menos Corbec. Estaban conmocionados y aturdidos, y se los veía exhaustos.

Dorden descubrió a Mkoll en la retaguardia del grupo.

—Se han retirado —dijo Mkoll—. Ahí afuera hay un silencio sepulcral. Eso sólo puede significar una cosa…

—¡Soy médico, no soldado, Mkoll! ¿Qué significa?

Mkoll suspiró mientras Dorden se ocupaba de las heridas que las esquirlas habían producido en su cara.

—El ataque de la infantería ha fracasado. Se han replegado para volver con artillería.

Dorden hizo un gesto de asentimiento.

—Todos abajo, al sótano. Lesp los ayudará a preparar algo de comer. ¡Vamos! Con artillería o no, los quiero a todos bien alimentados.

Los hombres desfilaron hacia la escalera y bajaron al sótano. Dorden volvió a quedarse solo en la sala.

Entró Corbec, cubierto de sangre y de hollín. Dejó caer el lanzallamas vacío de Brostin sobre un camastro y arrojó el rifle láser agotado de Tremard hacia otro lado.

—El tiempo se acaba, doctor —dijo—. Los hemos mantenido a raya… ¡por Feth que los hemos mantenido!… Pero ahora nos van a machacar. He observado movimiento en los pantanos; grandes cañones transportados sobre ruedas. Con suerte, tenemos una hora. Después, nos arrasarán desde lejos.

—Colm…, agradezco todo lo que usted y sus hombres han hecho esta noche. Espero que haya valido la pena.

—Siempre vale la pena, doctor.

—¿Y qué podemos hacer ahora? ¿Encerrarnos en el sótano?

Corbec se encogió de hombros.

—Eso no nos salvará de las bombas. No sé usted, pero yo voy a hacer lo único que se me ocurre en un momento como este.

—Que es…

—Rezar al Emperador. Mkoll dijo que había un antiguo altar en la parte trasera. Lo único que nos queda es rezar.

Juntos, Corbec y Dorden se abrieron paso entre escombros y muebles rotos hasta la pequeña habitación que había en la parte trasera de la casa. El techo había desaparecido y se veían las estrellas sobre sus cabezas.

Corbec había traído una lámpara. Paseó la luz por las paredes del fondo, iluminando las imágenes pintadas sobre el panel ornamental que había mencionado Mkoll. En él estaban representados el Divino Emperador sometiendo a los herejes, y las figuras más pequeñas de un hombre, una mujer y tres niños, rindiendo homenaje a la figura central del Dios-Emperador de los hombres.

—Aquí hay una inscripción —dijo Dorden, y cubriéndose la mano con manga de la túnica, limpió la suciedad de la pared.

—¡Un cerdo! ¿Qué es esto?

Corbec levantó la lámpara y leyó la inscripción.

—Esto es una ironía, doctor; éste era un mundo ganado como recompensa. Un Nuevo Tanith. El dueño de esta casa era un tal Farens Clocker, de la Guardia Imperial, del Regimiento Cabeza de Cerdo. Los cabeza de cerdo conquistaron este mundo durante el primer avance hacia Sabbat hace ciento noventa años. Por el hecho de conquistarlo se les concedieron derechos de colonización. Clocker era cabo de la Guardia y aceptó de buen grado sus derechos. Se estableció aquí, formó una familia y crio cerdos en honor de la mascota de su antiguo regimiento a la que su estirpe había honrado desde entonces.

Corbec vaciló. Una especie de tristeza se reflejaba en sus ojos.

—¡Por Feth! Haber llegado hasta aquí, haber conquistado este mundo y haberlo ganado como recompensa… ¡Y todo para acabar otra vez así!

—No siempre es así. ¿Cuántos mundos hay por ahí ganados como recompensa en

los que se han asentado soldados de la Guardia que han vivido allí hasta el fin de sus días?

—No lo sé. Esto es tan real. Luchar toda una vida, conseguir el premio deseado, y luego esto.

Corbec y Dorden cayeron juntos, de rodillas, sobre el suelo de la capilla sembrado de escombros.

—Me preguntó por qué me había quedado aquí con usted, doctor. Se lo diré ahora que ya estamos muertos y no nos queda nada por lo que vivir —al decir esto, Corbec señaló con la mano las inscripciones del retablo.

—¿Y bien?

—Usted fue el médico del condado de Pryze durante veinte años.

—Veintisiete. Y de Beldane.

Corbec asintió.

—Yo me crie en Pryze. Mi familia tenía un aserradero allí. Soy hijo natural y tomé el nombre de mi padre cuando supe quién era. Ahora, mi madre… El mío fue un parto difícil.

Dorden se quedó rígido, como si supiera lo que vendría a continuación.

—Ella habría muerto de parto de no haber sido por el joven médico que acudió en plena noche y la atendió. Landa Meroc. ¿La recuerda?

—Ella habría muerto si yo no…

—Gracias, doctor Dorden.

Dorden se volvió a mirar a Corbec asombrado.

—¿Yo te traje al mundo? ¡Por Feth! ¡Maldito sea! ¿Tan viejo soy?

Ambos rieron hasta ahogarse. Y hasta que empezó a retumbar la artillería rompiendo el silencio de la noche.

La Guardia Imperial obligó a replegarse al enemigo con sus cañones, y Gaunt iba en el primer vehículo semioruga que volvió a los pantanos bajo la incipiente luz de la mañana. Cogieron al enemigo casi por sorpresa, y descargaron sobre él toda la fuerza del ataque cuando todavía estaba transportando sus cañones blasfemos para situarlos en la oscuridad.

La granja, y las empalizadas en forma de herradura que le servían de defensa, estaban destrozadas y casi irreconocibles. Barro, tableros antiaéreos quemados y cadáveres despedazados yacían apilados entre las ruinas devastadas. Ordenó que se detuviera el vehículo. Las ruedas giraron en vacío en el barro mientras patinaban tratando de frenar.

El soldado Lesp estaba de guardia en la entrada. Saludó al coronel-comisario al pasar este. Dorden y Corbec estaban esperándolo en el patio sembrado de escombros.

—El equipo de evacuación médica está de camino —les dijo Gaunt—. Vamos a

sacar de aquí a los heridos de Volpone.

—¿Y a los suyos también? —preguntó Dorden pensando en Tremard y en la cara lacerada de Mkoll.

—A todos los heridos. Parece que han tenido aquí una aventura.

—Nada digno de mención, señor —fue la escueta respuesta de Corbec.

Gaunt asintió con la cabeza y entró en la granja en ruinas.

Corbec se volvió hacia Dorden y le mostró el colmillo de cerdo que llevaba apretado en la mano.

—¡Nunca olvidaré esto! —dijo—. Puede ser que no haya funcionado aquí, en Nacedón, para este miembro de la Guardia, pero por este diente que confiaré en que va a funcionar para nosotros, los Fantasmas. Un mundo como recompensa, el mejor y el más hermoso que se pueda imaginar.

Dorden también tenía en la mano otro diente de cerdo con la inscripción «El Emperador».

—Te aconsejo encarecidamente que lo consigas, Colm. Hazlo. Órdenes del médico.



NUEVE

«Balancear, calar, atravesar, retirar… Balancear, apuntar, atravesar, retirar…».

A la sombra de las cícadas que había en las lindes del campamento Tanith en Monthax, el soldado Caffran estaba practicando el ejercicio de la bayoneta. Con el torso desnudo, y los poderosos y jóvenes hombros brillantes por el sudor, balanceaba el rifle láser al ritmo de sus palabras, girándolo, apuntándolo horizontalmente, avanzando y atravesando el tronco de uno de los árboles una y otra vez. Después de cada golpe, liberaba la bayoneta sin esfuerzo y repetía el ejercicio. El tronco estaba lleno de cortes y rezumaba savia de color naranja de las heridas infligidas por sus ágiles acometidas.

—Gran habilidad —dijo Gaunt a sus espaldas.

Caffran giró sobre los talones al sentirse observado. Se secó el sudor de la frente e inició un saludo.

—Está bien —lo tranquilizó Gaunt—. Estoy recorriendo las líneas. ¿Está todo en orden por aquí? ¿Algún problema en su pelotón?

A Caffran se le trabó la lengua, como le pasaba siempre cuando Gaunt se dirigía a él directamente. Después de tanto tiempo, todavía tenía sentimientos encontrados con respecto al comisario que en una sola jugada les había salvado la vida y los había convertido en Fantasmas.

—Todos estamos esperando órdenes —dijo al fin—. Hirviendo por algo de acción. Esta espera…

—Ya sé; es la peor parte —Gaunt se sentó en un tronco cercano—. Al menos, hasta que empieza la matanza y uno se da cuenta de que la espera no era tan mala, después de todo.

Caffran captó una sonrisa en los ojos de Gaunt y también él sonrió, incapaz de

contenerse.

Esto complació a Gaunt. Era perfectamente consciente de la rigidez de Caffran cada vez que se encontraban. Era un buen soldado, uno de los más jóvenes, pero estaba muy cerca de los descontentos de Rawne.

—Siga con lo suyo —le aconsejó Gaunt.

Orgullosamente, Caffran volvió a repetir su ejercicio.

«Balancear, calar, atravesar, retirar…». Le llevó un momento arrancar la espada de la gruesa corteza.

—Deslícela —le indicó Gaunt—. Saldrá mejor si la desliza lateralmente antes de tirar.

Así lo hizo Caffran. Era cierto.

Gaunt se levantó y continuó con su circuito.

—Ya no falta mucho, Caffran —dijo Gaunt, alejándose.

Caffran suspiró. No, no faltaba mucho. Pronto empezarían el frenesí y la locura.

«Balancear, calar, atravesar, retirar… Balancear, apuntar, atravesar, retirar…».

UN PLAN SENCILLO

Con los motores rugientes, las naves imperiales de transporte de tropas descendieron sobre Sapiencia, el mundo oceánico.

Como enjambres de negros y enormes escarabajos chillando a la orilla de un estanque, asaltaron la bahía de Belano. La corriente descendente que producían todas ellas al bajar removía la superficie picada del agua transformándola en espuma y lanzándola al aire en forma de lluvia; un muro de vapor de tres kilómetros de largo y doscientos metros de altura asaltaba las rocas de la playa y ocultaba las defensas exteriores de la isla.

Ocultaba totalmente la pared inclemente de agua sólida empujada hacia arriba bajo la neblina por la fuerza imparable, y esa ola mareal explotó arrasando los emplazamientos occidentales de la isla de Oskray veinte segundos después de que la nube de vapor los hubiera sofocado. La roca, el metal y la carne fueron pulverizados, lanzados al aire en forma de ráfaga, y luego absorbidos nuevamente por la depresión de la bahía, a medida que las presiones se igualaban y la acción hidráulica se corregía. Una bruma espumosa se cernió sobre la isla; sofocó las playas y ocultó la aproximación final, lenta, de las enormes naves de transporte de tropas.

Los emplazamientos de armas pesadas situados a mayor altura sobre los acantilados de Oskray empezaron a escupir fieras ráfagas hacia el interior de la niebla, o contra las nubes estriadas, donde otras formaciones de naves de transporte iniciaban su aproximación final a la orilla de la isla. El fuego de las baterías, azul y relampagueante, danzaba como un enjambre de libélulas luminosas entre las naves con aspecto de escarabajos. Algunas naves estallaban al ser alcanzadas e incendiarse; otras caían, lanzando humo y sembrando chatarra a su paso.

Los veinte kilómetros de la isla de Oskray sólo eran rocosos en parte. A decir verdad, era un grupo de isletas unidas entre sí por la enorme fortificación industrial construida a hombros de las montañas submarinas. Detrás de las paredes de piedras de cien metros de espesor que bloqueaban el mar, se recortaban contra el cielo estructuras de bombeo, torres de extracción, humeantes chimeneas de la quema de residuos y pilones. El principal objetivo era la gran refinería de la isla de Oskray Uno.

Luces rojas de peligro se iluminaron y las sirenas iniciaron su ulular ensordecedor cuando las escotillas como fauces del transporte *Lambda* se abrieron con un golpe sordo. Una luz tenue empezó a filtrarse desde fuera al irse abriendo ambas secciones de la mandíbula. Caffran, tenso y dispuesto, sabía que su objetivo estaba en el mar, y que el único lugar por donde podía entrar la infantería era la playa. Ese era el plan. Pero cuando la nave se abrió, creyó por un momento que había llegado demasiado

bajo y que torrentes traslúcidos de agua estaban entrando por la rampa de desembarco. Aspiró hondo y contuvo la respiración, pero sobre él sólo se abalanzaron vapor y una luz pálida.

Los gritos de los hombres, el golpeteo de las botas sobre la cubierta metálica y de las sirenas eran sobrecogedores. Junto con otros cincuenta hombres, con los rifles láser preparados, salió por las fauces de la nave. Por espacio de un segundo, sobre la rampa, los ruidos del desembarco quedaron ahogados por el ruido que hacían las atronadoras naves. Caffran no podía ver más allá de los hombres más próximos a él y de la sólida atmósfera de niebla y humo. Olía a sal, a ozono, a petróleo y a gas termita.

Luego, nada. Un silencio súbito, una monotonía vociferante, una frialdad se apoderaron de él, envolviéndolo, y sus ojos sólo vieron algo gris y borroso.

Estaba bajo el agua. Se movía con dificultad en la oscuridad helada, amortiguada, del mar, rodeado de cuerpos oscuros que luchaban y se debatían, enjoyados todos ellos con burbujas atrapadas de aire argénteo.

El transporte de tropas se había quedado corto en la pendiente de la playa, y todos los hombres que salían a ciegas de la rampa caían al océano, en el que se hundía la isla en pronunciada pendiente.

Caffran no sabía nadar. Había nacido y se había criado en un bosque a mil kilómetros del agua. Jamás había visto el océano, ningún océano, aunque había oído a otros, como el pescador-médico Lesp hablar de él. Y tenía que sucederle lo último que hubiera esperado que le sucediera: ahogarse.

De pronto, se dio cuenta de que todavía no había soltado la bocanada de aire que había guardado instintivamente en sus pulmones cuando pensó que la rampa de desembarco se iba a inundar, y a punto estuvo de reírse y dejar que saliera el aire.

En lugar de eso, lo retuvo. Sentía que se quemaba y se degradaba en su interior mientras subía lentamente hacia lo que parecía la superficie. Eso le salvó la vida, mientras que otros habían caído de la rampa gritando y exhalando el aire.

A su alrededor se debatían unas formas negras que se hundían chocando unas con otras: vestían el uniforme de combate de Tanith, oscuro como la sangre seca, y tenían las caras pálidas, macabras, como espectros. Un cuerpo se hundió junto a él, con los brazos inmóviles formando garras, la boca abierta, por la que salía una sucesión de burbujas y los ojos vidriosos. Caffran volvió a patalear hacia arriba.

Algo lo golpeó en la parte posterior del cuello y perdió el aire que tan celosamente había guardado en una nuble de burbujas plateadas. Los hombres seguían saliendo por la rampa y caían sobre los Fantasmas que lograban volver a la superficie. Lo que lo había golpeado era una bota. El hombre al que pertenecía estaba cabeza abajo en el agua, con expresión de pánico, muriéndose. Caffran dio una patada para apartarse, tratando de subir y de no respirar para aliviar sus pulmones

vacíos, anhelantes. Vio cómo caían los hombres en aquel mundo gris y vago desde arriba, cómo luchaban con el agua al golpear en la superficie y hundirse. Pero al menos eso le sirvió para darse cuenta de que la salida estaba a escasos metros.

El hombre que lo había golpeado, al hundirse, se había quedado enredado con otro por las correas de los rifles láser. Uno de ellos, desesperado, disparó el rifle, dos, tres veces. El agua hirvió en torno a cada descarga de luz anaranjada. A Caffran le zumbaron los oídos al oír el ruido burbujeante de los disparos submarinos. Una de las descargas de láser fue a dar en un cuerpo que iba a la deriva; otro hirió en la pierna de un nadador desesperado que había junto a Caffran. La sangre enturbió el agua. Caffran oyó en los oídos las voces distantes de sus ancestros, amortiguadas por la presión y el líquido, por la distancia y el tiempo.

Alcanzó la superficie en una explosión jadeante, sintiendo náuseas, pisoteando el agua y sangrando por la nariz. Miró a su alrededor y vio Fantasmas que afloraban por todas partes; nadando hacia la playa algunos, presas del pánico otros. Algunos estaban flotando, sin vida, perdidos ya. Le llegó un ruido, el estruendo del combate que entonces no estaba filtrado por la opacidad del mar, el bramido de los rifles láser, el rugido de las naves de transporte al bajar. Le llegó olor a sangre, a agua y a humo, pero dio las gracias, porque eso significaba que respiraba. Detrás de él, descargas de láser salían del agua perforando la niebla; eran de otros desafortunados que no podían asirse a nada que no fuera el disparador de su arma mientras se ahogaban.

Caffran paleaba hacia adelante, remontando cada montaña de agua con que se encontraba y tragando accidentalmente. La cortina de humo y niebla reducía la visibilidad en la superficie a diez metros. Por un momento, volvió a oír las voces de sus ancestros… Luego se dio cuenta de que lo había oído, en realidad, era el intercomunicador, que vertía en su oído una especie de *staccato*. Debajo del agua le había parecido el tenuísimo susurro de los Fantasmas.

Caffran sintió que sus pies se apoyaban en grava o arena. Una pendiente. Notó que recuperaba su peso y su impulso al verse en aguas cada vez menos profundas; aunque cayó dos veces y se atragantó. Descargas de bolter y fuego de láser silbaban y cosían las olas a su alrededor, derribando al Fantasma que llegaba a la playa a su lado. El hombre cayó boca abajo, y su cuerpo fue alzado y arrastrado una y otra vez por el ir y venir de las olas.

Caffran perdió otra vez el equilibrio cuando una descarga de láser rozó su hombro izquierdo, lo que le hizo caer de rodillas. Al raspar sus espinillas en la grava pedregosa, sus pantalones de faena se rasgaron desde la rodilla hasta abajo. Sintió que su rifle láser se hacía más pesado y se desplomaba. El disparo había cortado la correa con que lo llevaba colgado al hombro.

Unas manos tiraron de él hacia arriba mientras cogía el arma.

—¡Caffran!

Era Domor, el rastreador de minas del escuadrón. Estaba cargado con la pesada mochila de la unidad de rastreo y con su sensor de mango largo. Domor había perdido los ojos —y a punto había estado de perder la vida— en el asalto final de Épsilon Menazoide, seis meses antes. Habían estado juntos en aquella ocasión fatal, en lo más duro del combate, al igual que estaban allí. Los implantes artificiales con irisaciones metálicas de Domor se enfocaron y chirriaron al ajustarse para mirar a Caffran. Los implantes cibernéticos del rastreador parecían unos binoculares truncados, burdamente cosidos en el tejido cicatrizado de sus cuencas vacías.

—¡Podemos alcanzar la playa! —gritó Domor, obligando al joven soldado a ponerse de pie.

Corrieron, tropezando con las olas que rompían. Otros corrían o chocaban con ellos; una línea desigual de Fantasmas desembarcaba en la orilla envuelta en la niebla. Algunos caían sobre las barricadas sumergidas o se enredaban en los rollos de alambre de espino oxidado. Los disparos llovían sobre ellos, y unos caían en silencio, algunos gritando y otros despedazados.

Luego vino la pedregosa pendiente de la playa. Iniciaron la subida. Los cantos rodados salían despedidos a cada pisada. Veinte metros más arriba se refugiaron bajo la línea cubierta de líquenes de un viejo espigón de madera negro como la pez. El fuego de los láseres se estrellaba sobre su pesada mole.

—¿Cuál es el plan? ¿Qué tenemos? —preguntó Caffran a gritos.

—¡Nada! ¡La visibilidad es escasa! ¡Ahí arriba la resistencia es encarnizada!

Domor señaló algo más allá de la niebla, que sólo su visión aumentada podía ver, y a duras penas.

Otros dos cuerpos se dejaron caer a su lado, y luego un tercero. Eran el soldado Mkendrik con su lanzallamas; el soldado Chilam, que habían perdido una oreja y chillaba como un gato al tocarse con la mano salitrosa el sangriento trozo de cartílago que sobresalía a un lado de su cabeza, y el sargento Varl.

Varl era un oficial que gozaba de gran popularidad entre los Fantasmas: joven, promovido desde abajo, era un bastardo gracioso, de nariz aguda, que carecía de los modales y las gracias de la clase de los oficiales. Le habían volado un hombro en Fortis Binary, y su túnica negra formaba un bulto sobre la articulación cibernética que los médicos le habían implantado. Caffran se dio cuenta de que el sargento tenía algún dolor. Varl lanzó un juramento y luchó con su hombro artificial.

El agua de mar se había infiltrado en la articulación del hombro, acortando los mecanismos eléctricos y fundiendo las conexiones. El brazo le había quedado inerte e inutilizado, pero a pesar de todo las conexiones neurales transmitían destellos de fallo eléctrico. Domor había tenido suerte. Sus unidades oculares habían sido selladas a su cerebro lo suficiente como para impedir un daño de ese tipo… No obstante, Caffran se preguntó cuánto tardaría la insidiosa corrosión del agua del mar en dejar ciego al

hombre.

Con ayuda de Mkendrik, Caffran le quitó la túnica a Varl y aflojó los tornillos de la pequeña placa de inspección que había en la paletilla de metal. Con la punta de su cuchillo Tanith, Mkendrik retiró las baterías planas que estaban a la vista y cortó el relé eléctrico que gobernaba el miembro. Varl suspiró al sentir que su brazo se quedaba inerme y ver cómo Caffran se lo sujetaba pegado al cuerpo. Era un gesto de desesperación. Sin el relé activador de las células no sólo perdía el control neural, sino que todas las partes orgánicas del brazo reparado de Varl se quedarían sin soporte vital. Necesitaba ayuda especializada, o al cabo de una o dos horas su brazo, entonces sin vida, empezaría a descomponerse y a morir.

No obstante, por el momento, el sargento dio las gracias. Se incorporó, apoyándose sobre su mano buena, y echó una mirada a la línea defensiva. A lo largo de la playa, bajo el fuego graneado, los hombres iban llegando a la playa. La mayoría moría; algunos conseguían encontrar un refugio.

—¿Dónde está la artillería, en nombre de Feth? —se quejó Varl—. ¡Deberían haber encabezado el asalto y haber despejado la playa!

Caffran miró a su alrededor con el catalejo y vio los pesados tanques Basilisk medio sumergidos, avanzando dificultosamente playa arriba, a cien metros de distancia. Estaban en una zona demasiado profunda, ahogándose como ballenas varadas, jadeando y expulsando humo por el escape al quedar sus motores inundados e inutilizados.

—Las naves de desembarco nos soltaron antes de tiempo —le señaló a Varl.

Varl miró en la dirección que le indicaba Caffran.

—¡Han ahogado a la primera línea de este maldito asalto! —bramó.

—Estaban ciegos. La niebla… —empezó a decir Caffran.

—Malditos sean por no hacer bien su trabajo —dijo Varl con rabia.

Un disparo de bolter rebotó desde la parte superior del espigón y alcanzó a Chilam en plena cara; le estalló la cabeza. Cayó de espaldas sobre la playa cuan largo era.

—¡Tenemos que avanzar! ¡No podemos quedarnos aquí! —gritó Varl. Por el microrreceptor llegaba una conversación contradictoria y discordante, que le chirriaba en los oídos.

—No tiene sentido seguir adelante —respondió Domor en voz baja.

La niebla empezaba a levantarse y entonces todos podían ver lo mismo que él: la enorme pared blanca de casi un kilómetro de altura de las defensas costeras de la isla de Oskray que se alzaba ante ellos. Salvo por unas cuantas señales chamuscadas, estaba intacta. Se suponía que los Basilisk debían abrir una brecha para que pasara la infantería. Pero la pared seguía en pie, impasible, fría, como la negación de toda esperanza.

Varl lanzó un juramento.

Caffran fue el primero en oír el ruido. Se volvió para mirar hacia el mar, y empujando a Domor y Varl, los arrojó de espaldas sobre las piedras de la playa. Mkendrik también se lanzó cuerpo a tierra.

Una nave de transporte de tropas, uno de los grandes escarabajos, toda ella convertida en una bola de fuego, se acercaba en vuelo rasante, medio de lado, con el morro hacia abajo, sembrando combustible ardiente y trozos de fuselaje a su paso. Era tan enorme que no dejaba ver el cielo. Seiscientas toneladas de metal moribundo lanzado hacia la playa por encima de sus cabezas. Sus fauces seguían cerradas.

«Los hombres se están asando ahí adentro», pensó Caffran, y se preguntó qué regimiento sería. Luego, al ver que se le caía encima, sus pensamientos se extinguieron como la llama de una vela en medio de un huracán.

Mkendrik lo sacudió para despertarlo. Caffran se removió y se despertó en medio del fragor del asalto.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Menos de un minuto —respondió Mkendrik.

Caffran pugnaba por salir de su atontamiento. Le habían parecido horas, como si toda la fatiga y el dolor lo hubieran superado y lo hubiesen hecho dormir.

—¿Qué sucedió? —logró articular—. Por Feth que pensé que nos había llegado la hora.

Mkendrik le señaló algo. Al principio no vio mucho. El vapor blanco y la niebla se habían manchado de humo negro, cuyas nubes, preñadas de cenizas incandescentes, envolvían la playa. Luego se dio cuenta. La nave de transporte de tropas había golpeado por encima de ellos y había ido a parar a la cabecera de la playa donde los últimos segundos de su disparatado vuelo se habían visto interrumpidos por el muro fortificado de la isla de Oskray. El impacto había derribado la pared hacia adentro. A lo largo de seiscientos metros, la piedra, de antigüedad y solidez inigualables, estaba fundida y fracturada. Un hueco negro se había abierto hacia el corazón de la refinería. Los hombres que iban a bordo de la nave habían despejado un camino hacia el objetivo con sus vidas, con tanta seguridad como si hubieran avanzado playa arriba.

Caffran reunió los elementos que se habían dispersado de su mochila rota y recuperó el rifle láser caído. Mkendrik estaba cambiando las células láser. A poca distancia de ellos, Varl y Domor se preparaban, y pequeños grupos de Fantasmas refugiados en pozos de tiradores a lo largo de la playa también se disponían a hacer uso de ese nuevo acceso.

El enemigo seguía disparando desde el muro, aunque con menos intensidad entonces que había desaparecido un buen trozo del mismo. Las naves de transporte de

tropas que seguían rugiendo y bajando por encima de la línea de la marea, detrás de ellos, maniobraban hacia ese punto ciego para evitar los disparos de las baterías principales situadas sobre los acantilados. Caffran oyó un ruido atronador y, al volverse, vio, avanzando playa arriba, a cuatro Basilisk debidamente desembarcados, que pasaron por delante de ellos hacia la brecha, preparados para atacar. Al rodar, chisporroteaban sobre las piedras húmedas, impulsando sus enormes masas decoradas por encima de los espigones. Caffran reconoció los distintivos: los de Ketzok, XVII Regimiento Blindado, los llamados serpientes, a los que habían embaucado para que acabaran con ellos allá en Voltemand.

Junto con Varl, Domor, Mkendrik y algunos otros, Caffran avanzó hacia la brecha, corriendo sobre los escombros y los fragmentos incandescentes de piezas mecánicas ennegrecidas, que era todo lo que quedaba de la nave. Disparos de láser perdidos los sobrevolaban y descargas del arma primitiva tableteaban con un curioso sonido metálico desde la fortificación de la izquierda.

Al entrar en la sima abierta en la fortificación, Caffran se encontró en una profunda oscuridad. Al frente, cien metros más abajo por el canal en forma de V abierto por el impacto, acechaban las sombras. Un sentimiento de orgullo lo asaltó. Serían los primeros; los Fantasmas serían los primeros en abrirse camino atravesando las robustas defensas del objetivo.

Entonces estaba cerca del otro extremo. Él y los demás avanzaban a tumbos en medio de la oscuridad, tratando de abrirse paso entre los fragmentos diseminados del casco de la nave. Al frente, las tinieblas empezaban a convertirse en una selva de hierro y acero. La propia refinería.

Gaunt había sido preciso en su informe. La flota podría haber desintegrado la isla Oskray desde una posición orbital, pero era demasiado valiosa. Eso hacía necesario un ataque por tierra para arrebatársela a las legiones del Caos. Los envilecidos huéspedes que los esperaban allí se daban el nombre de «kith», algún subculto de Khorne que había fermentado en la colmena… Caffran había pasado por alto algunas de las complejidades del informe; en parte, porque le sonaban a jerigonza alienígena y, en parte, porque las jerigonzas lo ponían enfermo. Prefería ignorar los detalles relativos a la basura con la que se enfrentaban. Los kith: se centró exclusivamente en eso. Los kith eran gentuza infrahumana a la que él venía a erradicar. Su líder era un monstruo llamado Sholen Skara. Fragmentos de la Armada del Caos interceptada en Balhaut habían acudido a refugiarse en Sapiencia, y sus jefes se habían aprovechado de un culto del Caos que ya empezaba a propagarse en la clase baja de la enorme colmena para derrocar al gobierno imperial y apoderarse de los pozos de petróleo y de prometio.

El coronel-comisario Gaunt había hablado mucho y apasionadamente sobre los kith en su informe. Caffran sabía que Gaunt había participado en la gran victoria de

Balhaut, en los tiempos en que todavía era un oficial político en el VIII de Hyrkan. Gaunt detestaba todo lo relacionado con el Caos, pero muy especialmente las ramificaciones que habían escapado a la destrucción en Balhaut sólo para extenderse y contaminar otros mundos, gracias, según su opinión, a los cálculos tácticos equivocados del Señor de la Guerra Macaroth. Gaunt había hablado de Sholen Skara, un renegado de los campos de exterminio de Balhaut, como si lo hubiera conocido personalmente. Esa había sido la razón por la que el coronel-comisario había ofrecido voluntariamente la participación de sus Fantasmas para el asalto de Oskray. Eso se lo había dejado claro a todos ellos.

Y ésa era la razón, como se decía Caffran para sus adentros, de que hubieran acabado ahogados, acribillados y destrozados entre los alambres de espinos.

Caffran pensaba en Gaunt a menudo. Ibram Gaunt. Le daba vueltas al nombre en su mente, un nombre que jamás se atrevería a pronunciar en voz alta. El coronel; el comisario. Era un hombre extraño, como extraños eran los sentimientos que despertaba en él. Era el líder más preocupado, más carismático que Caffran podía imaginar. Una y otra vez había observado cómo cuidaba de los Fantasmas. Caffran había visto bastante en otros regimientos y había conocido comandantes y políticos suficientes como para saber que eso era algo realmente raro. Muchos, como el querido coronel Corbec, veían en Gaunt a un salvador, a un amigo, a un hermano, y Caffran no podía negar su admiración por él y estaba dispuesto a seguirlo hasta los confines del universo.

Pero Caffran conocía bien a Feygor, Rawne y los demás descontentos, y en momentos de amargura compartía su desprecio por el coronel-comisario. A pesar de todo el talante paternal, como si fuera su propio emperador privado, Gaunt había dejado que Tanith muriera. De vez en cuando, Caffran había sentido la tentación de apartar a un lado sus reservas sobre Gaunt y de respetarlo como lo hacían tantos otros. Pero siempre surgía en su corazón aquel resentimiento agazapado que impedía que su devoción fuera total. Gaunt era implacable, calculador, directo. Jamás vacilaba antes de enviar a los hombres a la muerte, ya que se debía al Emperador y al gobierno de Tierra antes que a las almas extraviadas de Tanith.

Caffran veía a Milo, el chico al que llamaban su ayudante, como un recordatorio permanente de la juventud perdida de su tierra. Milo era sólo uno o dos años más joven que Caffran, pero había un abismo entre ambos. Nunca hablaba con el chico. Gaunt, en su generosa sabiduría, había salvado a Milo de morir en Tanith Magna. Había salvado a uno, a ninguno más.

En momentos así, Caffran pensaba en Laria. ¡Cómo la había amado! ¡Cuánto! Y ahora de lo único de lo que estaba seguro era de que Laria estaba muerta. No tenía la menor idea de cómo había muerto y, sinceramente, estaba agradecido por eso. Pero el recuerdo de Laria lo perseguía. Ella personificaba todo lo que había perdido. Tanith

mismo, sus amigos, su vida, su familia. Por ella sabía Caffran que siempre sería uno de esos Fantasmas a mitad de camino, uno de esos que seguirían a Gaunt hasta el infierno sin dudar, pero que, una vez llegados, nunca lo perdonarían.

Aquí, en el agujero de la muralla de Oskray, era fácil odiar a Gaunt. El hedor a muerte y el fuego llenaban el lugar. Caffran se deslizó hacia abajo, apoyándose en una torre caída de bloques de piedra mientras se aproximaba a la entrada de la isla propiamente dicha. Mkendrik y el soldado Vulliam se dejaron caer a su lado.

Tras ellos, por la grieta sembrada de escombros, Caffran oía gritos y un chirrido aplastante. Miró a Varl con gesto interrogante.

—¡Los malditos Basilisk! —dijo el sargento—. Quieren entrar arrasando delante de la infantería, pero no pueden pasar sus gordos traseros por la brecha.

—Entonces seguimos siendo los primeros —sonrió Caffran—. ¡Que Feth confunda a los blindados!

Varl rio entre diente.

—Es cierto, malditos sean. No nos hicieron ningún favor en Voltemand y ahora no los necesitamos.

Varl hizo señas de avanzar más allá de la abertura de la brecha, y cincuenta y nueve Fantasmas dejaron la cobertura y avanzaron. Vulliam, dos metros por delante de Caffran, fue uno de los primeros en salir al descubierto y uno de los primeros en caer partido en cuatro por los disparos del arma primitiva.

Otros seis Fantasmas murieron al ponerse al descubierto. Aunque muy castigados, los kith todavía tenían bien cubierto su lado de la muralla. Caffran y los demás se replegaron, refugiándose, mientras descargas de láser, bolter y armas primitivas caían sin cesar sobre la salida de la brecha.

Allí refugiados, temblaban mientras la mortífera lluvia seguía castigando la abertura que tenían delante.

—Estamos tan bloqueados como antes —dijo Domor, frotándose las cicatrices de los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó Mkendrik.

—Veo un poco borroso. Debe de haberme entrado agua. Espero…

Domor no dijo nada más, pero Caffran sabía lo que estaba pensando. El agua de mar había averiado el brazo de Varl y, al parecer, entonces empezaba su lento trabajo sobre los ojos de Domor.

—¡Daba lo mismo que esta maldita muralla hubiera permanecido en pie, para lo que nos sirve! —dijo el soldado Callun.

Varl asintió, acariciándose el brazo que llevaba sujeto. Su pistola láser, la única arma que podía manejar en ese momento, descansaba sobre las rodillas.

—¿Y si usáramos misiles? ¿Munición? —propuso Mkendrik—. Podríamos volarlos y…

—¿Y adonde apuntamos? —preguntó Varl con amargura—. ¿Acaso se los ve?

Mkendrik volvió a guardar silencio. Ante ellos no había más que una abertura en la muralla. Más allá, se veían las torres de vigas y los pasillos aéreos de la refinería, de treinta pisos de altura. Los artilleros del enemigo podían estar en cualquier parte.

Se hizo el silencio. Los jejenes zumbaban alrededor de los muertos, y las aves carroñeras del mar acudían a picotear la carne chamuscada con sus picos rosados y ganchudos. Los pájaros se metieron en la grieta, graznando y chillando. El soldado Tokar las espantó con una descarga de láser.

Se oían voces y movimiento detrás de ellos. Caffran y los demás se volvieron y vieron a varios soldados de la artillería de Ketzok que se acercaban hacia ellos, haciendo un alto para intercambiar algunas palabras con cada grupo de Fantasmas.

Uno se aproximó presuroso, andando agachado, y saludando al sargento Varl se puso en cuclillas a su lado.

—Cabo Fuega, de los serpientes del XVII de Ketzok.

—Varl, sargento Varl, de los Fantasmas. ¿Y su misión es…?

Fuega se rascó la oreja un instante, desconcertado por la actitud de Varl.

—Nuestros Basilisk no pueden entrar por esta brecha, de modo que vamos a ensancharla con explosivos. Mi comandante les ruega que se replieguen saliendo de la zona de fuego.

—Habría estado bien que nos hubiesen advertido en Voltemand —intervino Domor con tono glacial.

Fuega se retiró.

—Ese aciago día será nuestra vergüenza para siempre, Tanith. Si pudiéramos dar algo, nuestras vidas incluso, para cambiarlo, lo haríamos.

—Seguro que sí —apuntó Varl con ironía, poniéndose de pie para mirar cara a cara al cabo Ketzok—. ¿Cuál es el plan?

—Órdenes del general Kline —respondió Fuega, tosiendo—. Ustedes salen, nosotros dinamitamos, y luego avanzamos con infantería pesada.

—¿Infantería pesada?

—Acaba de desembarcar un gran número de Volpone. Cuentan con artillería y armas pesadas. Despejaremos el camino para su avance —Fuega se dio la vuelta—. Tienen quince minutos para replegarse.

Los Fantasmas lo miraban estupefactos.

—¿Y todo esto? ¿Todo lo que perdimos? ¿Para nada? —suspiró Domor.

Varl estaba furioso.

—¡Malditos sean esos de Volpone, y los de Ketzok también! ¡Hemos muerto entre las alambradas para ganar la playa y ahora nos vamos a marchar siguiendo a los tanques hacia la gloria!

—No sé lo que hará usted, sargento, pero yo no me voy a quedar aquí sentado,

quejándome de la vida, mientras esos Basilisk van abriendo camino.

Varl escupió y suspiró.

—Yo tampoco. ¡De acuerdo! Por pelotones, llamen a retirada.

Los Fantasmas allí reunidos se pusieron de pie y se dispusieron a retroceder. Domor, mirando hacia arriba, cogió a Caffran por un brazo.

—¿Qué?

—Ahí arriba, ¿lo ves?

Domor señaló, y Caffran miró hacia arriba. La muralla rota se alzaba sobre ellos como un acantilado, dejando a la vista la mampostería destrozada y las vigas de refuerzo rotas. A cincuenta metros de altura, justo por encima del extremo cercenado de una tubería, Caffran vio la puerta.

—¡Por Feth, que ves bien!

—Hay túneles en la muralla, túneles excavados para las tropas. Este agujero ha cortado uno de ellos y lo ha dejado al descubierto.

Caffran llamó a Varl, y un puñado de Fantasmas se reunió para mirar hacia arriba.

—Podríamos introducir un grupo de disparo dentro de la muralla…, seguir el túnel y ver adonde nos lleva.

—¿Al infierno? —aventuró el soldado Flaven.

—Está muy alto… —empezó a decir Varl.

—Pero la pared es irregular y tiene muchos puntos de apoyo. El primero en subir podría tender un cabo. Sargento, es un plan…

Varl miró a Caffran.

—Yo no lo conseguiría con un brazo muerto. ¿Quién iría primero?

—Yo podría —se ofreció el sargento Gorley, del pelotón cinco. Era un hombre alto, de pecho como un tonel y nariz de boxeador—. Lleven a los heridos de vuelta a la playa. Yo me quedaré con un escuadrón y veré qué puedo hacer.

Varl asintió. Empezó a reunir a los heridos que podían caminar y ayudó a varios hombres capaces de transportar a los heridos más graves. Gorley seleccionó a su comando: Caffran, Domor, Mkendrik, Flaven, Tokar, Bude, Adare, Mkallun, Caill.

Para cuando hubieron subido y hubieron asegurado las cuerdas, casi se les había agotado el tiempo, y los diez Fantasmas estaban solos en la brecha. Quedaban apenas unos momentos antes de que los Basilisk situados en la garganta de la brecha empezaran el bombardeo.

Los hombres treparon rápidamente, valiéndose de las cuerdas. Gorley se había quedado el último; había asegurado una cuerda alrededor del lanzallamas y de otros equipos pesados. Los reunidos arriba, arracimados en torno a la puerta destrozada, izaron todo el equipo.

Gorley estaba subiendo cuando empezó el bombardeo. Los nueve Fantasmas que ya estaban arriba se refugiaron en el pasadizo de cemento al que habían trepado y se

taparon los oídos para protegerlos de la explosión.

Una granada estalló contra la pared, y Gorley desapareció como si nunca hubiera estado allí.

Al darse cuenta de que Gorley ya no estaba, Caffran urgió al grupo para que recogiese el equipo y se internase en el pasadizo. Ese trozo de muralla no tardaría en ser derribado.

El escuadrón de Fantasmas avanzaba por el pasadizo oscuro. Aunque no había sufrido daños importantes, el túnel se había hundido un poco como consecuencia de la enorme onda de choque que había producido la caída de la nave. En algunos lugares, el suelo estaba roto, dejando a la vista la roca desnuda. De las grietas del techo, colgaban cables y tuberías, y de algunas fisuras profundas, caía polvo. En ciertos puntos, el impacto del choque había seccionado la pared, cortando el túnel que antes había sido recto y horizontal en una serie de tramos limpiamente escalonados. Los de Tanith seguían avanzando, tanteando la polvorienta oscuridad con la luz fría y verde de las lámparas de asalto.

Detrás de ellos, la mampostería de la gran muralla marina empezó a sacudirse. Los de Ketzok habían redoblado su furioso asalto. Caffran se encontró liderando el grupo, como si por votación secreta lo hubieran elegido para reemplazar a Gorley. Supuso que era porque había sido el primero en sugerir aquella incursión. Los Fantasmas apuraron la marcha y se internaron cada vez más en el sistema de túneles que horadaba la médula de la muralla.

Llegaron a un eje de comunicaciones vertical, por cuyo centro pasaba una gran escalera en espiral de hierro forjado. El aire era húmedo y olía a ladrillos mojados y a mar. Ahí también se veía claramente el daño sufrido, y los tornillos que sujetaban la escalera metálica y sus pasadizos laterales a los lados del eje se habían partido o se habían salido. Toda la estructura metálica, con sus cientos de toneladas de peso, crujía inquieta a cada impacto de los distantes cañones de los Basilisk.

Los Fantasmas atravesaron el rellano de metal de la escalera, pasando a la continuación del túnel que estaba al otro lado. Se quejaba y crujía con cada paso, amenazando a veces con inclinarse o caer.

Caill y Flaven fueron los últimos en cruzar. El extremo de un perno del tamaño del brazo de un hombre se desprendió de la torre y pasó rozando a Caill. Había caído desde mucho más arriba.

—¡Deprisa! —Gritó Caffran.

Con un grito de protesta inhumano, la escalera se derrumbó y se hundió en las negras profundidades. Las partes más grandes de la estructura que habían quedado intactas —unas cuantas vueltas de escalones unidos, una larga sección del pasamanos y una serie de postes de apuntalamiento— cayeron con irrefrenable furia y arrancaron chispas y espantosos chirridos al pegar contra las paredes.

Entonces que estaba vacío tras haber caído la escalera, el hueco de ladrillos parecía inmenso, imposible de atravesar.

Domor echó una mirada hacia atrás, al túnel que acababan de dejar al otro lado del hueco.

—Ahora no hay vuelta atrás —musitó.

—Menos mal que no es por ahí por donde tenemos que ir —replicó Caffran, señalando hacia la oscuridad que tenían por delante con el cañón del rifle láser.

Anchas cisternas se abrían en torno a ellos. Los suelos de cemento estaban pintados con pintura verde brillante y los ladrillos de las paredes eran de color blanco mate. Las paredes se estrechaban hacia arriba, de modo que a la altura del techo la estancia era más estrecha que en el suelo y todo el túnel giraba unos cuantos grados hacia la izquierda. Todo el pasadizo seguía tanto la línea como el perfil de la pared que atravesaba. Paneles de iluminación protegidos por rejillas que emitían una luz blanca fosforescente colgaban a intervalos del techo. Parecían una sucesión gigantesca de balas trazadoras disparadas a lo largo del túnel y congeladas en el tiempo.

Los Fantasmas de Caffran…, y eso eran entonces, sin duda, sus Fantasmas, vinculados a él, que en ese momento era su líder, estando como estaban aislados del mundo exterior, quisiéranlo o no. Pues bien, los Fantasmas de Caffran avanzaban por los largos pasadizos, pegados a las paredes, bajo la despiadada luz blanca de las lámparas. Cada sesenta metros, un túnel cortaba el camino principal del lado de tierra: profundas, anchas gargantas de ladrillo y cemento con pendiente hacia abajo. Mkendrik pensaba que podían ser canales de desagüe, pero si era cierto, el tamaño alarmaba a Caffran. Tenían la anchura suficiente como para que cupiera un hombre de pie. Si era posible que esa cantidad de líquido inundara los túneles de vez en cuando…

Domor, en cambio, creía que los canales eran para el movimiento de personal, o para subir munición o provisiones hasta los emplazamientos excavados a los lados y a lo largo de la parte superior del gran rompeolas. Sin embargo, no habían visto ningún montacargas vertical para izar las municiones, y Caffran dudaba que la mera fuerza humana pudiera empujar las municiones por los canales en pendiente sin ayuda mecánica.

Además, no habían tropezado con nadie, ni rastros de los soldados kith, ni siquiera un cadáver.

—Están muy ocupados en la defensa —sugirió Caill.

Caffran pensó que era posible.

—Queríamos entrar. Supongo que podemos llegar más lejos de lo que esperábamos. —Acababan de llegar al último de los misteriosos túneles ascendentes. Caffran lo señaló con la cabeza—. Conduce al propio corazón de la isla. Probemos

por aquí.

—¿Y luego qué? —preguntó Bude.

—¿Luego?

—Quiero decir ¿cuál es tu plan, Caff?

Caffran se detuvo. Entrar, eso había sido todo lo que les interesaba. Entonces…

—Estamos dentro —empezó—. Nadie ha llegado tan lejos.

Bude y los demás asintieron.

—Pero ¿y ahora qué? —preguntó Flaven.

Una vez más, a Caffran le faltaron las palabras.

—Pues… ya veremos hasta dónde podemos llegar. Adentro.

Nadie vaciló. La iluminación dentro del túnel en pendiente estaba empotrada en las paredes y oculta detrás de pantallas transparentes. El suelo de cemento tenía una rejilla empotrada, para que se pudiera andar con más facilidad.

Avanzaban en formación. Medio kilómetro, según la brújula giroscópica de Domor. Un kilómetro. El aire se volvió húmedo y frío. El túnel empezó a nivelarse. El distante golpeteo del ataque y las sacudidas del rompeolas se fueron amortiguando detrás de ellos.

Oyeron el zumbido antes de ver el final del túnel. Era una palpitación ululante que erizaba el aire. Le recordó a Caffran a las pesadas avispas de la fruta en los bosques de nales de Tanith, que cruzaban los pantanos con sus alas iridiscentes para enterrar sus oviscaptos en la corteza blanda, donde buscaban larvas para utilizarlas como criaderos vivos.

Adare, que iba a la cabeza del grupo con Mkallum, los alertó. El túnel estaba sellado cincuenta metros más allá por una vasta escotilla metálica. Un grueso sello de hierro rodeaba la escotilla del tamaño de un hombre, cerrada con cerrojos de palanca y bisagras hidráulicas engrasadas. La puerta y el marco estaban pintados de color verde mate con pintura antioxidante, todo excepto las barras internas de acero del mecanismo hidráulico que brillaba con una película de aceite marrón.

El latido se oía al otro lado de la escotilla.

Adare comprobó los sellos del pestillo. Estaban perfectamente cerrados, al parecer, desde el otro lado. Caffran se abrió camino hacia adelante y estiró una mano hasta la barrera de metal. Estaba fría y húmeda, pero se estremecía, vibrando suavemente con la reverberación del otro lado.

—¿Cómo vamos a atravesarla? —murmuró Caffran.

—¿Es que queremos atravesarla? —añadió Bude.

Domor se arrodilló y empezó a abrir los broches del equipo de rastreo. Caffran observó con cierta preocupación que Domor hacía pausas de vez en cuando para frotarse los ojos, como si unas moscas persistentes lo molestaran. Domor sacó la cabeza del rastreador de minas del envoltorio, quitó la suave tela en que estaba

envuelto y lo llevó hasta la pared, junto con su unidad y los auriculares. Enchufó los auriculares y el rastreador a la unidad, y la encendió, escuchando pacientemente los chasquidos que le llegaban mientras pasaba la almohadilla plana por el perímetro de la puerta metálica. Se paró tres o cuatro veces, repitió la comprobación, y luego trazó en el metal pintado de verde una cruz de grafito usando un lápiz que llevaba en el bolsillo que tenía sobre el brazo.

Domor se volvió hacia Caffran, se quitó los auriculares y se los colgó del cuello.

—La cerradura interna principal de la escotilla está empotrada en el marco. Esas cruces señalan las roscas del mecanismo.

Caffran dejó que Tokar hiciera los honores. Este disparó el láser a través de cada una de las cruces. Obtuvo unos agujeros con bordes metálicos precisos.

Los cerrojos y las cerraduras giraron sin problema entonces que el mecanismo estaba estropeado. Adare y Flaven abrieron la escotilla verde, y los Fantasmas salieron hacia un mundo azul, sombrío, lleno de humo.

Caffran sabía que estaban saliendo por el lado de tierra de la gran escollera, en las profundidades del complejo de refinería de la isla de Oskray. Se encontraron sobre una pasarela enrejada de hierro, muy limpia, que salía del muro y atravesaba un abismo cuya profundidad no había manera de averiguar. Por arriba, por abajo y por todo el contorno, no había nada más que humo. La pasarela tenía cinco metros de ancho y una barandilla baja, y cruzaba hasta una torre cuyo esqueleto se elevaba en medio de la neblina, a cuarenta metros de distancia.

El aire olía a cordita y a sal. De repente, se sentía frío y humedad.

Caffran miró a su alrededor. Detrás, por donde habían venido, sólo se veía la alta escollera que se perdía en la niebla. La palpitación se oía mucho más fuerte entonces, y Caffran supuso que venía de las torres de extracción, las bombas de prometio y los demás sistemas de la enorme refinería.

Domor estaba junto a él, escrutando el humo con sus ojos artificiales. Los anillos del foco zumbaban y tenía dificultades con ellos. Unas lágrimas gordas, descoloridas, se deslizaron por sus mejillas, donde apuntaba la barba. Era evidente que el agua salada había hecho un trabajo devastador.

—Este humo es la resaca de las armas enemigas que hay en la parte alta de la pared —dijo Domor—. El aire de mar y las corrientes descendentes de nuestras naves lo rebaten sobre la pared y se acumula aquí, en la cuenca interior de la refinería.

«Eso nos permitiría avanzar sin ser vistos», pensó Caffran, pero… ¿hacia dónde? La adrenalina los había traído hasta aquí. ¿Dónde estaba el plan?

Se encontraban casi en la torre, una enorme aguja esquelética de vigas pintadas de rojo, con unas lámparas intermitentes en las esquinas. Otras pasarelas se extendían a partir de ella y penetraban en el aire turbio. Caffran empezaba a distinguir el lugar y veía otras pasarelas y puentes de trabajo por encima, por debajo y paralelos al que

ellos recorrían, que atravesaban la espesa humareda.

De repente, una ráfaga de láser dio alrededor de ellos sobre los hierros de la pasarela. Bude vaciló cuando le penetró un disparo por el hombro izquierdo y le salió por la cadera derecha. Caffran sabía que estaba muerto, pero trató desesperadamente de llegar hasta él. Bude se inclinó sobre la barandilla un momento, rígido; luego basculó hacia afuera y cayó en el espacio lleno de humo, silenciosamente.

Se veían formas oscuras en un puente de trabajo, a unos cuarenta metros por encima y a la izquierda de ellos. A través de las nubes, llegó más fuego graneado. Los Fantasmas respondieron disparando hacia el techo de humo. Vieron pasar un cuerpo que caía. Mkendrik describió un arco con el lanzallamas y vomitó enormes bocanadas de fuego sobre la posición enemiga. El puente se vino abajo y arrojó cuatro cometas con cola de fuego en el vacío: formas humanas en llamas, que gritaban y braceaban.

Caffran abrió el camino corriendo hacia la torre y entró en una sección separada por una rejilla a la que daba un montacargas abierto por un lado. Caill y Mkallum se unieron a él los primeros, y los demás llegaron pisándoles los talones. Unos empinados escalones hechos de malla abierta conducían hacia abajo y también hacia arriba, hacia la torre, bordeando el pozo del montacargas abierto.

Más disparos, esa vez de láser y de armas primitivas, partían de la estructura de hierro y se estrellaban en las vigas metálicas de la torre.

—¿Por dónde? —preguntó Caill a gritos.

—¡Hacia arriba! —decidió Caffran.

—Eso no tiene sentido. Nos atraparán como a ratas en la cima de la torre y no podremos escapar hacia ninguna parte.

—No —desmintió Caffran, tratando desesperadamente de pensar.

Estaba intentando recordar el informe. El comisario les había mostrado vistas aéreas de las instalaciones de Oskray, y se había concentrado en la zona de la muralla que supuestamente debían asaltar. Trató de recordar las otras zonas interiores de torres de perforación a las que había echado un vistazo; torres, docenas de ellas, exactamente iguales a esa en la que se encontraban, unidas entre sí con puentes a distintos niveles, algunas incluso más altas que la pared. Era cierto. Si no lo engañaba la memoria, podrían cruzar a las otras torres tanto por debajo como por arriba.

—Confiad en mí —dijo Caffran, y empezó a subir, disparando el láser de lado sobre las pasarelas distantes de donde partían los disparos.

Subieron.

Caffran trataba de dominar la sensación de pánico. El acceso, la oportunidad de introducirse en la refinería, había parecido un buen plan, un plan arriesgado, pero entonces estaban ahí, ocho hombres solos en una ciudad del enemigo, y él ni siquiera tenía idea de lo que se esperaba de ellos. No había plan, si siquiera los rudimentos de

un plan. Temía que alguno de los otros se atreviera a preguntar para qué estaban allí.

Les llegaron disparos desde abajo. Tres o cuatro niveles más abajo, escuadras de soldados kith subían hacia la torre, disparando. Las descargas de láser se filtraban por los escalones de malla en torno a ellos. Mkallun perdió la parte delantera de un pie y cayó al suelo, gritando. Adare, unos cuantos escalones por debajo de él, detuvo su caída y lo subió. Los otros disparaban hacia abajo, y empezó un fuego cruzado de láser que escupían hacia arriba y hacia abajo en la estructura de la torre. Mkendrik, que subió el último, barrió la escalera hacia abajo con el lanzallamas, y una nube ardiente atravesó la estructura de metal y quemó vivo al más próximo de los perseguidores.

Seis niveles más arriba, se abría a la izquierda una pasarela que atravesaba el humeante abismo hacia otra torre. Al parecer, no había nadie en la nueva estructura, y Caffran indicó con un gesto a los hombres que la cruzaran; se detuvo para ayudar a Adare y Mkallum. Adare cogió a Caffran por el hombro y le señaló un ascensor que subía rápidamente por la torre que acababan de abandonar. Estaba repleto de soldados enemigos que ascendían mucho más rápidamente que los de la escalera. Caffran envió a Adare adelante con Mkallum, y luego sacó un par de explosivos de su mochila. Les puso unas mechas cortas y los hizo rodar por el puente hacia la torre antes de salir corriendo para reunirse con los demás.

La explosión partió el montaje de la torre. Hizo volar montantes y soportes en todas direcciones. Con un bramido ensordecedor, la torre se inclinó y cayó. Cientos de metros de estructura metálica se deslizaron hacia abajo con una parsimonia casi cómica y destrozaron el pie de la torre a su paso. El ascensor repleto cayó como una piedra. Los mecanismos eléctricos se rompieron y estallaron, y en la oscuridad se oyó una sucesión de explosiones secundarias.

En su caída, la torre se llevó el puente que acababan de cruzar y cortó los soportes laterales del cruce; partió vigas y columnas a su alrededor, y sacudió la otra torre. Impactos más pesados los estremecieron, al desprenderse con el arrastre de la caída puentes más altos, que fueron dando tumbos contra toda la torre en la que se encontraban.

Desde abajo, al estrellarse la torre contra el suelo, se oyeron otras explosiones producidas por la detonación del combustible almacenado y de las bombas. En el entorno se alzaban las llamaradas.

—¿Qué demonios has hecho? —vociferó Flaven.

Caffran no estaba seguro. A causa de la desesperación, no había pensado realmente en las consecuencias de volar una torre. Sólo se le ocurrió una cosa.

—He tratado de ganar algo de tiempo —susurró.

Empezaron a bajar, en parte porque parecía lo más lógico, y en parte porque ninguno

de ellos confiaba en la estabilidad de la torre entonces que la otra había sido arrancada tan brutalmente. El humo que encontraban a medida que bajaban era cada vez más negro. En el aire flotaba carbonilla incandescente, y había un fuerte olor a combustible quemado y a prometio derramado. Incluso desde la altura donde estaban sabían que la torre desplomada había producido un daño enorme a la planta.

«Abajo», pensó Caffran. Aunque no tenía ningún plan al que referirse, su instinto le decía que bajar era la opción correcta. ¿Qué podía hacer ahí, salvo alguna pequeña actuación específica? Como por ejemplo… apresar al Estado Mayor de los kith.

Rio para sus adentros al sopesar esa posibilidad. Una acción arriesgada, ridícula. Como si fuera posible encontrar a Sholen Skara y a sus oficiales en una isla-colmena de esas proporciones. Sin embargo, era una idea digna de tener en cuenta.

A unos cientos de metros del suelo dio instrucciones a sus hombres de que trabajaran con sigilo, de que hicieran lo que mejor se les daba a los Fantasmas. Se pintaron la cara con el hollín de las barandillas y se envolvieron en sus capas de camuflaje, fundiéndose con la oscuridad del humo y con la estructura ennegrecida de la torre.

Por debajo de ellos, en torno a la base de la torre, había chatarra retorcida, ardiente, en quinientos metros a la redonda. Los pequeños charcos de petróleo y de gel mineral estaban en llamas. Los restos de la torre caída, algunas grandes secciones de torre intactas y retorcidas sobre el cemento, habían aplastado edificios más pequeños y barracones de almacenamiento, grúas y otros vehículos de servicio. Por todos lados, había cuerpos calcinados o destrozados. Pasaron al menos por una sección de pasarela que colgaba de una torre como un alerón suelto y producía un ruido metálico al chocar contra las vigas a cada balanceo. Se oía el aullido de los claxon que llegaba a través del humo como si fuera el ladrido de protesta de perros guardianes.

Se apartaron de la base de la torre y se introdujeron entre los restos del derrumbe en formación de ataque. Caffran y Tokar a la cabeza, y detrás Domor, que sostenía al renqueante Mkallun. Caffran no estaba dispuesto a dejarlo atrás.

Trozos de cadena, alambres retorcidos, manchas de petróleo y chatarra cubrían todo el suelo. Caffran sorteó un par de cadáveres de kith, dos hombres que se habían enganchado al caer y habían quedado fundidos en un desecho informe en el suelo.

Mandando a Mkendrik adelante en su lugar, Caffran se retrasó para vigilar a Domor y Mkallum. Una dosis poderosa de analgésico había dejado a Mkallum inerte e inservible. Domor estaba ciego. Los párpados de sus implantes biónicos habían fallado finalmente y se habían cerrado del todo. Una película líquida salía de los anillos de enfoque y le corría por la cara. A Caffran le dolía ver a su amigo en ese estado. Era como revivir lo de Épsilon Menazoide, cuando Domor había perdido la vista y, sin embargo, seguía luchando, desempeñando su papel con tanto valor y

tenacidad que hasta Gaunt había quedado sorprendido.

—Déjanos —le dijo Domor.

Caffran sacudió la cabeza y le secó el sudor que le corría por la frente y bañaba el dragón azul tatuado sobre la sien. Caffran abrió la mochila de Mkallun y sacó una jeringuilla descartable de plástico con adrenalina, que le inyectó a Mkallum en el antebrazo. El soldado herido se quejó al salir de su estupor. Caffran le palmeó la cara.

—Domor será tus piernas, pero tú tienes que ser sus ojos.

Mkallum gruñó, y luego escupió y asintió al entender sus palabras. La descarga de adrenalina anuló el dolor y dio nueva fortaleza a los miembros.

—Puedo…, puedo hacerlo —dijo aferrándose con fuerza a Domor.

Siguieron adelante. Dejaron atrás la zona de la catástrofe y se internaron en el complejo de la colmena, que era un laberinto de silos cilíndricos y de muelles de carga, torres de vigas pintadas de rojo con el águila imperial a la que se habían superpuesto nauseabundas runas del Caos.

En un patio abierto había una fila de cincuenta camiones de carga, aplastados y quemados. A lo largo de una ancha rampa de acceso, se veían millones de trozos de tuberías y mangueras rotas formando montones ahí y allá. Dentro de un silo dañado, innumerables cadáveres componían una pila patética: una tumba colectiva de los trabajadores de Oskray que se habían negado a hacer suya la causa de Skara.

Eso fue lo que sugirió Fraven.

—Tal vez no —dijo Caffran, tapándose la boca y la nariz con el borde de la capa al mirar hacia adentro—. Aquí hay insignias del enemigo y artillería. No llevan mucho tiempo muertos.

—¿Cuándo han tenido tiempo de reunir y apilar a sus muertos? Están en medio de un asalto.

Caffran compartía el asombro de Flaven, pero los signos estaban allí. ¿Qué sentido…? ¿Qué extraña intención había detrás de este montón de cadáveres?

Se oyeron disparos, una descarga de láser desde detrás del silo que se iba acercando, moviéndose entre las sombras. Más disparos; otra descarga casi simultánea. «Tal vez…, ¿cien rifles?», pensó Caffran. Les dio órdenes de mantenerse ocultos mientras él y Adare se adelantaban reptando.

Lo que vieron al sobrepasar el bunker siguiente los dejó horrorizados.

Había una extensión abierta, de casi un kilómetro cuadrado en el centro de esa parte del complejo. Por las marcas que se veían en el suelo, había sido el lugar de aterrizaje de las naves de carga. En el centro, mil soldados kith estaban formados en filas de cien. Delante de ellos, había un montón de cadáveres revueltos que tractores con palas mecánicas y hojas empujadoras apilaban sobre camiones.

Caffran y Adare se quedaron mirando. La primera fila de los kith dio veinte pasos al frente y se volvió a mirar a las otras filas. A una señal de un oficial, la que entonces

era la primera fila, preparó las armas y disparó una andanada sobre los cien hombres que tenía delante. Cuando los tractores hicieron a un lado los cuerpos, los que habían disparado avanzaron y se pusieron en el lugar donde habían estado sus objetivos. Se volvieron, esperaron. Otra orden. Otra descarga.

Caffran no sabía qué era lo que lo horrorizaba más, si la escala masiva de los fusilamientos o la actitud dispuesta, resignada con que cada fila asesinaba a la anterior para ponerse luego en su lugar, dispuesta a correr la misma suerte.

—¡Por Feth! ¿Qué están haciendo? —Adare apenas pudo articular las palabras.

Caffran meditó un momento, buscando en su memoria las partes del informe de Gaunt que había pasado por alto. Gaunt había hablado de Sholen Skara.

Poco a poco, los recuerdos fueron volviendo a su memoria, como burbujas de gas que saliesen de un pantano de olvido. De repente, oyó en sus oídos la voz de Gaunt y su imagen apareció ante sus ojos. Estaba en el auditorio de la poderosa nave *Persistencia*. Gaunt, con su largo capote de asalto y su gorra, se aproximó al escenario mirando hacia el águila dorada bicéfala bordada en el telón de terciopelo que había al fondo del mismo. Gaunt se quitó el capote y lo dejó sobre la silla de cuero negro, y se quedó en uniforme de gala; se sacó la gorra y se pasó la mano por el pelo para alisarlo mientras los hombres se callaban.

Gaunt habló de abominaciones y de cosas terribles que Caffran había borrado de su mente.

—Sholen Skara es un monstruo. Rinde homenaje a la muerte. Cree que es la expresión última de la voluntad del Caos. En Balhaut, antes de nuestra llegada, tenía campos de exterminio. Allí asesinó ritualmente a casi mil millones de balhauteanos. Sus métodos eran innovadores y…

Ni siquiera entonces era Caffran capaz de pensar en las descripciones de Gaunt. Los nombres de las hediondas especies de Caos que Sholen Skara había mandado; el significado simbólico de sus crímenes. Sin embargo, en ese momento entendía por qué Ibram Gaunt, el adalid de la vida humana y el soldado del divino Emperador, odiaba de una forma tan personal a ese monstruo llamado Skara.

—Matar es su forma de servir al Caos. Cualquier muerte le viene bien. Aquí, podemos estar seguros de ello, habrá masacrado a todos los trabajadores del enjambre leales al Imperio. También podemos estar seguros de que cuando crea que la derrota está cerca empezará una purga sistemática de todo ser viviente, incluidas sus propias tropas. Un suicidio colectivo, para honrar al Caos, para honrar a esa blasfemia a la que llaman Khorne.

Gaunt tosió al pronunciar la palabra, como si se le atragantara en la garganta, y un murmullo de repulsión se propagó entre todos los Fantasmas reunidos.

—Esa es nuestra manera de ganar. Podemos derrotarlo, y podemos convencerlo de que está derrotado, y ahorrarnos así la molestia de matarlos a todos. Si cree que

lleva las de perder, empezará a eliminar a los suyos como un himno final de desafío y de culto.

La mente de Caffran volvió al presente. Adare estaba hablando.

—¡… por Feth, ahí vienen más, Caff! ¡Mira!

Soldados kith, cientos de ellos, marchaban hacia el campo de aterrizaje para formar tras las filas ya asesinadas.

«Asesinadas, no —pensó Caffran—; segadas». Le recordó a las hileras de maíz en los prados de Tanith, cuando las segadoras mecánicas llegaban y cortaban una tras otra.

A pesar de la repulsión que sentía, una repulsión que se hacía más intensa con cada nueva descarga de las armas, Caffran sonrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Adare.

—Nada…

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿Cuál es el plan?

Caffran volvió a sonreír con amargura. Se dio cuenta de que, después de todo, sí tenía un plan y lo había llevado a cabo. Cuando había derribado aquella torre le había hecho creer a Sholen Skara que una importante fuerza enemiga estaba dentro del enjambre de Oskray. Le había hecho creer que la derrota era inminente.

Como resultado de ello, Skara ordenaba a los kith que se mataran; unos cien por vez. Cien cada treinta segundos.

Caffran se sentó. Sintió un dolor. Tenía una herida de láser en el muslo en la que ni siquiera había reparado.

—¡Te estás riendo! —observó Adare, perplejo.

Caffran se dio cuenta de que así era.

—Este es el plan —dijo por fin—. Esperar.

Las ráfagas de viento vespertino que soplaban desde el océano estaban dispersando el humo que cubría la colmena Oskray, pero ni el viento ni la lluvia podían disipar el hedor de la muerte que salía de la gran refinería. Formaciones de cañoneras imperiales surcaban los cielos aporreando las nubes de lluvia al pasar.

Gaunt encontró a Caffran dormido entre varios cientos de otros Fantasmas bajo una torre. El joven soldado se puso alerta de inmediato al darse cuenta de quién lo había despertado.

—Venga conmigo —dijo Gaunt.

Cruzaron el gran recinto de la ciudad refinería, pasando por delante de escuadrones de Fantasmas, Volpone y Abberloy de la Guardia dedicados a la limpieza de los edificios uno por uno. Los gritos y los silbatos transmitían órdenes por el aire mientras las Fuerzas Imperiales se hacían cargo de la isla y escoltaban la evacuación de filas de prisioneros de mirada vacía.

—Nunca pensé que la táctica fuera su fuerte, Caffran —empezó a decir Gaunt mientras iban andando.

Caffran se encogió de hombros.

—Debo decir que fui improvisando sobre la marcha, señor.

Gaunt se detuvo y se volvió, sonriente, hacia el joven Fantasma.

—No le diga eso a Corbec, por Feth; podría darle ideas.

Caffran rompió a reír. Siguiendo a Gaunt, entró en un edificio de piedra sólida donde se habían apartado tambores de aceite en pilas para abrir un espacio. Del techo pendían lámparas de sodio.

Un anillo de guardias imperiales estaba formado en torno a la superficie abierta. Eran de Volpone en su mayoría, pero también había algunos Fantasmas, entre ellos Rawne y otros oficiales.

En el centro, había una figura de rodillas, sujeta con grilletes. Era un hombre alto, de cabeza rapada, vestido con ropas negras muy ceñidas. «De habérsele permitido estar de pie —pensó Caffran—, sería una figura imponente». Tenía los ojos hundidos y oscuros, y relumbraron a la vista de Gaunt y Caffran, que se aproximaban atravesando el círculo de guardias.

—El pequeño y jugoso gusano de la Guardia Imperial… —empezó a decir el prisionero en un tono suave, dulce. Gaunt lo derribó al suelo de un puñetazo para hacer que callara.

—Sholen Skara —le indicó Gaunt a Caffran, señalando a la figura yacente que trataba de levantarse a pesar de los grilletes. De su boca golpeada brotaba sangre.

Caffran abrió los ojos, sorprendido, y miró hacia abajo.

Gaunt sacó su pistola bolter, comprobó que estaba cargada, la amartilló y se la ofreció a Caffran.

—Pensé que le gustaría tener el honor. Aquí no hay tribunales. No son necesarios. Creo que usted se merece esta misión.

Caffran cogió el arma que le ofrecía y miró a Skara. El monstruo se había puesto de rodillas y sonreía a Caffran con una mueca sarcástica, que mostraba sus feos dientes manchados de sangre.

—Señor —empezó Caffran.

—Va a morir aquí, hoy. Ahora mismo. Por voluntad del Emperador —dijo Gaunt, cortante—. Es algo que me hubiera gustado hacer con mis propias manos, pero esta gloria le corresponde a usted, Caffran. A usted le debemos esto.

—Es… un honor, comisario.

—Hazlo… Hazlo, pequeño Fantasma… ¿A qué esperas? —la voz dulce de Skara sonaba fría e insistente.

Caffran trataba de no mirar sus ojos hundidos, centelleantes.

Levantó el arma.

—Quiere la muerte, señor.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Es lo menos que podemos hacer por él! —soltó Gaunt.

Caffran bajó el arma y miró a Gaunt, a sabiendas de que todos los ojos de los presentes estaban fijos en él.

—No, señor; él quiere la muerte. Como usted nos dijo, la muerte es para él la victoria suprema. La ansía con todas sus fuerzas. Hemos ganado aquí, en Sapiencia, y no voy a ensuciar esa victoria dándole al enemigo lo que quiere. —Caffran le devolvió el arma a Gaunt, cogiéndola por el cañón.

Gaunt se quedó pensativo un momento. Luego, sonrió.

—Lleváoslo —dijo a la guardia de honor que cerró filas en torno a Skara.

—Puede ser que algún día tenga que ascenderlo —le dijo Gaunt a Caffran mientras se retiraban juntos.

Detrás de ellos, Skara gritaba, y rogaba, e imploraba, y se retorcía. Y tenía vida para eso, para hacerlo una y otra vez.



DIEZ

Brin Milo, el joven ayudante de Gaunt, le trajo al comisario una taza de latón con infusión de cafeína y las placas de datos que no había solicitado, aunque había estado a punto de hacerlo. Gaunt estaba sentado en una silla de campaña sobre el entarimado que había a las puertas de su puesto de mando, observando las líneas de Tanith y los bosques color esmeralda de Monthax, que se veían más allá del campamento. Milo entregó las placas al comisario y luego hizo una pausa, con sentimiento de culpa al darse cuenta de lo que había hecho.

Gaunt echó una mirada a las placas de datos y desplegó los mapas de la parte superior iluminada.

—Las incursiones de Mkoll por los pantanos occidentales… y las exploraciones orbitales de Monthax. Gracias.

El chico trató de cubrir su error.

—Pensé que querría echarles otro vistazo —empezó—. Cuando ataque hoy, usted…

—¿Quién dijo que voy a atacar hoy?

Milo guardó silencio. Se encogió de hombros.

—Lo supuse. Después de la acción de la noche pasada, tan próxima, pensé…

Gaunt se puso de pie y miró al chico directamente a los ojos.

—Basta de suposiciones. Ya sabes los problemas a los que podrían dar lugar; para mí, para ti, para todos los Fantasmas.

Milo suspiró y se apoyó en la barandilla de la barraca de mando de Gaunt, donde hacía de asistente del comisario. La luz de media mañana iluminaba los bosquecillos pantanosos al otro lado, dando a las copas de los árboles una inverosímil tonalidad de verde. Los motores de los vehículos acorazados rugían en algún lugar del pantano, a kilómetros de distancia. Se oía el resonar distante de las armas.

—¿Acaso es un delito… —se atrevió a decir— prever las cosas? Señor, ¿no es

eso lo que se supone que debe hacer un buen ayudante? ¿Anticiparse a las necesidades de su jefe? ¿Tenerlo todo preparado?

—No, no es un delito, Brin —replicó Gaunt, reclinándose en la silla—. Eso hace que un ayudante sea bueno, y tú lo estás consiguiendo. Pero… a veces te anticipas demasiado bien. A veces me sorprendes, y eso que te conozco. Otros podrían verlo desde otra perspectiva. No es necesario que te lo diga.

—No…

—Ya sabes lo que pasó en órbita la semana pasada. A punto estuvo…

—Fue una conspiración. Me engañaron.

Gaunt se secó el sudor de las sienes.

—Es cierto, pero les resultó fácil. Podrías ser una víctima fácil para un manipulador astuto. Si volviera a suceder, no estoy seguro de que pudiera protegerte.

—Con respecto a eso, tengo una petición que hacer, señor. Usted siempre me protege… Lleva haciéndolo desde Tanith.

—Te lo debo. De no haber sido por tu intervención, hubiera muerto junto con tu mundo.

—Y por eso debería saber que puedo arreglármelas en una situación de combate. Quiero que me den un arma. Quiero combatir con los de Tanith en el próximo asalto. No importa en qué escuadrón me ponga.

—Ya has tenido tu cuota de combate, Brin —dijo Gaunt, sacudiendo la cabeza—, pero no voy a hacer de ti un soldado. Eres demasiado joven.

—Cumplí los dieciocho años hace tres días —replicó el chico con decisión.

Gaunt frunció el ceño. No se había dado cuenta. Apartó a una mosca persistente y tomó un sorbo de la taza.

—Ante eso, no hay mucho que decir —admitió.

Volvió a recostarse.

—¿Y si hacemos un trato?

Milo lo miró con los ojos brillantes y una sonrisa cauta.

—¿Qué clase de trato?

—Te doy un grado honorífico, un rifle, y te asigno a Corbec. Como contrapartida, prometes no volver a adelantarte… del todo.

—¿Del todo?

—Eso es. Bueno. No quiero decir que dejes de hacer tu trabajo, sólo deja de hacer cosas que pudieran interpretarse mal. ¿Qué me dices?

—Me parece bien. Gracias. Trato hecho.

Gaunt le dedicó una extraña sonrisa.

—Ahora ve, y encuéntrame a Corbec y Mkoll. Necesito repasar algunos detalles con ellos.

Milo hizo una pausa, y Gaunt se volvió y vio desde el pórtico al coronel y al

explorador parados uno junto al otro, mirando hacia él con aire expectante.

—Milo nos sugirió que pasáramos por aquí cuando tuviéramos ocasión —dijo Corbec—. ¿Es éste un buen momento?

Gaunt se volvió para mirar a Milo, pero el chico, tal vez adelantándose una vez más a sus pensamientos, había decidido que era más prudente desaparecer.

LA CAZA DE BRUJAS

Varl retiró la capa de camuflaje Tanith del incensario que estaba en el suelo como un mago se dispone a ejecutar un truco de magia. Se hizo un silencio profundo en toda la bodega de carga de la nave mientras el velo se retiraba.

El juego era sencillo y atractivo, y completamente amañado, y el sargento Varl y el chico mascota formaban un gran equipo. Tenían una jarra de piojos gordos y saltarines sacados a paladas de los silos de grano de la nave de transporte de tropas y aquel viejo incensario desvencijado que habían tomado prestado de la capilla del eclesiarca. El incensario era una bola hueca de metal oxidado, cuyos hemisferios se abrían para meter incienso dentro del receptáculo interior y encenderlo. La superficie de la bola estaba salpicada de agujeros en forma de estrella.

—El juego es simple —comenzó Varl.

Levantó la jarra y la agitó para que todos pudieran ver la media docena de bichos del tamaño de un pulgar que había dentro. Lo sostuvo en su mano mecánica, y los servomecanismos zumbaron y rechinaron cuando agitó el cristal.

—Es un juego de adivinanzas, un juego de azar. No hay truco, ni trampa.

Varl era algo así como un hombre-espectáculo, y a Milo le gustaba mucho. Era uno de los integrantes de lo que Milo consideraba como el círculo más auténtico de los Fantasmas, un amigo íntimo de Corbec y Larkin, parte de un grupo de amigos y camaradas muy unidos de la milicia de Tanith Magna, que se reunieron en la Fundación. La afilada lengua de Varl y su propensión a decir siempre lo que pensaba habían frenado sus posibilidades de promoción hacía mucho, pero había perdido su brazo en Fortis Binary durante la heroica reconquista del mundo de la forja, y en la época de su ya legendaria actuación en Epsilon Menazoide lo habían ascendido a sargento de escuadrón. Muchos pensaron que ya era hora. Al lado de los despiadados estilos de mando de Rawne y Feygor, y de la intensa actitud militar de tipos como Mkoll y el mismo comisario, Varl, al igual que el amado coronel Corbec, introdujo una nota de humanidad y compasión admirable en la estructura de mando de los Fantasmas. Los hombres lo apreciaban: contaba chistes tan a menudo como Corbec, y eran, la mayor parte de las veces, más divertidos y crudos; su brazo ortopédico probaba que no rehuía la lucha cuerpo a cuerpo, y, en su peculiar estilo informal y paleto, podía pronunciar una magnífica e inspiradora arenga para levantar la moral a su escuadrón cuando era necesario.

Sin embargo, en ese momento, en una de las bodegas llenas de eco de la nave de transporte de tropas, rodeado de un público de guardias fuera de servicio apartados de sus camas y estufas, orientaba su carismático discurso hacia algo más importante: la

pura charlatanería.

—Este es el trato, mis queridos amigos, mis valientes compañeros de la Guardia, alabado sea el Trono Dorado; éste es el trato.

Habló con claridad, despacio, para que su musical acento de Tanith no confundiera a los otros soldados de la Guardia que estaban presentes. Otros tres regimientos compartían ese transporte con los Fantasmas: los representantes corpulentos, rubios, de mandíbula cuadrada del 50.º Real de Volpone, los llamados sangreazul; los hombres enjutos, de piel cetrina y aspecto cansino del V de Slamabadden, y unos tipos altos, bronceados, de pelo largo, del II de los abismales de Roane. Mundos y acentos distinguidos por una lengua común. Varl se trabajó a su público con cuidado y precisión, asegurándose de que nada de lo que decía se perdiera o se malinterpretara.

Le alcanzó el incensario a Milo, quien lo abrió.

—Ved ahora, una bola de metal, con agujeros en la superficie. Los piojos del grano van dentro de la bola…

Sacó con las puntas de los dedos un par de ellos de su jarra y los metió en el incensario mientras Milo lo sostenía.

—Y mi joven amigo la cierra. Observad que he grabado un número cerca de cada agujero. Treinta y tres agujeros, un número junto a cada uno. Sin trucos, sin trampa… Podéis examinar la bola si queréis.

Varl cogió la bola oxidada de manos de Milo y la dejó en el suelo a la vista de todos. Una enorme arandela que estaba soldada a la base del incensario impedía que rodara.

—Ahora, mirad, lo pongo en el suelo. A los piojos les gusta la luz, ¿no? Así que tarde o temprano tendrán que salir… a través de uno de los agujeros. Ahí está el juego. Apostamos a un número.

—Y perdemos nuestro dinero —dijo un abismal que estaba cerca de la primera fila, con una voz nasal propia de ese extraño, expresivo acento de Roane.

—Todos apostaremos, amigo —dijo Varl—. Yo lo haré, tú lo harás, y todos los demás también. Si adivinas el número o eres el que más se acerca, ganas el bote. Sin truco, sin trampa.

Como si fuera una señal, un bicho surgió de uno de los agujeros en forma de estrella y aterrizó en la cubierta, donde un sangreazul lo aplastó agriamente con el pie.

—¡No importa! —gritó Varl—. Hay muchos más en el lugar del que vino éste… ¡Y si habéis visto los silos de grano sabréis a qué me refiero!

Aquello provocó carcajadas generales, y un intenso sentido de sufrida camaradería. Milo sonrió. Le encantaba la habilidad de Varl para jugar con las multitudes.

—¿Y qué pasa si no confiamos en ti, Fantasma? —preguntó un sangreazul.

Era el enorme buey que había aplastado al bicho. Llevaba unos pantalones de tela asargada, grises y dorados, y unas botas negras, pero no vestía más que una camiseta interior de cintura para arriba. Su cuerpo era una masa de músculos bien formados y le sacaba dos cabezas a Varl. Exudaba arrogancia por todos los poros.

Milo se puso tenso. Sabía que existía cierta rivalidad entre los Fantasmas y los sangreazul, desde Voltemand. Nadie lo había admitido, pero el rumor era que los propios comandantes sangreazul, dirigiendo la fuerza invasora, habían ordenado el ataque en el lecho del río Voltis, donde tantos Fantasmas habían muerto. Los sangreazul, siendo como eran de tan alta cuna, parecían despreciar a los Fantasmas de «origen plebeyo», pero, al fin y al cabo, despreciaban a todo el mundo. Ese gigante aristócrata, con ojos hundidos y actitud avasalladora, tenía al menos seis amigos entre el público, y todos eran tan corpulentos como él. «¿Con qué diablos los alimentan en su país para criar a gigantes así?», se preguntó Milo.

Varl, sin asomo de preocupación, bajó de los cajones que le habían servido como estrado y se acercó al gigante. Le tendió la mano amigablemente. Rechinó.

—Ceglan Varl, sargento, de los Primeros de Tanith. Admiro a los hombres que saben expresar sus dudas… ¿Sargento?

—Mayor Gizhaum Danver De Banzi Haight Gilbear, 50.º Real de Volpone.

El gigante no se dignó a estrechar la mano que se le tendía.

—Bueno, mayor, parece que no tiene razones para fiarse de un plebeyo como yo; pero todo es un juego. ¿Lo ve? Sin trucos, sin trampa. Todos hacemos una apuesta, todos nos reímos, a todos se nos hace el viaje un poco más corto.

El mayor Gilbear no parecía muy convencido.

—Lo has amafiado. Si tú apuestas no me interesa. —Su mirada pasó de Varl a Milo—. Deja que lo haga tu chico.

—¡Eso sí que es una tontería! —gritó Varl—. Es sólo un niño… No sabe nada del delicado y gracioso arte del juego. ¡Supongo que querrá jugar con verdaderos jugadores!

—No —dijo sencillamente Gilbear.

Otros miembros de la multitud estuvieron de acuerdo, y no sólo de los sangreazul. Algunos parecían a punto de irse, de perder el interés.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —dijo Varl, como si se le estuviera desgarrando el corazón—. El chico puede jugar en mi lugar.

—¡No quiero hacerlo, señor! —se quejó Milo, rezando para que su arranque fuera una mezcla perfecta de reticencia y preocupación, y no sonara demasiado como una señal.

—Escucha, chico —dijo Varl, volviéndose hacia él y poniéndole un pesado brazo biónico alrededor de los hombros en un gesto paternal—. Sé bueno ahora y juega

para que estos amables caballeros puedan disfrutar de un simple juego.

Sin que los demás lo vieran, le hizo un guiño a Milo. Milo tuvo que librar la batalla más dura de su vida para no echarse a reír.

—De…, de acuerdo —dijo.

—¡El chico jugará en mi lugar! —dijo Varl, volviéndose hacia la multitud y levantando los brazos.

Hubo vítores y aplausos como respuesta.

Se pusieron a ello. Se reunió una multitud mayor. Distribuyeron plumas y sacaron una moneda. Gilbear decidió jugar, así como tres de los abismales. Entre el público se hicieron apuestas secundarias sobre los perdedores y los ganadores. Varl abrió el incensario y cogió la jarra.

Gilbear se la sacó de las manos, la abrió y dejó caer a los piojos al suelo, aplastándolos todos con el pie. Se la tendió a uno de sus hombres.

—¡Raballe! ¡Ve a buscar piojos frescos a los silos!

—¡Señor!

—¿Qué significa esto? —Varl jadeó, mientras se arrodillaba y limpiaba lo que le pareció a Milo una lágrima auténtica cuando examinó a los insectos aplastados—. ¿Ni siquiera se fía de mis piojos, mayor Gilbear, sangreazul, señor?

—No me fío de nada que pueda aplastar con mi bota —respondió Gilbear, mirando hacia abajo y, al parecer, peligrosamente a punto de estampar también a Varl.

En las apuestas secundarias se produjo un cambio generalizado: algunas por simpatía con el agraviado Fantasma y sus aplastadas mascotas, otras presintiendo que había trampa y amontonando dinero a favor del mayor sangreazul.

—Podrías haberlos drogado, empachado; parecían dóciles. Podrías apostar tu dinero a los agujeros más bajos para que las viscosas criaturas simplemente cayeran al fondo por la fuerza de gravedad.

Varl sonrió ante su deducción, y sus hombres gruñeron con aprobación. Lo mismo hicieron varios de los astutos Slamabadden, y Milo tuvo miedo de que las cosas se torcieran.

—Le diré lo que vamos a hacer —le dijo al mayor al mismo tiempo que se levantaba. El segundo del sangreazul volvía ya con una jarra llena de agitados piojos y comida medio digerida, que había extraído de los húmedos y malsanos silos—: Usaremos sus bichos…, y puede poner el incensario como quiera. —Varl cogió un garfio de carga de los cajones de embalaje que tenía detrás para usarlo como base improvisada—. ¿Satisfecho?

Gilbear asintió con un gesto de cabeza.

Se prepararon. Los jugadores, Milo entre ellos, se dispusieron a hacer sus apuestas en las hojas de papel que les habían proporcionado. Varl flexionó su hombro bueno, como si estuviera acomodando una vieja herida. Una señal, la siguiente pista.

—Yo también jugaré a esto —dijo Caffran; abriéndose paso hacia el frente entre la multitud.

—Cafy, no…, no estás en condiciones… —murmuró Varl.

Caffran sacó un montón de monedas, rollos de discos gruesos y de gran valor.

—Dame el papel… Me gusta apostar —musitó Caffran, articulando con dificultad.

—Deja jugar a tu Fantasma —gruñó Gilbear con una sonrisa satisfecha cuando Varl empezó a protestar.

A todos les dio la impresión de que al hombre espectáculo de Tanith se le había ido de las manos su sencillo juego, y si había alguna trampa o algún truco en él, todo se había fastidiado.

Introdujeron el primer piojo. Gilbear hizo girar el incensario y lo bajó. Las marcas se volvieron del revés. Un Slamabadden fue el que más cerca estuvo de adivinar la salida por tres agujeros. Milo ni siquiera se acercó y parecía a punto de lloriquear. Caffran se puso furioso al ver que su dinero se esfumaba. Sacó más.

Un abismal ganó a continuación, y el ganador de la anterior vuelta tuvo el honor de colocar el incensario. No se acercó más que por cinco agujeros, pero los otros estaban agrupados y muy desencaminados. Milo rogó a Varl que lo dejara parar, pero Varl se lo impidió, mirando de reojo al ceñudo Gilbear.

Gilbear ganó la siguiente acercándose por dos. Recogió una pila enorme de monedas y uno de los abismales se retiró muy disgustado. El nivel de las apuestas, y de las apuestas ajenas al juego, había crecido considerablemente y entonces se jugaba con verdadero dinero. Por todo el lugar, circulaba de mano en mano dinero contante y sonante. Los sangreazul estaban eufóricos, y otros también. Los había que todavía lamentaban sus pérdidas. Dos Slamabadden más y otro abismal se unieron al juego, con los cinturones rebosantes de monedas que habían reunido haciendo una colecta entre sus compañeros. Ningún sangreazul se atrevía a jugar contra Gilbear. Exultante con su éxito, Gilbear apostó lo que había ganado una vez más, y lo dobló. Algunos de los guardias presentes, especialmente los abismales y los Fantasmas que estaban mirando, nunca habían visto tanto dinero junto en su vida. Caffran montó un escándalo y bebió grandes tragos de una botella de sacra, rogándole a su amigo Brostin que le prestara un anticipo. Este se lo dio finalmente, no sin cierta reticencia.

A la siguiente vuelta, Gilbear y un abismal, cada uno a tres agujeros del agujero ganador, dividieron el entonces considerable bote.

Una nueva vuelta. Los jugadores eran Gilbear, tres de los Slamabadden, dos abismales, Caffran (que esa vez le pidió dinero prestado a un Raglon de aspecto preocupado, ya que Brostin se había marchado con un enfado convincente) y Milo. Había un montón enorme de apuestas.

Caffran se quedó a dos agujeros del ganador, un Slamabadden se quedó a uno.

Gilbear estaba al otro lado del incensario. Milo acertó.

Aullidos, ira, júbilo, tumulto.

—Simplemente, tuvo suerte —dijo Varl, recogiendo las ganancias—. ¿Hemos terminado?

—El chico tuvo un golpe de suerte —dijo Gilbear, ordenando a sus subalternos que se vaciaran los bolsillos.

Se reunió otra gran apuesta. Los abismales se habían retirado, así como también Caffran, que había abandonado el lugar con Raglon. Los Slamabadden unieron sus fuerzas en una sola apuesta.

Milo dio la vuelta al incensario y lo dejó en el suelo.

Silencio.

El bicho rebotó contra el interior de la bola de metal.

Emergió.

Milo lo consiguió otra vez; justo en el blanco.

Menudo jaleo se armó. Parecía como si un tumulto fuera a derrumbar la bodega de tropas. Varl recogió las ganancias y el incensario, y sacó a Milo fuera de la estancia, tirando del cuello de su túnica. Los hombres gritaban, yendo de un lado para otro, y había empezado una pelea por el resultado de una de las apuestas secundarias.

En la escalerilla que llevaba de vuelta a la cubierta de las tropas de Tanith, Varl y Milo se reunieron con Caffran, Raglon y Brostin. Todos reían, y Caffran parecía repentinamente sobrio. Tendría que lavar su túnica para quitarle la peste a sacra, por supuesto.

Varl les dedicó una sonrisa y levantó la abultada bolsa que contenía sus ganancias.

—¡Trofeos para repartir, amigos míos! —les anunció, palmeando a Milo en la espalda con el brazo biónico. Nunca se había acostumbrado a su fuerza, y estuvo a punto de hacer caer al chico.

Caffran emitió un sonido de advertencia. Unas formas oscuras surgieron de la escalerilla que tenían detrás. Era Gilbear con cuatro de sus hombres.

—Pagaras por hacer trampas, hijo de perra —le dijo Gilbear a Varl.

—Fue un juego limpio —empezó Varl, pero se dio cuenta de que su lengua de oro no serviría de nada en ese momento.

Eran cinco en cada bando, pero los sangreazul rodearon a Brostin, el más grande de los de Tanith presentes. En una pelea cuerpo a cuerpo los Fantasmas podrían puntuar, incluso empatar; pero habría sangre.

—¿Hay algún problema? —preguntó el sexto miembro del equipo de la estafa de Tanith.

Bragg asomó su inmenso corpachón, recortado a contraluz, por detrás de sus camaradas, y miró tranquilamente hacia abajo, en la dirección de los cinco

sangreazul. Daba la impresión de que llenaba el pasillo.

Los Fantasmas se apartaron para dejar pasar a Bragg con su andar pesado. Adoptó el paso lento que Varl le había enseñado, para realzar su fuerza.

—Marchaos, pequeños sangreazul. No me obliguéis a haceros daño —dijo, repitiendo la frase que también le había enseñado Varl. Le salió afectada y falsa, pero los sangreazul estaban demasiado asombrados con su tamaño como para fijarse.

Se dieron la vuelta. Con un gesto final de odio, Gilbear los siguió.

Los Fantasmas rompieron a reír tan fuerte que se les saltaron las lágrimas.

Allá abajo, estaba Monthax, verde e impenetrable.

Gaunt miró hacia abajo por las ventanas en forma de arco de la hexatedral *Santidad*, estudiando la superficie distante del planeta que sus fuerzas asaltarían dentro de una semana. De cuando en cuando, consultaba un mapa en la placa de datos que tenía en la mano, comprobando detalles geográficos. La densa jungla que cubría el planeta era el problema más grande con el que se enfrentaban. Ignoraba la fuerza que tenía el enemigo oculto.

Informes de los exploradores sugerían que un enorme ejército de la inmundicia del Caos había aterrizado allí tras retirarse de un reciente enfrentamiento en Piolitus. El Señor de la Guerra Macaroth no estaba dispuesto a correr riesgos. Alrededor de la enorme masa de la hexatedral en órbita, una colosal plataforma cubierta de torres diseñada como un punto de partida para las fuerzas invasoras, se agolpaban grandes legiones. Más de una docena de enormes naves de transporte de tropas estaban amarradas alrededor del cerco almenado de la plataforma en faldón del hexaedro, como cerdos gordos mamando de las mamas de su rolliza madre, y los remolques ayudaban a algunos a entrar para reunirse con los demás. Había más en camino. Más lejos, cruceros de batalla imperiales y naves de escolta, incluida la fragata *Navarre* en la que Gaunt y los Fantasmas habían sido alojados temporalmente, estaban estacionados en una órbita más alta, y de vez en cuando exterminaban nubes de escuadrones de ataque que efectuaban vuelos rasantes o misiones de patrulla.

Gaunt dio la espalda a las ventanas y bajó unos escalones hacia la fresca inmensidad llena de ecos de una de las capillas tácticas principales, el Planetario. Se había colocado un gran reloj circular a ras del suelo; tenía treinta metros de diámetro y estaba compuesto de intrincadas piezas de bronce y oro en movimiento, como si fuera un reloj gigante. A medida que zumbaba y giraba, el globo tridimensional de luz de color que proyectaba hacia arriba se alteraba y daba vueltas, mostrando datos, tablas de runas y barras de información reflejadas en la superficie luminosa. Oficiales de la Guardia pulcramente uniformados, miembros de la Eclesiarquía y del Munitorium vestidos con traje de ceremonia, comandantes de la Marina vestidos con sus trajes de cubierta del Segmentum Pacificus, y los diáconos encapuchados de la

propia hexatedral, ocupaban los bordes del gran Planetario Luminoso, consultando datos y discutiendo en pequeños grupos. Unos servidores esqueléticos, demacrados, conectados a la máquina mediante cables que salían de sus ojos, de sus columnas vertebrales, de sus bocas y de sus manos, estaban en cuclillas dentro de sus cabinas-cuna, murmurando y parloteando. Sobre los lados de la gran estancia, bajo las arcadas, había unas mesas de mapas dispuestas a intervalos, donde se veían distintas secciones de Monthax. En torno a cada una de las mesas, estaban reunidos grupos de personal ocupados en sesiones de planificación más específicas y detalladas. A cada rato, resonaba el aire con anuncios y actualizaciones, que a veces se superponían y se convertían en una masa incomprensible de datos. El Planetario giraba, rechinando, y aparecían nuevos datos y nuevas visualizaciones.

Gaunt dio una vuelta a la estancia, saludó con una inclinación de cabeza a los oficiales que conocía e hizo el saludo militar a sus superiores. El lugar estaba impregnado de cierta expectación. Parecía un enorme animal agazapado, a punto de atacar.

El comisario pensó que ya era hora de que hiciera una visita a la nave de transporte de los Fantasmas. Los hombres estarían inquietos, esperando noticias del desembarco y el despliegue, y Gaunt sabía bien que siempre podían surgir problemas cuando los hombres de la Guardia estaban reunidos en un transporte, ociosos y nerviosos.

Y aburridos; eso era lo peor. En cualquier regimiento de la Guardia siempre surgían problemas disciplinarios en esos momentos, y él y los demás comisarios, los responsables políticos de la Guardia Imperial, solían tener trabajo. Acostumbraba a haber reyertas, robos, engaños, borracheras e incluso asesinatos en algunos de los regimientos más bárbaros, y esos desórdenes corrían siempre el peligro de generalizarse sin un adecuado control.

Al otro lado de la estancia Gaunt vio al general Sturm, el comandante del 50.º Real de Volpone y a algunos de sus ayudantes principales. Sturm no lo vio, o hizo como si no lo hubiera visto, y Gaunt no se esforzó en saludarlo. El crimen de Voltemand todavía estaba fresco en su mente, a pesar de los meses transcurridos. Al enterarse de que los sangreazul de Volpone y los Fantasmas iban a encontrarse de nuevo en Monthax por primera vez desde lo de Voltemand, no las había tenido todas consigo. La actuación en Épsilon Menazoide le había demostrado a él personalmente lo que podía significar la proverbial enemistad entre los regimientos. Sin embargo, no había posibilidad alguna de redespliegue, y Gaunt se tranquilizó pensando que eran sólo Sturm y su plana mayor los que tenían el problema. Entre las filas de los sangreazul y los Fantasmas no había motivo de animosidad. Se mostraba dispuesto a mantener una escrupulosa vigilancia, pero estaba seguro de que podían estar acantonados unos junto a otros sin problema, hasta que el asalto los enviara por

distintos derroteros.

Además, a diferencia de lo que había pasado en Voltemand, ahí Sturm no estaba al cargo. La ofensiva de Monthax se encontraba bajo el mando supremo del comandante general Bulledin.

Gaunt vio al comisario Volovoi, que servía con los excavadores de Roane, y se detuvo a hablar con él. Fue una charla intrascendente, aunque Volovoi había oído algo de que Bulledin había consultado al astropático. Habían empezado a difundirse rumores de brujería de los psíquicos en el planeta en cuya órbita se encontraban. Se decía que se había consultado el Tarot para determinar qué había de cierto en la situación.

—¡Sólo nos faltaría eso! —le confió Volovoi a Gaunt en voz baja—. ¡Sólo eso! Como si no fuera suficientemente difícil mantener a raya a los de Roane. Son buenos combatientes cuando se los arenga debidamente, pero la mayoría son unos malditos vagos. Unas cuantas semanas encerrados en un transporte como éste y tendré que emprenderla a patadas en el trasero con todos para echarlos afuera por la rampa de desembarco. Desganados, vagos…, y lo que es peor, son supersticiosos, más que cualquier otro atajo de hombres que haya conocido jamás. Los rumores de brujería les harán ver espectros por todas partes, con lo que mi trabajo será doblemente difícil.

—Lo entiendo —dijo Gaunt.

Y era cierto. Su antiguo regimiento, el de los de Hyrkan, estaba formado por hombres duros, pero en ocasiones, la idea de una locura de psíquico había obstaculizado una misión.

—¿Y qué hay de usted, Gaunt? —preguntó Volovoi—. Tengo entendido que tiene que vérselas con una ralea de baja estofa. ¿No echa de menos la disciplina de los de Hyrkan?

Gaunt negó con la cabeza.

—Los de Tanith son sensatos, callados y disciplinados a su manera.

—Y usted además tiene mando real sobre ellos, ¿no es así? Algo poco habitual para un comisario.

—Un legado del difunto Slaydo, a quien el Emperador tenga en su gloria. Al principio no estuve muy conforme, pero ha llegado a gustarme.

—Se las ha arreglado bien con ellos por lo que tengo entendido. He leído los informes sobre aquella campaña en Rimero Menazoide, el año pasado, y se dice que sus hombres fueron también los que abrieron la puerta para conquistar Bucefalón.

—Tuvimos nuestros buenos momentos.

Gaunt se dio cuenta de que Volovoi estaba estudiando algo por encima de su hombro.

—No se vuelva, Gaunt —prosiguió Volovoi sin alterar el tono de su voz—. ¿No le zumban los oídos? Alguien está hablando de usted.

—¿Y eso?

—El general sangreazul Sturm. ¿Es así como se llama? Ese bastardo arrogante. Uno de sus oficiales acaba de subir a cubierta y le está contando algo al oído. Ambos miran hacia aquí.

Gaunt no se volvió.

—Déjeme adivinar. ¿El recién llegado es corpulento como un buey y tiene los ojos hundidos?

—¿No son todos así?

—Este sobresale incluso entre los Volpone. Es un mayor.

—Eso es lo que dicen sus insignias. ¿Lo conoce?

—No mucho, aunque incluso eso es más de lo que quisiera. Su nombre es Gilbear. Él, yo y Sturm tuvimos una… diferencia de opiniones en Voltemand hace dieciocho meses.

—¿Qué tipo de diferencia?

—Me costaron varios cientos de hombres.

—¡Comprendería que fuera usted el que estuviera hablando de ellos en voz baja! —dijo Volovoi con un silbido.

Gaunt sonrió, aunque de una manera sombría.

—Y eso estamos haciendo, ¿o no, Volovoi?

Gaunt se marchó. Al cruzar la cubierta del Planetario tuvo una panorámica mejor del Estado Mayor Volpone. Entonces Gilbear estaba solo, mirando a Gaunt con expresión inquebrantable. Sturm, escoltado por sus ayudantes de campo, subía los escalones para acceder a los aposentos privados del comandante general, que se encontraban en el nivel superior.

Recorriendo las cubiertas de la tropa con Gaunt, Corbec iba poniendo a su comandante el corriente de todo.

—Todo está tranquilo. Hubo una pelea por unas raciones, pero no fue nada serio y yo lo solucioné. Costin y dos de sus hombres se colocaron inhalando unos disolventes para pinturas en los almacenes de la artillería, y Costin se cayó al suelo y se rompió la espinilla.

—He advertido a los de artillería que mantuviesen ese material bajo llave…

—Y lo hicieron; pero Costin es muy hábil con las cerraduras, señor, ya me entiende.

—Ábrales a él y a los demás un expediente disciplinario.

—Creo que Costin ya pagó por su equivocación —protestó Corbec.

—No lo voy a permitir. Ya tienen sus raciones de grog y de sacra. No quiero hombres inutilizados por las fumatas.

Corbec se rascó el mentón.

—Tiene razón, señor. Pero los hombres se aburren. Y algunos de ellos consumen sus raciones de sacra los primeros días.

Gaunt se volvió hacia su segundo con una mirada airada.

—Hágales saber, Colm, que el Emperador les concede licor y cigarrillos para su disfrute. Si abusan de ese privilegio, se los retiraré. A todos, ¿entendido?

Corbec asintió. Se detuvieron en la barandilla y miraron hacia abajo, hacia la enorme bodega de la tropa. El aire estaba cargado de humo y sudor rancio. Debajo de ellos, había cientos de camas de campaña en filas, cientos de hombres durmiendo, jugando a los dados, charlando, rezando, algunos simplemente con la mirada perdida. Los sacerdotes recorrían las filas, dando consuelo y bendición donde se les solicitaban, o donde era necesario.

—¿Algo le preocupa, señor? —quiso saber Corbec.

—Creo que se está fraguando algo que se convertirá en un problema —respondió Gaunt—. Todavía no sé muy bien de qué se trata, pero no me gusta.

Alguien se movía en la antecámara.

Gaunt se despertó. Era el ciclo nocturno en la nave de transporte de tropas, y las lámparas de las paredes habían sido atenuadas por control automático. El comisario se había quedado dormido en la litera con algunas hojas y placas de datos apoyadas en el pecho.

El movimiento en la antecámara que había delante de su camarote lo había despertado.

Se levantó silenciosamente y colocó las placas de datos en un estante de la pared. Su rifle bolter y su espada sierra estaban sobre un soporte de madera en la antecámara, pero sacó una pistola láser compacta de un armario que había a los pies de la litera y la deslizó por la parte trasera del cinturón. Llevaba puestas las botas, los pantalones, los tirantes y una camiseta. Pensó por un momento en volverse a poner la chaqueta y la gorra, pero enseguida desechó la idea.

La puerta del camarote estaba abierta. La luz de una lámpara intermitente penetraba la oscuridad del otro lado. Alguien andaba con sus cosas.

En un instante, abrió la puerta de una patada, sujetó al intruso por detrás, le retorció los brazos y le estampó la cara contra la portilla de observación de la antecámara. El hombre, sorprendido, protestaba y se debatía, hasta que recibió el impacto y se rompió la nariz contra el cristal antes de caer inconsciente.

Se encendieron las luces. Gaunt sintió que había otros dos detrás de él y oyó el chasquido de los cargadores al ser introducidos en las pistolas láser.

Entonces, giró en redondo y lanzó a su presa inconsciente sobre el más próximo, que se tambaleó bajo su peso. El otro trató de disparar su arma, pero Gaunt se agachó, se desplazó lateralmente y le rompió la mandíbula de un contundente puñetazo. Sólo

entonces, unos cuantos segundos después de que hubiera empezado todo, se dio cuenta de que el hombre al que había derribado era un miembro del cuerpo de seguridad vestido con la armadura marrón de la hexatedral. Su compañero, liberándose del peso del hombre inconsciente, se adelantó, y Gaunt, volviéndose, lo cogió por los brazos y le torció el codo con un hábil movimiento; a continuación, lo derribó al suelo con un puñetazo directo al puente de la nariz.

Gaunt sacó la pistola compacta y pasó revista a la habitación. Dos soldados de la hexatedral y un hombre con una túnica larga yacían a sus pies, retorciéndose y quejándose.

Se abrió la puerta.

—Muchos mirarían con desagrado tanta violencia, comisario —anunció con voz calma la figura que entró.

Gaunt apuntaba con su pistola a la garganta de quien había hablado.

—Muchos considerarían de la misma manera una intrusión y un robo. Identifíquese.

La figura avanzó hasta colocarse bajo la luz. Era una mujer alta, vestida con uniforme negro y austero: botas, pantalones de montar, chaqueta. Llevaba el pelo rubio ceniza sujeto, muy tirante, con una hebilla por detrás. Tenía un rostro anguloso, delgado, hermoso, y una expresión sosegada.

—Me llamo Lilith. Inquisidora Lilith.

Gaunt bajó la pistola y la colocó en una mesa lateral.

—No me ha pedido mis credenciales. ¿Significa eso que me cree?

—La conozco. Perdone, señora, hay pocas mujeres con su graduación y sus funciones.

Lilith se adelantó y dio un suave puntapié a uno de los soldados, que se quejó y se despertó.

—Salga de aquí. Y esos dos, también.

El soldado ensangrentado se puso de pie y arrastró a los otros fuera de la estancia.

—Le pido perdón, comisario —dijo Lilith—. Me habían dicho que estaba usted en una reunión de planificación. De haber sabido que estaba usted durmiendo, no habría enviado a mis hombres.

—¿Habría hecho revisar mis habitaciones estando yo ausente?

Se volvió hacia él riendo. Era atractiva, segura y dura.

—Por supuesto. Pertenezco a la Inquisición, comisario. Ese es mi trabajo.

—¿Y qué es exactamente lo que está haciendo aquí?

—El chico —acercó una butaca y se sentó, reclinándose en el respaldo con aire relajado—. Necesito averiguar cosas del chico; de su chico, comisario.

Gaunt no se movió de donde estaba y la miró fijamente.

—No me gustan ni su tono ni sus métodos —dijo con tono reconcentrado—. Y si

siguen sin gustarme, le aseguro que el hecho de que sea usted una mujer no…

—¿Me está amenazando realmente, comisario?

Gaunt respiró hondo.

—Creo que sí. Ya vio lo que hice con sus lacayos. No me reprimiré, a menos que me presente razones convincentes.

Lilith suspiró y estiró sus dedos largos y blancos. En un instante, lo estaba apuntando con la pistola láser compacta.

Gaunt se sobresaltó, atónito. Ni siquiera se había movido y, sin embargo, lo estaba apuntando con una pistola que se encontraba en el otro extremo de la habitación.

—¿Hasta qué punto deben ser convincentes mis razones? —preguntó sonriendo.

Gaunt dio unos pasos atrás.

—Esa pequeña demostración parecería suficiente…

Lilith sonrió de nuevo y dejó el arma sobre sus rodillas. Volvió a juntar las manos y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Bueno, comencemos. Por la proclamación del Todopoderoso Emperador, rigiéndome como me rijo por Su voluntad, íntegramente, hasta el fin de los tiempos, como sirviente de la Inquisición, le exijo que responda con total veracidad y a su leal saber y entender. Las penas por perjurio son muchas y sin límite. ¿Lo entiende?

—Adelante.

—Me gusta usted, comisario —dijo la mujer, que no había dejado de sonreír—. «El diablo en persona», me dijeron, y están en lo cierto.

—¿Quiénes son «ellos»?

Lilith no respondió. Se puso de pie, sosteniendo blandamente la pistola en su mano izquierda. Rodeó a Gaunt, a quien puso nervioso la expresión masculina de su mirada irreductible.

—Saltándonos las formalidades, como usted sugirió, ¿por qué no me habla del chico?

—¿Qué chico?

—¡Qué parco! Su nombre es Brin Milo, un nativo de Tanith. Forma parte de su cuadro, pero es un civil.

—¿Qué es lo que quiere saber, inquisidora?

—¡Oh!, todo, Ibram, todo.

Gaunt se despejó la garganta.

—Milo está aquí… por casualidad. Es el gaitero del regimiento, la mascota…, mi ayudante.

—¿Por qué?

—Es listo, agudo, atento. Los hombres lo quieren. Es capaz de cumplir las tareas que le encomiendo con rapidez y eficacia.

Lilith levantó un dedo.

—Comience por el principio. ¿Por qué está aquí?

—Cuando el Caos se desató sobre Tanith y lo eliminó, yo opté por evacuar de aquel mundo a todos los hombres aptos. Cuando quise retirarme, tuve problemas, y el chico intervino y me despejó el camino. Agradecido, lo traje conmigo. Es demasiado joven para la infantería; por eso, lo convertí en mi ayudante.

—¿Por sus habilidades?

—Sí, y porque no se podía hacer otra cosa con él.

Lilith se acercó a Gaunt y lo miró directamente a los ojos.

—¿Cuáles son sus habilidades?

—La eficiencia, la capacidad, también la agudeza…

—Realmente, comisario, debe admitirlo. Tomarle cariño a un chico barbilampiño y transformarlo en compañero de habitación, y…

La bofetada resonó en el estrecho recinto del camarote. Lilith ni siquiera se inmutó. Se volvió, riéndose.

—Muy bien, muy directo. Entonces, podemos dejarnos de tonterías. He observado que el chico es un brujo. ¿Qué me responde a eso?

—No lo es. —Gaunt tragó saliva—. El veneno de esa observación me revuelve las tripas. ¿Quién podría tragarse eso? —Hizo una pausa—. Exceptuando a los presentes, por supuesto.

Lilith volvió a caminar en círculo a su alrededor.

—Pero es útil. He hecho mis indagaciones, Gaunt. Predice cosas, las adivina antes de que sucedan: ataques, incidentes, qué archivos necesita el comisario, lo que quiere el comisario para desayunar…

—Me pregunto quién la puso en la pista de esto.

—¿Tiene importancia?

—Fue Sturm, ¿verdad? Y su buey mascota, Gilbear. Lo tienen todo planeado. ¿Cómo puede confiar en su palabra?

Se puso frente a él y lo miró fijamente.

—Es cierto que no pueden disimularlo. Sturm y Gilbear lo odian a usted y desprecian a sus Fantasmas. Trataron de eliminarlos en Voltemand y fracasaron. Ahora tratan de desacreditarlo valiéndose de cualquier cosa.

Gaunt se había quedado casi sin palabras.

—¿Y a pesar de saber todo eso, viene aquí?

—Soy una inquisidora, Ibram —respondió con una sonrisa—. Sturm y sus hombres son unos brutos. No me interesa la campaña de aniquilación que han emprendido contra usted y sus hombres, pero el general militar Bulledin me trajo aquí para evaluar y sancionar los peligros de la brujería durante la liberación de Monthax. La brujería del enemigo…, y también la que se oculta entre nuestras filas

como un cáncer. Se me han dicho cosas sobre el chico y mi deber es examinar las pruebas. Dicen que es un brujo. No me interesa por qué lo dicen ni lo que piensan sacar de esa acusación. Pero si es cierta… Por eso estoy aquí. ¿Está tocado Milo? ¿Es un psíquico? No lo proteja, Gaunt. Será mucho peor para usted si lo hace.

—No lo es. Todo esto es una patraña política. Los sangreazul creen que han encontrado una posible debilidad y quieren explotarla.

—Ya veremos. Necesito hablar ahora mismo con el tal Milo.

Para Brin Milo, el que su comisario lo llamara durante el ciclo nocturno no era nada nuevo. Muchas veces había tareas que hacer fuera de horas, pero en cuanto llegó a la puerta de los aposentos de Gaunt supo que algo no iba bien. Gaunt lucía el uniforme completo, gorra incluida, y tenía una expresión sombría. Una mujer alta, vestida de negro y con una expresión extrañamente malévola esperaba a su lado.

—Esta servidora del Emperador tiene algunas preguntas que hacerte —explicó Gaunt, absteniéndose de usar la palabra *inquisidor*, que tantas connotaciones tenía—. Respóndele con sinceridad y sin rodeos.

Sin pronunciar una sola palabra, Lilith los condujo por la larga cubierta y los introdujo en el círculo de acoplamiento. Lo atravesaron y llegaron a la propia hexatedral. Milo estaba inquieto. Jamás había puesto el pie en la gran nave de acoplamiento. El aire olía diferente, tenía algo de sagrado y fresco después de la humedad pegajosa del transporte de tropas, y la escala de los recintos por los que pasaron lo impresionó. Las únicas personas con las que se cruzaron eran diáconos de largas túnicas, soldados de armaduras pardas y pequeños grupos de oficiales de alto rango. Era otro mundo.

Lilith abría la marcha de un recorrido que les llevó veinte minutos y que pasaba por varias capillas principales y cámaras de la hexatedral, entre ellas el Planetario. Gaunt comprendió su táctica. El recorrido era innecesariamente largo, y sólo serviría para inquietar y abrumar al chico, debilitando así sus reservas psíquicas. De tan lista, llegaba a ser cruel.

Llegaron a una escotilla de diafragma que había al final de un largo corredor flanqueado por ventanas de vitrales. Lilith hizo un leve gesto con la mano, y la escotilla se abrió. Indicó al chico que entrara y se volvió en el umbral para dirigirse a Gaunt.

—Usted puede estar presente, pero sin interrumpir. Gaunt, usted es un oficial valioso, y si este chico resulta culpable, puedo hacer que usted reciba sólo una leve llamada de atención por no tener conocimiento de su situación.

—Una generosa oferta. ¿Cuáles son las condiciones?

Lilith sonrió.

—Usted y yo somos instrumentos complementarios, comisario. Mi deber es poner

coto a la corrupción; el suyo es castigarla. Si Milo está corrompido, usted quedará a salvo si se encarga personalmente de una ejecución sumaria. Eso demostrará su indignación y su determinación de limpiar la casa.

Gaunt guardó silencio. La posibilidad fue como un zarpazo en su mente.

—No habría otra manera de salvar su reputación, su mando o su carrera. De hecho, hasta su propia vida podría estar en peligro si se pensara que usted conspira para proteger a un representante de las fuerzas siniestras. ¿Me entiende, Gaunt?

—Entiendo que está usted amenazando mi vida y mi futuro. En mi profesión, me enfrento continuamente a este tipo de amenazas.

—Entonces, seré más directa. Sturm ha puesto en marcha este procedimiento porque lo considera una forma de derrotarlos a usted y a sus Fantasmas. Si Milo está corrompido, y usted no se distancia de él y actúa como un comisario, su vida habrá terminado…, y Sturm se ocupará de desmantelar a los Fantasmas. Ya ha sembrado en la mente de Bulledin que si uno de los Fantasmas es un brujo, también podrían serlo los demás. Los Primeros de Tanith serían investigados a fondo, uno por uno, por la Inquisición, y la mayoría de ellos moriría. Al resto, se lo declararía no apto para servir en la Guardia Imperial. Mi deber me obliga a investigar la denuncia de Sturm. No quiero tomar parte en esta venganza contra los de Tanith, pero no tendré más remedio si usted no se aviene a las condiciones voluntaria y honorablemente.

—Ya veo. Gracias por su sinceridad.

—El Caos es la mayor amenaza que se cierne sobre la humanidad, Gaunt. No podemos dejar que el poder psíquico permanezca dentro de una mente no preparada para ello. Si el chico está tocado, debe ser eliminado.

—¿Sin ser evaluado por los Barcos Negros… como lo fue usted?

Ella lo miró con expresión ceñuda.

—Esta vez, no. La situación política es muy delicada. En caso de que Milo sea un brujo, debemos matarlo para acallar a todas las partes.

—Ya veo.

Ella asintió y entró en el recinto. Gaunt hizo una pausa y se encontró mirando la pistola bolter que llevaba en la funda. ¿Podría hacerlo? La vida de todos los Fantasmas podría depender del sacrificio de Milo, y haber luchado tanto para traerlos hasta allí, para salvarlos y darles una finalidad era algo que Gaunt no estaba dispuesto a echar por la borda. Se lo debía a Tanith; tenía que hacer todo lo posible por salvaguardarlos. Pero ejecutar a Brin…, el chico que tan generosamente le había salvado la vida, que tan fielmente le había servido…, chocaba tanto con su sentido personal del honor que la idea le oprimía el pecho.

Y sin embargo, si el chico estaba realmente tocado, si estaba contaminado con la mancha indeleble del Caos…

Con expresión sombría y crispada, se introdujo en la estancia, y la escotilla de

diafragma se cerró a sus espaldas.

La estancia era amplia y alta. No había ventanas en las paredes, pero sí un gran lucernario circular en el techo. Se veían arriba las estrellas, y su luz era casi la única iluminación de la sala, salvo por unas pequeñas lámparas de luz muy tenue, empotradas en el perímetro del suelo, que estaba cubierto por una alfombra gruesa con la imagen del águila imperial. En el centro de la alfombra, había dos asientos, uno frente al otro: un trono de madera de alto respaldo con reposabrazos torneados, y un taburete de madera más bajo. Lilith se sentó en el taburete y le indicó a Milo que ocupara el enorme trono. Su abrazo de madera pareció engullirlo. Gaunt se quedó a un lado, observando con inquietud.

—¿Su nombre?

—Brin Milo.

—Yo soy Lilith. Soy una inquisidora —la palabra sonó, por fin, y se cernió en el aire como una amenaza.

Los ojos de Milo se abrieron mucho y reflejaron miedo.

Lilith le hizo preguntas sobre Tanith, sobre su pasado, sobre su vida allí. El chico respondió, un poco vacilante al principio, pero a medida que fluían las preguntas, unas preguntas inocentes, inocuas, sobre sus recuerdos, fue hablando con más confianza.

La mujer le pidió que le contara su primer encuentro con Gaunt, sus recuerdos sobre la caída de Tanith, su decisión de luchar allí por Gaunt.

—¿Por qué? Usted no era un soldado. Tampoco lo es ahora. ¿Por qué defendió a un forastero al que apenas conocía?

Milo dirigió una breve mirada a Gaunt.

—El Elector de Tanith, en cuya casa servía como músico y ayudante, me había ordenado que permaneciese junto al comisario y atendiera sus necesidades. En ese momento, sus necesidades eran vitales. Lo estaban atacando y casi no tenía escapatoria. Hice lo que me habían ordenado.

Lilith se enderezó en su asiento e hizo tamborilear los dedos sobre las rodillas.

—Me llama la atención, Milo, que no haya preguntado a qué se debe este interrogatorio. La mayoría, al llegar aquí, empieza a expresar su ira y a protestar; se declara inocente y se pregunta por qué habría de sucederle esto. Pero usted no. Según mi experiencia, el culpable siempre sabe por qué está aquí y no suele preguntar. ¿Sabe usted por qué está aquí?

—Puedo adivinarlo.

Gaunt frunció el ceño. «Respuesta equivocada, Brin, respuesta equivocada».

—Hágalo en voz alta —lo invitó Lilith—. Tengo entendido que es muy bueno adivinando.

Dio la impresión de que Milo se estremecía.

—Muchos me consideran un inadaptado. A algunos de los de Tanith no les gusta verme por ahí. No soy como ellos.

«¡Por Feth, Milo! ¡Dije que contestaras con sinceridad, pero esto ya es pasarse!», pensó Gaunt mientras se le aceleraba el corazón.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué significa que no es como ellos?

—Yo…, yo soy diferente. Eso hace que se sientan incómodos.

—¿En qué es diferente? —preguntó la inquisidora, casi con ansiedad.

«Ahí viene», pensó Gaunt.

—Yo no soy un soldado.

—Usted no es… ¿qué?

—Ellos son soldados; por eso, están aquí, por eso sobrevivieron a la caída de Tanith. Todos eran guardias de la reciente Fundación, iban a dejar Tanith de todos modos, y el comisario sólo los evacuó porque eran valiosos para el Emperador. Pero yo no. Yo soy un civil. No debería estar aquí. No debería haber sobrevivido. ¿Por qué está él aquí? Y si está aquí, ¿por qué no mi hermano, mi hija, mi padre, mi esposa? Yo represento la oportunidad de sobrevivir que se les negó a todos ellos.

La mujer guardó silencio un momento.

Lo único que pudo hacer Gaunt fue reprimir una sonrisa. La respuesta de Milo había sido perfecta, lo mismo que la forma en que había permitido que pareciera que ella lo estaba conduciendo hacia una trampa. Eso hizo que su respuesta pareciera mucho más sincera.

Lilith se puso de pie y se acercó a Gaunt. El comisario pudo ver auténtico enfado en su rostro.

—¿Aleccionó usted al chico? —le preguntó en un susurro—. ¿Lo instruyó sobre la forma de responder en un caso como este?

—No, y si así hubiera sido, ¿no cree usted que el hecho de admitirlo podría dar la impresión de que sabía que Milo tenía algo que ocultar? —replicó Gaunt, sacudiendo la cabeza.

La mujer maldijo para sus adentros y se quedó pensando un momento.

—¿A qué viene todo este simulacro de interrogatorio? —preguntó Gaunt—. ¿Por qué no sondea su mente? Usted está dotada para hacerlo, ¿no es cierto?

Ella lo miró y asintió.

—Usted sabe que sí; pero un buen psíquico, un psíquico peligroso, puede ocultar su poder. Las preguntas son un método eficaz para hacer que baje la guardia y llegar a la verdad. Y si su mente alberga lo que yo me temo, no tengo intención de tomar contacto directo con ello.

Se dio la vuelta y se paseó alrededor del trono que ocupaba Milo.

—Cuénteme lo del juego —dijo deteniéndose detrás de él.

—¿El juego?

—El juego que usted y sus amigos de Tanith llevan a cabo en las cubiertas de las tropas.

La mujer se desplazó hasta colocarse ante él y estiró su mano derecha con la palma hacia abajo y con el puño cerrado. Luego le dio vuelta y la abrió. En la palma tenía un piojo del grano, vivito y coleando.

—Este juego.

—¡Ah! —dijo Milo—. Es un juego de apuestas. Se apuesta sobre el agujero por el que saldrá el piojo.

Ella puso el bicho sobre la rodilla de Milo y no hizo el menor intento de escapar. Milo lo miró, fascinado. Lilith se dirigió hacia un lado de la sala y sacó algo de un armario. El objeto estaba cubierto con un tapete de terciopelo. Cuando lo descubrió, lo hizo como un mago a punto de realizar un truco, pero ni la mitad de bien que Varl.

La mujer le pasó el incensario oxidado a Milo.

—Ábralo y ponga el piojo dentro.

El chico obedeció.

—Ahora bien, Milo. Esto no es un juego, ¿verdad? Es un fraude. Es un truco del que se valen los de Tanith para ganarles dinero a los otros miembros de la Guardia. Y si es un truco, necesitan un señuelo. Hace falta un plan infalible para que los de Tanith ganen con seguridad. Y usted es el señuelo, ¿verdad? Cuando se lo piden, usted puede adivinar, porque eso es lo que hace, ¿no es así? Su mente da el paso y lo transforma en certidumbre.

Milo sacudió la cabeza.

—No es más que un juego…

—Sé de buena fuente que no lo es. Si lo es, ¿por qué lo juegan con incautos de otros regimientos? Según mis investigaciones, usted y sus amigos han ganado una pequeña fortuna a los demás en los últimos días. Más de lo que sería de esperar si todo quedara librado al azar.

—La suerte, ad… supongo.

—No se puede hacer un fraude confiando en la suerte. ¿Cómo se asegura de que el bicho salga por el agujero adecuado?

Brin levantó el incensario.

—Está bien… Si es tan importante, se lo demostraré. Elija un agujero.

—El dieciséis —dijo Lilith, sentándose en el taburete frente a Milo, aparentemente ansiosa.

—Yo digo nueve —apostó el chico.

El bicho salió por el agujero veinte.

—Gana usted; se aproximó más.

Ella se encogió de hombros.

Milo abrió el incensario y volvió a colocar el piojo dentro.

—Esa fue la primera ronda. Ahora usted está más confiada. Volverá a jugar. Elija.

—Siete.

—Veinticinco —dijo Milo.

Se quedaron esperando hasta que el piojo salió por el agujero número seis y saltó a la alfombra.

—Vuelve a ganar. Ahora se siente bien, ¿no es cierto? Dos aciertos. Si estuviera sobre la cubierta de la tropa tendría una pila de monedas y podría apostarlo todo. Ponga el bicho dentro.

Así lo hizo, y le devolvió el incensario a Milo.

—Elija —dijo él.

—Diecinueve. Apuesto todo mi dinero y todo el de mis compañeros al diecinueve.

—Uno —apostó Milo, sonriendo.

El bicho apareció por el agujero número uno.

—Y entonces yo me quedo con todas las ganancias, la dejo a usted con tres palmos de narices y digo buenas noches.

Milo se apoyó en el respaldo.

—Una hermosa demostración… que podría perfectamente incriminarlo. ¿Cómo pudo hacer eso, a voluntad, en el momento oportuno, a menos que su mente supiera por adelantado por dónde iba a salir el piojo?

Milo se dio unas palmaditas en la cabeza.

—Usted está segura de que está en mi mente, ¿verdad? Muy segura de que son mis retorcidos manejos… Piensa que soy un psíquico, ¿no es cierto?

La mujer lo miraba con expresión implacable.

—Muéstreme una alternativa.

El chico se golpeó el bolsillo de la chaqueta.

—No está en mi cabeza, sino aquí.

—Explíquese.

—Al comienzo de cada juego, rebuscamos en nuestros bolsillos para sacar el dinero de la apuesta. Yo le dejo colocar el piojo y todo eso, pero soy el último que manipula el incensario. A los piojos les encanta el azúcar y yo tengo un poco en la costura de mi chaqueta. Paso el dedo por ella al sacar el dinero y luego por el agujero por el que quiero que salga el bicho. El azúcar es invisible sobre la superficie oxidada, por supuesto, pero el truco consiste en que siempre sé por dónde va a salir el bicho. Siempre elijo: las primeras veces para dejar que usted gane, y cuando se confía y piensa que me tiene acorralado y se decide a apostarlo todo, juego para ganar.

Lilith se puso de pie con brusquedad y aplastó el bicho con el pie con evidente furia. Dejó una mancha pardusca sobre un pico de la imperial cresta. Se volvió hacia

Gaunt.

—Llévéselo de aquí. Informaré a Bulledin y a Sturm. Es cuestión cerrada.

Gaunt asintió y condujo a Milo hasta la puerta.

—¡Comisario! —llamó saliendo tras ellos—. Puede ser que no sea un brujo, pero yo me lo pensaría dos veces antes de tener un pequeño tramposo como él cerca de mí.

—Tomaré eso como un consejo, inquisidora Lilith —respondió Gaunt, y salió.

Desanduvieron juntos el camino a través de los salones de la hexatedral. El ciclo nocturno estaba llegando a su fin, y las plegarias y ofertas matinales se elevaban en las capillas y cámaras llenas de eco que los rodeaban. El incienso y el canto llano poblaban el aire.

—Bien hecho. Lamento que hayas tenido que pasar por eso.

—Pensó que me cogería, ¿no es cierto? —preguntó Milo.

—Nunca dudé de tu buena fe y tu honestidad, Brin; pero siempre me ha preocupado tu don para anticiparte a las cosas. Desde siempre he temido que alguien se fijara en ello y nos causara problemas.

—Pero ¿me habría disparado, señor?

—¿Dispararte? —preguntó Gaunt, deteniéndose.

—Si lo hubiera dejado en mal lugar y hubiera metido en líos a los Fantasmas; si hubiera sido… lo que ella creía que era.

—¡Ah! —reanudaron la marcha—, sí, lo habría hecho. Me hubiera visto obligado.

Milo se encogió de hombros.

—Sabía que diría eso —murmuró.



ONCE
CIERTO PROPÓSITO OSCURO Y SECRETO

Gaunt se despertó y recordó que había estado soñando con Tanith. No era que eso tuviera nada de raro, ya que las visiones sobre la caída de aquel mundo aparecían con regularidad en sus sueños. Pero en esa ocasión, por primera vez, le pareció que había estado soñando con el mundo tal como había sido: vivo, floreciente, próspero.

El sueño le causó desasosiego y se hubiera quedado pensando en ello de haber tenido tiempo. Sin embargo, se acordó de que algo urgente lo había despertado. Fuera, la penumbra que precedía al amanecer en Monthax estaba erizada de gritos y alarmas, y del distante e inquietante sonido de la guerra. Alguien golpeaba a la puerta del centro de mando. Gaunt pudo oír la voz insistente de Milo.

Se calzó las botas y salió. El fresco aire de la mañana almidonó el sudor de la noche que empapaba su ajustada camiseta y sus pantalones. Parpadeó ante el frío resplandor y espantó a un molesto insecto mientras escuchaba a medias los apresurados informes de Milo y leía, también a medias, los textos impresos del transmisor de voz y las placas de datos que el chico le entregaba. Los ojos de Gaunt se volvieron hacia occidente. Unos destellos rosados y ámbar iluminaban las bajas nubes nocturnas hacia el oeste, como un falso amanecer, atravesado de vez en cuando por el breve relámpago blanco de una carga, o por los destellos más brillantes y más blancos de alguna poderosa arma accionada por batería energética.

Gaunt no necesitó ni las palabras de Milo ni los comunicados impresos para saber que la ofensiva final había empezado por fin. El enemigo avanzaba con toda su fuerza.

Ordenó a los jefes de pelotón que prepararan a sus hombres, aunque la mayoría ya

habían empezado a hacerlo, y convocó a los oficiales de mayor rango a una reunión táctica en el centro de mando. Por último, envió a Milo a buscar su gorra, su chaqueta y sus armas.

En menos de diez minutos, Corbec trajo a Rawne, Lerod, Mkoll, Varl y los demás oficiales al centro donde Gaunt se encontraba ya vestido y extendía los comunicados sobre la mesa de campo. No hubo preliminares.

—El reconocimiento orbital y las exploraciones de avanzada han mostrado una columna masiva, singular, del Caos, que avanza atravesando el territorio hacia el oeste.

—¿Objetivo? —preguntó Corbec.

Gaunt se encogió de hombros. Era un gesto desalentador en alguien por lo general, tan seguro de sí mismo.

—Impreciso, coronel. Llevamos días esperando el asalto final, pero éste no parece centrar sus fuerzas sobre nuestras posiciones. Los primeros informes demuestran que el enemigo se ha abierto camino (en realidad, ha arrasado) entre un batallón de lanceros de Kaylen. Pero tengo para mí que es sólo porque los lanceros estaban en su camino. Es como si nuestro enemigo tuviera otro objetivo, uno que están decididos a conseguir. Uno que no conocemos.

Mkoll pasaba revista a los mapas cuidadosamente. Había explorado la zona en cuestión y había levantado mapas muy minuciosos durante toda la semana anterior. Su mente, de gran agudeza táctica, tampoco veía un propósito evidente en aquel asalto. Así lo dijo.

—¿Podría equivocarse el Servicio de Inteligencia del enemigo? —preguntó Varl —. Es posible que hayan apostado por posiciones que creen que ocupamos nosotros.

—Lo dudo —respondió Mkoll—. Siempre han parecido bien informados hasta ahora. Con todo, es una posibilidad, y de ser cierto habrán dedicado gran parte de sus fuerzas a un error.

—Si es un error, lo aprovecharemos. Si tienen algún propósito oscuro y secreto, bueno, no nos haremos ningún favor si nos quedamos esperando a saber cuál es.

Gaunt hizo una pausa y se rascó el mentón, pensativo.

—Además —continuó—, nuestras órdenes son claras. El general Thoth quiere que nos incorporemos a la lucha en cuanto estemos listos. Órdenes del propio general militar Bulledin. Los de Tanith seremos una rama del contraataque. Más de sesenta mil hombres de distintos regimientos van a desplegarse contra el enemigo. Debido a la orientación peculiar, por no decir confusa, de su avance, los atacaremos de lado. Los Fantasmas cubrirán una saliente de unos nueve kilómetros de largo. —Gaunt señaló el área del nuevo frente en el mapa, trazando unos pequeños símbolos rúnicos sobre el cristal con su lápiz de cera—. No quiero parecer excesivamente confiado, pero si se han presentado ante nosotros de lado por error, o si están marchando contra

otra cosa, deberíamos ser capaces de hacerles mucho daño en el flanco. Thoth ha pedido una fuerte acometida, lo que los amados y devotos Capítulos gustan de llamar una misión de exterminio. Los atacaremos por el flanco y trataremos, por todos los medios, de dividir la columna y aislar partes de la misma.

—Perdóneme, comisario. —El tono sibilante de Rawne se propagó por la humedad cerrada del centro como una brisa helada—. Los de Tanith no son tropas pesadas. ¿Actuar como fuerza de choque sin medir nuestras fuerzas? ¡Por Feth!, nos van a matar a todos.

—Correcto, mayor. —Gaunt clavó al hombre con la mirada—. Thoth ha dado a los comandantes de regimiento cierta discreción. No olvidemos la profundidad de la cubierta del suelo y la jungla que hay ahí afuera. Los Fantasmas todavía pueden valerse de su sigilo y de su astucia para acercarse, para meterse entre ellos si es necesario. No los voy a enviar en masa. Los Fantasmas se desplegarán por pelotones, pequeñas unidades esparcidas para aproximarse al enemigo sin ser vistas a través de los pantanos. Creo que de esa manera podremos actuar con tanta seguridad como un ataque masivo de la infantería pesada.

La reunión informativa había terminado. Lo único que faltaba era determinar el orden y la posición de los pelotones. Los oficiales fueron saliendo uno tras otro.

Gaunt retuvo a Mkoll.

—En cuanto a eso de que puedan haber cometido un error, ¿no lo cree posible?

—Ya expliqué mis razones, señor —respondió Mkoll—. Es cierto que estas selvas son densas y uno puede perderse en ellas, y de eso nos aprovecharemos; pero no creo que hayan cometido un error. No, señor, van tras algo.

—¿Qué?

—No me gusta adivinar —dijo Mkoll, pero señaló al mapa.

Justo un poco desplazado del centro, en el medio de la zona señalada como nuevo frente, Gaunt vio lo que señalaba: una marca en el mapa que representaba la posición estimada de las ruinas prehumanas que Mkoll había descubierto en una exploración llevada a cabo unos cuantos días antes.

—No eché una verdadera mirada a aquello, una mirada de primera mano. Yo… no podría encontrarlo otra vez.

—¿Cómo? Repita eso.

—Lo vi desde cierta distancia cuando iba patrullando —dijo Mkoll encogiéndose de hombros—. Fue entonces cuando informé de ello, pero desde ese momento no he sido capaz de volver a encontrarlo. Los hombres piensan que fueron imaginaciones mías.

—Pero usted cree… —Gaunt dejó que el silencio y la expresión de Mkoll pusieran fin a la oración.

Gaunt empezó a rascar el cinturón de su bolter.

—Cuando entremos ahí, dé prioridad a evaluar debidamente esas ruinas. Encuéntrelas otra vez; es una prioridad. Que esto quede entre nosotros. Vuelva a informarme personalmente.

—Entendido, coronel-comisario. Para ser sincero, se ha convertido en una cuestión de honor. Yo sé que las vi.

—Yo le creo —lo tranquilizó Gaunt—. Por Feth, confío más en sus sentidos que en los míos. Adelante. Vamos a hacer lo que hemos venido a hacer.

Las murallas eran de piedra caliza, lisas, de un acabado perfecto, brillante. Rodeaban el Lugar Secreto como paredes de agua, como una sección cortada a pico en un profundo océano, como si algún poder sublime hubiera separado las aguas y hubiera dejado un lugar seco y oscuro para que él pudiera pasar sin que lo molestase la presión contenida de las aguas.

Él era viejo, pero no tanto como para que semejante idea no pudiera conmoverlo como la sensación de un mito más antiguo. En cierto modo, calentaba sus huesos moribundos. No lo inquietaba. Al contrario, le daba una poderosa tranquilidad, la de sintonizar con una leyenda ancestral como esa.

El Lugar Secreto era silencioso; lo único que se oía era el sonido distante de una campana que invitaba a la plegaria. Y más allá, muy lejos, un clamor amortiguado, muy lejos, como un dios eternamente inquieto, o el retumbar de una estrella profunda, prístina.

Con sus dedos largos y frágiles, liberados del guante de malla que colgaba de su guardamuñeca por su enganche de cuero y el acoplador de energía, el Anciano siguió los símbolos de oro inscritos en la piedra verde de las murallas inferiores. Cerró los ojos reales, los secos párpados legañosos, fuertemente, como si fueran cáscaras de nuez, y los obturadores de diafragma autosensibles de la óptica de su casco se cerraron de manera sincrónica.

Otro antiguo relato volvió a su memoria. Hacía tiempo, antes de que se llegara más allá de las estrellas, su especie sólo conocía un mundo, y conocía la estrella y los mundos hermanos que giraban a su alrededor sólo mediante lentes astronómicas que dirigían hacia el cielo. Luego, cuando el peso de los años se fue acumulando, lento y pesado como la deriva de los continentes, sus capacidades aumentaron y, lentamente, fueron sabiendo de otras estrellas, otros mundos, una galaxia. Y se dieron cuenta de que no estaban solos, de que no eran los únicos, sino uno entre una infinidad. Y aquellas otras luces los atrajeron, y como podían hacerlo, volaron hacia ellas.

Eso parecía entonces, un eco. El Anciano había estado solo durante mucho tiempo, consciente únicamente de las contadas vidas que giraban alrededor de la suya en el Lugar Secreto, las vidas de los devotos de su especie. Luego, en la negrura exterior empezaron a emerger otras luces y a revelarse a su mente: unas cuantas al

principio, luego docenas de ellas, miles, legiones.

La mente del Anciano era un aparato terriblemente poderoso. A medida que fueron apareciendo con lentitud cientos de miles de luces vitales y empezaron a congregarse sobre ese lugar, le pareció que constelaciones enteras se iban formando y cobraban realidad. Y había tantas de esas luces vitales que eran oscuras y sucias.

El tiempo corría en su contra y en la de su especie. Detestaba la urgencia, porque la prisa era algo de lo que su larga, cuidadosa vida, se había liberado. Pero entonces le quedaba un tiempo corto y precioso; apenas un latido, según su vara de medir. Y tendría que usar hasta su última pulsación para conseguir el objetivo.

Su mente ya había puesto las cosas en movimiento. Ya se había sacudido los sueños y había dejado que su rica imaginación se plegase por todo el lugar como una capa. Simples engaños, como los que normalmente engañarían a los cerebros inferiores de las otras razas, se habían puesto ya en marcha.

No serían suficientes.

El Anciano suspiró. Había terminado en esto: un sacrificio, uno que sabía que un día pondría fin a su larga vida. Tal vez, había sido la mismísima razón de su nacimiento.

Estaba preparado. Al menos cuando le llegara el turno, pasaría a formar parte de una nueva leyenda.

Bajo la espesura húmeda de los árboles y las plantas trepadoras, el tercer pelotón bordeaba las zanjas y las cenagosas orillas de los pantanos, acercándose cada vez más a la atronadora guerra que se libraba al oeste. Entonces el amanecer se cernía sobre ellos, y los rayos fríos e implacables del sol atravesaban las frondas.

El tercer pelotón era el de Rawne. Tenían asignado a Larkin, de la unidad de Corbec, porque el francotirador de Rawne estaba ocupado en dejarse las tripas, presa de la fiebre, en un cubo de latón de la enfermería. Las moscas de la sangre y unos diminutos insectos picadores que se amontonaban como una neblina habían empezado a propagar la enfermedad y la infección por las filas. Dorden se había preparado para recibir a los heridos, pero de repente se había encontrado con la enfermería llena de enfermos.

Milo marchaba también con el pelotón de Rawne. El chico no estaba seguro de quién odiaba más su presencia allí, si Rawne o él mismo. Justo antes del despliegue, Gaunt había llamado a Milo a un lado y le había dado instrucciones de acompañar el avance del mayor.

—Si alguien va a sacar provecho de tus alentadoras gaitas va a ser el tercero —había dicho el comisario—. Si alguna sección va a abrir camino, va a ser esa. Te quiero allí para animarlos a avanzar, o al menos para comunicármelo en caso de que flaqueen.

Milo se hubiera negado de no ser por la expresión que vio en los ojos de Gaunt. Esa era una cuestión de confianza, una sutil responsabilidad de mando. Gaunt le estaba encargando que vigilase al tercero desde dentro. Además, entonces tenía un rifle láser y una insignia en el hombro, y el francotirador de Rawne no había sido el único hombre del tercero que había caído enfermo.

—¡Mantén el paso! —le susurró Feygor a Milo mientras avanzaban entre la vegetación. Milo asintió mientras se mordía la lengua para no soltar un juramento.

Sabía que se estaba moviendo con más rapidez y sigilo que muchos de los hombres de Rawne. También sabía que se había ajustado el correaje y había aplicado la pintura de camuflaje mejor que cualquiera de ellos. Colm Corbec se había tomado el tiempo necesario para enseñarle.

Pero también sabía que ya no era un extraño, un gaitero, una mascota. Era un Fantasma, y como tal, obedecería las órdenes de sus superiores, aunque fueran hombres peligrosos, traicioneros.

Con el explorador de Rawne, Logris, en la vanguardia, los diez hombres se infiltraron entre los lodazales y la espesura de la jungla de Monthax. Milo se encontró detrás de Caffran, el único soldado de aquel pelotón que le caía bien, o el único en quien confiaba.

Rawne hizo que se detuvieran en una depresión llena de hierbas y de cieno que olía a vegetación podrida, mientras Logris y Feygor avanzaban con cautela para un reconocimiento del terreno. Unas mosquitas se arremolinaban como polvo encima de ellos.

Caffran, con el rostro rayado por la pintura de camuflaje, se volvió hacia Milo y ajustó suavemente las correas del arma del chico, como un hermano mayor que cuidase de otro más pequeño.

—Ya has visto acción, ¿no es cierto? —le susurró Caffran—. Esto no es nada nuevo.

—Sí, pero no así —respondió Milo con un encogimiento de hombros—, no como un soldado.

Caffran sonrió.

—Lo harás bien.

Desde el otro lado del agua argéntea, Larkin, en su posición, los observaba, casi fundido con la red de raíces de un mangle. Sabía que Caffran y el gaitero nunca habían sido amigos hasta entonces. Había oído a Caffran hablar de ello. Aunque sólo había poco más de dos años de diferencia entre ellos, el chico hacía que Caffran se sintiera incómodo, ya que le recordaba demasiado a su hogar. En ese momento, eso parecía olvidado, y Larkin se alegraba. Era como si tener a Milo en su compañía le hubiera dado a Caffran un motivo: un novicio, un hermano pequeño, alguien más joven que el más joven de los Fantasmas para que pudiera cuidar de él.

Caffran también lo sentía. Ya no desdeñaba a Brin Milo. El soldado Milo era entonces uno de ellos. Era como…, como estar otra vez en casa. Caffran no podía comprender por qué había evitado al chico de esa manera. Todos estaban metidos en eso. Al fin y al cabo, todos eran de Tanith. Además, si Gaunt había considerado adecuado proteger a Milo durante todo ese tiempo, Caffran tampoco estaba dispuesto a dejar que le pasara algo al chico.

Rawne esperaba al borde de la zanja el regreso de Logris y Feygor. Sus ojos eran unos diamantes feroces, con centros oscuros y duros, que centelleaban en medio de una banda de pintura de camuflaje que le cruzaba la cara. Había algo terriblemente familiar en esa situación, lo sentía en la médula de los huesos. Pronto empezaría la matanza.

Unas espátulas pasaron aleteando junto a ellos. Mkoll se volvió hacia Domor y se colgó el arma.

—¿Señor? —preguntó Domor en voz baja.

—Hazlos avanzar, Domor —dijo Mkoll.

—¿Yo?

—¿Estás en condiciones de hacerlo?

Domor dijo un «sí» acompañado de un encogimiento de hombros, mientras los anillos de sus ojos biónicos zumbaban al tratar de reproducir la expresión burlona que hubieran adoptado sus ojos auténticos.

—Necesito avanzar para explorar. Tengo que hacerlo solo. Tú dirige al noveno detrás de mí.

—Pero…

—A Gaunt no le importará. Ya he hablado con él. —Mkoll dio una palmadita al auricular de su intercomunicador y, en voz baja, dijo al pelotón que entonces Domor estaba al mando—. Seguidlo como me seguiríais a mí —les ordenó.

Se volvió hacia Domor.

—Esto es importante. Podría ser una cuestión de vida o muerte para nosotros. ¿De acuerdo?

Domor asintió.

—Por Tanith —dijo.

—Por Tanith, como si siguiera vivo.

Un instante después, Mkoll se había marchado; desapareció como un rumor entre la vegetación jugosa, hinchada, cargada de agua.

—Formad detrás de mí y reanudad el avance —susurró Domor por su microtransmisor, y el noveno pelotón retomó la formación y reanudó la marcha.

Bajo la sombra de grandes árboles de aceite de olor dulzón, el pelotón de Corbec, el segundo, avanzaba hacia una zona de pantanos y de ciénagas. El coronel echaba de menos a Larkin, pero tenía a Merrt, un tirador insuperable, de modo que hubiera sido ridículo quejarse.

«Por Feth —pensaba Corbec—, tanto tiempo volviéndome loco con la charla y las tonterías de Lark, y ahora resulta que me gustaría que estuviera aquí».

Frente a ellos, las ciénagas se ampliaban formando una laguna. Las aguas quietas estaban cubiertas de una hierba rojiza, entre la que asomaban trozos de madera podrida y raíces. Corbec hizo avanzar al segundo detrás de sí. El agua, que les llegaba hasta el muslo, dejaba una película aceitosa sobre sus pantalones de faena. Corbec levantó más el arma.

—¡Ahí arriba! —susurró Merrt por el intercomunicador.

A lo largo de la orilla más lejana de la laguna, Corbec pudo ver unas formas: eran figuras en movimiento.

—¿Son de los nuestros? —preguntó Merrt.

—Sólo Varl podría ser lo bastante tonto como para poner su pelotón delante del nuestro, y él está en el borde oriental. No. Adelante.

Corbec puso el rifle en posición de fuego y oyó el chasquido de otros nueve mecanismos de seguridad.

—¡Por Tanith! ¡Por el Emperador! ¡Por nosotros! —bramó.

El fuego de los láseres sobrevoló el agua de la laguna, y las figuras que había al otro lado cayeron y se pusieron en guardia. Algunas cayeron al agua, boca abajo; otras se pusieron de rodillas, buscando cobertura entre las raíces de los árboles de la orilla, y contraatacaron. Los disparos de láser hacían eco y volvían atravesando el curso de agua. Los bolters, más bajos, abrían surcos atravesando el agua. Otros levantaban vapor al golpear en el líquido, o hacían estallar la corteza en descomposición.

Algunos daban en carne, o atravesaban las armaduras, y las figuras caían sobre la orilla distante, resbalando hacia el agua o quedando enganchadas entre las raíces. Merrt hizo tres disparos perfectos a la cabeza antes de que una bala perdida le diera en la boca y cayera, boca abajo, borboteando sangre, en la rezumante laguna.

Corbec bramó por el microtransmisor que habían hecho contacto y que iban a entrar en combate. A continuación, puso su rifle láser en modo automático y se lanzó al agua con el dedo fijo en el gatillo.

Uno por Merrt. Dos, tres, cuatro. No era suficiente. Ni el doble habría sido suficiente.

—¡El segundo pelotón ha entrado en combate! —informó a Gaunt de inmediato el oficial de comunicaciones Raglon.

—¡Adelante! —ordenó Gaunt, urgiendo a los hombres del Primero que avanzaban por el pantano con el agua hasta la barbilla.

Llevaba la espada sierra encendida en la mano. Podían oír el cercano tiroteo, más áspero e inmediato que el ruido atronador y distante de la misteriosa guerra a la que se acercaban: el pelotón de Corbec combatía y disparaba, pero la fuente era inespecífica, remota. Gaunt maldijo la espesura y los falsos ecos de los pantanos. ¿Por qué tenía que ser este lugar tan increíblemente confuso?

El fuego de láser escupía a través de los pantanos contra el primer pelotón. Lowen cayó, ardiendo sin llama. También cayó Raglon, con un boquete en la mejilla. Gaunt echó mano del oficial de comunicaciones, lo puso en pie y lo llevó a cubierto detrás de una gruesa raíz.

—¿Está bien?

—Sobreviviré —respondió Raglon, dándose unos toques con una torunda impregnada en desinfectante.

El fuego del enemigo era demasiado intenso como para cargar contra él. Gaunt puso a su pelotón a cubierto y empezaron a devolver el fuego con minuciosa precisión. Lanzaban descargas de láser por el embudo que formaba la ciénaga, y las salvas que les respondían llegaban desenfocadas, desviadas. Gaunt podía ver la posición del enemigo por los fogonazos de sus armas. Estaban mal colocados y poco espaciados.

Trató de arengar a sus hombres, buscando una orden que los enardeciera.

—Primer pelotón…, como lo que sois: ¡los primeros y los únicos! ¡Aniquiladlos!

Eso bastaría; era seguro que sí.

El tercer pelotón se quedó inmóvil; en parte, por un gesto de la mano de Rawne y, en parte, por el repentino ruido de lucha que llegaba desde otros puntos de las ciénagas. Se echaron cuerpo a tierra entre las verdes y oscuras sombras de la fronda, con los ojos blancos destacados en la pintura de camuflaje y pendientes de cada sonido por ínfimo que fuera. Feygor se secó una gota de sudor que le resbalaba por la mejilla. Larkin hizo una barrida con su rifle personalizado, examinando los árboles que los rodeaban con la mira nocturna. Wheln se mordió el labio inferior; le brillaban los ojos. Caffran estaba quieto como una estatua y tenía el rifle preparado.

—A la izquierda —murmuró Rawne, señalando con un dedo—. Allí se combate. A no más de doscientos metros.

Justo detrás de él, Milo señaló hacia la derecha.

—Y a la derecha, señor; un poco más lejos —dijo en un susurro.

Feygor estuvo a punto de acallar su atrevimiento de un fuerte puñetazo, sin embargo, Rawne levantó una mano y asintió, escuchando.

—Buen oído, chico. Tiene razón. Los ecos confunden, pero hay un segundo frente.

—Entonces, todo alrededor… ¿Cuándo nos toca a nosotros? —añadió Feygor en voz apenas audible.

Rawne pudo sentir la irritada impaciencia de Feygor. La espera, la maldita anticipación, muchas veces era más peligrosa que la propia lucha.

—No tardaremos mucho.

Rawne sacó su cuchillo de plata, «el de Gaunt, a quien el Emperador confunda», con el brillo apagado con hollín, y lo introdujo bajo el cañón del rifle láser. Sus hombres también colocaron los suyos a modo de bayonetas.

—Mantengamos el silencio y la sorpresa todo el tiempo que podamos —les dijo Rawne, indicándoles que avanzaran.

Se oía el ruido del agua al caer y casi tapaba el sonido amortiguado de la lucha que se desarrollaba en otra parte, aunque no el del distante bombardeo pesado de la artillería.

Mkoll siguió un saliente de las rocas cubierto de líquenes negros y rodeó un estanque en medio de las espesas sombras. Un torrente de agua resbalaba de un afloramiento rocoso cubierto de moho a unos treinta metros de altura, alimentando el estanque. El lugar estaba tan húmedo y oscuro como una noche de verano.

Mkoll oyó un ruido, un desplazamiento de piedras en lo alto de la catarata. No había nada con que cubrirse, de modo que, sin dudarlo, se dejó caer desde el borde hasta el agua y se hundió hasta el cuello mientras sostenía su rifle láser con una mano a la altura de la oreja, apenas por encima de la superficie del agua. Con fluida precisión, se deslizó bajo la sombra de la roca y se ocultó detrás de la espuma del agua que caía.

A lo largo de la roca que había por encima de él, se movían unas sombras. Quince, quizá veinte guerreros. Le llegó su olor: el hedor acre, rancio, de algo apenas humano. Oyó voces amortiguadas, contenidas, que se cruzaban por los intercomunicadores del casco; hablaban un idioma que dio gracias de no entender. Mkoll sintió que, involuntariamente, se le revolvían las tripas. No era miedo al enemigo ni a la muerte: era miedo a lo que era el enemigo, a su abominable naturaleza.

En torno a él, el agua parecía un cristal helado. Se le estaban entumeciendo los miembros; sin embargo, un sudor caliente le corría por la cara. Luego, se fueron.

Mkoll esperó sus buenos dos minutos para asegurarse. Luego, salió del agua y avanzó sigilosamente en la dirección por la cual había llegado el enemigo.

El pelotón séptimo salió de un denso bosquecillo a la repentina luz del sol y al aún más repentino fuego del enemigo. Tres de los hombres del sargento Lerod habían caído ya antes de que éste tuviera tiempo de ordenar la formación y el contraataque. El fuego del enemigo barría los árboles que los rodeaban, pulverizaba la corteza y el follaje, y los reducía a pulpa y astillas. El enemigo tenía por lo menos dos pistolas primitivas y una docena de armas láser a cubierto, al otro lado del estrecho riachuelo.

Lerod gritó sus órdenes en medio de los destellos sibilantes del fuego cruzado, retrocediendo y disparando desde la cadera donde el arma estaba en modo automático. Dos de sus hombres se encontraban a cubierto y disparaban con contundencia. Otros trataban de encontrar un escondite. Targin, el operador de radio, recibió dos disparos en la espalda y cayó de lado, con el cuerpo convulsionado como una marioneta, entre una mata de plantas trepadoras.

Una descarga de láser alcanzó a Lerod en el muslo. Cayó de rodillas, impotente, y luego, boca abajo, disparó, desesperado, hacia los árboles. Sus disparos azarosos dieron contra algo, tal vez la fuente de alimentación de un arma, y un hormigueo de llamas surgió en la otra orilla, despojando a los árboles del follaje y lanzando al aire dos cuerpos ennegrecidos, que fueron a caer en el riachuelo. Identificando a Lerod como la causa de esta pequeña victoria, los artilleros ocultos lanzaron una andanada de fuego a ras de tierra hacia donde él estaba tendido.

Los vio en una décima de segundo: la doble línea de feroces balas trazadoras se abría camino por la capa de marga y amenazaba con hacerlo papilla y fundirlo con el suelo. No podía hacer nada…, no tenía tiempo. Cerró los ojos.

Lerod los volvió a abrir. Por algún milagro, las dos líneas de fuego habían errado; pasaron a uno y otro lado de su cuerpo pegado al suelo.

Empezó a reírse ante lo descabellado de la situación y, rodando, se refugió bajo unos árboles que había a unos cuantos metros a la izquierda, exhortando a los supervivientes de la compañía con renovado vigor para que contraatacaran con toda contundencia. El júbilo lo invadía, como le había sucedido en los Campos Fundadores cercanos a Tanith Magna, antes de la pérdida. Nunca había pensado en volver a sentir lo mismo.

Con amargo resentimiento, Corbec hizo retroceder al segundo desde la laguna donde los estaban acosando. El enemigo los superaba con su armamento y estaban parcialmente rodeados. Los de Tanith se replegaron, rápida y silenciosamente, hacia los árboles, y dejaron tras de sí una estela de minas y granadas.

Una rápida comunicación por radio llevó al segundo hasta el primer pelotón y al propio Gaunt, apostado a lo largo de un ancho riachuelo.

—¡Salen como moscas! —le gritó Corbec a Gaunt mientras sus hombres

reforzaban al primer pelotón—. ¡Se cuentan por miles, y son decididos!

Gaunt asintió. Hizo avanzar a sus hombres un metro cada vez; trataba de superar al enemigo para arrebatarle el dominio de la otra orilla.

Se oyeron explosiones a través de los árboles en la dirección del repliegue de Corbec; el enemigo, en su avance, había pisado las primeras minas. Gaunt profirió un juramento. Se suponía que ese terreno debía dar a los Fantasmas la ventaja de su dominio del sigilo, pero el enemigo estaba por todas partes, como si anduviera confundido y avanzara sin un rumbo fijo. Y aunque eso significaba que no tenían un plan que los cohesionara, también significaba que las fuerzas enemigas, que los superaban en número, estaban diseminadas, eran impredecibles y los rodeaban.

Raglon estaba a cubierto, disparando, y Gaunt se deslizó detrás de él haciendo una seña a Corbec. Este corrió por campo abierto, con la túnica y la cara salpicadas por la pulpa y la savia de las hojas pulverizadas. Se parecía al Viejo de los Bosques del tradicional Festival de las Hojas que se celebraba allá en Tanith, don…

Gaunt se quedó de piedra, sorprendido y confuso. ¿Allá en Tanith? ¿Qué extraña broma le estaba gastando su imaginación? Él jamás había oído hablar de un Festival de las Hojas; sin embargo, parecía haber brotado de su memoria como si fuera real. Por un momento, pudo incluso oler los dulces frutos del nal asándose en los hornos de carbón.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó Corbec, tratando de acomodar su corpachón a la escasa cobertura mientras las descargas de láser silbaban en torno a ellos.

Gaunt sacudió la cabeza.

—Nada.

Sacó la placa de datos del bolsillo de su chaqueta de cuero y puso la clavija en el enchufe de la base de la radio que llevaba Raglon a la espalda. Luego, tecleó la contraseña en el pequeño teclado de runas, y la placa de datos empezó a desplegar información sobre la pizarra, directamente desde la base del comando Leviathan del general Thoth. Gaunt seleccionó un punto de vista táctico general para que él y Corbec pudieran hacerse cargo de cómo iban las cosas.

Los de Tanith se veían como una línea delgada, vulnerable y estática a lo largo del principal curso de agua. A ambos lados de ellos, regimientos más poderosos y unidades de artillería se iban abriendo paso, aunque también éstas lo hacían lentamente y con vacilaciones. Los de Volpone hacían presión desde el este, con apoyo masivo de la artillería, pero los pelotones sexto y decimosexto de Trynai estaban rodeados y los iban aniquilando poco a poco.

—Por Feth, que está mal la cosa… —musitó Corbec—. Toda nuestra acometida está parada.

—Tendremos que tratar de mejorar las cosas —replicó Gaunt, solemne y ocupado.

Giró el dial para enfocar una toma específica del difícil avance de los Fantasmas. Todos los pelotones estaban prácticamente detenidos, y la mayoría intercambiaba fuego con el enemigo. La unidad de Lerod llevaba la peor parte. Gaunt observó que la de Rawne, hasta el momento, se había librado.

—¿Habrán tenido tanta suerte? —aventuró Corbec.

—¿O es que se están manteniendo al margen? —se preguntó Gaunt en voz alta.

El tercero avanzaba lentamente, sorteando un profundo estanque escondido, alimentado por un salto de agua que caía de una formación rocosa cubierta de musgo. Rawne dividió el pelotón y los hizo avanzar por uno y otro lado del agua.

Feygor hizo un alto para recoger algo y se lo mostró al mayor. Era una célula de un rifle láser, pero no de un arma imperial.

—Han pasado por aquí.

—¡Y no los hemos visto! —dijo Rawne maldiciendo—. ¡Que Feth se trague esta maldita selva! ¡Estamos entre ellos y no podemos verlos!

Del otro lado del estanque, Milo hizo una pausa y se volvió hacia Caffran.

—¿Reconoces ese olor? —susurró.

—¿Barro? ¿Agua estancada? ¿Polen? —preguntó Caffran olfateando el aire.

—Esta selva no huele como antes. Casi diría que huele a… madera de nal. —Milo se frotó la nariz, como si no se fiase de ella.

Caffran estuvo a punto de echarse a reír, pero se dio cuenta de que él olía lo mismo. Era sorprendente, casi apabullante; lo invadió la nostalgia. El aire olía realmente a las jugosas coníferas de Tanith. Entonces, reparó en que los árboles y el follaje que los rodeaban eran más oscuros, mucho más parecidos a los bosques húmedos de su perdida patria. No había nada que hiciese recordar a la jungla maloliente, hormigueante, que habían frecuentado desde su llegada a Monthax.

—Esto es una locura —dijo, estirando la mano y tocando uno de los árboles que le resultaban familiares.

Milo asintió. No sólo era una locura, sino que además daba miedo.

Desde la cobertura de algunos arbustos bajos en flor, ocupado en espantar a una nube de insectos, Mkoll vio abrirse un claro delante de él. Allí había tenido lugar un combate breve, pero encarnizado, apenas dos horas antes. La tierra estaba revuelta, los árboles quemados y destrozados y se veían cadáveres chamuscados en el suelo.

Se acercó, agazapado, para echar una mirada. Los muertos eran soldados del Caos, armados hasta los dientes y ataviados con unos trajes de faena rojos y armaduras parciales de acero. Sus cascos tenían grabados unos símbolos y figuras tan espantosos que un sudor frío le corrió por todo el cuerpo, haciéndole volver la vista

hacia otra parte.

También habían caído otros, pero sus cuerpos no estaban. Ninguna unidad imperial había llegado tan lejos. En Monthax había otra fuerza combatiente. Mkoll examinó las heridas de los caídos. Aquí y allá, un casco o un peto de metal habían sido atravesados, no por una descarga de energía ni por una granada, sino por algo aguzado y limpio, que había atravesado sin dificultad la aleación metálica. En un tronco de árbol, detrás de un cadáver, Mkoll encontró clavado un misil, una estrella de metal terriblemente afilada, con puntas como cuchillas de barbero.

Con un suspiro hondo y prolongado que salió como un silbido por la boquilla de su armadura, el Anciano se recostó en su asiento de piedra en el centro del Lugar Secreto.

Como una araña en el corazón de una compleja red, tendió los tentáculos de su mente y examinó las ramificaciones de su red de engaños, el manto de confusión que había tendido a su alrededor, los enlaces en todas direcciones. Por ahora, servía a su propósito. Estudió las mentes capturadas en la red: tantas de ellas crueles y brutales, rezumando el veneno del Caos; las otras, breves destellos humanos. Los del Imperio también habían caído, se dio cuenta, al venir para probar sus fuerzas contra el Caos mientras avanzaban. Vio sangrientos combates; un valor primitivo. Los humanos siempre lo sorprendían en ese sentido: unas vidas tan cortas, agotadas con tanta vehemencia. Su valor hubiera sido admirable de no haber sido tan inútil.

Sin embargo, tal vez pudiera valerse de eso. Establecer alianzas era impensable, pero podría aprovechar todo el tiempo que pudiera ganar, y esos humanos del Imperio, tan tenaces, con su necesidad implacable de luchar y ganar, podrían ayudarlo en eso.

Ya le había pasado el tiempo de hacer su última jugada. Manipularía a los humanos, aprovechando el poco bien que pudieran reportarle, haciéndolos intervenir en el juego. Sería una última prueba.

Muon Nol, el Vengador Implacable, jefe de su guardia personal, entró en el Lugar Secreto al llamarlo el Anciano mentalmente. Sostenía su gran yelmo de cresta blanca bajo un brazo, con la pluma roja perfectamente arreglada y su armadura azul opalescente resplandeciente con sus salpicaduras de oro, como el corazón de una estrella que se va enfriando. Los galones con borlas de su esclavina le colgaban hasta la cintura y cubrían las armas que llevaba bien sujetas a la espalda. Sus ojos nobles, vetustos, estudiaron al Anciano. En su rostro alargado y solemne se reflejaba la fatiga.

—Muon Nol, ¿cómo van las cosas?

—El Camino está abierto, señor.

—Y debe cerrarse. ¿Cuánto tiempo más?

Muon Nol bajó la vista al reluciente piso de mármol, donde se reflejaba el brillo de su armadura azul.

—Han partido todos menos la guardia personal. El Cierre de la Puerta ya ha empezado. Pasará poco tiempo antes de que hayamos terminado.

—Puede ser que un poco más para nosotros, Muon Nol. No para el enemigo. Para ellos, más que suficiente, me temo. No hay tiempo para cerrarla debidamente ahora. Debemos hacer un corte.

—¡Señor!

El Anciano levantó la mano, la que no llevaba guante. A la vista de aquellos dedos ancianos, casi traslúcidos por el desgaste de la edad, se silenciaron las protestas de Muon Nol.

—No es así como lo habríamos querido, Muon Nol, pero ahora no podemos hacer otra cosa. Dolthe debe ser protegido. Ahora haré como te he dicho y dedicaré mis reservas finales a la última táctica dilatoria.

Muon Nol cayó de rodillas ante la figura sentada y bajó la cabeza.

—¡Que hayamos tenido que llegar a esto, lord Eon Kull!

Eon Kull, el Anciano, se recostó en su trono con una media sonrisa.

—Yo soy este Camino, Muon Nol. Ha sido mi cometido y mi misión durante todas estas medidas de tiempo. El Camino y yo somos uno. Y ahora debe cerrarse para siempre, debe hacerse, y lo único correcto es que el libro de mi vida se cierre con él. Es adecuado y necesario. Yo no lo veo como un fracaso ni como una pérdida, y tú tampoco debes considerarlo así.

Lord Eon Kull cierra su Camino por última vez. Lord Eon Kull desaparecerá con él.

Muon Nol alzó la cabeza. ¿Eran lágrimas las que asomaban en sus ojos oscuros? Eon Kull pensó que tal vez no estuviesen fuera de lugar las lágrimas de su guerrero más fiel.

—Déjame ahora. Diles a tus guardias que se preparen para el trauma mental. Te llamaré otra vez cuando esté hecho para que podamos despedirnos.

El jefe de la guardia se puso de pie, dispuesto a marcharse.

—¿Muon Nol?

—¿Señor?

Eon Kull, el Anciano, levantó el arma del borde del asiento de piedra. Una luz tenue salió del largo y liso cañón de la buanna y fue a reflejarse en las incrustaciones de la empuñadura y de la hombrera. Uliowye, el Beso de las Aguzadas Estrellas, el arma de un adalid, preciosa y celebrada. En manos de Eon Kull había obtenido fabulosas victorias para Dolthe.

—Toma. Mantén tu posición cuando llegue el momento, y úsala bien.

—¡*Uliowye*… no puedo, señor, siempre ha sido vuestra!

—¡Si es mía, puedo darla, Muon Nol! *Uliowye* no se quedará dormida en esta importante transición. Debe besar al enemigo, al menos una vez más.

Muon Nol cogió reverentemente el cañón de la atronadora.

—No se quedará silenciosa, alto señor. Me hacéis un gran honor.

Eon Kull asintió y no dijo nada más. Indicó a Muon Nol que se marchara y abandonara el Lugar Secreto. El Anciano permaneció sentado un momento aún, sin pensar en nada más que en el silencio que sobrevendría. Luego, su mente volvió a despertar a los ruidos que se oían fuera de las murallas, las mentes que maquinaban y luchaban, mataban y morían en la profunda selva de Monthax que lo rodeaba.

Eon Kull se puso de pie y se alejó del trono. Se arrodilló en el suelo frío del Lugar Secreto y abrió el bolsillo decorado que llevaba en su cintura. El contenido produjo un ruido seco. Eon Kull, el brujo, lo arrojó sobre las piedras del suelo. Eran astillas de hueso, y en cada una de ellas, había grabada una runa de poder. Aunque la iluminación del lugar era tenue, brillaban como hielo al sol del mediodía, mientras él observaba la configuración que habían adoptado. Lentamente, con sus dedos desnudos, las fue revolviendo, formando intrincadas conjunciones, disponiendo algunas en pares, colocando otras runas solas o en pequeños grupos. La disposición era muy precisa.

Eon Kull se puso tenso al sentir la conmoción de la disformidad. Las runas psicorreactivas le daban acceso al poder desatado de los espacios disformes; actuaban como claves para abrir los cerrojos de su poderosa mente a la disformidad exterior.

Empezó a atraer y canalizar la fuerza de la disformidad a través de las llaves rúnicas. Entonces, su brillo se intensificó y empezaron a emitir un zumbido de energía. Su mente empezó a debatirse. Nunca antes había intentado canalizar semejantes niveles de poder.

No, eso no era cierto. En su juventud, cuando inició el Camino de la Magia, había realizado grandes hazañas, y entonces tenía menos runas. Con el correr de los siglos había ido acumulando conocimientos y técnicas; pero ya no era joven. Entonces tenía que hacer más esfuerzo para dominar el poder. Por solidaridad, las piedras espirituales incrustadas en su armadura rúnica parpadearon, lo mismo que las alineadas, por docenas, en los laterales del trono. Acudiendo desde las penumbras eternas a su llamada, las almas de otros adivinos y magos muertos hacía mucho tiempo, se unieron a él para guiarlo y para reforzar su poder.

Algunos de los espíritus más antiguos y más malhumorados lo increparon por intentar una hazaña de semejante magnitud. Otros lo ayudaron decididamente y acallaron las quejas de sus compañeros. La causa era simple y pura: Dolthe. Dolthe debía pervivir, y Eon Kull tenía razón en poner a prueba sus poderes para conseguirlo.

Un ruido detrás de él casi consiguió distraerlo, pero era *Fuehain Falchior* que

sentía en su boca el sabor de la batalla y se debatía en su soporte espectral.

—Estate quieta, espada hechicera —murmuró Eon Kull, volviendo a centrarse totalmente en la acción.

Entonces las runas brillaron aún con más fuerza. Algunas se estremecieron sobre el suelo, removiéndose como importunadas por un sacudimiento sísmico. Las piedras espirituales parpadearon y palpitaron. Eon Kull escudriñó la disformidad, y ésta se vertió en él. Allí germinó en poder, un ritmo vertiginoso y fecundo.

Su mano desnuda se cerró como una garra. Las venas se hincharon en su muñeca. En ese momento, el dolor se apozaba en su interior. Una sangre acuosa empezó a gotear de su nariz.

A pesar del dolor, se rio para sus adentros. A pesar de lo extraño, de lo amargo de todo eso, traería una victoria. O, al menos, por Dolthe y por su especie, esperaba que así fuera.

El cielo que se cernía sobre aquella parte de la región pantanosa de Monthax bramó y estalló. El cegador latigazo de los relámpagos restalló sobre cientos de lugares desde un cielo que hasta ese momento había lucido azul y despejado. Los troncos de los árboles estallaron bajo los mazazos eléctricos. Varios vehículos acorazados de la vanguardia imperial fueron alcanzados y destruidos. Un Hellhound Volpone, golpeado por un rayo, ardió como una antorcha al caer un relámpago en su depósito de combustible. En otro lugar, en un barranco, catorce cañones Basilisk autopropulsados, con sus largos cañones apuntados hacia el cielo y listos para bombardear, se convirtieron en conductores del rayo. Electrocutados, los artilleros danzaron y se contorsionaron, fundiéndose finalmente con los cascos candentes diez segundos antes de que la suma de las municiones convirtiese un kilómetro cuadrado de selva en una columna de energía y chatarra recalentada.

La onda de expansión sacudió al enorme Leviathan del mando imperial, de cien metros de altura, estacionado a dieciséis kilómetros de allí, y arrojó a la tripulación del puente sobre cubierta. El general Thoth saltó en su asiento al ver que sus múltiples pantallas y su principal visualización holográfica fallaban y se apagaban. A grandes voces, dio órdenes frenéticas en medio de la oscuridad.

Un tupido manto de lluvia sucedió a los relámpagos; eran murallas de agua fría, impropias de la estación, que arrebataron el tupido follaje a los árboles y a las vides de los pantanos, y los dejaron reducidos al puro tronco. Empapadas, las tropas imperiales se vieron rodeadas por cursos de agua súbitamente colmados por la afluencia de torrentes abundantes y rojos, y olvidaron la batalla.

El pelotón de Varl buscó refugio bajo unas rocas; rezaban y temblaban bajo la gélida lluvia. Las radios quedaron inutilizadas, y nadie era capaz de ver a más de un metro en cualquier dirección.

El miedo se apoderó de las Fuerzas Imperiales. El enemigo estaba perdido en la tormenta a lo largo de todo el frente. La artillería del Caos seguía disparando, pero sus ráfagas y andanadas parecían patéticas al lado de la conmoción elemental. Los miembros de la Guardia hablaban de una tormenta mágica, desatada por el Caos.

El pelotón de Lerod, o lo que quedaba de él, se replegaba bajo el tamborileo de la lluvia. Iban a ciegas y casi daban gracias por ese intervalo.

La mitad de los hombres del pelotón de Domor fueron arrastrados por un torrente. Dos de ellos se ahogaron.

Luego, en medio de la lluvia, se desató el granizo: piedras como puños cayeron hacia el oeste, rompiendo huesos y matando a diecinueve hombres de la falange de Volpone. Era tan fuerte que hacía mella en el blindaje de los tanques.

Encontrándose, de repente, hasta las rodillas en la corriente de fango líquido, el Primero y el Segundo de los Tanith se replegaron desde la laguna; Gaunt abría el camino y se cogía de los troncos y de las vides para mantenerse de pie. Corbec recogía a los extraviados, y llevaba a rastras al soldado Melk, que había perdido una rodilla.

—Por Feth, ¿qué es esto? —gritó Gaunt en medio de la lluvia.

Nadie tenía respuesta. «Brujería», pensaban todos.

Vientos con la potencia de un tifón se desataron en las lindes de la tormenta. La cobertura aérea imperial fue derribada al suelo, pero no antes de que dos Marauder hubieran sido destrozados en el aire y aplastados. Uno, despojado de sus estabilizadores y con los generadores de impulso chirriando, consiguió convertir su extinción en una victoria pírrica al aplastar a una línea de tanques del Caos atascados en un claro que, de repente, se había transformado en lago. Las enormes y múltiples explosiones se perdieron en el rugir de la tormenta.

Arrastrado por un torrente repentino, sorprendido por la fuerza del granizo y de la lluvia, Mkoll consiguió aferrarse a un mangle casi arrancado de raíz. Parpadeando para que el agua no le entrara en los ojos, vio cómo desaparecía su rifle láser, engullido por la espuma revuelta con restos vegetales. Sintió mucho la pérdida. Había tenido tanto cuidado en proteger ese rifle sencillo, estándar. No había ninguno mejor mantenido, mejor cuidado ni más limpio en el regimiento Tanith. Entonces salió disparado de su lado, y fue engullido por las aguas. Sin embargo, todavía estaba vivo, al menos mientras las raíces resistieran.

Rawne obligó al tercer pelotón a avanzar en medio del diluvio. Llevaban el pelo y los uniformes empapados y pegados al cuerpo. Vieron aparecer ante ellos un edificio, una estructura hecha de bloques de piedra labrada. A Rawne le resultó casi familiar. Sus órdenes imperiosas se perdieron en medio de los vientos huracanados.

Una rama desprendida y arrastrada por el viento y por la lluvia, que caía prácticamente horizontal, golpeó al soldado Logris en la garganta. Milo trató de

ayudarlo, pero era demasiado tarde. Se había roto el cuello, y su cabeza miraba totalmente hacia atrás. En cuestión de segundos, el vapuleado cuerpo fue engullido por los remolinos de barro.

Caffran aferró el brazo de Milo y lo arrastró entre la tormenta de lluvia y viento, y los remolinos de hojas, hasta el refugio de las ruinas de piedra. Rawne tiró de ellos para que se unieran a los otros miembros del pelotón: Feygor, Cown, Wheln, Mkendrik, Larkin y Cheffers. Pero Cheffers estaba muerto. No veían en él la señal de ninguna herida, hasta que Cown reparó en la sangre que salía de un pequeño corte en su garganta. Había algo que sobresalía de la herida. Era una hoja que, arrastrada de punta por el viento huracanado, se había clavado en la garganta de Cheffers y le había cortado la tráquea. Horrorizados, con la lluvia y el viento azotando implacables los bloques de piedra que había a sus espaldas, observaron que las túnicas y las capas habían sido destrozadas y hechas trizas por otros proyectiles foliares semejantes.

—¿Qué clase de tormenta es esta? —preguntó Caffran a voz en cuello para superar al rugido de la tormenta.

—Y por Feth, ¿de dónde salió tan de repente? —añadió Feygor.

Rawne no lo sabía. Todo había ido sobre ruedas hasta ese momento. El alistamiento en los Campos Fundadores, la preparación para el desembarco, y entonces, una tormenta como nunca había visto jamás en Tanith Magna.

—¡Podéis apostar a que es obra del enemigo! —gritó a sus hombres—. Un ataque por sorpresa para arrebatarnos Tanith. ¡Tened las armas preparadas!

Todos respondieron comprobando los rifles láser; todos, excepto Milo.

—Mayor, ¿qué acaba de decir?

Rawne miró al chico.

—¡Ya sé que éste es tu bautismo de fuego, gusano, pero trata de comportarte como un soldado! Acabas de llegar aquí, todavía tienes la humedad de las granjas de la provincia de Magna detrás de las orejas; pero ¡tienes que luchar!

Milo parpadeó. Daba la impresión de que el bramido de la tormenta al otro lado de los bloques de piedra que les servía de refugio lo había conmocionado. Rawne y los otros se habían vuelto locos. ¡Eso no era Tanith! Actuaban como si estuvieran en su tierra y…

Hizo un alto. La pared de piedra que tenía ante sus ojos era una sección sólida de basalto de Tanith, extraído de las canteras del Empalme de Pryze. La cima del Elector formaba parte de él. Conocía ese lugar: un corredor lateral a la salida de la principal fortificación occidental de la capital.

Pero…

Por un momento, Milo vaciló. Recordaba algo: un mundo moribundo, una pequeña hermandad de supervivientes…, fantasmas…, él tocando la gaita para animarlos.

Sólo había sido un sueño; «un mal sueño», reflexionó. Estaban alistándose en la Fundación de los regimientos Tanith, y el Caos había atacado su mundo. No tenían más opción que resistir y combatir, o morir. Y si ellos morían, también moriría Tanith.

La tormenta, una negra nube eléctrica arremolinada y furiosa de sesenta kilómetros de diámetro, mantenía su posición inamovible sobre el frente de batalla. Su potencia y su fuerza eran tales que ni siquiera los potentes cogitadores de la hexatedral *Santidad*, suspendida en su órbita, podían calcular la magnitud ni penetrar la cúpula de interferencia abrasadora que producía. Todas las Fuerzas Imperiales que todavía tenían cierta movilidad, las que todavía no habían sido barridas o no habían quedado atascadas, empezaron a retroceder hacia sus líneas, abriéndose camino como podían en condiciones tan adversas. Muchas unidades, la mayoría de ellas vehículos de combate blindados y pesados, fueron interceptadas o quedaron empantanadas, indefensas y aisladas de la columna de repliegue.

Nadie, ni siquiera los principales estrategas del general Thoth, eran capaces de adivinar el estado, la respuesta o la posición del enemigo al que se suponía que debían atacar. ¿Habrían quedado aislados también? ¿Acaso estaban igualmente perdidos? ¿O habrían sido arrastrados por el huracán? ¿O habían sido ellos quienes habían desatado la tormenta?

Muchos de los veteranos y oficiales del Imperio habían visto antes tormentas psíquicas, una de las armas favoritas del Caos para sembrar el pánico. Sin embargo, eso no era lo mismo. El aire no era pestilente, no olía a podredumbre infernal; no había en él esa pesadez que hacía que la piel se estremeciera, y las tripas se revolvieran, y las mentes desvariaran como cuando se tiene un mal sueño estando despierto.

Sólo era una furia titánica; un poder casi puro, elemental: una nada. No obstante, si podían leerla, la disformidad estaba allí. El sabor inconfundible de la disformidad.

A la inquisidora Lilith no le cabía la menor duda. Sus sentidos no tenían problema para detectar el frío poder psíquico que galvanizaba el diluvio. De hecho, todo lo que podía hacer era dejarlo fuera e impedir que aullara y gritara en su mente. Los rumores de que la brujería de los psíquicos perseguía a ese mundo eran ciertos, pero esa brujería tenía un poder y una claridad que no se parecían a nada de lo que había sentido antes.

Se desplazó bajo la intensa lluvia cubierta con una capa de cuero negro por la que resbalaba el agua, con la capucha echada. Miró fijamente la tormenta que rugía en el cielo a unas dos leguas de donde ella estaba. Su escolta de la guardia de honor marchaba tras ella. Podía sentir su nerviosismo y su renuencia a meterse en una zona de la que huían todas las demás unidades de la Guardia que estaban en su sano juicio.

Pero el general militar Bulledin les había ordenado acompañar a Lilith adondequiera que fuese, y temían más al general militar y a la inquisidora que a cualquier tormenta.

La escolta estaba formada por treinta soldados del 50.º Real de Volpone, los sangreazul. Llevaban la armadura gris y dorada, y los cascos de ala baja de los de Volpone, y unos impermeables que les caían lánguidamente de los hombros. Sus hombros y sus brazos se veían desmesurados, con la armadura de caparazón segmentada, y todos ellos iban armados con armas antiabominación de color negro mate, recién cargadas en los talleres de Leipaldo. Todos los hombres llevaban un águila imperial de color índigo brillante grabada sobre el hombro, lo que los identificaba como parte de la X Brigada Volpone, la élite del regimiento; sólo los mejores de los mejores para un inquisidor imperial. Con ellos venía un astrópata cubierto con un manto que pertenecía al personal de Lilith. Sufría convulsiones y se tambaleaba a cada descarga de la tormenta, y los soldados de Volpone trataban de mantenerse apartados de él.

El comandante del destacamento, el mayor Gilbear, se puso a la par de la inquisidora.

Tenía una expresión preocupada, pero proyectaba un asqueroso sentido de orgullo pomposo sobre esa misión. Lilith apenas podía mantenerlo fuera de su mente.

—¿Podéis describir nuestro objetivo y nuestro enfoque, mi señora inquisidora? —preguntó Gilbear usando el dialecto aristocrático formal de los más altos tribunales imperiales.

Lilith sabía que lo hacía, en parte, porque pretendía impresionarla y, en parte, para dejar bien clara su propia jerarquía. Era evidente que el corpulento Volpone quería hacer evidente que no era un soldado del montón. Como si fueran… iguales…

—Se lo haré saber en cuanto lo decida, mayor —le contestó en el gótico bajo directo y llano de la soldadesca. Sabía que era un insulto, pero quería que dejara de darse aires. No tenía tiempo para molestarse por él en ese momento.

Él asintió cortésmente, y ella sonrió al percibir la vibración de ira que irradiaba.

Cruzaron un torrente espumoso, de corriente poco profunda pero rápida, donde una docena de *Chimeras* de los excavadores de Roane luchaban por desatascarse. Unos soldados agitados, de aspecto fantasmal, se arremolinaban alrededor, gritando, maldiciendo y manipulando troncos de árbol para apalancar las unidades de tracción hundidas en el barro. Una llovizna fina desprendida del borde de la tormenta los azotaba y producía millones de impactos y ondas en el agua.

Del otro lado, el grupo de la inquisidora seguía la ribera en dirección al borde de la tormenta. Allí había desechos en el agua: equipamiento hecho trizas, cascos, ramas y hojas, y cuerpos de ahogados, todos ellos arrastrados corriente abajo por la inundación.

La inquisidora Lilith mandó hacer un alto en un claro, donde unos enormes

árboles caducifolios habían quedado reducidos a columnas ennegrecidas por los rayos. Un amasijo de pulpa de madera mezclada con hojas subía y bajaba por la tierra cenagosa. Lilith sacó una placa de datos y la revisó. Mostraba las posiciones de todas las Fuerzas Imperiales, de cada unidad, tal como habían quedado registradas antes de que se iniciara la tormenta. Un complejo mosaico de datos, con miles de componentes individuales, y que a un estratega experimentado le habría llevado horas evaluar. Sin embargo, ella ya había localizado el único elemento que le interesaba: el tercer pelotón de los Primeros de Tanith.

Mkoll logró llegar a terreno más alto, azotado por la lluvia y el viento. El cielo se veía negro, y estaba tan oscuro como si fuera de noche, pero no podía ajustar su visión nocturna debido a los frecuentes fogonazos de los relámpagos que lo cegaban. Además, los truenos casi constantes no le dejaban oír nada. En algunos lugares, los deslizamientos de terreno habían arrastrado parte de las tierras altas, y más de una vez había estado a punto de ser arrastrado por torrentadas de barro, que se desprendía y corría por la pendiente. La luz del siguiente relámpago le permitió entrever algo que lo hizo detenerse donde estaba, esperando a la siguiente descarga para confirmar lo que había visto.

Las ruinas. Las ruinas de las que había tenido una primera visión cuando iba patrullando y que tanto había tratado de volver a encontrar. No volvería a perderlas. Mkoll se quedó quieto y dejó que pasaran tres o cuatro relámpagos más para memorizar los elementos del paisaje, tanto los que estaban cerca como los lejanos que se le revelaban en fogonazos casi instantáneos.

El último de ellos le permitió ver también el movimiento.

Guerreros enemigos, en un nivel superior de la pendiente que dieron con él por casualidad en medio del diluvio. Cuando el mundo volvió a quedar a oscuras, dispararon hacia donde estaba, dibujando unas trayectorias rojas en medio la oscuridad y la lluvia. Mkoll se dejó caer de rodillas en el barro, tratando de aprovechar la pendiente para cubrirse todo lo posible contra los asesinos que bajaban desde lo alto de la colina.

Otro relámpago. Estaban más cerca. Eran seis o más; la mayoría de ellos sostenían las armas con una sola mano mientras que con la otra se aferraban a las plantas y a los salientes de la roca para no perder el equilibrio al bajar por la pendiente. En la oscuridad, aparecieron más fogonazos de disparos.

Mkoll sacó su pistola láser. Estaba ciego, pero los destellos rojos eran un foco en la oscuridad. Esperó nuevos disparos y luego respondió directamente a la fuente de los mismos.

A continuación, se desplazó hacia la izquierda para que no pudieran usar la misma treta con él. Fue una sabia medida, ya que la cresta cenagosa en la que se

había refugiado recibió cuatro ráfagas separadas de fuego enemigo. El barro hirviente formó burbujas que, inmediatamente, fueron eliminadas por la tumultuosa lluvia.

Más relámpagos. La breve visión le reveló a Mkoll la enorme figura de un soldado del Caos que tenía casi encima. O bien estaba tratando de llegar a la última posición de Mkoll, o bien se había deslizado por la traicionera pendiente de manera más rápida de lo que pretendía. A punto estuvieron de chocar.

Mkoll levantó su pistola láser y le disparó en pleno pecho, a bocajarro, antes de que pudiera reaccionar. El enemigo, un hediondo peso muerto envuelto en cadenas y cubierto con una armadura angular, oxidada, cayó contra Mkoll y lo derribó al suelo embarrado. Atrapado bajo el cadáver, Mkoll empezó a deslizarse pendiente abajo. Mkoll trató por todos los medios de zafarse de debajo del muerto. Entonces él y el cadáver se deslizaban por la cuesta a menos velocidad, cabeza abajo, sobre las espaldas, uno al lado del otro.

Mkoll giró para ponerse de rodillas y dos veces más resbaló antes de enderezarse debidamente. Estaba cubierto de barro y de limo, aunque la bofetada de la lluvia se lo lavó de los ojos. Tuvo la sensación de que se le había metido también en los oídos, porque estaba realmente sordo. ¿O acaso las detonaciones de los truenos, por fin, le habrían roto los tímpanos? El fuego de las armas buscaba su trayectoria, apuntando hacia su último disparo. Podía verlos como desgarros rojos en la lluvia, pero entonces eran silenciosos. Sólo tenía un zumbido bajo, constante en los oídos.

Bajó hasta llegar junto al cadáver. No había ni rastros de su arma principal, pero llevaba enganchada en el cinturón una antigua pistola láser. Se apoderó de ella. Era más larga y pesada, y mucho más ornamentada que la sencilla pistola estándar de la Guardia. La empuñadura en forma de pera estaba envuelta en cadena fina y cordón de cuero, y tenía unos símbolos grotescos grabados en madreperla y plata a lo largo de la parte inferior del cañón. Un punto de luz amarilla demostraba que estaba totalmente cargada.

Una luz azul, áspera y eléctrica, brilló en lo alto. Bengalas de fósforo; primero dos, luego una tercera, penetraron temblando la cortina de lluvia sobre la ladera de la colina. Los ojos de Mkoll se ajustaron al brillante y parpadeante crepúsculo. Pudo ver los árboles en oscuro relieve sobre el velo borroso de la lluvia. Pudo ver también al enemigo, en número de nueve o más, lanzándose ladera abajo hacia él; el más próximo estaba a unos veinte metros.

Y ellos pudieron verlo a él.

Abrieron fuego. Seguía siendo silencioso, apenas un rechinar como el de los dientes, pero los impactos levantaron salpicaduras de barro a su alrededor y atravesaron la oquedad de un árbol a su izquierda, haciendo caer el tronco de cincuenta metros de altura. Mkoll se deslizó por debajo de él, donde el terreno se hundía, pasando por un pozo lleno de agua. Salió al otro lado, con el tronco caído

como cobertura, y se encontró con que había vuelto el sonido. El agua había diluido el barro pegajoso de sus oídos y de los lados de su cabeza. El ruido lo golpeó con toda su crudeza: los truenos, los disparos, las voces destempladas que parecían los ladridos de una jauría.

Hundiendo los talones en el terreno blando para obtener un punto de apoyo, se puso de pie y se inclinó sobre el tronco, disparando con una pistola en cada mano. Los disparos de su rifle láser regular eran brillantes y blancos. Los del arma capturada eran sucios y rojos. Disparó contra los dos atacantes que tenía más cerca y los derribó sin más. Uno cayó, retorciéndose en un amasijo de hojas. El otro cayó de bruces y se precipitó ladera abajo, desapareciendo en el torrente del riachuelo que había abajo.

Mkoll se agachó y corrió a gatas a lo largo del tronco caído cuando los disparos de respuesta quemaron y sacaron astillas de la sección que antes había usado como cobertura. Volvió a hundir los talones, se asomó una vez más y derribó a otro enemigo dándole en un lado de la cabeza.

Dos más estaban cerca de él, pero un denso grupo de árboles no le permitió apuntar debidamente. Los disparos le pasaron rozando. Volvió a disparar otra vez con sus dos armas, haciendo estallar el hombro de un atacante que se le aproximaba por la izquierda. Una descarga de láser hizo que explotara el tronco ante él y se dejó caer en una voltereta para buscar nueva cobertura, mientras se sacaba las astillas de madera que se le habían clavado en los antebrazos y en los dedos.

Olvidándose del dolor agudo, superficial, empezó a reptar otra vez por debajo del tronco para colocarse en la posición original a fin de desorientar al enemigo. Cuando se levantó otra vez para disparar, tres de los soldados enemigos habían llegado a su última posición y saltaban por encima del tronco caído, para lanzar una andanada contra el hueco que quedaba del otro lado. Disparó siguiendo toda la extensión del árbol y los mató a todos antes de que se dieran cuenta de que estaban atacando a la nada. Uno cayó hacia atrás y se deslizó por debajo del tronco; otro cayó al otro lado, y fue engullido por el barro. El tercero quedó atravesado sobre el tronco.

Los fogonazos empezaban a hacerse menos frecuentes, y los relámpagos de la tormenta volvían por sus fueros.

Mkoll advirtió que varias docenas más de enemigos avanzaban ladera abajo y que todavía había cuatro o cinco en su campo inmediato de fuego.

Se estaba quedando sin oportunidades y sin opciones. Rompió a correr, bajando a lo largo del tronco caído; luego rodeó el contorno de la colina hacia las ruinas que había en la pendiente, al otro lado. Los disparos lo perseguían. Cayó una vez, y eso le salvó la vida ya que las descargas de láser atravesaron el aire justo en el lugar donde había estado antes su cabeza. Rodó ladera abajo, voluntariamente sólo en parte; después se puso de nuevo en pie y siguió corriendo. Más fogonazos iluminaron el cielo. Una luz plateada rozó el suelo, la cenagosa ladera y la cortina de lluvia. Los

árboles se convirtieron en dedos negros con sombras múltiples.

Dos soldados enemigos cargaron contra él saliendo de la lluvia. Uno hizo unos disparos perdidos. Mkoll seguía manteniendo las pistolas en las manos y apuntó cada una de ellas a la cabeza de un perseguidor mientras corría. Detrás del muerto surgieron tres más. Uno reaccionó con rapidez suficiente como para apretar el gatillo, y Mkoll sintió que su cuello se retraía al recibir un impacto doloroso y ardiente en todo el cuero cabelludo. La sangre le corrió por la cara. Se preguntó si lo habían herido en la cabeza, si sus pensamientos y sus movimientos serían acaso una reacción nerviosa que seguía impulsándolo más allá de la muerte mientras su cerebro había quedado atrás al haber estallado y abandonado su cráneo.

Fuera como fuera, no se iba a detener. Disparó con ambas pistolas contra el enemigo que le había descerrajado el tiro; luego saltó por encima del cadáver y apuntó con sus pistolas a ambos lados para atacar a otros dos. El salto fue valiente, pero tonto. Un barro pegajoso como la melaza hizo resbalar sus pies al aterrizar, y sus disparos se perdieron. Siguiéndolo mientras saltaba entre ellos, los dos soldados del Caos dispararon al mismo tiempo y se mataron el uno al otro. Mkoll se levantó con dificultad, riendo en voz alta ante esa pequeña muestra de justicia imperial. Luego, hizo una pausa y dejó una de sus armas para tocarse el cuero cabelludo con la mano libre. Realmente, esperaba encontrar los bordes mellados del cerebro abierto como un huevo roto, pero sólo encontró una franja ensangrentada en la coronilla, de la que había desaparecido el pelo. Había sido el roce de un disparo. Sin duda, Rawne hubiera hecho alguna observación sobre la obstinada solidez de su cráneo.

Avanzó a tientas hacia la elevación del terreno, perseguido por agujas de luz roja. Lo superaban en armas y en número, y se dio cuenta de que había llegado el momento de alguna acción más drástica.

Mkoll llegó a un tocón de aspecto sólido y se ató a él con el correaje. Sacó tres cargas explosivas del bolsillo que tenía sobre el muslo, formó con ellas un haz que sujetó con cinta adhesiva y las lanzó hacia atrás, ladera arriba.

Un relámpago estalló al mismo tiempo que las cargas, y se uniera el fogonazo y el rugido. Entonces, toda la superficie de la colina se desprendió y cayó, transformándose en un enorme tobogán de barro, que desplazó miles de toneladas de fango líquido, roca y plantas, y barrió al enemigo hacia una blanda tumba en el lecho del riachuelo.

Olas de barro y agua cenagosa golpearon a Mkoll; troncos desprendidos de lo alto dieron contra él. Se ahogó y vomitó sobre la torrentada líquida.

Luego, todo había terminado. La tormenta seguía soplando y el aire traía un apestoso olor a tierra removida. Mkoll quedó colgando del tronco por su correaje. El desprendimiento de tierra había hecho desaparecer el terreno sobre el que tenía apoyados los pies, pero las profundas raíces del tocón estaban firmemente asentadas.

Era una de las pocas cosas que se mantenían orgullosamente de pie en el terreno liso, hundido, en forma de media luna que había dejado el corrimiento.

Mkoll se desprendió del correaje y se dejó caer al suelo. Junto a él, la mano de un enemigo enterrado en el fango se movía y se cerraba como una garra. Mkoll disparó hacia el suelo hasta que la mano dejó de retorcerse.

Se dirigió hacia la siguiente elevación y miró hacia abajo, hasta la profunda cavidad de la selva donde se alzaban las ruinas, solemnes y misteriosas, sobre un montículo elevado. La segunda andanada de fogonazos se estaba extinguiendo entonces, pero Mkoll sabía lo que estaba viendo.

Las ruinas estaban sitiadas por el Caos. Cientos de miles de guerreros enemigos hormigueaban como escarabajos bajo la lluvia y asaltaba las ruinas desde todas partes.

Eran implacables y daba la impresión de que hacían caso omiso de la tormenta, como si lo único importante fuera la corona de piedras melladas que había en lo alto del montículo.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó Mkoll en voz alta—. ¿Qué es lo que queréis?

La tormenta, que seguía rugiendo y estallando sobre su cabeza, no le respondió.

El cielo se estremeció por encima de ellos, sacudido por convulsiones eléctricas. El primer pelotón, con lo que quedaba de la unidad de Corbec y los hombres de Lerod que se habían sumado a ellos accidentalmente en medio de la caótica tormenta, seguía luchando mientras se batían en retirada.

Gaunt se acercó a Corbec, que iba al frente, trepando en medio de la lluvia y de la maleza. El soldado Melk, al que llevaban en una camilla, cerraba la marcha.

—¿Qué pasa? —preguntó Gaunt, jadeando, a su coronel, mientras el agua chorreaba por el rostro demacrado.

—¡Un río! —soltó Corbec, sorprendido.

Delante de ellos, se abría camino, rugiendo entre los árboles, un torrente de aguas espumosas, profundas y peligrosamente rápidas. No estaba allí cuando hicieron el camino de ida. Gaunt se puso de pie, azotado por la lluvia y trató de encontrar sentido al paisaje en la oscuridad escindida por los relámpagos. Dio una orden al soldado Mktea que iba delante y sacó uno de sus lanzagranadas. Corbec miraba, incrédulo, cómo Gaunt lo ataba a la base del tronco de un enorme ginkgo y encendía la mecha.

—¡Atrás! —gritó Gaunt.

La explosión cortó el árbol por encima de la raíz y tendió una masa de sesenta metros por encima del torrente: una especie de puente.

Uno por uno, los hombres fueron atravesándolo. Corbec abrió la marcha para mostrarles que podía hacerse, maldiciendo cada vez que se le resbalaba la mano sobre la empapada corteza. El soldado Vowl perdió el asidero y cayó desde el tronco

horizontal. La rápida corriente lo arrastró como si fuera un corcho, un corcho que gritaba.

Al otro lado, Corbec se ocupó de la defensa de la posición. Colocó a cada uno de los hombres que acababan de cruzar en un lugar con el rifle láser preparado, creando un abanico de soldados dispuestos a proteger a los que todavía estaban cruzando el puente de madera.

El propio Corbec avanzó entre helechos, colas de caballo y jacintos, cuyo frondoso follaje era azotado y sacudido por la lluvia aplastante. Advirtió movimiento al frente y lo comunicó a través del microtransmisor, pero no obtuvo respuesta. La tormenta estaba haciendo estragos en los enlaces de voz. Entumecido y húmedo, con las manos frías apretadas sobre su rifle láser, Corbec siguió avanzando lentamente.

Un rifle infierno disparó a su derecha sin puntería, una señal distintiva y penetrante. Avanzó y se dio de bruces con tres grandes figuras, que se abalanzaron sobre él desde la oscuridad latente. Perdió el rifle láser. Un puñetazo en la nuca lo derribó; luego se recuperó y golpeó a su vez. Uno de sus atacantes cayó en el barro. Otro le dio una patada que Corbec devolvió rompiendo algo vital.

En ese momento, luchaba con el mayor de sus oponentes, ciego en medio de la lluvia y el barro. Corbec entrevió una armadura oro y gris de caparazón, y el escudo del águila imperial de precioso color azul. Desde debajo de su enemigo, lanzó dos puñetazos hacia arriba, a lo que debería haber sido la cara, y consiguió hacer que el sorprendido agresor rodara; se quedó a horcajadas sobre él.

La luz de un relámpago le permitió ver que estaba encima de un Volpone sangreazul, un hombre corpulento, con la cara golpeada y ensangrentada. Un mayor. Corbec tenía sus manos alrededor de la garganta del hombre.

—Por Feth, ¿qué es esto? —jadeó.

De repente tenía varios rifles láser apuntándole a la cabeza.

—¡Bastardo maloliente! —gruñó airadamente el mayor sobre el que estaba montado mientras trataba de incorporarse.

Corbec levantó los brazos en actitud de rendirse al sentirse rodeado. Al soltarlo, el mayor se liberó derribando a Corbec y sacó la pistola infierno, con la que le apuntó a la cabeza.

—No lo haga —dijo una voz serena, pero más imponente que el trueno.

Gaunt salió al claro con la pistola bolter apuntando directamente al cráneo del mayor Gilbear. Los rifles de los sangreazul giraron sobre sus talones para apuntarlo, pero él no se inmutó.

—Ahora —añadió Gaunt.

Su arma lo apuntaba firmemente. Corbec alzó la vista desde el barro donde yacía de espaldas, consciente de que el rifle del mayor sangreazul seguía en dirección a él.

—Dispárele y puedo garantizarle, Gilbear, que estará muerto antes de que

cualquiera de sus hombres pueda hacer fuego. —El tono de voz de Gaunt era bajo y amenazante. Corbec conocía ese tono.

—Gaunt… —murmuró Gilbear sin bajar el arma.

Aparecieron más Fantasmas alrededor del comisario, con las armas preparadas.

—Una especie de empate —murmuró Corbec desde el suelo.

Gilbear le propinó un puntapié sin dejar de apuntar a su cabeza, mientras que su mirada seguía fija en Gaunt.

—Bajad el arma, mayor Gilbear.

La inquisidora Lilith se presentó en el claro, con la capucha echada, y el retumbar profundo de un trueno vino a subrayar espectralmente sus palabras.

Gilbear vaciló, y luego bajó su rifle.

—Ayudad al coronel Corbec a ponerse de pie —añadió Lilith en el perfecto tono afectado del dialecto de la corte.

Gaunt seguía apuntando con su arma.

—Y usted, comisario. Baje el arma.

Gaunt bajó la pistola bolter.

—Inquisidora Lilith.

—Volvemos a encontrarnos —dijo ella, dándose la vuelta. Era una figura enfundada y siniestra en medio de la lluvia.

Gilbear tendió la mano a Corbec y tiró de él para ponerlo de pie. Sus miradas se cruzaron mientras Gilbear lo ayudaba. Este aventajaba en algunos centímetros al Fantasma, y sus anchos hombros, enfundados dentro de la armadura de caparazón, imponían más que el desastroso aspecto de Corbec; pero el coronel de los de Tanith era más corpulento.

—Sin rencores —dijo Gilbear entre dientes a la cara de Colm Corbec.

—Sin rencores, sangreazul… hasta la próxima vez.

Gaunt pasó al lado de Gilbear mientras se acercaba a Lilith, e intercambió con él una mirada. Ninguno de los dos se había olvidado de Voltemand.

—Inquisidora Lilith —empezó a decir Gaunt, alzando su voz por encima del estruendo de la tormenta—, ¿es éste un encuentro casual o me ha rastreado usted con sus habilidades de psíquico?

—¿Usted que cree, Ibram? —preguntó ella volviéndose y mirándolo con mirada serena.

—¿Qué se supone que debo creer, inquisidora?

Ella esbozó una sonrisa mientras la lluvia salpicaba su blanca piel.

—Una tormenta psíquica se desata sobre el campo de batalla y abortó nuestro asalto sobre el enemigo.

—No me dice nada que ya no hubiera observado.

—¿Dónde está su tercer pelotón?

—Ya me lo dirá usted. La radio ha quedado inutilizada en medio de este infierno —respondió Gaunt, encogiéndose de hombros.

Ella le mostró el dial iluminado de la placa de datos.

—Están exactamente aquí, según el último informe. Dígame, ¿no le parece significativo?

—¿Qué?

—Milo… ¡Ah!, sí, respondió a mis preguntas y se libró hábilmente, pero yo me sigo preguntando…

—¿Qué es lo que se pregunta, inquisidora?

—Un chico sospechoso de poderes psíquicos, al que usted ha incorporado a sus filas, en el centro de una tormenta que se desata.

—Esto no es obra de Brin Milo.

—¿No? ¿Cómo puede estar seguro?

Gaunt guardó silencio.

—¿Qué sabe usted de los psíquicos, comisario? ¿Qué sabe? ¿Ha hablado con ellos? ¿Ha visto cómo se van formando? Un chico, una chica, apenas unos adolescentes, que jamás han dado muestras de serlo, se convierten, de repente, en todo lo que tememos.

Gaunt siguió callado. No le gustaba el sesgo que estaban tomando las cosas.

—Yo lo he visto, Ibram. La evolución repentina de poderes no experimentados, la erupción súbita de la actividad. Usted no puede saber con certeza que esto no sea obra de Milo.

—No lo es. Yo lo sé.

—Ya veremos. Después de todo, es para descubrirlo por lo que estamos aquí.

Rawne miró hacia abajo desde una tronera abierta en la gruesa roca mientras la lluvia y los fuertes vientos nocturnos castigaban el exterior. Había hogueras encendidas fuera, pero ya no eran las tranquilizadoras líneas de fogones de los Campos Fundadores. El cielo se había venido abajo, la desgracia había caído sobre Tanith. Por si quedaba alguna duda, Rawne había visto bengalas de alarma por encima de los árboles hacía apenas tres minutos.

Rawne apretó contra el pecho el rifle láser que acababan de entregarle. Al menos, tendría ocasión de usarlo antes de morir.

—¿Qué está sucediendo, señor? —preguntó el soldado Caffran.

Rawne reprimió el deseo de gritarle. El muchacho era inexperto; éste era su bautismo de sangre, y Rawne era el único oficial presente.

—Un asalto planetario. El enemigo cayó sobre nosotros cuando todavía no habíamos terminado de reunirnos.

Otros integrantes del escuadrón se lamentaron.

—Estamos acabados —se quejó Larkin, y Feygor lo reconvino con un golpe en los riñones.

—¡Basta de conversación! —dijo Rawne con brusquedad—. ¡No se apoderarán de Tanith sin que opongamos resistencia! ¡Y no es posible que seamos la única unidad que hay en el palacio del Elector! Tenemos el deber de defender la vida del Elector.

El resto murmuró y asintió. Era una acción desesperada, pero parecía correcta. Todos lo sentían así.

Feygor volvió a comprobar el intercomunicador.

—Nada. Las líneas están interrumpidas. Deben de haberlas interferido.

—Sigue intentándolo. Tenemos que localizar al Elector y organizar una defensa coherente.

A Brin Milo la cabeza le daba vueltas. Todo parecía tan irreal, pero se dijo que debía de ser la conmoción por la rapidez con que se sucedían los acontecimientos. Ya había sido bastante angustiante tener que prepararse para abandonar Tanith para siempre. Los hombres habían estado muy nerviosos todos esos días. Y entonces… esa pesadilla.

Eso era lo que parecía: una pesadilla; un pliegue de la realidad en el que algunas cosas parecían borrosas mientras que otras aparecían brillantes y excesivamente nítidas.

No había tiempo para calmar los nervios ni para tranquilizarse. Disparos y una llamarada surgieron de la sala de piedra que tenían a la espalda. El enemigo se había introducido en el palacio.

El escuadrón de Rawne se puso a cubierto a lo largo de los muros y devolvió el fuego.

—¡Por Tanith! —gritó Rawne—. ¡Mientras se mantenga vivo!

Eon Kull, el Anciano, se despertó sobresaltado. De su garganta brotó un grito, un alarido animal de dolor. Se encontró sobre el suelo de piedra del Lugar Secreto. Por un momento, no recordaba quién era ni qué era.

Luego, fueron volviendo los recuerdos, como la arena que pasa por el orificio de un reloj de sol, grano a grano. Había quedado inconsciente, delirando, allí tirado, sin que nadie lo encontrara.

A duras penas consiguió levantarse. Le temblaban las manos, tenía los miembros tan débiles como un fildassai. De la boca y de la nariz, le salía sangre. Sentía el corazón y los pulmones que rechinaban y silbaban dentro de su caja torácica, como pájaros moribundos dentro de una jaula.

Tenía que hacer inventario. ¿Habría tenido éxito?

Las piedras espirituales se habían oscurecido. *Fuehain Falchior* estaba silenciosa

y quieta en su soporte. Los trozos de hueso con las runas grabadas estaban esparcidos sobre el suelo, como si alguien hubiera deshecho la configuración de un puntapié. Algunas emitían un resplandor rojo y ardían sin humo, como el hierro en una fundición. Otras se habían consumido y la ceniza mantenía su forma.

El brujo Eon Kull quedó boquiabierto al verlo. Echó mano de las runas, reuniendo los fragmentos y las cenizas, y quemándose los dedos. En nombre de Vaul, Dios de los Herreros, ¿qué había forjado ese día? ¿Qué había hecho? Se había propuesto demasiado, sin duda. Su edad y su debilidad le habían hecho perder la conciencia, el control, pero seguramente sólo durante uno o dos segundos. ¿Qué poderes había desatado? Sagrado Asuryan, ¿qué había hecho?

Su mente exhausta percibió el regreso de Muon Nol al Espacio Secreto. El guerrero no debía, no podía verlo así. Eon Kull sacó fuerzas de algún sitio y subió otra vez a su trono, sujetando el bolsillo lleno de cenizas a su cinturón. Sus articulaciones crujían como disparos de bolter y sintió que le subía sangre por la garganta y que la cabeza le daba vueltas.

—Lord Eon Kull, ¿estáis… bien?

—Sólo fatigado. ¿Cómo va todo?

—Vuestra tormenta… Es una obra de grandeza. La más feroz que haya visto jamás.

Eon Kull frunció el ceño. ¿De qué hablaba Muon Nol? No podía mostrar su ignorancia ante el guerrero. Tendría que acercarse y ver por sí mismo, pero su mente estaba tan débil y agotada.

Entonces era preciso cerrar el Camino. La tormenta no duraría siempre.

Muon Nol hincó ambas rodillas e hizo el gesto formal de petición.

—Señor, os lo ruego una vez más, por última vez: no abandonemos el Camino aquí. Dejadme que envíe a Dolthe por refuerzos. Con los exarcas, con el propio Avatar, podremos resistir y…

Eon Kull logró ponerse de pie, sacudiendo lentamente la cabeza cubierta por el casco. Se alegraba de que Muon Nol no pudiese ver la sangre que corría por su nariz y teñía de rojo sus labios secos.

—Y yo te digo, por última vez, que no puede ser. Dolthe ya no nos puede salvar. Están rodeados. ¿Tienes idea de la escala del enemigo que ha invadido Monthax?

Eon Kull se inclinó hacia adelante y tocó la frente de Muon Nol con su mano desnuda, enviando un impulso mental vacilante que le transmitió la proporción incalculable del enemigo tal como él la había percibido. Muon Nol se quedó rígido y se estremeció, apartando la vista.

—El Caos no debe apoderarse de nosotros. Se les debe denegar el acceso a la Telaraña. Nuestro Camino debe cerrarse ahora, tal como yo lo he deseado.

—Entiendo —asintió el guerrero.

—Ocúpate de los últimos preparativos. Cuando todo esté listo, ven y acompáñame al Lugar Supremo. Allí encontraré mi fin.

Otra vez solo, Eon Kull, el Anciano, flexionó su mente tratando de ver más allá de los muros del Lugar Secreto y de tener una percepción del mundo exterior. Pero no tenía fuerzas. ¿Se había excedido? ¿Qué había querido decir Muon Nol al hacer aquel comentario sobre la tormenta?

Jadeando, tambaleándose, Eon Kull cruzó el Lugar Secreto y abrió la tapa de una caja de cuarzo pegada a la pared. Estaba llena de polvo chamuscado y contenía algunos saquitos de seda vacíos. Unos pocos todavía tenían algunos objetos, y el Anciano sacó uno. La varita de hueso espectral se deslizó fuera de la bolsa de protección hasta su mano. Estaba caliente y palpitante. Era una de las pocas que había conservado. Volvió con dificultad hasta el trono, se dejó caer en él con un suspiro y apretó la varita contra su pecho, rogando que hubiera en ella fuerza suficiente como para canalizar y concentrar sus poderes dispersos. Las brasas de su poder brillaron a través de la varita y las piedras espirituales que había a su alrededor e incrustadas en su armadura parpadearon como cobrando vida. Al menos, la mayor parte de ellas. Algunas siguieron apagadas y muertas. Muchas apenas parpadearon con una luminosidad opaca.

Su mente logró tener dos o tres atisbos, imágenes momentáneas, del exterior que bramaba y se lamentaba. Luego, se fundieron y pudo ver.

Vio la tormenta, la magnitud de la tormenta. Se maldijo. Debería haberse dado cuenta de que estaba demasiado débil como para controlar semejante conjuro. Por supuesto que había intentado una tormenta como un factor de diversión para encubrir sus ilusiones más sutiles, más completas, pero el esfuerzo le había hecho perder la conciencia y también había perdido el control.

Había desatado una tormenta de disformidad, una fuerza catastrófica cuya furia estaba entonces totalmente descontrolada. Lejos de cubrir a los humanos y permitirles acercarse lo suficiente como para que las ilusiones los atrajeran a su causa, prácticamente los había barrido.

Echó la cabeza hacia atrás. Su hazaña final había sido un fracaso. Había agotado todo su poder, había quemado sus runas, había extinguido a algunos de sus espíritus tutelares, y todo para esto. ¡Kaela Mensha Khaine! Una fuerza elemental de destrucción que caía, indiscriminadamente, sobre todos. Rugía a su alrededor, como un perro de pelea al que hubiera estado entrenando durante meses, sólo para ver cómo se convertía en un animal salvaje.

Sólo había unos cuantos puntos de luz, el rastro de un puñado de humanos que habían estado suficientemente cerca como para quedar atrapados en las redes de la ilusión. Pero nada que fuera suficiente.

Lord Eon Kull, el Anciano, el brujo, lloró. Lo había intentado, y había fracasado.

Mkoll había andado a tumbos entre la lluvia torrencial durante quince minutos o más cuando se detuvo atónito, sacudiendo la cabeza antes de refugiarse bajo la raíz expuesta y rezumante de un árbol.

No era posible. Era… una especie de locura.

Alzó los ojos hacia el cielo tormentoso, se estremeció y se congratuló. Todo ese tiempo había sospechado que la tormenta no era de origen natural. Entonces sabía que estaba jugando con su mente.

Esto era Monthax. «Monthax —se repitió una y otra vez—, no Tanith».

Entonces, ¿por qué había pasado los últimos veinte minutos tratando de encontrar el camino a casa, a la granja en la que vivía con su mujer y sus hijos en medio de los bosques de nal, por encima de Heban?

La conmoción aumentaba sus latidos. Era como perder a Eiloni otra vez, aunque hacía diez, quince años que sabía que había muerto de las fiebres de canth. Era como perder otra vez Tanith, perder a sus hijos.

Había estado tan convencido de que volvía corriendo a casa atravesando una tormenta de verano desde los altos prados donde pastaban los rebaños de cúclanes, tan convencido de que tenía una esposa y una granja, y una familia, y una vida a la que volver. Pero en realidad había estado buscando el camino hacia las ruinas y hacia las fuerzas del enemigo allí reunidas.

¿Cómo era posible que a su mente le hubiera sido hurtada hasta tal punto la verdad? ¿Qué hechicería estaba haciendo su efecto?

Logró enderezarse y volvió a ponerse en marcha, entonces en la dirección contraria, hacia las que rogaba fueran líneas aliadas.

Por orden de Lilith, un ejército considerable se abría camino hacia la selva ahogada por la tormenta. Su guardia personal iba formada a su alrededor, siguiendo a un grupo aproximadamente igual de Fantasmas de Tanith dirigidos por Gaunt, los restos reagrupados de los pelotones primero, segundo y séptimo. Habían enviado a los heridos de regreso a las líneas.

Gilbear había protestado, tanto por el avance como por la cooperación de los de Tanith, pero Lilith no se había esforzado demasiado en disimular que sus objeciones la tenían sin cuidado. Si sus temores se hacían realidad, eso era tanto de la incumbencia de Gaunt como de la suya propia. Además, los Fantasmas ya habían estado allí y tenían una idea aproximada de lo que podían esperar. A pesar de la veteranía de que tanto se jactaba la X Brigada, la élite de los Volpone, ella quería una auténtica fuerza de ataque, lo bastante numerosa como para que las bajas no le hicieran mella: sesenta hombres, aproximadamente, infantería pesada, a los que el general había dado orden de guardarla, la mitad de los mejores especialistas en sigilo

de la Guardia, liderados por su propio y carismático comisario.

Contaba con una posibilidad razonable de rebelión, pero había mandado su señal astropática solicitando refuerzos. Thoth se había mostrado reacio, hasta que ella había impuesto su jerarquía y había dejado clara la magnitud de la amenaza. Entonces, quinientos sangreazul, bajo las órdenes del comandante Ruas, y trescientos excavadores de Roane, liderados por el mayor Alef y el comisario Jaharn, seguían su rastro aproximadamente a una hora de distancia. El astrópata había muerto por el esfuerzo de enviar y recibir a través de la tormenta. Abandonaron su cuerpo donde había caído.

Parecía fruto de una mente diabólica hacer que una unidad volviera hacia la tormenta cuando todas las demás Fuerzas Imperiales se habían retirado, y más descabellado parecía aún enviar soldados de refuerzo tras ellos. Pero Lilith sabía que, con tormenta o sin ella, con o sin fuerzas del Caos, la clave de la victoria de Monthax estaba en el corazón de aquella zona, y tal vez el centro de su propia y personal inquisición, también.

Lerod iba a la cabeza. Se había ofrecido voluntario con un entusiasmo que a Gaunt le resultó levemente alarmante. Yael, uno de los hombres de Lerod, del Séptimo, había contado cómo Lerod había escapado milagrosamente de los artilleros del enemigo a orillas del riachuelo, y explicó que en ese momento Lerod pensaba que era objeto de un encantamiento.

Gaunt vaciló por un instante. Ya había visto antes esa especie de arrebato de suerte que hacía que un hombre se creyera invulnerable. Las consecuencias podían ser terribles, pero prefería llevar a Lerod presumiendo de «suerte» en la vanguardia que maldiciéndolos en un puesto más rezagado.

Además, Lerod era un buen soldado, uno de los mejores, el más equilibrado.

Y además…, todos los Fantasmas, Corbec incluido, parecían algo ansiosos de volver a penetrar en la mortal tormenta. Era como si algo los llamara. Pocas veces los había visto Gaunt tan motivados.

Por fin, en un alto, se dio cuenta de que él mismo estaba más que dispuesto a volver a aquel asalto fatal a pesar de la densa selva y de los ríos. No lograba explicárselo, y eso lo alarmó.

La brigada de Lilith avanzaba con dificultad a través de los riachuelos y los torrentes, azotada por la lluvia y el viento. El terreno cenagoso se transformó en pronunciadas pendientes, las estribaciones de las elevadas selvas pluviales que había por encima de los pantanos inundados.

Lilith envió pares de hombres por delante para asegurar las líneas. Corbec y un par de Fantasmas y de Volpone sangreazul partieron con Lerod por las embarradas pendientes, desplegando cables que ataban a árboles y tocones a lo largo del camino. Los rayos los sacudían cuando se descargaban sobre los árboles más altos que los

rodeaban.

La brigada avanzaba, siguiendo la doble línea de cables que la avanzadilla había tendido.

En lo alto de una pendiente, Corbec clavó el extremo de su cable a un tocón, y luego se apostó como vigía junto con su grupo mientras la fuerza principal avanzaba esforzadamente detrás de ellos. Uno de los sangreazul lo miró sonriendo.

—¿Culcis?

—¡Coronel Corbec!

Corbec palmeó al joven en el hombro de su armadura, y los demás sangreazul observaron con desconfianza esa camaradería.

—¿Dónde fue…? ¿En Nacedón?

—En la granja. Le debo mi vida, coronel.

—Recuerdo que combatió tan duro como cualquiera de los demás aquella noche, Culcis —dijo Corbec, restándole importancia al hecho.

El joven sonrió. La lluvia le resbalaba por la cara desde el borde de su casco.

—De modo que has conseguido llegar al décimo, ¿eh? —preguntó Corbec, poniéndose junto al sangreazul y apuntando hacia la lóbrega oscuridad.

—Su médico informó bien de mí, y su jefe, Gaunt, me mencionó en sus despachos. Después tuve un golpe de suerte en Vandamaar y gané una medalla.

—¿Así que ahora es un veterano? ¿Forma parte de la élite de los sangreazul? ¿Lo mejor de lo mejor, y todo eso?

—Sólo somos soldados, señor —respondió Culcis, riendo.

La doble línea de avance progresaba lentamente pendiente arriba, guiándose por los cables tendidos entre los pesados árboles y el follaje saturado. El suelo parecía miel llena de agua, suelta y líquida, y les llegaba hasta las pantorrillas. Al menos, no había insectos que estorbasen el ascenso.

Avanzaban formados en grupos de disparo, siguiendo un valle profundo e internándose en las boscosas tierras altas y en el corazón de la arrolladora tormenta. Lilith ordenó un alto para fijar su posición. No había hecho más que levantar su placa de datos cuando una luz abrasadora relampagueó dejándolos sordos.

Un rayo había caído sobre un árbol veinte pasos más atrás, haciéndolo explotar convertido en metralla de madera. Dos sangreazul habían sido desintegrados por los arcos eléctricos, y otros dos, junto con uno de los de Tanith, habían sido acribillados por las astillas de madera.

El mayor Gilbear tropezó con Lilith al subir dificultosamente la cuesta.

—¡Debemos retirarnos, inquisidora! ¡Esto es una locura!

—Esto es necesario, mayor —lo corrigió volviendo a fijar la vista en la pizarra.

Gaunt estaba a su lado. Compararon datos. La lluvia resbalaba por las pantallas de

sus respectivos aparatos.

—Ahí está su tercer pelotón —dijo Lilith.

—Según la posición fijada antes de que empezara la tormenta —la corrigió Gaunt—. Entonces, estaban en el ojo de la tormenta, pero ¿puede asegurar su posición actual? ¿O la nuestra?

Lilith maldijo para sus adentros. Gaunt tenía razón. No tenían conexión con las señales localizadoras orbitales, y la tormenta estaba dando al traste con todos sus detectores y codificadores. Si en algo tenían que basarse era en el recuerdo o la localización y el terreno. Y nada parecía realmente fiable.

Gaunt la llamó aparte, donde Gilbear no pudiera oírlos.

—Mis hombres son los mejores exploradores de la Guardia, pero van ciegos. Si ésta es una tormenta psíquica, como usted dice, está despistándonos. No estoy seguro de que podamos encontrar el camino hacia la última posición registrada del tercero.

—¿Y qué es lo que sugiere?

—No lo sé —dijo Gaunt, sosteniendo su mirada inflexible—; pero si seguimos internándonos en la tormenta, no estoy seguro de que podamos encontrar el camino de regreso…

—¡Señor! ¡Comisario!

Era Raglon, el oficial de comunicaciones. Bajó a tumbos por la cenagosa pendiente hasta Gaunt y le alargó el teléfono.

—¡El tercero, señor! ¡Lo tengo! La comunicación no es muy clara, entrecortada, pero el mayor Rawne y los demás están bien. Copio el tráfico del microtransmisor, soldado por soldado. Suena como si estuvieran luchando.

Gaunt cogió el teléfono y escuchó.

—¿Puede arreglar la comunicación?

—La tormenta lo está embrollando todo, señor —dijo sacudiendo la cabeza—. No puedo hacer coincidir con nada la señal de voz. Es como…, como si estuvieran en todas partes y en ninguna al mismo tiempo.

—¡Tonterías! —rugió Gilbear, quitándole el teléfono a Gaunt y ajustando los diales del transmisor de Raglon. Tras un instante, desistió con una maldición.

—Trate de enviarles algo —indicó Gaunt a Raglon—. Repita la señal, una onda ancha.

—¿Mensaje? —preguntó Raglon.

—Gaunt al tercer pelotón Tanith. Dé estado y señal de posición.

Raglon lo transmitió.

—Nada, señor, repitiendo… ¡Un momento! ¡Una respuesta, señor! Dice: «Posición: Palacio del Elector. Tanith Magna. Retaguardia».

—¿Qué? —Gaunt volvió a coger el teléfono—. ¡Rawne! ¡Rawne! ¡Responda!

El tercero estaba atrincherado en un rincón del salón, enzarzado en un feroz enfrentamiento con fuego cruzado de láser. Por su microrreceptor, Rawne pudo oír la señal de Gaunt.

—Inténtelo otra vez —instó a Wheln, que manipulaba los diales de la radio de campaña.

Rawne ya odiaba a ese Gaunt, ese nuevo comandante traído de otro mundo para liderarlos. ¿Quién era? ¿Qué le importaba a él Tanith?

Wheln interrumpió los pensamientos de Rawne.

—¡Señales de Gaunt, señor! Dice que nos retiremos y salgamos de aquí. Da instrucciones para que nos reunamos con él en las siguientes coordenadas.

Rawne echó una ojeada al registro impreso de la comunicación y lo hizo a un lado. No tenía sentido.

Gaunt les ordenaba que abandonaran el lugar y a la propia Tanith Magna.

—Dame eso —gritó a Wheln, apoderándose del teléfono.

—¿Señor?

Raglon le pasó el teléfono a Gaunt. No lo entiendo…

Gaunt lo cogió y escuchó.

—¡… no vamos a abandonar ahora…, no vamos a dejar que Tanith caiga! ¡Maldito sea, Gaunt, si piensa que vamos a abandonar el planeta ahora!

Gaunt bajó la mano y soltó el teléfono.

—Está loco —murmuró—, totalmente loco.

Mkoll siguió abriéndose camino a través de la lluvia. Fijó su mente en la realidad y dejó las ansias fuera de su cabeza. Volver a las líneas… Lo conseguiría.

Unos disparos de láser le rozaron los talones e hicieron saltar los árboles por los aires. Echó una mirada hacia atrás y empezó a correr.

Un guerrero enemigo apareció delante de él, y Mkoll le disparó una de sus pistolas y le arrancó limpiamente la cabeza.

Por todos lados, bajo la lluvia, los guerreros del Caos cerraban el círculo.

Buscó un refugio, ya que los disparos hacían saltar a su alrededor el barro y la hierba. Dos disparos a la izquierda. Dos a la derecha. Uno dio en el blanco, y un cuerpo cayó y quedó retorciéndose en el fango. Mkoll se puso de pie y volvió a correr.

Un disparo le afeitó la cabeza y cayó en el barro cuan largo era. Trató de levantarse, pero el cuerpo no le respondía y estaba aturdido. El barro lo tenía atrapado.

Una mano poderosa lo cogió por el hombro y tiró de él. El fango lo absorbió mientras le daba un beso de despedida.

Mkoll se vio enfrentado a la muerte, al rostro exageradamente maquillado de un

soldado enemigo. El Fantasma le descerrajó un disparo a quemarropa y, a continuación, se levantó, y apuntó a las rodillas del siguiente, que avanzaba utilizado un rifle láser en cada mano.

Mkoll empezó a disparar a discreción contra las sombras que asomaban entre los árboles a través de la tormenta, que, a su vez, disparaban contra él.

Otro disparo le rozó el costado y le hizo arder una cicatriz que nunca lo abandonaría. Mkoll hincó una rodilla en tierra mientras disparaba con las dos pistolas. Mató a diestro y siniestro a máxima potencia de fuego. Cuando se dio cuenta de que la pistola láser capturada al enemigo empezaba a toser gas inerte, la arrojó a un lado.

Mientras intentaba recargar su pistola, una enorme forma se arrojó sobre él, derribándolo al suelo. El soldado del Caos tenía la bayoneta calada y estaba dispuesto a arrancarle la vida.

Lucharon en medio del barro algunos momentos hasta que Mkoll pudo poner en juego toda su pericia para arrojar al otro lejos de sí.

El guerrero caído arrojó la bayoneta y atravesó la rodilla de Mkoll con un chasquido de metal sobre hueso y un desgarro de tendones. A Mkoll se le dobló la pierna y cayó.

El enemigo estaba otra vez encima de él, con las manos tendidas y una expresión asesina en los labios suturados.

Cayeron hacia atrás, forcejeando, luchando. Mkoll no podía alcanzar el cuchillo Tanith que llevaba a la cintura, pero encontró la bayoneta del enemigo clavada en la rodilla y la arrancó.

Maldiciendo su vida y llorando a Eiloni, Mkoll clavó la daga dos, tres, cuatro veces en un lado del cuello de su agresor, hasta que el guerrero bestial tuvo un espasmo y murió.

Mkoll se liberó del cadáver, sangrando por la rodilla tan profusamente que nada tenía que envidiar a la fuerza con que caía agua del cielo.

Avanzó a tumbos. Entonces la única arma que tenía era el cuchillo de su adversario. La pérdida de sangre lo iba debilitando progresivamente. El pie de la pierna herida estaba caliente con la sangre, pero a pesar de eso lo sentía frío. La rodilla no le funcionaba bien. Nuevos disparos cercenaron ramas de los árboles e hicieron estallar las flores a punto de fructificar.

Una descarga de láser lo cogió de refilón en la región lumbar y cayó, boca abajo, en el suelo. Atontado y retorciéndose trató de respirar, pero el barro se le metía en la nariz y en la boca.

Algo lo obligó a levantarse; algo como un ansia.

Eiloni estaba ante él, tan pálida y hermosa como era a los veinte años.

—¿Qué haces ahí tirado? ¿Qué van a pensar los muchachos, marido?

Desapareció tan rápidamente como había aparecido, pero Mkoll ya estaba de pie cuando el primero de los engendros del Caos se le acercó; de pie y abrasado por la pasión.

A pesar de la quemadura de la espalda que lo atormentaba, Mkoll acabó con el primero; le rompió el cuello con las manos y las costillas y le aplastó el cráneo. Se apoderó de su rifle láser, se volvió y empezó a disparar a plena potencia de fuego, derribando a toda una línea de infantería del Caos que le pisaba los talones.

Seguía disparando todavía, ciegamente, hacia las sombras, con el láser casi agotado y con tres docenas de enemigos muertos a su alrededor cuando Corbec lo encontró.

Gaunt apostó soldados de guardia en todo el perímetro mientras los médicos de campo atendían a Mkoll. La tormenta seguía echando el cielo abajo y destrozando árboles con la fuerza del viento y de la lluvia que caía casi horizontalmente.

Lilith, Gilbear y Gaunt observaban cómo el soldado Lesp abría su nartecium y vendaba los numerosos cortes y quemaduras de láser de Mkoll. El explorador ya tenía la cabeza y la pierna vendadas.

—Es duro como el pedernal —murmuró Corbec, acercándose al comisario.

—No deja de impresionarme —susurró Gaunt, respondiéndole.

Lilith los miró a ambos con mirada inquisidora. Gaunt sabía qué era lo que quería saber: ¿cómo había sobrevivido ese hombre?

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Gilbear, abruptamente—. ¿Qué estamos haciendo?

Gaunt se volvió hacia él, furioso, pero Lilith se interpuso entre ellos.

—Mayor Gilbear, ¿seguís siendo el comandante de mi guardia personal?

—Sí, mi señora.

—¿No se os han asignado nuevos cometidos desde que asumisteis ese cargo?

—No, mi señora.

—Entonces, callaos y dejadnos esto al comisario y a mí, si no os importa.

Gilbear giró sobre sus talones y se dirigió a comprobar los puestos de vigilancia.

A sus espaldas, Corbec sacó la lengua e hizo un ruido obsceno. Gaunt estaba a punto de llamarle le atención cuando vio que Lilith se reía.

—Es un asno presuntuoso —dijo la mujer.

—Sin duda —coincidió el comisario.

—No quería ser irrespetuoso, inquisidora —se apresuró a decir Corbec.

—Sí que lo quería —sonrió Lilith.

—Bueno, sí, pero no realmente —tartamudeó Corbec.

—Vaya a ver a la guardia, coronel, por favor —dijo Gaunt, sin impacientarse.

—Pero el mayor ya ha ido a…

—¿Y confía en que hará bien su trabajo? —le preguntó Gaunt.

—No, no en su estado actual —respondió Corbec con una mueca.

Saludó a Gaunt e hizo una reverencia exagerada a la inquisidora antes de alejarse a toda prisa.

—Tendrá que perdonar a mi lugarteniente. Su estilo de mando es informal e impetuoso.

—Pero ¿funciona? —preguntó Lilith.

—Sí, pero…, sí. Corbec es el oficial más competente con el que he trabajado jamás. Los hombres lo adoran.

—Es lógico; tiene carisma, valor y la dosis correcta de sana irreverencia. Colm es un hombre muy atractivo.

Gaunt se quedó callado y miró hacia la profundidad de la noche por donde había desaparecido Corbec.

—¿De verdad?

—¡Oh!, sí. Puede creerme —Lilith se volvió hacia donde estaba Mkoll—. ¿De modo que tenemos a su mejor explorador, abatido, medio muerto, que sale de la vorágine a nuestro encuentro?

—Sí —Gaunt se aclaró la garganta—, Mkoll es el mejor de todos. Por Feth, que parece que se ha metido en el mismísimo infierno y ha salido de él.

—Feth… Bonita palabra. Tiene su peso. Creo que voy a usarla si no le molesta.

—¿Molestarme? Yo… —respondió Gaunt, intrigado.

—¿Qué significa?

Gaunt tuvo de repente una visión muy clara y vivida de su significado literal. Él y Lilith estaban fingiendo.

—Bueno…, no estoy seguro.

—Sí que lo está.

Un rayo cayó en un árbol cercano, haciendo que los sangreazul salieran gritando y buscando dónde refugiarse. La detonación fue como una bofetada en pleno rostro para Gaunt. Su mente se despejó del todo.

—No emplee conmigo sus trucos mentales, inquisidora —se burló.

—No sé a qué se refiere.

—Sí que lo sabe. Trata de hacer que sienta celos de Corbec. Y las imágenes que estaba transmitiéndome. Feth es uno de los dioses de la naturaleza de Tanith. No es un eufemismo bárbaro. Funciona con usted, pero no para usted.

Lilith sonrió con solemnidad y levantó las manos.

—Un buen punto. Lo siento, Gaunt. Estoy acostumbrada a hacer aliados donde no los puedo encontrar, a usar mis poderes para torcer las voluntades a mi antojo. Supongo que me resulta raro tener un camarada voluntarioso. Ese es el estilo de un inquisidor, y pensé que la vida de un comisario era solitaria.

Lo miró a los ojos, y otra sonrisa iluminó su rostro pálido. Gaunt se preguntó si sería otra de sus tretas, pero le pareció sincera.

—Los dos necesitamos encontrar y superar la fuente de esto —le dijo Gaunt, indicando con un gesto la tormenta—. Ambos queremos triunfar, y encontrará en mí un aliado mucho más capaz si estoy en plenas facultades y no encantado por usted.

—Ambos queremos triunfar sobre esto —confirmó ella, asintiendo con la cabeza—, pero no es eso todo lo que quiero —añadió con aire misterioso.

Gaunt estaba a punto de seguir el hilo de la conversación cuando notó que ella se estremecía y, echando atrás su capucha, se pasaba una mano por el sedoso cabello. El comisario-coronel se dio cuenta de su aspecto agotado.

—Esta tormenta… le está resultando muy dura, ¿verdad?

—Estoy al límite, Ibram. La disformidad me rodea y tira de mi mente. Lamento lo de antes. Fue la desesperación.

Gaunt dio un paso hacia ella y la condujo hacia Mkoll.

—Decía que le gustaba hacer aliados donde pudiera encontrarlos. ¿Por qué es tan dura con Gilbear?

—¿Bromea? A él le encanta —dijo con una sonrisa despiadada—. Una mujer con poder dándole órdenes. Me quiere tanto que moriría por mí.

Entonces fue Gaunt el que sonrió irónico.

—Es usted una mujer temible, inquisidora Lilith.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Sólo prométame que nunca utilizará conmigo esas tácticas.

—Lo prometo —dijo—. No creo que lo necesite.

Gaunt tomó conciencia de repente del tiempo que llevaba mirándola a los ojos, y desvió la mirada.

—Vayamos a hablar con Mkoll.

—Yo iré a hablar con él.

—No, iremos los dos.

Gilbear recorría los puestos de guardia bajo la penetrante lluvia. Anfibios invisibles croaban en la húmeda oscuridad. Recogidos junto a unos árboles encontró a dos Fantasmas que vigilaban el flanco izquierdo. Ambos trataban de encender unos cigarros con unas cerillas húmedas.

Gilbear se lanzó sobre ellos. Les propinó a uno un puntapié en el vientre y al otro un puñetazo en la espalda.

—¿Qué es esto? —dijo furioso—. ¿Están guardando el flanco? ¿No? ¡Están demasiado ocupados encendiendo los cigarrillos y bromeando!

Uno de los hombres protestó, y Gilbear volvió a golpearlo. Le dio patadas en la cara, en las costillas, en los riñones y, al fin, cayó al suelo. Siguió descargándole

patadas.

—¡Ahí afuera hay un universo de odio y no pueden tomarse la molestia de vigilar!

El otro Fantasma se dispuso a defender a su compañero caído, molido a patadas, y Gilbear se volvió hacia él, lo derribó de un puñetazo y lo remató con la bota.

Una manaza cogió al sangreazul por el hombro.

—También hay un universo de odio aquí —dijo Corbec.

Derribó a Gilbear de un cabezazo que le hundió la frente y, a continuación, le descargó dos buenos puñetazos en la boca y en el pecho. El último fue amortiguado por los segmentos del caparazón.

Gilbear cayó cuan largo era sobre el barro mientras Corbec se arrojaba sobre él en un frenesí aplastante.

—¿Me andas buscando, Fantasma? ¡Pues aquí me tienes! —dijo con voz ahogada.

—No antes de tiempo —respondió Corbec, golpeando la cabeza de Gilbear, hacia atrás, de un puñetazo—. Me llevó mucho tiempo llegar aquí. Esa va por Cluggan, que en paz descanse.

Gilbear plegó las piernas y, de una patada, hizo que Corbec saliera volando. El Fantasma fue a caer de espaldas contra un tocón cuyos muñones le hicieron auténtico daño.

Entonces Gilbear estaba de pie con los puños cerrados. Corbec se levantó de un salto, se despojó de su capa y se dispuso a hacerle frente con los ojos llenos de furia. Fueron bordeando el claro cenagoso bajo la lluvia implacable que los calaba y les limpiaba la sangre de las heridas. Golpe y contragolpe, seguidos de bramidos y cargas. Los dos Fantasmas vapuleados estaban de pie, jaleando a uno y burlándose del otro. Otros, tanto Fantasmas como sangreazul, formaron un corro en torno a los dos oficiales que se peleaban bajo la luz de los relámpagos.

Gilbear había sido boxeador, campeón de peso pesado, allá en Volpone. Tenía un poderosos gancho de derecha y una capacidad tremenda para encajar los golpes. Corbec había sido luchador; había ganado durante tres años consecutivos el campeonato del condado de Pryze en el pabellón Logging. Gilbear daba pequeños saltos con las piernas separadas y lanzaba puñetazos humillantes. Corbec entró por abajo, absorbiendo los golpes, y echó las manos a la garganta del sangreazul.

Con un bramido, se introdujo bajo los puños del adversario y derribó a Gilbear hacia atrás, a través de un espacio abierto entre los árboles. Ambos rodaron por una breve pendiente hasta un riachuelo crecido por el agua de la tormenta. El público del Fantasma y del Volpone se desplazó a la orilla del riachuelo, mirando hacia ellos y gritando.

Gilbear se levantó primero, negro por el agua cenagosa, y lanzó un puñetazo que

se perdió en el aire. Corbec salió del agua como una explosión, chorreando barro líquido, e hizo que Gilbear se doblara con un puñetazo bajo al vientre y, a continuación, con un gancho a la barbilla, lo hizo caer en medio de un estallido de agua y barro.

Gilbear no estaba acabado. Volvió a salir del agua como una ballena emergente, con tanto ruido y furia como la tormenta que sacudía los cielos, y obligó a Corbec a retroceder dos, tres pasos con un puñetazo tras otro. La boca de Corbec estaba abierta, tenía la nariz rota y la sangre teñía de rojo su barba.

Corbec se agachó, lanzando golpes antes de cargar con sus hombros sobre Gilbear, quien perdió pie. Corbec envió al enorme sangreazul dando tumbos hacia atrás, y balanceando las piernas giró y dio un salto de lado en un perfecto movimiento de lucha, lo que hizo caer a Gilbear de espaldas en el riachuelo. A continuación, le dio una buena dosis de patadas.

El soldado Alhac, un sangreazul, aplaudía con gran ardor hasta que se dio cuenta de que había perdido su bando. A punto estaba de descargar su ira sobre el Tanith que gritaba enardecido a su lado cuando se movió la vegetación a su izquierda.

Alhac se quedó helado, lo mismo que el Fantasma al que estaba a punto de golpear.

Algo negro y abominable salió de entre las luces inestables del bosquecillo.

Alhac murió triturado, y el Fantasma que estaba a su lado corrió la misma suerte un segundo más tarde. Luego, otro sangreazul fue desollado. El resto de los Fantasmas y sangreazul que habían estado mirando el combate desde la orilla del riachuelo se dispersaron presas del pánico.

—¡Por Feth! —exclamó Corbec, chorreando barro y mirando hacia arriba.

—¿Qué es? —preguntó Gilbear, levantándose a su lado.

—¡Eso!

La criatura era como un perro, si es que un perro puede tener el tamaño de un caballo, y si un caballo puede moverse con la agilidad de un pájaro. Era un cuadrúpedo rojo, de lomo arqueado, con miembros largos, de triple articulación, y un pellejo sin piel y lleno de vesículas. Tenía un cráneo enorme y corto, romo; su mandíbula inferior sobresalía más que la superior y ambas presentaban varias filas de dientes triangulares y serrados. No tenía ojos. Una criatura de disformidad, que había salido de la tormenta y cazaba para el Caos.

—¡Por Feth! —repitió Corbec.

—¡Gran Vulpo! —bramó Gilbear.

La bestia canina bajaba hacia el riachuelo y avanzaba hacia ellos. Corbec y Gilbear se dieron media vuelta y corrieron todo lo que les daban las piernas a través del curso de agua erizado de raíces. Les iba pisando los talones, resoplando.

La cosa saltó sobre Gilbear y lo arrastró hacia abajo, tratando de atravesar su

armadura de caparazón con los colmillos. De las hombreras se desprendían virutas de armaplás.

Corbec saltó y se puso a horcajadas sobre el lomo de la bestia disforme. Tirándole de las crines, le echó la cabeza hacia atrás y le hundió el cuchillo Tanith en la garganta. Una sangre oscura y fétida salió de la herida, y la criatura abrió la boca para rugir y chillar.

—¡Ahora, sangreazul! ¡Ahora! —gritó Corbec, montado sobre la bestia y manteniendo su cráneo hacia atrás.

Gilbear sacó una granada del cinturón y la arrojó directamente a la boca de la bestia, que la tragó de inmediato.

Gilbear se tiró al suelo, y Corbec desmontó y se apartó corriendo.

La bestia canina estalló, arrojando sobre ellos y sobre el riachuelo una lluvia de carne maloliente.

Corbec se incorporó, sacudiéndose el líquido mucilaginoso en medio del torrente, y miró a Gilbear, que estaba sentado con la espalda apoyada en la orilla y los ojos extraviados.

—¿Estás bien? —preguntó Corbec, jadeante.

Gilbear asintió con la cabeza.

—Creo que es hora de abrir una tregua, ¿no te parece?

Gilbear volvió a asentir. Los dos se pusieron de pie, tambaleantes y cubiertos de barro y de jirones de carne pútrida.

—Una tregua. Sí. Una tregua… —Gilbear seguía aturdido—. Por ahora.

—Las ruinas, señor, aquellas que había visto antes brevemente. Las volví a encontrar. —La voz de Mkoll sonaba desmayada y quebradiza, le costaba respirar.

Estaba sentado en un tronco caído, tomando alternativamente sorbos de una cantimplora de agua y de una frasca de sacra que Bragg le había dado. Lo habían vendado y se encontraba recubierto de barro. Gaunt estaba en cuclillas a su lado, escuchando atentamente. Mkoll parecía un poco apabullado por la presencia de Lilith, pero ella se dio cuenta y se retiró un poco para que Gaunt pudiera hablar con el apreciado explorador.

—¿Qué es? —preguntó Gaunt.

Mkoll se encogió de hombros.

—Ni idea. Algo grande, antiguo, fortificado. Está en la cima de un montículo que no creo que sea natural. Demasiado uniforme. Todo lo que sé es que fuerzas enemigas lo rodean como moscas de la savia alrededor de una trampa de glucosa.

A Gaunt se le disparó una alarma. No sólo sabía con precisión lo que Mkoll quería decir, sino que tuvo una visión mental breve, vivida de los propios insectos de cuerpo alargado hormigueando alrededor de una jarra de líquido brillante en la choza

de un leñador. Insectos nativos de Tanith, insectos que no había visto jamás.

—¿Número? —interrogó.

—No llevé mucho la cuenta —musitó Mkoll, secamente—. Estaba un poco ocupado. Supongo que decenas de miles. Tal vez más, fuera de mi vista. El terreno era accidentado y boscoso. Podría haber habido cientos de miles allá arriba.

—¿Qué buscarán? —se preguntó Gaunt en voz alta.

—Creo que tendremos que descubrirlo —dijo Lilith, tranquilamente.

Gaunt se levantó y se volvió hacia la inquisidora, cuya cara estaba oculta por la capucha.

—Antes de que pensemos en la loca idea de enviar a sesenta hombres contra un número probable de cientos de miles de enemigos, permítame recordarle que a lo mejor ni siquiera podemos encontrar ese lugar. Nuestros localizadores y arúspices están fastidiados, mis exploradores son incapaces de distinguir una dirección de otra. Por Feth; Mkoll es el mejor, y admite que sólo fue capaz de encontrarlo otra vez por accidente.

Lilith asintió.

—Hay un nivel profundo de desorientación y ocultamiento en esa tormenta. No conozco la respuesta.

—Yo podría conducirlos allí otra vez —dijo Mkoll con voz sombría detrás de ellos.

Gaunt se volvió a mirarlo.

—¿Podría? Antes dijo que era huidizo.

Mkoll se puso de pie vacilante.

—Eso fue antes. Yo no sabía… Ahora siento que podría encontrarlo otra vez. Algo en los huesos. Sería como…, como encontrar el camino de vuelta a casa.

Gaunt asintió. Estaba a punto de llamar a Raglon y dar nuevas órdenes de avanzar cuando el estallido de una granada les llegó apagado a través de la tormenta. Unos momentos después, rifles láser y rifles infierno empezaron a disparar, de forma esporádica, superponiéndose el sonido distintivo de los primeros sobre el más chillón de los segundos. Gaunt se lanzó orilla abajo, sacando su espada sierra y pidiendo un parte a gritos.

El sargento Lerod estaba dirigiendo a los hombres en el flanco este de la zona vigilada.

—¡Señor! ¡Salen cosas de la tormenta, señor! ¡Bestias! ¡Criaturas!

Gaunt echó una mirada hacia la oscuridad de la jungla y vio unas monstruosidades atroces surgidas de ramificaciones de los relámpagos. Había un tufo insoportable al Caos. Los rifles de los sangreazul y de los Tanith las hacían volar por los aires en cuanto asomaban.

—Criaturas de la disformidad —murmuró Lilith apareciendo junto a él—.

Manifestaciones de esa tormenta infernal. Sin inteligencia, pero letales.

Corbec apareció vacilante y con un aspecto deplorable. Estaba ordenando al flanco occidental que se replegase para acercarse más al centro.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó Gaunt secamente al ver a un Gilbear igualmente desastroso avanzando con un equipo de artilleros de los sangreazul.

—Una pequeña pelea —dijo Corbec—. Una cosa maldita salió de la oscuridad.

Gaunt no quiso saber nada más. No era momento para reprimendas. Tenía que mantener a la unidad cohesionada y compacta.

—Gaunt a la brigada. Avanzamos, a paso ligero. Formación en cabeza de lanza. El pelotón de los Primeros de Tanith y la mitad de la unidad de Volpone en cabeza. El explorador Mkoll indicará la dirección. Todos los demás, vigilen los flancos y la retaguardia. La inquisidora Lilith advierte que los engendros del Caos podrían aparecer a nuestro alrededor o entre nosotros en cualquier momento. No vacilen; disparen. Sargento Lerod, tome un grupo de seis hombres y vigile la retaguardia de la formación. A todos los comandantes: confirmen que han entendido las órdenes y que están preparados.

Inmediatamente llegaron las respuestas, una tras otra. Raglon, controlándolos a todos con la radio, hizo a Gaunt una señal de que todos habían respondido.

Gaunt no había acabado. La entrega de los de Tanith había facilitado su tarea como comisario durante los últimos años, pero entonces estaban demasiado enardecidos y parecían espectros, y la compañía se había mezclado con soldados a los que no conocía y en los que ni siquiera confiaba. La moral, la disciplina, los principios básicos del comisariado. Volvió a pensar en su formación en la Schola Progenium, en su aprendizaje de campo como cadete bajo el mando de Oktar. Cogió el megáfono del equipo de Raglon.

—No voy a decir que esto va a ser fácil, pero es vital; vital para la victoria imperial en este mundo, vital tal vez para toda la Cruzada. El enemigo y sus ambiciones tienen que ser desbaratados, aunque para ello sea necesario que entreguemos hasta la última chispa de nuestras vidas, hasta la última gota de nuestra sangre. Hoy combatimos por el Emperador; luchen como si estuvieran a su lado, como si formaran parte de su guardia personal. Protejan a los hombres que van a su izquierda o a su derecha como si fueran el propio Emperador. No flaqueen, no vacilen. La victoria los espera, y si no la victoria, la gloria de una muerte valiente al servicio del Trono Dorado de Tierra. El Emperador proveerá si son leales. Su mano nos guiará, sus ojos velarán por nosotros, e incluso en la muerte nos llevará hasta él y nos sentaremos con gloria a su lado más allá de las Puertas de la Eternidad.

»Por Tanith perdida, por el poder de Volpone, por la Tierra Imperial… ¡Adelante!

Como un solo hombre, ágilmente, la brigada arrancó pendiente arriba, abriéndose camino hacia las dentadas colinas mientras la tormenta sacudía el mundo a su

alrededor. Los sangreazul y los Fantasmas se movían juntos en un orden perfecto, aprendido; habían olvidado todas las discordias. Gaunt sonrió al observar la formación apretada que él mismo había indicado, y quedó impresionado al ver que la élite de los Volpone se adaptaba perfectamente a ella. De vez en cuando, disparos de láser sonaban en la vanguardia a la vista de seres de disformidad, a los que aniquilaban.

Lilith avanzaba a su lado. Sacó una pistola de plasma de debajo de su capa y la cargó con un movimiento de sus manos enguantadas.

—Buena arenga —le dijo, sonriendo—. Los motivó. Oktar hizo con usted un buen trabajo.

—Ha estado indagando sobre mí; mis antecedentes.

—Soy una inquisidora, Gaunt. ¿Qué esperaba? Yo investigo.

—¿Y qué es realmente lo que está investigando sobre esto, sobre Monthax? —le preguntó cortante.

—¿Qué quiere decir?

—No soy un psíquico, pero sé leer en la mente de la gente. Aquí se trata de algo más que de la victoria, más que la persecución eficaz de los psíquicos desviados que pueda haber en nuestras filas. Usted tiene una agenda.

—Ningún misterio, Ibram. Allá en la hexatedral *Santidad* se lo dije. Bulledin nos envió porque se sospechaba que aquí había algún poderoso componente psíquico. Pensábamos que era el propio enemigo, que nos esperaba una guerra mental. Pero ahora, estas ruinas. El enemigo se lanza a una avanzada, olvidándose completamente de nosotros, y parece decidido a tomar este lugar. Es preciso preguntarse por qué. Hay que creer que tiene que haber algo de gran valor allí arriba.

—¿Algo que ocasionó esta tormenta?

—O algo que les hizo desatar esta tormenta para ocultar su movimiento hacia allí —respondió con un encogimiento de hombros—. Pero creo que su conjetura es más probable.

—¿Y eso es lo que usted quiere?

—Es mi deber, Ibram. Y no creo que tenga que explicar ese concepto a uno de los mejores comisarios del Imperio.

—No intente distraerme con elogios. Deme alguna idea de lo que entiende por «algo valioso».

—Piense en Épsilon Menazoide. Ya se lo dije. Indagué sobre usted a fondo. Como inquisidora tengo que examinar algunos informes muy clasificados. Usted sabe lo que estaba en juego allí.

—¿Está hablando de tecnología, de artefactos? —preguntó Gaunt, sopesando cada palabra.

—Podría ser —respondió, asintiendo con la cabeza.

—¿Algo humano antiguo? ¿Alienígena?

Lilith sacó algo del bolsillo.

—Mkoll encontró esto. Lo sacó del tocón de un árbol en un campo de batalla poco antes de que se desencadenara la tormenta. Dígame lo que cree que significa.

Le mostraba la estrella de metal con las puntas cortantes. Gaunt se la quedó mirando con expresión sombría.

—Ahora sabe tanto como yo.

La brigada bajaba por un profundo desfiladero hacia un valle oculto entre bosques, que por primera vez frenaban parcialmente la furiosa tormenta. Gaunt se estaba quedando agarrotado con tanto viento y lluvia, y sabía que lo mismo les debía de pasar a sus hombres. Fue una bendición, un alivio temporal, avanzar por la profunda garganta con sus arcos casi catedralicios de antiguas aneas y clópeas, donde la lluvia, mantenida a raya por las frondosas copas simplemente goteaba hasta el suelo formando unas corrientes largas, lentas, jugosas. Por encima de ellos, a la distancia, se oía el furor de la tormenta.

Gaunt avanzó hasta Mkoll, que iba a la cabeza de la formación.

—¿Seguimos por el buen camino?

—Como ya dije —contestó Mkoll, asintiendo—. No podría perder el rastro ahora aunque quisiera.

—Es como volver a casa. Eso fue lo que dijo —le recordó Gaunt.

Mkoll cerró los ojos y vio a Eiloni un poco más adelante, conduciéndolo de vuelta a la granja. Le susurraba promesas de una cena caliente, y de muchachos rudos deseosos de oír las historias de su padre reunidos ante el fuego antes de ir a la cama.

—No lo sabe usted bien, comisario.

El avance imparable de los guerreros del Caos sólo se detuvo cuando sus muertos fueron tantos que bloquearon el pasadizo.

Rawne ordenó a su pelotón que se replegase y cerraron un par de dobles puertas, que atrancaron para dejar sellado el túnel. Milo ayudó a Wheln a cerrar las puertas y, con sus dedos, palpó el escudo heráldico del Elector de Tanith grabado en los pesados paneles de madera de nal. Parpadeó y, por un segundo, vio unas puertas más altas, más ligeras, de ónix pulido, marcadas con unas runas extrañas que no entendía.

—¿Qué sucede? —preguntó Wheln, jadeando.

Milo volvió a parpadear. Las puertas eran otra vez de madera de nal en forma de arco, según la costumbre de Tanith, con la insignia del Elector claramente marcada.

Feygor y Mkendrik colocaron una tranca larga en los ganchos encastrados en la puerta para que no pudiera abrirse. Al otro lado de la gruesa barrera podían oír explosiones amortiguadas y el restallar de los lanzallamas, mientras el enemigo trataba de desbloquear el túnel repleto de cadáveres.

Los ocho hombres de Tanith estaban exhaustos. Apenas un día antes, en la Fundación, ninguno de ellos, con la posible excepción de Rawne y Feygor, había disparado un arma con ira, y mucho menos matado a alguien. En ese momento, eran incontables los muertos que habían acumulado.

Cown se agachó, apoyándose contra la pared para tratar de recuperar el aliento.

—¿Estamos perdidos? —preguntó—. ¿Está Tanith perdido?

Rawne se volvió a mirarlo con fuego en los ojos.

—¿Estamos vivos? ¿Está Tanith vivo? ¡Levántate! ¡Levántate y muévete! ¡Sólo ese incapaz venido de otro mundo, ese Gaunt parece decidido a abandonar Tanith! ¿Replegarnos? ¿Abandonar? ¿Qué clase de liderazgo es ese? ¡Sería capaz de transformarnos en Fantasmas sin mundo!

—Fantasmas… —murmuró Larkin, apoyándose inerme sobre la pared del fondo, con la mejilla y el hombro contra la fría piedra—. Los Fantasmas de Gaunt…

—¿Qué has dicho? —preguntó Milo, sintiendo que la sangre le zumbaba en los oídos. Era como un sueño a punto de estallar en su cabeza.

—No le hagas caso —ordenó Feygor—. Este maldito tonto está mal de la cabeza. Si no fuera por su buena puntería hace tiempo que lo habría matado.

—No —empezó a decir Milo—. Esto no está bien…

—¡Por supuesto que no está bien! —le gruñó Feygor en pleno rostro.

Milo puso mala cara al sentir la saliva del otro en su mejilla.

—El Imperio viene a Tanith cuando necesita hombres, pero ¿dónde está el Imperio ahora que Tanith lo necesita? ¡Van a dejarnos morir!

Caffran apartó a Feygor de Milo con brusquedad.

—¡Entonces, sabremos morir, Feygor! ¡Moriremos como es debido!

La cara del joven soldado estaba iluminada por la pasión. El pensamiento de Laria le quemaba en la mente. Ella estaba ahí afuera, en alguna parte, y él lucharía y mataría a todos los que fuera necesario para salvar ese lugar y volver a estar con ella una vez más.

—Caff tiene razón, Feygor —intervino Mkendrik. Wheln y Cown asintieron—. Muramos como es debido para que Tanith pueda vivir.

—¡Y maldito sea cualquier comisario que diga lo contrario! —escupió Cown.

Feygor, superado, se volvió y asintió, cambiando con destreza la célula de energía de su rifle láser.

Rawne había estado ausente un momento y volvió en ese momento.

—Oigo ruido de lucha al otro lado de la estancia, a unos trescientos palmos de aquí. Suena como si fuera otro grupo de los nuestros que se defiende. Propongo que vayamos a apoyarlos.

—Sumémonos a ellos —dijo Mkendrik, asintiendo con la cabeza—. Puede ser que sepan dónde se encuentra el Elector.

—Si pudiéramos llevarlo hasta los hangares de transporte, tal vez podríamos ponerlo a salvo en un Transbordador —añadió Cown.

Rawne asintió.

—Feygor, prepara una sorpresa en la puerta.

Feygor sonrió aviesamente y sacó un puñado de explosivos de su mochila. Los sujetó con experta diligencia a la barra de la puerta. Cualquiera que irrumpiera en aquella estancia accionaría el alambre detonador, haciendo que se derrumbara sobre su cabeza.

—¡Vamos! —ordenó Rawne.

Milo salió corriendo con los otros y atravesaron el largo pasillo; sus pasos resonaban sobre las piedras del suelo. Deseaba con toda su alma averiguar qué era lo que pasaba con…, con la realidad. No pudo encontrar otra palabra. La propia realidad parecía equivocada, una ilusión, y le provocaba una sensación molesta en el estómago. «Deben de ser los demonios del Caos», pensó Milo. Quizás el mayor Rawne supiera…

Milo se detuvo. ¿El mayor Rawne? En los Campos Fundadores a las afueras de Tanith Magna, Rawne había acampado con los soldados rasos. No era más que un soldado. Sin grado. ¿Cuándo había obtenido aquellas insignias? ¿Cuándo lo habían promovido?

«¿Me habré olvidado de algo? —se preguntaba Milo—. ¿Habré…?».

Otro resquicio en su mente. Una imagen de…, de un camarote atestado en una nave estelar. Rawne, Corbec, Milo. Una delegación. Un hombre alto, poderoso, de rostro aguzado, que se levantaba para recibirlos. ¿Cómo podía saber él qué aspecto tenía este Gaunt? Nunca lo había visto. Podía oír a Gaunt hablando, haciendo promociones atrevidas, confiadas: coronel Corbec, mayor Rawne.

¿Otro sueño?

No había tiempo para pensar en ello. Estaban casi sobre la escena del combate. Disparos, gritos, un poco más adelante.

«No es fuego de láser», se dijo Milo mientras él y todo el pelotón controlaban cada paso y preparaban las armas. Había oído suficientes intercambios de láser en la última media hora como para reconocer su chasquido distintivo. Este era un ruido estridente, extraño; una especie de zumbido, como la nota arrastrada del vuelo de una avispa, amplificado y descompuesto en ráfagas ásperas, serradas.

Por Feth, ¿qué era esto?

—¿Oyes eso? —dijo con voz ahogada a Larkin, que estaba a su lado.

Larkin estaba ajustando la mira nocturna de su rifle largo, proyectando hacia el techo un delgado haz de luz azul de porcelana.

—¿Qué? ¿Rifles láser en modo automático? Sí… Alguien está teniendo un día muy atareado.

«No es un rifle láser —pensó Milo—; no lo es…».

El tercer pelotón rodeó una vuelta del pasillo, avanzando en apretada formación superpuesta, y salió a un amplio vestíbulo de piedra oscura, volcánica. Ventanas de vitrales destrozados, donde estaban representados los anroth, los espíritus del hogar y del bosque de Tanith, cubrían un lado de la cámara abovedada. Bancos de madera de nal, muchos de ellos rotos o volcados, llenaban la parte central de la estancia. El estandarte del Elector colgaba hecho jirones sobre una ventana que había en el otro extremo de la sala y donde estaba representada una oropéndola. Tres soldados Tanith, de espaldas a ellos, estaban apostados detrás de los bancos, disparando con sus rifles láser a una puerta en forma de arco que había debajo de la ventana. Los engendros del Caos luchaban para atravesar aquella puerta, y los cadáveres de los suyos estaban esparcidos por toda la entrada. También se veía a cinco o más soldados Tanith muertos entre las maderas destrozadas.

Sin preguntar ni vacilar, el tercero se puso a combatir junto a sus hermanos, lanzando andanadas contra la puerta para impedir el avance del enemigo. Los tres Tanith que defendían la cámara miraron con sorpresa a los recién llegados. Milo no reconoció a ninguno de ellos, aunque el coronel era un gigante inolvidable con una mata de pelo blanco sujeto con una banda roja y un rostro alargado y noble, y llevaba tatuada una guadaña azul en la mejilla.

—¡Por Tanith! ¡Por el Elector! ¡Por Terra! —gritó Rawne mientras disparaba.

El corpulento coronel volvió a vacilar; luego centró de nuevo su atención en la matanza.

—Como usted dice —apuntó con voz melodiosa y acento extraño—: ¡por Tanith!

Muon Nol, del Aspecto de los Terribles Vengadores, había estado defendiendo la gran bóveda de ónix con un escuadrón de sus guerreros. Los iba viendo derribar uno por uno a medida que el Caos se abría camino hacia la cámara a través de la capilla en forma de diamante que había en el extremo, bajo el rosetón de piedras espirituales encastradas en la pared debajo del estandarte de seda espectral de Dolthe.

La única defensa eran los restos de los bancos de psicoplástico que en otro tiempo habían rodeado la bóveda del celebrante y que habían sido destrozados por el fuego enemigo. A uno y otro lado de ellos, las gráciles ventanas ojivales cubiertas con hueso espectral mostraban imágenes de Asuryan, el Rey Fénix, Khaine el Dios de la Mano Ensangrentada, Vaul, el dios lisiado de los herreros, Moraiheg, la bruja del destino, y Lileath, la Doncella, diosa de la fortuna ilusoria, que se destacaban sobre los relámpagos de la tormenta disforme que había desatado Eon Kull, el Vidente. A la que más veneraba Muon Null era a Liliath, la hermosa adivinadora de futuros y posibilidades. Llevaba su runa sujeta de una cinta alrededor del cuello, bajo la armadura de jade azul de su aspecto.

El casco de cresta blanca de Muon Null estaba abollado por negros impactos del láser, y la pluma roja, chamuscada. No obstante, *Uliowye*, la buanna sagrada de lord Eon Kull, seguía escupiendo sus terribles ráfagas de estrellas afiladas contra el enemigo, haciéndolos picadillo, a razón de mil descargas por ráfaga. El giroscopio estabilizador rechinaba mientras el gran cañón ornamentado rugía en sus manos con guantelete de malla. El campo acelerador retemblaba en torno a la base del cañón. *Uliowye*, el Beso de las Aguzadas Estrellas. Podía ser que le quedaran seis barras de munición sólida e iba a darles buen uso. Lo haría por Lileath, por Dolthe.

De repente, ocho humanos con uniformes de color pardo y cubiertos de barro se pusieron a su lado, disparando sus rifles láser contra el enemigo. Eran ágiles y fieros, y no dieron muestras de sorpresa por lo que los rodeaba ni por sus nuevos compañeros de armas.

Muon Nol transmitió psíquicamente a los hombres que le quedaban la orden de aceptarlos y de seguir combatiendo. No cabía duda de que eso era obra de lord Eon Kull y de sus engaños.

¡Y por Khaine, que combatían estos monkeigh! ¡Daba la impresión de que estaban luchando por su propio mundo, por todo lo que les era caro!

En menos de cinco minutos, el refuerzo de los soldados humanos había hecho replegar a las fuerzas del Caos. Avanzaron juntos capilla adelante y mataron a los últimos atacantes, cerrando una gran puerta de piedra para dejar fuera al resto.

El Señor de la Guardia Personal se volvió hacia el humano esbelto, de pelo oscuro, que parecía el jefe de los recién llegados. Trató de recordar los rudimentos de gótico bajo que había aprendido en los simposios de formación del mundo astronave de Dolthe.

—Soy Muon Nol, de Dolthe, de este Lugar del Camino. Su intervención y su ayuda son bienvenidas. Lord Eon Kull, el Vidente, les dará las gracias por ello.

—Coronel Munnol, de Tanith Dale. Me alegro de veros, chicos, no lo dudéis. El Elector necesita ahora a todos los hombres que pueda reunir a su lado.

El alto oficial Tanith de pelo blanco se volvió hacia el tercero una vez que consiguieron cerrar la puerta. Por todos lados, había armaduras de guerreros del Caos hechas trizas.

Rawne asintió.

—Satisfechos de haber ofrecido nuestra ayuda. Me llamo Rawne, mayor Rawne, al mando de…, bueno, de lo que queda del tercer pelotón. Denos las órdenes oportunas, coronel.

Munnol asintió, aunque Milo pensó que en cierto modo parecía desconcertado. Además, él nunca había visto un hombre de Tanith cuyo pelo no fuera negro. No sólo le resultaban extraños los mechones blancos de Munnol, sino que también sus

hombres, que parecían incómodos, tenían el pelo blanco.

El coronel Munnol indicó con un gesto una puerta que había a la izquierda. Era un gesto extraño. ¿Y qué clase de arma era la que llevaba? Un rifle láser…, pero largo y más grande que el rifle de francotirador de Larkin. Milo tuvo la sensación de que había algo en su mente que pugnaba por abrirse paso.

—Si no tiene inconveniente, humano Rawne, las posiciones occidentales necesitan apoyo desesperadamente —dijo el coronel Munnol.

—¡Adelante! —ordenó Rawne, cambiando su célula de energía y dejando caer al suelo la que estaba agotada.

Munnol se encogió de hombros y asintió, indicando que lo siguieran.

«¿Humano Rawne?». ¿Habría oído mal? Milo lo siguió, desconcertado. ¿Humano? La pesadilla se negaba a desaparecer. No podía soportar esa sensación terrible y mareante de confusión.

A paso rápido, Munnol condujo al tercero y a sus propios hombres por un corredor de granito negro. Al frente, a través de una arcada, pudieron ver a dos docenas de soldados Tanith alineados a lo largo de unas almenas, disparando sus rifles láser hacia la noche tormentosa, pero el ruido era el traqueteo chirriante de algo extraño, de otro mundo, no el tranquilizador chasquido de los láseres.

Rawne se apresuró a ponerse a la par del coronel, con Feygor pisándole los talones.

—Vaya mala suerte, ¿no le parece? —rio—. Que el Caos nos ataque precisamente el día de nuestra Fundación.

—Sí…, es cierto —respondió Munnol.

—Seré sincero con usted, Munnol… A punto estuve de no alistarme —prosiguió Rawne—. ¿Qué vida es esta? ¿Andar luchando de estrella en estrella por amor a un maldito Emperador al que no le importamos un bledo, sin la menor esperanza de volver a casa?

—No es una perspectiva halagüeña, humano Rawne —reconoció Munnol.

—Por Feth, yo tenía una buena vida en Tanith Attica. Una auténtica bicoca; no sé si me entiende. No exactamente ilegal, pero, ya sabe, un poco turbio…

—Ya entiendo…

—Feygor estaba conmigo. ¿Verdad, Feygor? —añadió Rawne, volviéndose hacia su camarada.

—Sí, Rawne, ya lo creo.

—Trabajo agradable, buenas ganancias, no quería dejarlo… Pero, que Feth me confunda con un chulan si no me alegro de haberlo hecho. Al diablo con el Trono Dorado… ¡Doy gracias a los anroth por estar armado y listo para defender a Tanith en esta terrible hora!

—Todos damos gracias a los anroth por eso, humano Rawne —respondió

Munnol.

Estaban en las almenas, y el fuego enemigo pasaba por encima de sus cabezas. El coronel Munnol llamó a sus soldados Tanith, que se dieron vuelta para mirarlo desde las troneras en las que habían estado apostados disparando al enemigo. «Pelo blanco recogido con una banda roja», observó Milo con un estremecimiento. Todos tenían el pelo blanco.

Pensó que se iba a poner enfermo.

—¡Hombres de Dolthe! —exclamó Munnol.

—¿Dolthe? ¿Dolthe? ¿Dónde estaba eso? —se preguntó Milo.

—¡Nuestros hermanos están aquí para luchar con nosotros! ¡El mayor Rawne y otros humanos! ¡Tratadlos bien, están dispuestos a luchar con nosotros hasta el final!

Unos vítores saludaron las palabras del coronel Munnol.

Rawne dispuso al tercero junto a los de Tanith que ya estaban luchando, ocupando posiciones y disparando hacia la oscura tormenta por encima de las murallas de piedra mordidas por los disparos de láser.

Milo estaba a punto de ocupar su lugar cuando se dio cuenta de que Larkin se quedaba rezagado, agachado en un rincón de las murallas, apartado de la lucha, aferrando su rifle de francotirador y temblando de una manera incontrolada.

Milo se acercó a él.

—Larkin, ¿qué sucede?

—Ac… acabo de verlos por la mira de mi rifle… Brin…, ¡no son humanos!

—¿Qué? —Milo sintió que se le retorcían las tripas, pero no estaba dispuesto a rendirse.

—¡Sé lo que vi! A través de mi…, de mi mira telescópica, que nunca miente. ¡Ese bastardo de Munnol y los demás! No son… Tanith.

Milo arrebató el rifle de francotirador de las manos temblorosas de Larkin y, apuntándolo hacia Munnol, miró por la mira telescópica. El haz de luz azulada acarició la capa de camuflaje de color pardo de Munnol como una diminuta linterna. Milo miró a través de visor y lo vio como un Fantasma de azules y sombras.

Munnol, como si hubiera sentido el rayo sobre sí, se volvió para mirar a Milo. A través de la mira telescópica, Milo lo vio mientras se volvía lentamente; vio su rostro pálido y sus ojos achinados. Unos segundos más, y esos ojos se convirtieron en las ranuras del visor de un gran casco esculpido de una armadura blanca resplandeciente rematado en un penacho de plumas rojas. El uniforme de faena gris de Munnol se convirtió en una ceñida armadura azul, que se cerraba majestuosamente sobre su enorme y poderosa complexión. El rifle láser que llevaba en las manos se transformó en una larga arma aflautada, con un tubo estriado y enrollado, con rejillas de plata y hermosas incrustaciones de madreperla y oro repujados. Munnol se convirtió en la cosa más aterradora que Milo había visto jamás.

—¡Oh, Emperador mío…! —dijo en un susurro—. ¡Son eldar!

La brigada de Lilith salió de la garganta hacia un abanico de tierras bajas donde el bosque se desvanecía bajo pliegues arquitectónicos de barro que se habían escurrido en enormes rizos por las pendientes, arrastrándolo todo a su paso. La marcha se hizo más lenta. Los soldados avanzaban entre un cieno limoso de color ocre que en algunos lugares les llegaba hasta la cintura. Por encima del rugido de la tormenta, los exploradores que iban en avanzada oyeron el sonido de una batalla encarnizada que llegaba del valle que había más allá. Fogonazos de luz salían de detrás de la colina, y no eran relámpagos.

Gaunt ordenó que se prepararan para la batalla mediante un mensaje encriptado emitido por radio. Dirigió a los peso pesados de los Volpone hacia el flanco de la colina, bajo el mando de Gilbear, y encauzó a los Fantasmas, divididos en dos destacamentos, con Lerod y Corbec al mando, a lo largo del borde de la franja de barro que había por debajo. Gaunt y Lilith avanzaban al frente del grupo de Corbec.

Mkoll los había conducido con seguridad. Al rodear la curva de la colina tuvieron la primera visión del promontorio y de las ruinas, y también de las imponentes fuerzas enemigas que los rodeaban. Miles de soldados enemigos, algunos con armamento pesado, hormigueaban por las pendientes del promontorio y bombardeaban el gran edificio oscuro con una violencia que las piedras no eran capaces de resistir. Toda la escena era una trama desordenada de destellos de láser y explosiones. El aire húmedo estaba cargado de olor a sangre y a gas termita.

Los hombres de la Guardia se encontraron peleando antes de haberse dado cuenta de ello. Los sangreazul de Gilbear habían dado con las posiciones de retaguardia de los emplazamientos de armas pesadas del enemigo, y las multitudes se volvían, sorprendidas, contraatacando con armas secundarias para lucha cuerpo a cuerpo. Un momento más tarde, ambos destacamentos de Fantasmas se vieron rodeados por unidades del Caos, desmembradas del asalto principal para hacer frente a ese inesperado contacto por la retaguardia. El fuego de las armas láser y las ráfagas de bolter trazaban un fatal zigzag de haces de luz sobre los llanos blandamente cubiertos de barro.

Disparando sin cesar con su pistola bolter, Gaunt vio una pequeñísima oportunidad: abrirse y replegarse entonces, o quedar irremisiblemente cercados en medio del combate.

Vio que la unidad de Gilbear se desplegaba pendiente abajo y caía sobre los puestos de armas enemigos con una agilidad feroz y admirable, superándolos y masacrándolos en cuestión de minutos. Las poderosas armas infierno, apoyadas por dos lanzadores de granadas y un hombre con un rifle de plasma, se introdujeron en la retaguardia de los fusileros y los redujeron.

Con arrogancia, Gilbear proclamó su éxito mientras sus hombres se apoderaban de las armas enemigas, enfocando los lanzamisiles y la artillería de campo sobre las filas del ejército del Caos que había más allá. El X de la élite de los Volpone era decididamente bueno; así tuvo que admitirlo Gaunt. El entrenamiento rotativo en todas las disciplinas de combate hacía posible que tomaran un puesto de artillería, y luego manejasen las armas con tanta seguridad y eficacia como las tropas especializadas.

Gaunt supo que el momento había pasado. Abrirse entonces implicaría dejar solos a los de Volpone. La elección ya estaba hecha. Sé habían incorporado realmente a la lucha y ya no tendrían respiro.

Los dos arietes de los Fantasmas penetraron en la retaguardia de los sitiadores. Gilbear, dando muestras de gran astucia práctica, cambió el objetivo de los cañones capturados hacia el recodo del valle y cubrió la acometida de los Fantasmas, creando enormes brechas en la improvisada maniobra de encierro del enemigo. Bajo la dirección de Gilbear, empezaron a volar las granadas con absoluta precisión, lanzando al aire desprendimientos de barro, fibras de follaje y miembros de soldados del Caos a menos de veinte metros por delante del avance de los Fantasmas.

La lucha se desarrollaba de cerca y era encarnizada. Por increíble que parezca, y a excepción de unos cuantos arañazos y quemaduras de refilón, Gaunt se dio cuenta de que no había bajas entre sus hombres.

Al cabo de cinco minutos del primer contacto, las tropas imperiales habían abierto una cuña en la retaguardia enemiga, habían ganado medio kilómetro de terreno y habían eliminado a más de doscientos soldados enemigos sin experimentar ninguna baja.

Gilbear mantuvo la línea todo el tiempo que pudo, pero llegó un momento, sobre el que se pusieron de acuerdo él y Gaunt a través de la radio, en que se vio que la separación de los dos pequeños avances imperiales se haría demasiado grande.

Cuando se dio la señal, los sangreazul minaron los emplazamientos de la artillería y emprendieron un avance a paso ligero para cerrar distancia detrás de los Fantasmas. Las explosiones programadas, alternadas y escalonadas, hicieron volar por los aires las municiones del emplazamiento y excavaron un nuevo valle donde antes había una meseta.

Habiendo llegado a lo más encarnizado del combate, al comienzo del montículo, las Fuerzas Imperiales abrieron una brecha en las filas enemigas con una formación en punta de lanza: Fantasmas a la derecha, y Volpone a la izquierda, con Gaunt y Corbec en la punta.

Gaunt sabía que los de Tanith combatían bien, pero nunca los había visto emplearse con tanta determinación, con tanta brillantez. En su fuero interno no podía creer que se tratase simplemente de la respuesta a su arenga. Luchaban por algo que

estaba en su corazón, algo que era imposible negar.

—¡Por Tanith! ¡Por la bendita memoria de Tanith! —oyó gritar a Corbec mientras avanzaba.

El grito, coreado por los Fantasmas que lo rodeaban, produjo en Gaunt una profunda respuesta emocional. Lo conmocionó. Realmente estaban luchando por Tanith…, no por un recuerdo ni tampoco por sed de venganza. Estaba luchando por amor a su mundo, a las ciudades brumosas, a los oscuros bosques, a los majestuosos mares.

Lo sabía porque también él lo sentía. Había pasado un día completo en Tanith antes de su caída, y la mayor parte había transcurrido en las oscuras antecámaras del palacio del Elector, en Tanith Magna. Sin embargo, sentía como si hubiera sido su patria, algo que hubiera aprendido a amar a lo largo de años de formación, algo que todavía era alcanzable…

Junto con Corbec y otros dos Fantasmas fue el primero en llegar a un foso defensivo en las bases del montículo donde era mayor la concentración de engendros del Caos que abandonaban su asalto a las ruinas para repeler el ataque por la retaguardia. Gaunt abría camino masacrando enemigos con su espada sierra. Daba la impresión de que estaba protegido con los láseres, ya que todos los disparos enemigos erraban el blanco. El júbilo de Tanith cantaba en su corazón.

Se lanzó a la zanja, abrió en canal al primer agresor que le salió al paso y decapitó al siguiente. En la otra mano, llevaba su pistola bolter, cuyos disparos hacia el fondo de la zanja dejaron sin piernas a dos espíritus necrófagos que cargaban con sus bayonetas. Su bolter hizo un chasquido que indicaba que se había quedado sin carga. Corbec estaba junto a él, vociferando, lanzando ráfagas con su rifle láser contra figuras que caían, retorciéndose, y avanzando por el estrecho desfiladero. Al otro lado, los soldados Yel y Mktea luchaban cuerpo a cuerpo con sus cuchillos de plata, enardecidos de pasión y furia. Más allá de ellos, Bragg disparaba con su cañón automático por encima del borde del canal.

Gaunt echó a un lado su bolter y su espada, y cogió las asas de un bolter de asalto del enemigo con un alimentador de correa que encontró en la saliente del foso. La enorme arma estaba fijada sobre un tablero antiaéreo y sujeta con cables para evitar el deslizamiento del trípode. Gaunt puso el dedo en el disparador y, describiendo con el arma un semicírculo a izquierda y derecha, diezmó las filas enemigas que avanzaban colina arriba por encima de él.

Sintió una mano sobre su brazo. Lilith estaba a su lado. Tenía el rostro pálido y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué? —rugió sin dejar de disparar.

—¿No lo siente? ¡Usted también está siendo arrastrado por la magia de la tormenta!

Soltó el arma, que siguió disparando en modo automático.

—¿Magia?

—La red de engaño de la que le hablé… ha inflamado a todos sus hombres, e incluso a los sangreazul. ¡Me está desgarrando la mente! ¡Gaunt…!

Casi sin darse cuenta la cogió en sus brazos. Ella se desasió prontamente.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien!

—¡Lilith!

—Sea lo que sea…, o quien sea…, está ahí arriba, en las ruinas, y está jugando con nuestras emociones.

—¿Qué quiere decir?

—¡Creo…, creo que quieren obtener toda la ayuda posible, Gaunt! ¡Valiéndose de la tormenta han urdido un encantamiento psíquico que nos hace responder porque toca nuestros deseos más profundos! Para sus Fantasmas, esto es Tanith… ¡Un Tanith donde todavía es posible ganar y salvar el mundo! ¡Para los sangreazul es Ignix Majeure, donde perdieron tras un combate desesperado! Pero Ibram…, ¡esto me está matando! ¡Es tan fuerte, tan potente!

Gaunt trató de recobrar el aliento.

—¿Por qué yo? ¿Por qué Tanith?

—¿Qué? —preguntó ella enjugando sus ojos hinchados.

—Yo no soy Tanith, pero mi voluntad respondió de la misma manera. ¿Por qué no estoy luchando por alguna gran causa que me sea propia? ¿Por qué he estado soñando despierto con Tanith todo este tiempo?

Ella sonrió abierta y dolorosamente. Su rostro perfecto era iluminado por los fogonazos de los disparos que silbaban a su alrededor.

—¿No lo sabe, Ibram? Tanith es su causa, independientemente de que haya nacido o no allí. Usted ha dedicado su vida y sus servicios a estos hombres, a la memoria de su mundo.

»El destino de Tanith lo consume a usted tanto como a ellos, y aunque no sea un hijo auténtico de los bosques, esta magia despierta sus sentimientos más hondos. ¡Usted es un Fantasma, Gaunt, lo sepa o no! ¡No es sólo el jefe de estos hombres; es uno de ellos!

Gaunt se quitó la gorra y enjugó el sudor que le corría por la frente. Una descarga incontrolable de adrenalina lo hacía jadear.

—Entonces, ¿todo esto es falso? —empezó a decir.

—Nos están usando, manipulando. Nos están obligando a luchar por algo que toca nuestras fibras más íntimas.

—Entonces…, en nombre del Emperador, si nos ayuda a eliminar a esta escoria del Caos, no nos resistamos. ¡Aprovechémonos de ello! —Gaunt sintonizó su microtransmisor y abrió un canal de comunicación con sus hombres—. ¡Sesenta

hombres contra diez mil! ¡Así se forjan las leyendas! ¡Adelante! ¡Sin desfallecer! ¡Por Tanith y por Ignix Majeure! ¡Subamos la cuesta y tomemos las ruinas!

A la cabeza de sus huestes de sangre azul, Gilbear oyó la llamada y lanzó un grito enardecido hacia el corazón de la noche mientras vaciaba otra batería de su rifle infierno. Los de Volpone encararon la cuesta, dejando un tendal de muertos a su paso.

Lerod, que entonces se creía realmente inmortal, condujo a su destacamento ladera arriba, aplastando a las hordas del Caos que caían presas del pánico.

Corbec, llevando a su lado a Bragg que disparaba sólidas descargas de destrucción con su arma pesada, lideraba a los otros Fantasmas cuesta arriba. A ambos lados del avance imperial, cien mil soldados enemigos hormigueaban y se reagrupaban, pero con decisión inquebrantable aquellos sesenta hombres del Imperio se abrían camino irrefrenablemente.

Años más tarde, reconstruyendo penosamente los detalles del asalto a partir de datos fragmentarios reunidos en el momento, los estrategas imperiales de Foridon serían totalmente incapaces de explicar el éxito de la acción. Incluso teniendo en cuenta la naturaleza sorprendente del asalto, una mirada retrospectiva no encontraba sentido alguno en los datos. Con toda crudeza, los estadísticos dirían que las fuerzas expedicionarias de Gaunt deberían haber sido diezmadas, hasta el último hombre, a lo sumo a medio kilómetro de las ruinas. Los estrategas habrían aportado consideraciones de liderazgo carismático, de agudeza táctica, de suerte…, y a pesar de todo, no había posibilidad de error: los hombres de Gaunt deberían haber sido masacrados mucho antes de llegar a las ruinas.

Pero no fue así. Gaunt logró llevar a sus fuerzas, sin perder un solo hombre, hasta las murallas de las ruinas unos treinta minutos después de haber atacado la retaguardia del enemigo. Se habían abierto camino a través de una legión de soldados enemigos que los superaban en una proporción de diez mil a uno, y habían alcanzado un objetivo que las fuerzas del Caos llevaban horas tratando de tomar. Eliminaron, aproximadamente, a dos mil cuatrocientos soldados enemigos.

En un momento dado, después de un extenso estudio analítico, los estrategas llegarían a la conclusión de que la única explicación posible era que no hubiera habido unidades enemigas en el campo aquel día. Que todo hubiera sido una ilusión. Gaunt había lanzado un asalto en terreno abierto, no defendido. Sólo así cuadraban los cálculos y las estadísticas, y coincidían las posibilidades.

Ninguno de ellos podría admitir que las cosas hubieran sido diferentes. Y así, lo que quizás haya sido el éxito más resonante y espectacular de la gran Cruzada de Macaroth, totalmente descabellada, pero una victoria a pesar de todo, fue borrada de los Anales Imperiales, como un enfrentamiento Fantasma. Tal es el destino del auténtico heroísmo.

Había una puerta: un arco de piedra alto y puntiagudo, revestido también de piedra, sobre el flanco liso de las ruinas. Gaunt agrupó a sus fuerzas en torno a él bajo una lluvia de disparos que partían de las legiones desordenadas del enemigo que se iban reagrupando.

Gilbear trató de minar la puerta para derribarla, aunque, según señaló Corbec, las señales chamuscadas que se veían en su superficie parecían indicar que el enemigo ya lo había intentado sin éxito.

Estaban a punto de enzarzarse en una discusión cuando la puerta se abrió y apareció Brin Milo acompañado de Caffran y de un feroz guerrero eldar que llevaba un penacho rojo sobre su casco blanco.

La tormenta seguía restallando en lo alto con toda su furia desatada.

—Habéis venido hasta aquí —dijo Milo—. Ahora, acabemos con esto.

Encerrados dentro de los muros de ónix del Lugar del Camino, Gaunt y sus hombres oyeron los apagados lamentos lúgubres de los eldar que llenos de remordimiento cantaban las últimas canciones del cierre.

Muon Nol se quedó de pie frente a Gaunt un largo momento, hasta que éste lo saludó y le tendió la mano.

—Ibram Gaunt.

No consideró necesario decir nada más.

Muon Nol miró la mano que le tendía; luego, colgándose al hombro su *Uliowye*, la estrechó.

Cuando habló lo hizo en un sorprendente dialecto de otro mundo.

—Acaba de ser honrado formalmente como un guerrero aliado —dijo Lilith adelantándose.

Muon Nol volvió su intensa mirada hacia ella.

—Soy Lilith, de la Inquisición Imperial —explicó.

Muon Nol, que le llevaba una cabeza incluso a Gilbear, hizo una pausa y asintió lentamente.

Gaunt se volvió para mirar a la inquisidora.

—Así no vamos a adelantar mucho —dijo en voz baja—. ¿Hay alguien aquí que hable eldar?

—Yo —respondió Lilith, pero Muon Nol habló al mismo tiempo.

—No es necesario —intervino en un gótico bajo melodiosamente modulado—. Yo lo entiendo. Ahora debe seguirme. El Vidente nos espera.

—De acuerdo… —empezó a decir Gaunt.

—No, usted no —dijo Muon Nol dando un paso atrás—. La mujer.

Lord Eon Kull sentía el remolino y el murmullo de las huestes del Caos que asaltaban las ruinas en torno a ellos. Fuehain Falchior había empezado a sacudirse otra vez en su soporte.

La puerta del Lugar Secreto se abrió, y Muon Nol entró escoltando a una mujer humana cubierta con una capucha, un corpulento comando de choque en gris y oro, y un hombre humano vestido con una chaqueta larga y una gorra.

Muon Nol hizo una reverencia que imitó Lilith. Gilbear y Gaunt permanecieron de pie.

Eon Kull habló, usando a la perfección el pesado gótico bajo que en una ocasión había dedicado un breve año a aprender.

—Soy Eon Kull, el Vidente. Mis encantamientos los atrajeron a esto, pero no me disculpo por ello. El Camino debe ser cerrado a las Tinieblas y usaré todos mis poderes para conseguirlo.

Muon Nol dio un paso adelante y, con un gesto, señaló a Lilith.

—Mi señor… Esta mujer se llama Lilith en la lengua humana. ¿No es eso una señal?

—¿De qué?

—¿De resolución…, señor?

Eon Kull pareció a punto de responder, como si también él hubiera reconocido la coincidencia simbólica, pero en ese momento se derrumbó sobre uno de los lados del trono. Le salía sangre por debajo del cierre de su casco.

—¡Mi señor!

Gaunt se acercó a él, le quitó el alto casco y cogió el cráneo pálido del eldar exhausto, moribundo entre sus manos enguantadas.

—Puedo enviar en busca de médicos…, sanadores —empezó.

—No… no hay… tiempo. No tiene sentido. Quiero morir, humano Gaunt. El Camino debe ser cerrado antes de que el Caos pueda corromperlo.

Sosteniendo a Eon Kull, Gaunt miró a Lilith con gesto desesperanzado. Ella se acercó y ocupó su lugar, abrazando la cabeza y el frágil cuerpo del eldar.

—Esa es la razón por la que están aquí, en Monthax, las fuerzas del Caos, ¿no es así, clarividente señor?

—Hablas con la verdad. Este Camino ha permanecido abierto durante veintisiete siglos. Ahora el enemigo lo ha encontrado y, a través de él, quiere invadir el mundo astronave de Dolthe. Por el bien de Dolthe, por las almas vivas de los eldar, este camino debe cerrarse. Para este gran objetivo los he conjurado. Por este gran objetivo los guerreros especialistas lo han dado todo, han dado lo último de sí.

—Todo esto… una treta de una hedionda escoria alienígena… —gruñó Gilbear.

Gaunt se abalanzó hacia adelante, derribando a Muon Nol antes de que el

enfurecido eldar pudiera destrozar a Gilbear con su vociferante arma.

Gaunt soltó al guerrero especialista y recorrió a grandes zancadas la estancia de ónix para mirar a Gilbear cara a cara.

—¿Qué pasa? ¿Qué dije que fuera tan terrible? —preguntó Gilbear un segundo antes de que Gaunt lo derribara sobre las losas del suelo. Quedó inconsciente.

—¡Ibram!

Gaunt se volvió al oír el grito de Lilith. Sostenía a Eon Kull entre sus brazos. Gaunt corrió hacia ella, seguido por Muon Nol; pero los signos eran inconfundibles.

Eon Kull, el Vidente, estaba muerto.

Colocaron sus frágiles restos sobre el suelo.

—Estamos perdidos —dijo Muon Nol—. Sin el Vidente ya no podemos conjurar los pactos con la disformidad y cerrar la Red. Dolthe morirá lo mismo que Eon Kull el Vidente.

—Lilith puede hacerlo —intervino Gaunt, de repente.

Muon Nol y Lilith lo miraron.

—Sé que puedes y que quieres hacerlo. Esa es la razón por la que estás aquí, Lilith.

—¿Qué estás diciendo, Ibram? —preguntó la inquisidora.

—No eres la única con influencia, la única que puede investigar en los archivos y exhumar informes olvidados. Investigué sobre ti lo mismo que tú investigaste sobre mí. Lilith Abfequam…, psíquica, inquisidora, récord de anotaciones oscuras.

—Por el Dios de Terra —sonrió—; sí que eres bueno, Ibram.

—No sabes cuánto. Los Barcos Negros te eligió tan pronto como te encontró. Hija de una gobernadora planetaria cuyo mundo lindaba con las tierras de los eldar. Ella murió en una de sus batidas y tú juraste, primero destruirlos, y más tarde, al ir creciendo, comprender a esa extraña especie que te había despojado. Por eso es por lo que quisiste esta misión; te desvivías por tener una ocasión para ponerte en contacto con tu némesis. Eso es lo que quieres, Lilith.

La mujer se desmoronó y cayó sobre el suelo de ónix junto al cadáver de Eon Kull.

Muon Nol la puso de pie.

—Tú eres Lileath. Tú puedes hacer lo que habría hecho el Vidente.

Cierra la puerta, Lileath. Llévanos de regreso a Dolthe para siempre.

Lilith miró a Gaunt, que por primera vez se dio cuenta de lo hermosa que era.

—Hazlo…, para eso viniste.

Ella lo cogió por los hombros, le dio un breve abrazo, y luego se separó para mirarlo directamente a los ojos.

—Habría sido interesante, comisario.

—Fascinante, inquisidora. Ahora haz tu trabajo.

Todos se despidieron. Mkoll dijo adiós a Eiloni y Caffran a Laria. Los Fantasmas dijeron adiós a Tanith y los sangreazul a Ignix Majeure.

Una luz fría, tan fría como el vacío, tan brillante como un diamante, atravesó el cielo encima de las ruinas, haciendo desaparecer la tormenta en poco más de un minuto. El setenta y cinco por ciento de los astrópatas que iban a bordo de la Flota imperial en órbita sufrieron ataques catastróficos y murieron. Los demás perdieron el sentido. La onda expansiva del acontecimiento se pudo sentir a años luz de distancia.

El encantamiento se rompió, y el Camino se cerró finalmente. Los eldar abandonaron Monthax para siempre y se llevaron consigo a Lilith de vuelta al mundo astronave de Dolthe. Ella cerró el Camino. Tal vez había nacido para eso. Una vez cerrado el Camino, unos bombardeos orbitales bien dirigidos acabaron con los enormes ejércitos del enemigo.

Los bosques de Monthax ardieron.

Cuando hubo cesado el bombardeo, Gaunt condujo a sus Fantasmas y a los de Volpone de vuelta hasta las líneas. La tormenta se había desactivado y la pálida luz del sol caía sobre ellos. El mundo que los rodeaba era un desierto desolado de barro cocido y vegetación calcinada.

El único hombre que había perdido Gaunt en el asalto final había sido Lerod, derribado por un fortuito disparo al aire hecho desde el tejado del templo eldar.

Ibram Gaunt estuvo durmiendo un día y medio en su cabina de mando. Su cansancio era absoluto. Se despertó cuando Raglon le trajo órdenes del general militar Bulledin, que estaba organizando la retirada imperial de Monthax.

Se puso su uniforme de gala, se calzó la gorra y salió a la luz reverberante del sol para supervisar los preparativos de evacuación de los de Tanith. Las enormes naves de transporte de tropas proyectaban sus raudas sombras sobre las líneas al llegar desde las altas órbitas.

Gaunt podía percibir las sensaciones de los hombres: cansancio, dolor, la alegría algo amortiguada y extraña de una gran victoria.

Encontró a Milo, sentado a solas sobre los escalones laterales de la enfermería abandonada, limpiando su rifle láser. Gaunt se sentó a su lado.

—Las cosas toman un cariz extraño, ¿verdad? —dijo Milo sin rodeos.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Gaunt.

—Sé cómo me siento. También he oído hablar a los hombres. Esto volvió a ser Tanith para nosotros, y creo que también para usted. Creo que en lo más hondo todos odiábamos el hecho de no haber tenido la ocasión de luchar por Tanith. Algunos lo

dicen abiertamente. Hombres como…, como el mayor Rawne. Otros pueden entender por qué tuvimos que marcharnos, por qué nos ordenó usted que evacuáramos, pero no les gusta.

Se volvió hacia Gaunt.

—Puede ser que fuera sólo una jugarreta mental, pero allí, durante algunas horas, unos cuarenta de nosotros luchamos por Tanith, luchamos por nuestro mundo, tuvimos la ocasión de hacer lo que no habíamos podido hacer nunca. Eso… eliminó unos cuantos Fantasmas.

Gaunt sonrió. El juego de palabras del chico era penoso, pero tenía razón. Los Fantasmas de Tanith habían dejado descansar, por fin, a sus Fantasmas. Eso los haría más fuertes.

Gaunt se dio cuenta de que a él también. Al fin y al cabo, eran sus Fantasmas: los Fantasmas de Gaunt.